JEAN-PAUL SARTRE

CARTAS AL CASTOR

Y A ALGUNOS OTROS

Edición, presentación
y notas de
SIMONE DE BEAUVOIR

● ●

1940 – 1963

EDITORIAL SUDAMERICANA BUENOS AIRES

Título original:
Lettres au Castor
et à quelques autres
Traducción de Irene Agoff

IMPRESO EN LA ARGENTINA
Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723.

ISBN 950-07-0447-1 (O.C.)
ISBN 950-07-0449-8 (Vol. II)

1940

A SIMONE DE BEAUVOIR

Primero de enero

Mi querido Castor

Le escribo al calor de la lumbre, bien arrimado a la estufa, aunque el tiempo sea ahora mucho más clemente. Esta noche, incluso, hubo deshielo, y como la antevíspera las tuberías habían reventado, a eso de las dos un rugido despertó a Paul —yo dormía como un bendito—. Creyó que era el fuego, pero era el agua. Se vistió a toda prisa y se lanzó al pasillo, ya inundado. Hubo un tremendo ajetreo y finalmente cortaron el agua. No tenemos ni una gota para lavarnos —sabe usted que esto no me preocupa mucho—. Sólo es un fastidio por los retretes, que ahora no podemos limpiar, y en los que excrementos de diversas procedencias se interpenetran íntimamente al capricho de las heladas y deshielos hasta constituir un budín inmundo y voluminoso. «Hacemos» en el campo. Creo que Paul sufre las consecuencias y está estreñido por vergüenza de mostrar el culo.

Hoy, pues, era Año Nuevo. No se tradujo en nada fuera de lo común, salvo que hubo un excelente *choucroute* y mucha gente en el restaurante de la estación. Y ayer, Nochevieja, tampoco sucedió gran cosa, excepto que una ignota bestia puso a todo volumen la radio de los oficiales, tras marcharse éstos, y acompañó la música aporreando al azar el teclado del piano, hasta medianoche. Yo, por mi parte, escribía tranquilamente en nuestro pequeño local.

El paisaje es siempre el mismo, un tenue polvillo de nieve, un poquito de blanco por todas partes, bastaría rascar apenas con la uña y aparecería el negro de la tierra helada y de los árboles. Estuve todo el día retocando pasajes de mi novela, en cuanto acabe me pondré a trabajar en *Septembre;* estoy contentísimo. Espero poder publicar los dos volúmenes a la vez, sería mejor, se vería mejor a dónde apunto. Aquí el mundo es idéntico a sí mismo: Paul siempre alarmado; Mistler me presta mil pequeños servicios a cambio de mis enseñanzas. Fue él quien hizo los paquetes de libros que les enviaré a Bost y a usted en cuanto me haya mandado algún dinero y, como un soldado me había pedido *El muelle de las brumas*[1] (por error, creyendo que iba a encontrar entera la historia de la película) y yo le había pedido a Mistler que me lo recordara, esta mañana vino a hacerme acordar pero el libro estaba en uno de los paquetes de Bost y entonces deshizo el paquete y después lo ató de nuevo. Además hará que me envíen los *Nocturnos* y *Preludios* de Chopin para que los estudie al piano. Entre los secretarios y

[1] De Marc Orlan.

nosotros hay envidias de familia. Por supuesto, los envidiados somos nosotros. Parece que es mi suerte despertar envidia por todas partes, desde la Ciudad Universitaria hasta aquí. Pero, sobre todo, *hablan.* Es una clase de envidia débil e impotente que sólo conocía de oídas y que ni siquiera llega a la maledicencia. Por ejemplo, todas las mañanas, cuando vuelvo de desayunar, paso delante de sus ventanas y ellos comentan: «Vaya, es Sartre volviendo del café. Sí. Ha estado con la linda Charlotte. Los otros habrán hecho el sondeo sin él», etc. No difiere de la constatación de hecho más que en la intención de censura amistosa que le ponen, pero en el fondo es una simple constatación de hecho, porque no consiguen determinar exactamente lo que hay que censurar: ¿que yo disponga de bastante dinero, tiempo, puerilidad para permitirme un desayuno en el café? Todas las mañanas el objeto les parece vagamente escandaloso, y todas las mañanas lo señalan al pasar, sin más, se ha vuelto un menudo escándalo habitual del que no podrían prescindir. Están en el grado inferior de la escala. Naturalmente, todo esto me lo comunica el bueno de Mistler, quien hasta querría que dé un rodeo para evitar sus miradas, pero como ya se puede usted figurar, sería demasiado cansador. Y eso es todo. El *Diario* de Stendhal me encanta, estoy leyendo el tercer tomo, su historia con la señora Daru, es muy divertido. También leo el libro de Rauschning, realmente instructivo, incluso haré un resumen en el cuaderno; y además un poco las *Provinciales* y también un poco *Jacques le Fataliste.* Tania me escribe: «Estoy leyendo un libro estupendo que *debo* enviarte». Me pierdo en conjeturas. ¿Será *El diablo enamorado*?

Hoy no ha habido carta suya. Pero como ayer tuve tres, no me quejo demasiado. Tengo muchísimas ganas de verla, querido amor mío. Éste es el período un tanto crispante en que el permiso se aleja o se aproxima de día en día, según las diferentes informaciones y el humor del cabo que hace las listas en el C.G. Pero voy a defenderme. Quisiera partir en quince días, si fuera posible. Hasta pronto, dulce Castor, que duerme ya tras haber esquiado tanto. Ya sabe que me levanto tempranísimo, como usted. Cuando usted se está calzando sus pequeños esquís, yo hace tiempo me he puesto mis polainas y he bajado a medir el viento para telefonear un panorama general al puesto meteorológico del cuerpo de ejército. Duermo poco pero estoy animoso. Hasta mañana, mi pequeña flor, la quiero con todas mis fuerzas.

A SIMONE DE BEAUVOIR

2 de enero

Mi querido Castor

Hoy, una cartita suya, del 29. ¡Oh, cuánto tiempo hace, pequeña mía!, nosotros, los soldados, estamos a 2. Pero da gusto el aire presumido que tiene usted sobre sus esquís. En suma, todos los años es igual, grandes progresos y una buena diversión tras alguna plancha al comienzo. Me encanta oírla hablar de todas esas bajadas que conozco. Comprendo tan bien cuando me dice que con la nieve fresca son más fáciles y con el hielo tremendamente difíciles. Estoy todo el tiempo con usted. Apenas sí me puedo figurar que esta carta, la que le estoy escribiendo, la alcanzará en París. Piense que mañana recibiré todavía una —o dos, espero— de Megève, me suena raro. Usted está

aún en Megève, y yo le escribo a París, donde usted no está, y a donde llegará sin embargo al mismo tiempo que esta carta. Y el 4 la encontrará usted en París y yo todavía estaré recibiendo cartas de Megève. Me recuerda —ribete siniestro aparte— aquella historia de mi tía Marie Hirsch cuando perdió a su hijo, alférez de navío, muerto en Shangai en un accidente; supo de su muerte por un telegrama y un mes después recibió una carta en que él le contaba lo feliz que era —debe haber muerto esa misma noche—. Siempre estoy temiendo que, mientras yo disfruto leyendo su carta, se haya roto usted sus pobres piernitas. Es un temor ligerísimo pero, en cambio, no se imagina lo placentero que resulta saberla tan intensamente feliz, hoy quedé deslumbrado. Respecto del permiso, habrá que tener paciencia, se ha distanciado un poquitín —no más allá del 20 de enero— como finalmente dijimos. Pero qué son veinte días. Lo importante es que antes de un mes estaré en París.

Tania me ha enviado *El monje,*[2] del que se ha prendado, naturalmente: hay violación, satanismo y lúbricos monjes, y en segundo plano surrealismo, con la figura de Artaud que la fascina un poco desde que lo vio loco. Tania posee, al lado de una real fuerza de sensación, un curioso demonismo de pacotilla solamente aparente (¿por qué su atracción por la sangre si no soporta verla? ¿por qué las violaciones, si se desmayaría en cuanto un tipo le demostrara su deseo con alguna brutalidad?), y sin embargo profundo. No sé cómo decirlo. En cualquier caso, estuve hojeando *El monje* y me decepcionó un poco. Se nota la mano de Artaud pero ni con eso se salva. Y además los horrores me parecieron muy intelectuales, a la manera surrealista. Con todo, tendré que decirle que es espléndido. En cambio, *El diablo enamorado*[3] que también me envió, pero sin cortarlo siquiera, es una auténtica joyita, lo leí esta tarde de un tirón. Este tipo narra que es una maravilla, tiene ya muchos recursos para el siglo XVIII y hay una criatura singular: una muchacha deliciosa llena de pudores y de encantos que *es* el Diablo, o sea, un horrendo monstruo con cabeza de camello. Y el héroe se acuesta estupendamente con la chica. Todo se prepara a fuerza de coqueterías, de lánguida modestia, la muchacha provoca al lector tanto como a Don Álvaro y, una vez que lo tiene en sus brazos, le dice con tierno gesto de pasión: «Soy el Diablo, Álvaro, soy el Diablo». Se lo enviaré pero antes tiene que leerlo Mistler.

Doy los últimos toques a la novela —el final— y estoy sintiéndome un poquitín hastiado. Es que me asalta otra vez el deseo de escribir teatro. Al final no sé lo que haré y es bastante gracioso, estoy de lo más excitado, he recobrado mi libertad. Cuando esté en París, cogeré todos los *Paris-Soir* de septiembre del 38 para documentarme.

Al margen de esto, calma chicha: desayuno en el Café de la Gare, donde Mistler se reúne ahora conmigo, lo cual me causa tan sólo un placer moderado, trabajo, sondeo, almuerzo en el Café de la Gare, donde Courcy se reúne conmigo para el café, lo cual me resulta francamente desagradable, vuelta al trabajo pero remoloneando, suena a final y a querencia. Después ayuné. Mistler vino un rato a que le diera una lista de libros (incluí Faulkner y Dos Passos). Me hallaba de excelente humor. Estoy solo con Keller porque Paul tiene un agujero en el pantalón y prefiere coserlo en su dormitorio a -5° y no delante de nosotros al calor, por pudor o más bien por una vergüenza muy rara (en suma inmerecida) de su cuerpo.

Amor mío, tendrá que enviarme dinero, estoy viviendo con 100 francos prestados.

---

[2] De Lewis.

[3] De Cazotte.

Mañana le envío libros (Kierkegaard y Shakespeare). Todos los demás (y hay bastantes) suman dos paquetes que Mistler ha preparado esmeradamente, que llevan la dirección de Bost y que mandaré en cuanto tenga dinero. Reserve los 1.500 francos para mi permiso y aparte un poco para su viajecito de febrero.

Cuánto la quiero, mi dulce pequeña, tengo muchas ganas de verla. Beso toda su querida carita.

A SIMONE DE BEAUVOIR

3 de enero

Mi querido Castor

Hoy, dos cartitas suyas encantadas. Encantadas y encantadoras. He disfrutado de sus poéticos días y de su grata noche de año nuevo. Sí, querida pequeña, es usted completamente novelesca; cuánto me complace saberla feliz. En cuanto a mí, bien que desearía tener ocasión de parecerle, a cambio, poético o novelesco, pero en verdad que no soy ni una cosa ni la otra. La guerra ha quedado lejos de mí, como igualmente el «servicio militar» o las «grandes maniobras» que le sirven de sucedáneos, y asimismo el sentido de mi historicidad y mi moral y qué sé yo. Hay tan sólo un mecanismo administrativo algo desordenado pero aun así bastante regular, que marcha a los tumbos y yo estoy cogido en él, seco como un sarmiento. Me parece que soy un meteorólogo civil, que vivo una vida civil que el destino me ha rehusado y para la cual se necesitan aptitudes que no poseo y que intento, aunque remolonamente, adquirir: es terrible los errores que cometo en la comprobación de los sondeos. Pero se compensan unos con otros y apenas si se notan. Ahora, cuando veo papel milimetrado, la vista empieza a gastarme bromas, se para donde le da la gana y yo marco la posición del globo conforme sus caprichos. Es como un sucedáneo de la agorafobia: ante estos grandes espacios cuadriculados pierdo la cabeza y me arrojo como sea sobre un cuadrado cualquiera y casi lo perforo con la punta de mi lápiz para poner fin al atroz suplicio de planear sin punto de vista, como una conciencia desencarnada, por sobre la cuadrícula. De lo cual infiero, naturalmente, que para ser físico hay que ser muy mezquino. Así que en esta empresa soy chupatintas. Imagine, si quiere ver mucho mejor que por cronología lo que hago, un pequeño antro caldeado, orgánico y luminoso, repleto de olores íntimos y de humo de tabaco: es mi jornada diaria —con tres tajitos de aire helado, gris y macilento: los sondeos—. Y, entretanto, el desayuno en el Café de la Gare, confortable pero desprovisto de poesía. Y, al lado de mi función administrativa, actividades técnicas —dar el último toque a la novela— y pensamiento a secas. Anteayer algo sobre la mala fe, hoy una pequeña tirada de 22 páginas sobre el Asco. Incluye esta frase que no me disgusta: «En ese caso, dirá usted, si la mierda nos da asco, ¿es que nos gustaría comerla?». Yo contesto: «Seguro». Todo esto es la felicidad, percátese usted, mi pequeña flor. Pero felicidad seca. Mis grandes alegrías proceden del cuaderno y la novela, en vez de ser vertidas en el cuaderno y la novela. Y me temo que la novela pague un poco las consecuencias de cierta incapacidad mía para emocionarme. Pero bah, puro romanticismo, se puede suscitar emoción sin sentirla uno,

¿no es cierto? Para ser justos, tengo que decir que, hace tres o cuatro días, me asaltó no la emoción sino una especie de aura vaticinante, con motivo del libro de Rauschning, que me había calado hondo; yo *veía* una cierta Alemania, comprendía su papel y su amenaza y sentía mi historicidad, lo cual me permitió comprender mejor a esos tipos de los que usted y yo hablamos a veces y que están todo el tiempo pensando en lo social. No carece de grandeza pero el revés de la medalla es que uno está todo el tiempo por debajo de los pensamientos que uno produce. Porque uno *cree* en ellos. No es que yo no crea en los míos, por lo general, pero a fin de cuentas sé perfectamente que son el producto de mi libertad. Creo en ellos «al infinito», es decir que creo en el sistema que formarían si los cerditos no me comieran. Pero ellos siempre se comen a los tipos un poco antes de que el sistema se haga. Bueno. En mi vida hay una sola estrellita de felicidad húmeda y de poesía, usted y su nieve. No veré su nieve pero la veré a usted, pequeña mía. Vayamos a eso: es seguro, tanto como puede serlo, con los militares, que estaré ahí entre el 25 de enero y el 1.° de febrero. Hubo montones de embrollos y al final se encontró el argumento ideal, el argumento irrefutable: 1.° No puede ser que se ausenten dos sondeadores a la vez, es decir, el 50 % del efectivo. 2.° Los últimos permisos tienen que iniciarse el 15 de febrero, ya que el primer turno debe terminar el 1.° de marzo. 3.° Por lo tanto, siendo Paul el último y marchándose éste entre el 10 y el 15 de febrero, yo debo hacerlo por fuerza entre el 25 de enero y el 1,° de febrero (se calculan 15 días debido a la longitud de los trayectos). Cuando reciba esta carta me separarán de usted, a lo sumo, unos quince o veinte días. A las Z. no hay que decirles nada, A T. le escribí que estaré cinco días, sin aclararle aún que a usted la veré dos días de esos cinco, o sea que nuestro primer plan sigue en pie.

¿Qué más, querida pequeña? Lévy no tuvo mejor idea que vomitar sobre las mesas del College Inn. La grosería me escandalizó; debido, estoy seguro, a todo lo que, desde este sitio, representa para mí ese College Inn en el que he vivido pequeñas citas sentimentales con usted, veladas de pasión con Olga y de solícita galantería con Tania —sin hablar de Bourdin— y, finalmente, gratos encuentros amistosos con la dama. Como ve, la guerra le vuelve a uno sentimental, fue un poco como si Lévy se hubiese limpiado el culo con mis viejas cartas de amor. A decir verdad, aun al contárselo de esta manera vuelve como un eco de puritanismo y de delicadeza de sentimientos, es más fuerte que yo.

Esto es todo, mi pequeña flor. Envíeme con urgencia, si no lo ha hecho aún: *dinero, cartuchos de tinta, cuadernos.* Y también muy rápido libros. Los suyos han sido despachados. Me podría comprar, Junto *con Gilles* y el de Romains, el pequeño volumen de De Rougemont titulado *Journal d'Allemagne,* quiero leerlo después del de Rauschning.

Hasta mañana, amor mío, amor mío querido. La quiero con todas mis fuerzas y ardo en deseos de verla.

Cuando llegue tendrá *seis* cuadernos para leer. Pero están escritos con letra grande.

A Simone de Beauvoir

4 de enero

Mi querido Castor

Hoy no ha habido carta suya. Lo sé, está usted a punto de regresar y la despachará en París. Puede que tampoco la tenga mañana. Es mucho tiempo sin usted, mi dulce pequeña. Supongo que ayer vivió usted su miércoles de soledad, dulce pequeña, y que estuvo de lo más contenta. Sospecho que al final del día fue a ver ladinamente a Sorokine, puesto que la quiere mucho y ella quiere seducirla a usted. Es usted mi dulce pequeña flor y la quiero mucho, mucho.

En cuanto a mí, siempre estas jornadas de un confort seco y sin historias que a todos nos sorprenden un poco. Esta mañana no hacía apenas frío. No fui a desayunar a la cocina del Café de la Gare porque habían vacunado a Keller y por tanto hice el sondeo de la mañana con Paul, después trabajé en la novela, hice también el sondeo de las II, fui a buscar carbón a un patio contiguo a la cocina ambulante. Vamos con un saco vacío en el coche del coronel, no muy contento de que se lo use para esto pero que no dice nada, cogemos el saco, yo lo mantengo abierto, así como las muchachas deben de abrir sus delantales bajo el manzano, y el chofer va echándole paladas de briquetas o de carbonilla, según los días, bajo la mirada tristona de los cocineros que ven desaparecer su carbón. Después, tras llevar este carbón a casa, fui a almorzar. Hoy había relevo, o sea que los cazadores de primera línea bajaban y los de aquí subían. Me dijeron que han pasado mucho frío y que a varios tipos los trasladaron a la retaguardia con los pies congelados. Pero añadieron, con gesto de desprecio por su situación actual: «Así y todo estábamos muchísimo mejor que aquí». Ignoro por qué. Luego supe por Mistler que la 70.ª división tenía su «rojo». Es un tipo que peleó en España, volvió, y el tiempo le alcanzó justo para regularizar su situación casándose con su amante, de la que tenía un chiquillo. Después partió para esta guerra. Su hijito acaba de morir. Tras lo cual el capitán de gendarmería lo hizo llamar, lo acosó a preguntas y hasta lo acusó de propaganda derrotista. El desdichado no está para esas cosas, la muerte de su hijito lo tiene completamente abatido y esta nueva guerra lo ha dejado atónito. Seguro que lo enviarán a un batallón disciplinario —nueva unidad en vías de constitución—. He estado leyendo el *Diario* de Stendhal pero, cosa curiosa, ahora me crispa un poco. Lo encuentro (en el 3.º volumen) muy fatuo y preocupado más que nada por las apariencias. Y además su historia con la señora Daru es ridícula. Pienso que el 4.° volumen, en Italia, volverá a entusiasmarme. Después trabajé hasta las cuatro, hice el sondeo y luego un gran jaleo aquí: tuve que ir a buscar la cena porque Keller está rebajado de servicio por 48 horas a raíz de su vacuna. Después vino Mistler, tímido y discreto, para justificar su presencia siempre está ofreciendo algo o prestando un servicio. Esta vez nos traía queso de cabra y coñac. Bebimos y comimos. Yo lo aterrorizo y violento un poco explicándole cómo sería una dictadura de la libertad y cómo obligaría yo a la gente a ser libre alternando razonamientos y atroces suplicios. Está excitado. Me traía *Le Nouvel Age* de Valois, ese diario que usted tiene que leer y que no lee, pequeña malvada. Ahora se ha marchado (es divertido, recibimos en casa. Atractivo de sus moradores aparte, lo que más evoca este local de los sondeadores, por su estrechez, su suciedad, su confort entre la mugre, su relativa independencia, sus ocupantes estrictamente masculinos, y esta mezcla de trabajo y recepción y su carácter colectivo, es un cuartucho de estudios de la Escuela Normal). Mistler se ha ido y Hantziger toca al piano sus valses de preguerra, se acuerda uno de los primeros cines, aquellos que usted no conoció y en los que una pianista secundaba con valses las

hazañas de William Hart. Y aquí estoy, mi querida pequeña, y le escribo.

He enviado los libros. Pero por su parte envíe dinero. Tuve que pedir prestado a Mistler y Paul, necesito pasta sin falta. Envíe también los cartuchos de tinta para estilográfica, éste es el penúltimo. Y si no, no se sorprenda, pobrecita, mi buen Castor, si dejo de escribirle del todo por falta de materia prima.

Hasta pronto, querida pequeña. Ahora escribiré a T., que me colma con cartas apasionadas. He pasado al rango de bella leyenda enternecedora para T. Le embellece la vida, le resulta virtuoso y poético, nunca me quiso tanto. En cuanto a mí, sigo sintiéndome de piedra.

Cuánto la quiero, pequeña mía, me entristece mucho que haya tenido que dejar esa nieve en la que era usted tan aplicada. Este año parece haber progresado una barbaridad.

La beso, dulce pequeña, con toda mi ternura.

A Simone de Beauvoir

5 de enero

Mi querido Castor

¿De manera que ha regresado? Hoy he recibido de usted, en el espacio de dos horas, una carta, un telegrama y un paquete. Con el telegrama tiene suerte de que la censura lo haya dejado pasar. Porque ¿como se le puede ocurrir escribirle a un militar «en sector»: «Envíe el Shakespeare con urgencia»? Huele a espionaje que da miedo. Pero ha salido, el Shakespeare, mi dulce pequeña. Salió con *El concepto de la angustia* anteayer y supongo que ha llegado hoy y que usted ha salido de apuros. Gracias por los libros. Fíjese que hace unos quince días me entraron ganas, ya no recuerdo por qué, de leer una biografía de Heine. Ah, sí, habrá sido al leer en el libro de Cassou sobre el 48 que estaba ligado a Marx. Y luego su carta de hoy avivó aún más este deseo y ya me disponía a escribirle que me la enviara cuando, precisamente, hela aquí, dulce pequeña flor. Ya he leído treinta y tres páginas con interés. Está bien hecha y es interesante el esfuerzo —que evidentemente se imponía— de situar cada acontecimiento en un marco social. Por ejemplo, en vez de decir, como cualquier biografía corriente: «El pequeño Heine era el preferido de sus tías», añade «por ser el mayor, el heredero masculino destinado a cantar la bendición de los muertos». Se perciben claramente los firmes cimientos de aquellas curiosas familias judías. Así que muchas gracias, estoy encantado, adorable pequeña. Encantado también —pero ahora formidable-mente— con los dos gruesos cuadernos. Hasta el punto de que se me ocurren ideas para acabar más pronto el infame pequeño que estoy llevando y pasar más pronto a estos dos espléndidos, tan gruesos, tan suaves, con su canto azul noche. Ah, claro, sólo cosas bellas han de escribirse en ellos, pues si no ¿qué? Sepa que si llego a París el 20 o el 25, tendrá nada menos que cinco cuadernos para leer: dos pequeños, dos medianos y uno de los que me acaba de enviar y también un trocito del otro. La tinta también era muy necesaria; figúrese que con el cuaderno, las cartas y la novela termino un cartucho cada día y medio. En mi vida he escrito tanto.

Hoy he hecho una nueva peregrinación, pero no ya para inspeccionar sino más bien con la intención de humedecerme un poco, de perder un poquito de esa sequedad de los últimos días. Salió a pedir de boca, aunque los dos trayectos me hayan dejado insensible; hacía frío en el camión y además el conductor no era simpático. Pero la ciudad misma, tan fea, tan alemana, poseía para mí esa poesía de rostro tumefacto que tenía Berlín. Anduve por sus calles haciendo compras, compré para uno y para otro aceite gomenolado, pasta dentífrica, agujas grandes, plantillas, lanas, qué sé yo. No pensé ni sentí nada demasiado interesante, pero el paseo me devolvió mi pequeña poesía interior. Prescindo muy bien de ella durante ocho días, pero después empieza a faltarme. En el fondo no se necesita mucho y el lugar importa poco. Simplemente un poco de soledad. Estoy menos solo que nunca. Seguimos siendo tres en el cubículo. Y en estos momentos el restaurante está atestado: es el relevo y los cazadores que bajan del frente se regalan, los primeros dos o tres días, con platos especiales. Después vuelve la calma. Pero esta mañana al volver de mi peregrinación y ayer, tenía un minúsculo trocito de mesa para mí y para colmo, la rodilla de un cazador contra mi rodilla y la cartuchera de otro en el trasero. No obstante pude leer a Stendhal, que en este período me gusta cada vez menos. Al final hay una turbia historia de matrimonio que no huele bien, más aún porque para esa época él estaba con Angelina Bereyter —y que usó el pretexto de sus compromisos matrimoniales para declararle su ardiente amor a la señora Daru. Y además, vaya la gente que frecuenta y los ineptos que son. No, no me gusta nada. Pero puede que se tratara de un «período malo». Yo en mi vida he pasado montones, y usted sabe que el año pasado, en cuanto a sinceridad de sentimientos, no me comporté mejor.

Con todo esto soy feliz. Primero, cada día me acerca a usted, así que espero el siguiente con placer. Amor mío, en mucho menos de un mes estaré en París, entre sus brazos, es formidable. Pero como escribía ayer a T., sé a ciencia cierta que la recobraré a *usted,* que la recobraré a *ella,* pero ya casi no puedo concebir que recobraré por un tiempo mis holganzas de épocas de paz y un tiempo del que no debo dar cuenta a nadie y una cierta manera de vagar por las calles sin que exista una razón precisa para ir a este sitio antes que a aquel otro. Esto supera a la imaginación. La quiero, pequeña mía; no nos dejaremos devorar y será un espléndido permiso. Asimismo, si espero el día siguiente es *por él mismo,* porque siempre contiene algo placentero. Por ejemplo, hoy era el día en que iría de peregrinación en busca de mi poesía perdida. Mañana es el día en que leeré la vida de Heine, en que explicaré lo que pienso del *Diario* de Stendhal en mi cuaderno, en que acabaré de corregir las últimas páginas de mi novela. Etc., y no hay día en que no esté de lo más atareado y contento de despertarme. Me precipito al exterior de mi frío dormitorio y voy a vestirme en el cubículo, que ha conservado un poco del calor de la víspera, y después hago un examen panorámico, es decir que bajo a orinar sobre la nieve junto a una estaca de la que cuelga una bandera negra y mientras orino observo la dirección de la bandera. Tras lo cual emprendo el regreso, con la cabeza apuntando al cielo, evalúo el resultado de mis observaciones y los telefoneo. Después, el desayuno, el resto ya lo conoce.

Le envío una carta —¿de Tania o mía?— que la pondrá al corriente de mis chanzas epistolares. Una vez Tania estuvo sin responder y le envié esto con un sobre a mi nombre. Pero era un retraso del correo. Entonces escribí: «Tómalo como una broma de mal gusto». Furiosa, Tania lo llenó lo peor que pudo y acto seguido corrió a echar una carta al correo diciendo: «Fue una broma un tanto exasperada». De suerte que he

recibido esta carta cuya escritura me resultaba antipática y vagamente familiar; me intrigaba y al final me dije: es mía.

Esto es todo, pequeño Castor. Me ha escrito usted cumplidamente y no esperaba cartas hoy y he tenido de sobra. No puede figurarse cuánto la quiero, chiquita toda cubierta de nieve. La estrecho entre mis brazos con todas mis fuerzas.

Carta enviada por Tania

Se ruega tachar las respuestas que no correspondan a la realidad.

	~~una suripanta~~
Ejemplo: Soy	una lucecita
	~~un payasito~~
Mi	
	~~Bien~~
Me porto	~~Bastante bien~~
	Mal
Trabajo	~~Un poco~~
	Nada
	~~Algo de afecto, todavía~~
Me inspiras	~~Una grande y sólida indiferencia~~
	Odio
	~~una suripanta~~
Soy	una lucecita
	~~un payasito~~

Y COSAS PEORES

	~~te beso~~
Yo	~~te estrecho la mano~~
	no te saludo

Firma

NO PIENSO FIRMAR

A SIMONE DE BEAUVOIR

6 de enero

Mi querido Castor

Dos cartas suyas, hoy. Me fastidia que no haya recibido las que le mandé a Megève. Eran muy afectuosas, ¿sabe?, y le decía cuánto la quería. Espero que haya recibido los libros. Yo recibí el giro esta mañana, saldé mis deudas con los muchachos y todo arreglado.

A causa del permiso estoy en plena polémica con mi madre, pero sobre una cuestión insignificante: por propia iniciativa me ha escrito: «¿Te cambiarás en casa o en otro sitio?». Lo cual imponía esta respuesta: tendré una habitación en el Hôtel Mistral pero me cambiaré en tu casa. Ella aceptó la cosa sin comentarios y, al parecer, dándola por obvia. Sólo que la digna mujer quiere comprarme un pantalón a toda costa y yo no quiero, lo que yo quiero es mi bonito traje sport de casa Alba. Estamos en unos tratos bastante acalorados. Como es lógico, ella se ofrece a pagar el pantalón. Pero yo quiero que la pobre mujer se ahorre su dinero. Como es igualmente lógico, mis respuestas han de ir envueltas en el misterio a causa de mi padrastro.

Jornada nula y estudiosa. Debido a la niebla, ni siquiera hubo sondeo. Trabajé en la novela. La escena con Daniel, la del final, es tremendamente delicada. Figúrese, él le anuncia a Mathieu, a la vez, que se casa con Marcelle y que es pederasta. Es como para dejar alelado a cualquiera, y además la situación exigiría que Mathieu planteara montones de preguntas ociosas mientras que la economía del capítulo lo imposibilita expresamente. Estoy saliendo del apuro pero lleva tiempo. He escrito, como treinta páginas en su precioso cuaderno azul noche. No, inspirada pequeña, no es demasiado grueso. Cabe en el bolsillo y es un placer escribir en él. Era sobre el *Diario* de Stendhal —lo que pensaba de él, mal—. Leí la vida de Heine (el comienzo) y me inspiró unas curiosas reflexiones. Como en mi fuero interno lo aplaudía por haber sabido asumir su condición de judío, y advertía con luminosa claridad que judíos racionalistas como Pieter o Brunschvick eran inauténticos porque se consideraban primero hombres y no judíos, rigurosa consecuencia de ello fue pensar que debía asumirme como francés; lo hice sin ningún entusiasmo y, sobre todo, como algo desprovisto de sentido para mí. Sólo una conclusión inevitable y evidente. Me pregunto a dónde se llega por este camino y voy a ocuparme de todo ello mañana. Desde que acabé con mi complejo de inferioridad frente a la extrema izquierda, descubro en mí una libertad de pensamiento que no había conocido nunca; también frente a los fenomenólogos. Me parece que estoy en camino, como dicen los biógrafos a la altura de la página 150 de sus libros, de «encontrarme». Con ello quiero decir exactamente que ya no pienso ateniéndome a determinadas consignas (la izquierda, Husserl), etc., sino con total libertad y gratuidad, por curiosidad y desinterés puro, aceptando de antemano que hasta me reconoceré como fascista si llego a ello a través de razonamientos justos (pero no tema, no creo que sea una posibilidad a considerar). La cuestión me interesa y creo que, además de la guerra y el replanteo, la *forma* cuaderno tiene mucho que ver; esta forma libre y deshilvanada no se deja avasallar por las ideas anteriores, escribe uno cada cosa al capricho del momento y saca conclusiones cuando se le antoja. De hecho, aún no he releído mis cuadernos globalmente y he olvidado multitud de cosas que había puesto

en ellos. En el fondo, tal es la ventaja de los *Propos* que Alain pondera tanto pero aprovecha tan poco, aquel sistemático.

M. me ha escrito. Está en trance de volverse loco, esto va con él, pero preferiría no estar ahí cuando se produzca porque es un sujeto hercúleo y no me veo desempeñando con él el papel que desempeña usted con Ballon. Cuando digo loco exagero; los síntomas son: humor sombrío, dolores de cabeza, y algo que él llama «anemia cerebral» y que a todas luces esconde trastornos mentales. Pone esta misteriosa frase: «Veo que Paulhan te publica paralelamente con Mauriac». ¿Qué habrá querido decir? Mire a ver si por casualidad no apareció por fin el Giraudoux en la *NRF de* enero. Bueno, pequeña. Escríbame si comprende que debemos asumirnos como franceses (sin relación a priori con el patriotismo, claro), espero ansioso su opinión.

Pequeña mía, me gusta tanto hablar con usted. Fíjese, no tenía nada que decir y escribo cuatro páginas por el placer de escribirle. ¡Ah, qué ganas tengo de verla, mi pequeña flor!

La quiero.

A SIMONE DE BEAUVOIR

7 de enero

Mi querido Castor

Se acabó la risa, Pieter ha vuelto. No para de hablar desde las dos de la tarde. Todo agitado, se levantaba cada «cinco minutos». «¿No crees que debería ir a saludar a los secretarios?» «¿No crees que debería ir a saludar a los radiotelegrafistas?» En cada ocasión le exhorté vivamente a que lo hiciera: mientras estaba allí, no estaba aquí. Ebrio de palabras, no tuvo más que un momento de desazón —es típico—, cuando se ausentó cinco minutos para llevar sus morrales al dormitorio: «Estaba oscuro —dijo—, no había nadie, me dio impresión». Sé a ciencia cierta que yo, cuando vuelva, sólo en mi habitación cerrada me sentiré cómodo y que serán sus jetas las que me amargarán. He aquí su tinta, dulce pequeña. ¿La reconoce? Es del azul de los mares del Sur.

Pero tan deleitosa sin duda que el papel se la bebe un poco. Pero es un detalle. Figúrese usted que con esta tinta y a pesar de Pieter, desde ayer a la mañana he escrito 81 páginas del primer cuaderno azul noche. Azul de los mares del Sur, sobre azul noche. Figúrese si era hermoso. Las 39 páginas de hoy tratan de mis relaciones con Francia. Sólo una crónica, el género que a usted le gusta. Todavía estoy en la crónica pero mañana haré la teoría. Aunque temo un poco que la llegada de Pieter me haga perder tiempo. Por ejemplo, en este momento son cuatro en esta pequeña habitación, Mistler, Pieter, Keller, Paul. Paul y Keller no dicen nada, como de costumbre, pero Pieter le está hablando a Mistler y vaya que hace falta concentración para escribir sin oírle. Solamente he escrito en el cuaderno, no he trabajado en la novela ni he leído nada. Desde mañana pondré orden en todo esto, aun a riesgo de ser grosero. Por hoy, vaya y pase: era el regreso.

Aparte de esto, día tranquilo pero sin el mérito de ser estudioso. No me gusta, estoy un tanto irritado ahora. Recibí una carta suya, amable pequeña... (Tuve que parar de

hablarle para increpar a Pieter que no dejó de hablar en media hora. Mistler se había marchado, Keller y Paul leían, y yo escribía y este animal se las ingeniaba para hacer preguntas del siguiente estilo: «A propósito, y la comunicación del ONM sobre los 95 francos, ¿el capitán Munier la contestó? etc.». Yo le dije: «Pieter, ¿quieres un libro?». Cabreado por su vuelta del permiso, él: «No estoy hablando contigo, Sartre, hablo con Paul». «Es que estás fastidiando a Paul, Pieter, ves perfectamente que está leyendo.» «Paul es bastante mayorcito para decirme si lo estoy fastidiando. Te ruego, Sartre, que no te metas más que en las relaciones que nos conciernen directamente a ti y a mí.» «Es que yo hablo en nombre de todo el mundo, Pieter, si supieras lo tranquilos que estábamos cuando estabas fuera.» «Yo hago lo que se me antoja, Sartre —repitió él diez veces con la obcecación de un carnero rabioso—, hago lo que se me antoja. Bien que se te antoja a ti dejar tirados tus mugrientos pañuelos sobre la mesa de noche.» «Vale, está bien, hagamos un pacto, Pieter, yo quitaré mis pañuelos pero tú cerrarás el pico.» «Yo no hago pactos.» «Porque no eres capaz de cumplirlos.» El altercado paró de golpe, en ese preciso momento, ignoro por qué: hay paros bruscos así. Como si se le hubieran acabado las fuerzas. Los otros no dijeron ni pío. Keller, que lo detesta, se habrá sentido ladinamente contento de que lo pusiera como un trapo. En cualquier caso, desde ese momento, es decir, desde hace diez minutos, hay un silencio total, algo es algo. Debe ser triste para él recibir una bronca apenas vuelto del permiso, pero había demasiado contraste entre mi absoluta tranquilidad de ayer y este ruido de chicharra de hoy. Mala suerte.) Así que cierro el paréntesis. Lo cierro con una conclusión pesimista, además, porque se estará tranquilo hasta que nos acostemos pero mañana empezará a piar de nuevo, es un pájaro. Recibo una divertida carta de Tania sobre la mujer lunar, que «aspira a ser una leona de esta posguerra como Youki lo fue de la del 19» y que lo intenta de antemano, como puede usted ver. Quiere plantar a Blondinet por el pintor argentino y ruega a Tania que lo vea una que otra vez y que cuando estén a solas le hable bien de ella. Me parece una ingenuidad. Parece que en casa del pintor estaban esas dos piernas saliendo del gramófono que vimos en la exposición surrealista. Así ha sido la jornada, pequeña mía. Lamento no haber podido leer más de la vida de Heine, está bien escrita.

Mi pequeña, mi querida pequeña. Sin embargo algo me pasó con la vuelta de Pieter. Me hizo ver París muy próximo, primero a través de él y segundo porque pronto iré yo también. Usted comprende, como él ha vuelto, al parecer ya no hay razón *válida* para que yo siga aquí (de hecho la hay, el orden de los permisos, pero es que tengo la ilusión afectiva de que salgo después de Pieter), por tanto nada más que un vacío amorfo me separa de usted, es deprimente y excitante a la vez y al final por eso traté mal a Pieter, creo. La quiero tanto, pequeña mía, tengo tantos deseos de llevar su bracito bajo el mío y de pasearme con usted. La beso con todas mis fuerzas.

A SIMONE DE BEAUVOIR

8 de enero

Mi querido Castor

Hoy todo marcha mejor que ayer, hemos integrado a Pieter, está atontado y ya no habla. Pero antes le dio por roncar la noche entera, este tipo es una auténtica máquina de hacer ruido. Silbé, pero en vano, entonces cogí la mesa por una pata y me puse a dar golpazos contra el parqué. Pieter gemía como un cervatillo y un instante después el ronquido salía en busca de sí mismo y entonces, cuando se encontraba, se reavivaba de nuevo. Yo volvía a golpear y la escena se reproducía. Por último, hice cabalgar la mesa tan fuerte que él se incorporó de un salto, cogió su linterna, la encendió y la clavó en mí, enloquecido, mientras yo cerraba los ojos y simulaba dormir como un ángel. Se volvió a dormir inmediatamente pero ya no soltó más que unos débiles gañidos suavísimos y arrulladores. Logré conciliar el sueño a las cuatro de la mañana y me levanté a las seis y media, ahí tiene por qué me apresuro a escribirle, aunque aún no sean las ocho, tengo miedo de quedarme dormido. Se habrá reído mucho, el otro día, con los graves elogios que concedí a Heine por su fidelidad israelita, usted que sabía que un año después se bautizó para lograr un despacho de abogado. Pero no importa, esta renegación *en balde* tiene su interés, pues fue realmente una cochinada gratuita. El libro es de veras fascinante, tiene usted razón, aunque quizá se deja un poco de lado la persona de Heine por su *situación.* De todos modos uno lo ve, se da cuenta cómo era, en líneas generales. Lo que faltan son los detalles. A mí me resulta muy judío y parecido al Rosenthal de *La conspiración* (un poco), y me hizo cobrarle aprecio a Nizan. Y desear leer las *Obras completas* de Heine en alemán, pero esto será para la paz. A propósito de la paz, una buena noticia: es seguro que en un plazo de 2 a 3 meses llamarán al interior a todos los mayores de 30 años. El papeleo ha comenzado aquí mismo hoy. Nosotros estamos aparte, la cosa la hará el ONM, pero en fin, ve usted que estamos en buen camino. Por tanto, concluido el S.P. y todo lo que le sigue. Sin duda aprecia usted las ventajas, dulce pequeña. Creo que puede empezar a celebrarlo, con, naturalmente, toda la prudencia que se impone tratándose de decisiones militares.

Hoy no hubo carta de usted, ni de T. Supongo que es otro atasco; sólo una cartita de mi madre. Fíjese que ahora los restaurantes están cerrados hasta las 5 de la tarde, de manera que ya no puedo almorzar fuera. He comido judías blancas aquí, sin melancolía. Sólo fui a tomar un café al Correo, clandestinamente. Porque el correo se ha instalado en un pequeño hotel malva situado entre la ciudad y nuestro hotel. La sala de la derecha está ocupada, abajo, por los encargados, la de la izquierda sigue expendiendo café. Uno pasa entonces por la primera, pregunta al descuido por las cartas, gana la puerta del fondo y se introduce en el café, que está con el cerrojo puesto y las persianas cerradas pero lleno de clientes que juegan a las cartas y se emborrachan apaciblemente en la penumbra. Se fueron marchando poco a poco y yo me quedé solo, escribiendo mi cuaderno, con otros cuatro delincuentes que eran los tipos de la guardia de ayer. Anoche, en su condición de soldados de guardia, entraron en este mismo café para echar a los delincuentes, pero al otro día, liberados de sus obligaciones, delinquieron ellos. Escribí, como usted sabe, sobre Francia. La teoría está lista y bien lista, pero tranquilícese, no me he vuelto fascista ni mucho menos. He visto claro y creo que pensará usted como yo. Además siempre se trata de lo mismo: historicidad, ser-en-el-mundo, *mi* guerra, etc. Ya he llenado la mitad de un cuaderno azul noche pero aún tengo para rato, pues me queda uno grande y encima el otro día compré cuatro pequeños. Le llevaré seguramente seis y tal vez siete u ocho, no le faltarán lecturas. Sabe usted quizá que también tengo una teoría de la conciencia/nada; pero no está a punto. Total, que estaba escribiendo sobre la patria cuando golpearon sonoramente a la puerta

del café e intentaron abrirla varias veces. Los cuatro delincuentes se irguieron, mascullando: «¡Los polis, los polis!». Eran, en efecto, los gendarmes haciendo su ronda de inspección. Tuvieron que pasar por la puerta de atrás, y entretanto nosotros trepábamos al primer piso del edificio con los vasos de cerveza y el aguardiente y las tazas de café y entrábamos en una oficina del servicio sanitario ante el estupor del tipo. Como los gendarmes no se iban nunca, acabé bajando de nuevo tranquilamente y pasando otra vez por el correo, pero en el barullo perdí un guante, pues justo lo estaba buscando cuando llegaron los gendarmes y la patrona me empujó hacia la escalera por el hombro sin darme tiempo a encontrarlo. También he acabado el último capítulo de *La edad de la razón,* volveré un poco sobre el precedente y después escribiré un pequeño monólogo de Boris que va mucho antes y será el momento de partir con permiso. Hasta la vista, mi adorable pequeña, amor mío querido. Haga sus planes para que veamos todo lo que hay que ver y seamos felices. La quiero.

A SIMONE DE BEAUVOIR

9 de enero

Mi querido Castor

Hoy he recibido una carta suya. Pero una sola. Una sola de T. Las de ayer faltan, parece. Puede que las reciba mañana. En fin, sé lo que está haciendo. Así que ha visto a Merleau-Ponty, me divirtió lo que me cuenta de él porque prueba que en Francia se practican los mismos métodos que los periódicos censuran tanto cuando son alemanes. Parece hallarse usted bien de salud y de humor, y su alegría me satisface. Sí, querida pequeña, pronto nos veremos; tengo tantas ganas.

Pero fíjese que hoy estoy pasando por una pequeña crisis de duda sobre mí mismo. El hecho no es tan frecuente que no merezca la pena de ser contado. Se debe a una multitud de pequeñas causas. Acabo de terminar *La edad de la razón,* hoy. Quedan diez líneas por corregir, será una hora de trabajo mañana y me siento un poco aturullado. Me digo: sólo era esto, y lo encuentro limitado, muy limitado. Es posible que el libro haya sufrido un poco, no directamente de la guerra, sino de mis cambios de opinión sobre todas las cosas. Todo este tiempo me sentía un tanto seco a su respecto y, cosa curiosa, en particular desde que usted leyó las 150 páginas de noviembre. Aunque me dijo que le gustaba. No sé bien lo que me sucedió. ¿Será que tengo que cambiar la personalidad de Marcelle? En fin, es eso, me disgusta, hubiera deseado que estuviese bien y que fuese *sincero.* Entiéndame, sé perfectamente que en una novela se miente todo el tiempo. Pero al menos se miente para ser veraz. Y tengo la impresión de que toda mi novela tiene algo de mentira gratuita. Ah, y encima hace un año y medio que estoy en ella, hay motivos para sentirse un poco saturado. Entonces volví a leer mis cinco cuadernos y no me dieron la buena impresión que tenía por segura. Me parecieron desdibujados, llenos de formulismos, y que las ideas más claras eran repeticiones de Heidegger, y que en el fondo desde septiembre, con el asuntillo de «mi» guerra, etc., no había hecho más que darle largas a lo que él dice de la historicidad en diez páginas. A todo esto sigo leyendo la vida de Heine, que me atrapa tanto como a

usted. Pero ahora que soy un tipo «maduro», las lecturas de biografías ya no me producen aquella excitación gozosa y directa que sentía diez años atrás. En realidad me deprimió un poco. Me juzgué más bien fútil ante este tipo que ha hecho muchas cochinadas y que adolecía de una gran debilidad de carácter, pero que vivió, como decía usted, tan formidablemente en situación. En cuanto a mí, bien sé que necesité la guerra para descifrar un poco mi situación, y advierto también que no tengo gran talento para eso: no es que me falte buena voluntad, pero también me haría falta ese sentido histórico que él poseía. En fin, esta noche estoy pequeño y modesto, amor mío. Supongo que mañana ya no lo estaré y que la carta en que se esforzará usted por demostrarme que soy un tipo estupendo, en modo alguno tan despreciable, me encontrará en el pináculo de mí mismo, y que las pizquitas de restricciones que podrá sugerir más bien me ofenderán un poco. Me pregunto qué voy a escribir ahora. Sería sensato continuar, en un sentido. Pero si me repele, en otro sentido, no es muy razonable. ¿Y qué puedo escribir? Lo estoy pensando.

No se preocupe mucho por esta crisis de modestia: apenas sí supera el nivel del ir y venir cotidiano.

Al margen de esto, nada nuevo, siempre haciendo de monje. Hoy hubo helada, de modo que sólo salí para ir a buscar el rancho. Se hubiese reído de verme por los caminos con escudilla, botellón y linterna, caminando a pasitos de vieja. La auténtica alegría del día ha sido su carta. Más fuerte que de costumbre porque ayer no había tenido nada suyo. Cuánto la quiero, pequeña mía.

La beso con todas mis fuerzas, amor mío.

A Simone de Beauvoir

10 de enero

Mi querido Castor

Ayer le escribí una cartita muy modesta. Hoy no queda nada de eso. No estoy, ciertamente, delirante de orgullo, pero he recobrado los sentimientos adecuados, es decir que hago lo que debo hacer sin pensar en mí para nada. Hoy hacía un viento descomunal (60 km por hora) y encima hacía −12°. Imagínese los sondeos que se realizan, como tiene que ser, en campo abierto, y esas trombas de aire helado que se nos echaban encima y se nos filtraban hasta el estómago. Era absolutamente extraño, bajo el cielo perfectamente puro de un persistente color rosa, toda esa tierra prohibida en torno a la casa, mordiendo, arañando y picando en cuanto uno salía. A estas horas sigue maullando aún en nuestras ventanas, y un arroyito de frío se cuela por el intersticio de una de ellas. Esta mañana, a las ocho, volví de sondear con el brazo congelado hasta el codo. Después, al sacudirlo, me producía esas sensaciones de fuego artificial seco que se sienten al golpearse «el hueso de la música» contra el brazo de un sillón. Pero créame que todo esto es *divertido,* da impresión de lucha y sobre todo de escenario natural en pleno. Agréguele la helada, que nos hace andar pisando huevos. No obstante sigo negándome a ponerme el capote, es una cuestión de honor. Pero entonces, dicen los demás, ¿cómo puede ser que afuera disfrute tanto del frío y dentro no lo soporte?, cómo

es que su habitación siempre tiene que estar a 18° o 20°? Conozco la razón, la he escrito en mi cuaderno. La leerá usted.

He aquí el cuadro de la jornada. Y mis únicas salidas, pues el restaurante sigue cerrado. Como estos días resulta que la comida del regimiento está infame, almuerzo y ceno un trozo de pan. Unido a mi régimen, cuando llegue a París estaré hecho un alambre. Se acerca, amor mío, el ritmo de los permisos se está acelerando; quedan unos escasos quince días y ya está. Casi no pienso en otra cosa. Esta mañana terminé la novela. Pero terminé del todo, no volveremos a hablar de ella hasta París. Y esta tarde medité largamente sobre una obra de teatro. Pensaba en una ciudad sitiada, en pogroms, qué sé yo. El tema propiamente dicho no aparecía. Pero de golpe comencé, ¿a que no sabe qué? Los cuentos para el tío Jules. Primero con una especie de remordimiento, por su frivolidad. Pero después se me ocurrió meter un montón de cosas en forma jocosa y al final me divierte mucho y me tiene un tanto excitado. Le doy el la, empieza así:

«Mi tío Jules entró aquella mañana en mi habitación y me dijo: "Sobrino, tu dinero es robado"».

He pensado escribir esto entre los dos permisos (si el género la complace, lo que me dirá dentro de quince días), resultará un curioso librito gratuito, finalmente, en la línea de *Er l'Arménien* y *Légende de la Vérité,* pero justamente, como ya no tengo ninguno de los defectos que hacían insoportable este género (simbolismo, manierismo, etc.), me pregunto qué irá a salir. Éste ha sido el suceso del día. Y aparte, lecturas: el *Diario* de Stendhal (IV) que vuelve a estar de lo más encantador, y también una inepta *NRF* de enero, sin mi artículo, que me han enviado con un largo e insípido poema de Mauriac, un Cocteau alicaído, un Aragón que sólo he hojeado y que parece pésimo. Eso es todo. Una larga carta de mi adorable Castor, nada de T., quien sin embargo ayer me escribía: «Te quiero con generosidad (no te rías)».

Esto es todo, mi queridísima pequeña, mi tierno Castor, cuánto, cuánto la quiero, es usted mi querido corazoncito. Dentro de quince o veinte días la veo.

Cuando envíe los libros, tendrá usted la bondad de incluir dos blocs de papel igual a éste.

A SIMONE DE BEAUVOIR

11 de enero

Mi querido Castor

Acabo de dar un cursillo de literatura norteamericana para Mistler, cosa de hablar un poco. Y ahora aquí está, a mi lado, leyendo el *Diario* de Stendhal y riéndose como un bendito con esta placidez interior que lo caracteriza, cercana al atontamiento. Hace mucho calor en nuestra sala, pero es el último día. No queda una sola briqueta de carbón en todo el contorno, ignoro cómo nos arreglaremos pues afuera hace —12° o —13°. Con todo es más bien excitante, para un candidato universitario a la reciedumbre. Sólo que hay un detalle, y es que dejaré de escribir. Primero que un cuerpo aterido es poco propicio a las ideas, segundo que mi mano congelada no podrá sostener la pluma. En fin, ya veremos. Sin embargo estoy en vena, aunque desconfío mucho de lo que

hago. Cuando le hablaba de Faulkner a Mistler, me sentía como una valkiria caída con el librito satírico que estoy escribiendo ahora, y todas sus historias de sangre y crímenes me parecían la única literatura seria. Después de todo no está mal probar unos veinte días. Al cabo de estos veinte días, usted juzgará. He aquí lo que se me ha ocurrido. Se trataría de un pequeño volumen de crítica literaria en el que expondría las leyes de los diversos géneros. Habría, naturalmente, diálogo, discusión sobre géneros y, finalmente, la historia, para ilustrar: 1.º un cuento de hadas (para distinguir el cuento de hadas alegoría —Maeterlinck— del auténtico cuento de hadas popular); 2.° el relato; 3.° el cuento; 4.° el capítulo de novela. Exposición del género y después historia narrada. Empiezo justificándome por escribir obscenidades y explicando lo que es una obra literaria en general, todo esto en forma de paradojas en broma que a todas luces amenazan con poner los nervios de punta. Usted verá y juzgará. En cualquier caso, al escribir este diálogo me pruebo que tengo materia para un excelente diálogo teatral. Tengo el sentido de ese diálogo. Sólo falta que se me ocurra un tema. Lo he dejado para cuando acabe *Histoires de l'oncle Jules.* Dígame no obstante si a priori desconfía o si me alienta. Es de un bello estilo simple. Pero es increíble lo *fácil* que resulta escribir en bello estilo simple. Diez veces más fácil que escribir en el estilo rudo y farfullante de *La edad de la razón.* Ahora comprendo por qué yo soy un sufridor y los otros no. Es que he adoptado para mis novelas un estilo que tal vez no sea mejor ni peor que los demás pero que, sencillamente, es más difícil. Esto por la inteligencia. Desde luego, he dejado de trabajar en el cuaderno, no tengo tiempo. De todas formas, tendré que poner una o dos cositas más, lo haré mañana. Por poco que la guerra continúe, volveré con cincuenta volúmenes y tendré que dedicarme a descansar el resto de mis días.

En cuanto a la vida aquí, no fue mucho más que un largo baño de calor, interrumpido por fugaces relampagueos de cólera que hacen decir a Pieter: «la convivencia es difícil» y atravesado por glaciales lenguas de frío (sondeos o bien cuando vamos a buscar la comida) pero no desagradables. Por hacerle caso a Pieter, a mediodía nos pusimos en marcha hacia el Café de la Gare, pero estaba cerrado y tuvimos que desandar lo andando en medio de un frío que nos perforaba los oídos. Para que vea la ociosidad de comadres en que se ha sumido toda esta gente, sepa usted que la frustrada tentativa fue la comidilla de todo el día. Quienes nos vieron partir querían saber a dónde íbamos o bien, si lo sabían, soltaban sus pequeños comentarios. En síntesis, he comido pan y chocolate y cenado lo mismo, porque el rancho era un desastre. Hace tres días que vivo a pan y chocolate, si no vuelvo hecho un alambre es que no hay Dios. Tranquilícese: de noche el restaurante está abierto y si tuviese hambre podría darme una vuelta.

Pero son mis mejores horas de trabajo y en definitiva me gusta más quedarme aquí.

Esto es todo, mi dulce pequeña, todo. Si supiera las ganas que tengo de verla. Todo este tiempo se me aparece como un epílogo un tanto verboso antecediendo a mi viaje a París. Además confundo vagamente el Permiso con la Paz, al no ver más allá de esos diez días. No es tanto que imagine que durarán indefinidamente, sino más bien que no imagino mi vida continuando después de ellos. Acaban en un límite definitivo y un tanto trágico que podría ser tanto mi muerte como mi vuelta al sector. Pero ¡qué hermosos y gratos resultan de lejos! ¡Qué mujer más amable es mi madre!, se la ve de lo más tranquila; parece muy decidida a dejarme llevar mi ropa clara. Así que por ese lado todo marcha bien. Y usted, pequeña mía, la veré y hablaré largo y tendido con usted y sacudiré su bracito. Nos acostaremos temprano, pues a las once nos echarían de todos

lados, pero nos levantaremos a lo militar a las siete de la mañana e iremos a correr por todas partes. Cuánto la quiero.

La quiero, dulce pequeña, la quiero con todo el corazón.

Bost es un valiente y un excelente muchacho.

A SIMONE DE BEAUVOIR

12 de enero

Mi querido Castor

Se acabó, hace un momento rompí las seis primeras páginas de *Histoires pour l'oncle Jules,* me avergonzaba escribirlas. Había una autocomplacencia y unas obsequiosidades, a decir verdad exigidas por el género, y unos sonsonetes que me daban escalofríos. Y además, como le dije, me sentía una valkiria caída. De modo que volví a mi proyecto de escribir una gran obra teatral con sangre, violaciones y masacres, me viera usted, la tarde entera tristón y con el puño en la boca —el gesto que hago cuando busco un tema, usted sabe— a tal punto que Paul, siempre al acecho de mis desmayos, me preguntó con irónica y compasiva superioridad si estaba deprimido o si tenía malas noticias de casa. Lo mandé tajantemente a ocuparse de sus cosas y de hecho me sentía contentísimo; me había lanzado de lleno y con entusiasmo a la confección de un *Prometeo* dictador de la libertad que acababa en los suplicios que usted se imagina. Esto me procuró mi ratito de entusiasmo, porque en literatura apunto a lo grande y en el sondeo canté *The man I love,* con lo que el teodolito se tambaleó todo. Después, tras pensarlo mejor, la nota simbólica de *Prometeo* me causó cierto rechazo. No es que en sí no pueda uno recurrir al símbolo, al menos si lo hace con discreción, pero en mi loca juventud abusé tanto de él que terminé indigestado. Sentí que iba a regurgitar todo un montón de metáforas de *La Légende de la Vérité y* al final aquí estoy. Temo enfrascarme uno o dos días más en la búsqueda de un tema para acabar volviendo honestamente a *Septembre.* Honestamente, pero con cierto pesar. Me parece que tengo el estilo dramático en la cabeza y quisiera utilizarlo de una vez. ¿Y qué mejor ocasión que ahora, cuando tengo tiempo?

¡Ah!, dirá usted, así que no se está congelando, ¿no era que estaba sin carbón? Pues bien, esta mañana, después de dos o tres horas bastante duras (sondeo a —15° con un viento de mil demonios), cansado de vegetar en una habitación encendiendo periódicos para mantener la temperatura a 4 grados sobre cero, supimos por boca de Mistler, que es nuestro espía, que los secretarios robaban carbón de coque en la casa de baños. Fuimos, y volvimos con tres sacos llenos. En realidad no era un robo, y lo que cogimos fue debidamente registrado por un guardián. Pero resulta que el coque es un extraño carbón cabezadura que, cuando prende, nos asa, después se apaga y a continuación se niega obstinadamente a prender. Pero en conjunto ha estado caldeado. No tengo más para decirle. A la una fuimos al café del Correo a tomar una copa y por primera vez en tres días comí otra cosa que pan seco: había crema de guisantes, que me gusta mucho.

No he recibido su cartita cotidiana, querido amor mío, y ello me produjo un pequeño vacío. Recibí una de T., que no me dice nada de usted, durante la función del Théâtre Français (pero la obra la encantó) pero que a la mañana siguiente volvió al «bar

de los Campos Elíseos que descubrió el Castor», lo que denota, me parece, excelentes sentimientos.

Realmente, salvo usted, querido amor mío, mi pequeña flor, que se mataría por mí, para el resto del mundo ya no cuento (mi madre aparte). Y en mi caso es gracioso, porque estaba colmado. Pero hace falta la *presencia.* Lo digo sin ninguna clase de amargura, me divierte ser como un muerto, como un pequeño fósil para toda esa gente, porque lo que es yo, me siento bien vivo. Es una experiencia y, además, para el final de la guerra me prometo cambiar de vida, si me apetece, porque en definitiva ninguna de esas criaturas habrá adquirido los derechos de la fidelidad. ¿Qué le parece, juzga usted demasiado fácil y cómodo mi escepticismo? En cualquier caso, la causa estaría en que usted me colma con sus tiernas cartitas, con toda su manera de ser y cuando uno tiene eso se vuelve exigente con los demás.

Cuánto la quiero, mi pequeño parangón. Existiendo usted, es muy fácil vivir y ser feliz.

A Simone de Beauvoir

13 de enero

Mi querido Castor

Transcribo para usted un principio de carta que comenzaba con estas palabras: le escribo en un rato de calma: son las nueve y tenemos sed, acabo de mandar a Mistler y Pieter a comprar vino, pago yo. Cuando vuelvan, beberemos y gritaremos un poco, desde luego. La carta seguía y se la copiaré entera, pero debo decirle que Pieter entró con la cantimplora llena cuando ya había escrito dos páginas enteras, se lanzó sobre mi vaso para llenarlo en un arrebato de generosidad y volcó todo el vino sobre su pobre cartita. Ay, dulce pequeña, tendré que empezarla otra vez. Pieter quedó de lo más confuso, porque me tienen miedo. («No te podemos coger en grandes cosas cuando te cabreas con nosotros, me dijo. Entonces nos desquitamos con las pequeñas. Pero no sirve de nada: cuando te molestan eres terrible. Las cosas que les dices a los pobres líos. ¡Eres terrible!») Pero después de tratarlo gustosamente de zoquete tomé rápidamente mis decisiones: no le escribiré a T., que no me ha escrito, ni a mis padres, que bien pueden quedarse un día sin carta.

Esta noche hemos tenido tertulia, aquí. Vino Mistler y fue interésame oír hablar a Pieter sobre la vida y muerte de la colonia judía de la rue des Rosiers, pues parece que actualmente ha desaparecido. Entretanto, Keller, que a sus horas Se pone ladinamente juguetón, había deslizado un largo tubo de goma detrás de los libros de Paul haciéndolo desembocar a la altura de la nariz de éste, que no sospechaba nada. Tras lo cual encendió una pipa y soltó torrentes de humo por el tubo. Paul, al recibir la humarada en plena cara (detesta el tabaco), entró en agitación y su puso a decir: «La habitación está sobresaturada de humo y se producen corrientes de convección». Nosotros, entretanto, no podíamos más de la risa; hasta yo, mi buen Castor, me había puesto rojo y contaba un cuento de ratas para justificar mi hilaridad. Debo decir que aquel humo era encantador, giraba en redondo a ras de la mesa como un gato persiguiéndose la cola

ante la mirada atónita y científica de nuestro cabo. Nos proponemos volver a hacerlo todas las noches.

Fuera de esto, desde luego, día de calma absoluta. Aquí todo el mundo está saliendo con permiso y a mí me tocará seguramente dentro de diez o quince días. Además, Paul hará gestiones ante el capitán, pues su interés y el mío coinciden. La noche anterior tuve tanto frío (—7°) en mi dormitorio, que hoy dormí en el puesto de sondeo sobre un somier que habíamos encontrado en el corredor. Resultó voluptuoso. Hoy, hemos estado de cuarteleros Pieter y yo; la cosa consiste en matar el tiempo: barrer vagamente el puesto (Pieter), ir a buscar el café (yo) a las 7, ir a buscar la manducación a mediodía (Pieter) y el rancho por la noche (los dos juntos porque hay que llevar las linternas) de suerte que, como puede observar, de las 7 de la mañana a las 6 de la tarde estoy de lo más pancho. Keller y Paul hacen los sondeos. Mañana nos toca a nosotros. Supondrá usted que he comenzado *Prometeo* o vaya a saber qué cosa grandiosa. Pues no, ni siquiera he pensado en ello. He escrito extensas consideraciones sobre el Destino. Historicidad, otra vez. Me impresiona y divierte ver cómo «bajo la presión» de los acontecimientos un pensamiento histórico se ha desencadenado en mí y ya no se para, en mí que hasta el año pasado vivía un poco en el limbo, era un abstracto, un Ariel. Finalmente, estoy obsesionado ahora no por lo social sino por el medio humano. Enorgullece un poco, considerando que soy aquí un soldado regular, que disfruto de una soledad perfecta (los ayudantes no cuentan) y que no padezco en absoluto la coacción social. Recuerda usted aquella impresión de guerra kafkiana cuando estábamos en la Gare de l'Est y usted tenía la impresión de que me marchaba al Este movido por una obstinación heroica y culpable sin que nadie en verdad me lo pidiese. (Ah, mi buena pequeña, cuánto la quiero, recuerdo aquella noche de paseo por un París desierto, qué cerca de mí la sentía, mi pequeña flor, eso es algo muy fuerte que hay entre nosotros.) Pues bien, palabra que aquí es igual. Cumplimos nuestro servicio pero con una extraña y constante impresión de ser voluntarios, no tenemos jefes, no necesito adoptar compostura alguna, no me lavo ni me cuido. (Paul me contó que en la cocina le dijeron: tu colega es una celebridad en la división —y no creo que esta celebridad sea de buena ley—. Y esta noche el pedazo de idiota de D'Arbon, ferretero de profesión, me dijo mientras yo lavaba las escudillas: «Dicen tonterías, a veces». «¿Cómo?» «Sí». Silencio, y luego una carcajada de D'Arbon: «¡Fíjate que decir que eres profesor!». «¿Ah, sí? ¿Y qué?» «Bueno, tú no eres profesor.» «Sí que lo soy.» Escupió lo que estaba comiendo creyendo que se atragantaba.) Y sin embargo, en este estado de libertad y soledad siento a mi alrededor una formidable presión humana, que es lo que me mantiene constantemente en estado de interés. Aquí termina el trozo de carta que he copiado (con floreos, claro). He recibido dos largas cartas suyas, pequeña flor. ¿A qué se debe que me hable de la señora Medvédeff? ¿Le pedí acaso noticias suyas? Le habrá hecho gracia observar que no he olvidado su apellido. Era una real moza y parece muy desgraciada según su esquelita. Pero quisiera que le corrija usted una o dos disertaciones, mi buena pequeña. A los futuros desmovilizados hay que reservarles distracciones.

Figúrese, esta tarde he pensado que pronto estaría con usted de civil en un restaurante de París, como antaño (iremos al Louis XIV y al Relais de la Belle Aurore) y que haríamos ruido con la boca ante una buena comida y me quedé patitieso, me costaba imaginar que algo así existiera. Oh amor mío, ¡cuánto anhelo este permiso! ¡Y las tortillas! Hoy me acordé de que existían las tortillas: hace tres meses que no las

pruebo. En cambio, salchicha» he tenido a mi antojo.

Esto es todo por hoy, querida pequeña, amor mío. ¿Siente usted bien fuerte cuánto la quiero, cómo es usted mi pequeña flor? Somos una sola persona, mi dulce pequeña, una sola persona. Media, incluso. La quiero.

A Simone de Beauvoir

14 de enero

Mi querido Castor

He estado todo el día divagando sobre un tema teatral. Al final me sumí en el hastío más absoluto. Lo consideré todo y no me quedé con nada, desde *Prometeo* hasta aquel famoso barco lleno de judíos cuya historia me había tentado una vez. Y después nada. Nada de nada.

Escribí una escena de *Prometeo* y la rompí; usted sabe lo molesto que me pongo con los demás y conmigo mismo en estos períodos de alumbramiento. Para colmo, decidí releer un pasaje de mi novela por encontrarme de una vez con algo acabado y más o menos consistente, y me pareció execrable. Entonces me armé de todo mi valor y lo rehice, pero no creo que esté bien tampoco. A causa de esto, casi no trabajé en el cuaderno. Tal ha sido mi jornada, puro vacío caviloso. Preciso es decir que hace aquí una temperatura de sueño. 25° a 30°, como para dormir la vida entera, es un tanto atroz, uno siente el cuerpo entero en la cabeza. Es el maldito coque: o no arde, o arde demasiado. No cabe duda que la antracita es mejor.

Habrá un pequeño retraso en los permisos, dulce pequeña. No gran cosa, tal vez cinco o seis días, pero creo que será prudente no esperarme para antes del 1.° de febrero. Haga uso, dulce pequeña, de esa paciencia que es un don de guerra. Pero no se alarme. No es que le esté anunciando precavidamente que me quedaré sin permiso. Es nada más que lo que le digo.

Recibí una carta suya con una posdata muy injusta. Me acusa de no haber enviado los libros a Bost y me llama: pequeño malvado. Pero resulta que hace como una semana que le envié *doce.* Seguramente los ha recibido ya. A propósito, a mí no me queda gran cosa, mándeme pronto los de Romains y ese *Gilles* que tanto la aburre. Pienso que leeré, si no escribo. No sé bien qué hacer conmigo.

T. me ha escrito juiciosamente una larga epístola, pero me crispa, no sé por qué. Tengo la impresión de haberme obcecado gratuitamente en la idea de que seis meses de ausencia eran demasiado para una cabeza tan chiquita, y de que en consecuencia le guardo cierto rencor por haberme olvidado. Pero sin acceso pasional, caramba. Tiene toda la razón, dulce pequeña, al decirme que soy tan sensible como usted a las incongruencias. No creo dejarlas escapar. Pero debo decir que en las primeras épocas soy sumamente indulgente con las de las mujeres.

Esto es todo por hoy, querida pequeña, adorable Castor. La quiero con todas mis fuerzas, es usted mi pequeña flor.

A SIMONE DE BEAUVOIR

15 de enero

Mi querido Castor

Otro día estudioso. Pieter y Keller fueron a buscar el hidrógeno, era su turno, y yo me quedé sin mi mañanita poética. Pero no tuvo mayor importancia y he trabajado bien. Filosofía, ay, ni teatro ni novela. No importa, tenía que ser. Esta mañana releí la conferencia de Heidegger *¿Qué es la metafísica?*, y durante el día me dediqué a «tomar posición» con respecto a él sobre la cuestión de la Nada. Yo tenía una teoría de la Nada. Aún no estaba redondeada y de repente lo está. La verá cuando llegue a París. Tal vez encontrará usted que mis cuadernos se están volviendo demasiado filosóficos, mi pequeño juez. Pero también es necesario hacer filosofía, y precisamente escribía hoy en mi cuaderno que la que hago ha de ser un tanto emocionante para otros, porque es interesada. Cumple un papel en mi vida, el de protegerme contra las melancolías, desazones y tristezas de la guerra, y además a estas alturas no procuro proteger mi vida a posteriori a través de mi filosofía, lo cual sería canallesco, ni acomodar mi vida a mi filosofía, lo cual sería pedante, sino que de veras vida y filosofía son una misma cosa. Al respecto he leído una bella frase de Heidegger que podría aplicarse a mí: «La metafísica de la realidad-humana no es solamente una metafísica *sobre* la realidad-humana; es la metafísica viniendo... a producirse *en cuanto realidad-humana*». Lo cual nos impide que el «público culto» topará con pasajes plúmbeos. Pero, en cambio, comienzan a aparecer uno o dos sabrosos: uno sobre los agujeros en general y otro específicamente sobre el ano y el amor a la italiana. Esto compensará aquello.

Aparte, durante la tarde me obsequié con una pequeña distracción, leí *El náufrago del Titanic*. Me divirtió enormemente, ¿sabe? Sólo que a las cincuenta páginas me asaltó la estúpida impaciencia de mirar el final, y al enterarme de quién era el culpable ya no pude continuar. Al respecto, dulce-pequeña, en cuanto reciba esta carta tiene que enviarme libros, no me queda nada. Y si no ha leído los de Romains, envíelos igual, se lo ruego. Los devolveré con el mayor escrúpulo.

De manera que se ha enterado, pobre pequeña, de que han suspendido los permisos. No han dicho por qué pero no es difícil adivinar: hay nuevas amenazas contra Bélgica y Holanda. Lo supe anoche, poco antes de escribirle, y fue un golpe bastante duro. Yo que el día anterior le hablaba de los paseos que haríamos juntos y de las tortillas que iba a comer. Y sobre todo con las ganas que tengo de verla, querida pequeña. Pero mire, es sólo un minúsculo retraso. Una vez más, estas amenazas quedarán en nada y dentro de cuatro o cinco días los permisos reemprenderán su curso. Y, como es preciso que acaben, el ritmo se acelerará. De manera que me verá casi el día anunciado. Además, esta tarde han dicho por la radio que la tensión germano-holandesa está decreciendo. Pero anoche no se sabía nada de nada. Por mi parte, «asumí» y digerí el golpe de una manera que me honra. Esta mañana me hallaba perfectamente animoso. En cambio, sí estaban bastante alicaídos los pobres tres o cuatro tipos que tenían que marcharse ayer y que se quedaron. También le tocaba marcharse al coronel, que por esa causa sigue aquí. *No tiene que preocuparse.* Estoy *seguro* de que iré de aquí a unos quince días: es sólo un pequeño contratiempo desprovisto de gravedad. Ayer fue un golpe porque no se sabía absolutamente nada.

Hoy no ha habido correo. De nadie. Por lo tanto, mañana recibiré seis cartas, será un buen día. Aquí está. He comenzado mi noveno cuaderno. Es el segundo color azul noche que usted me mandó. Cuando llegue, le traeré seguramente *siete,* nunca habrá leído tanto al mismo tiempo. Y además nos redactaremos uno pequeño confidencial para nosotros dos acerca del permiso, no se lo mostraremos a nadie, ni siquiera a los íntimos, sobre *la estancia* en París.

La quiero tanto, pequeña mía. Ayer sentí hondamente cuánto necesitaba verla. Usted me escribe que me siente al «alcance de la mano», y es un deleite, sí, amor mío, estoy exactamente bajo su patita y la beso con todo mi corazón.

A SIMONE DE BEAUVOIR

16 de enero

Mi querido Castor

Hoy le escribo más temprano porque no he tenido nada que hacer en todo el día (cielo cubierto, no hubo sondeos) y he podido trabajar bien. Primero edificando esta pequeña teoría de la Nada que seguramente ha de despertar su admiración porque 1.° suprime el recurso de Husserl a la *ulê,* 2.° explica la unicidad del mundo para la pluralidad de las conciencias, 3.° permite trascender *de veras* el realismo y el idealismo. Todo esto está muy bien, pero no se lo explico porque quisiera que asistiese usted a su nacimiento, tal como se fue dando en los cuadernos; se divertirá. Después, harto de correr en pos de un tema grandioso que se estaba haciendo de rogar, he vuelto modesta y juiciosamente a la novela. Quedaba por escribir un capítulo sobre Boris y lo he comenzado. En el fondo, ¿por qué no retomar y refundir ahora mi novela? Aún estoy de lo más caliente y no obstante lo suficientemente distanciado de los primeros capítulos como para reparar en sus defectos. Entonces le propongo lo siguiente: ¿qué le parece escribir a la dama para que envíe el manuscrito por correo certificado? (O tal vez alguien de La Pouèze viaje a París y pueda llevarlo, ocho días no son mucho.) Y entonces podría hacerlo mecanografiar, en 2 ejemplares, y yo me traeré uno al volver del permiso. O bien, si mecanografiarlo le parece muy caro, me traeré el manuscrito aquí: nuestra vida es tan sedentaria que no correría mayor peligro. ¿Qué opina de esto? Si está de acuerdo, escríbale a la dama cuando le apetezca. De lo contrario, preséntame sus objeciones.

En una palabra, he escrito sobre Boris y está saliendo bien, creo que gustará. Y además he leído a Heidegger y comenzado *Mientras agonizo.*[4] (Envíeme los libros, mi amor, los de Romains, *Gilles* y, si no está demasiado escasa de dinero, podría incluir una o dos sorpresitas de entre los títulos de la lista. Gracias amable pequeña por su ofrecimiento de vituallas. Justamente he recibido un paquete de mi buena madre y además, si las necesitara, aquí hay.) He recibido *una* carta suya: esperaba dos, pues ayer no me llegó nada. Era la del sábado.

Mi querida pequeña, entiendo muy bien que pueda sentirse de lo más seca sin dejar

[4] De Faulkner

de ser feliz, y cómo ésta puede ser una manera de echarme de menos. Yo siento lo mismo. Finalmente nos hemos curtido, y están también todos esos pequeños fastidios (permisos suspendidos, etc.) a los que hay que oponer un rostro impasible, entonces uno se siente seco por dentro pero de una sequedad un tanto acongojada. También yo, amor mío, quisiera sentir mi cuello rodeado por sus bracitos y besarla y hablarle. Por fortuna están estas cartas, de lo contrario no tendría nadie a quien contarle lo que me interesa. Observe que digo esto con el mejor de los humores: tengo las cartas y tengo el cuaderno —y he olvidado un poco, por suerte para mí, lo que es tener cerca ya no digo a usted, sino a alguien que se interese por lo que uno piensa y siente y que pueda comprenderlo. Lo he olvidado igual que la existencia de las tortillas, y no tengo necesidad consciente de ello, me alegra escribir mis pequeñas ideas en el cuaderno y pienso que usted las leerá. Pero hay esto, la contrapartida es que estoy seco. No con usted, amor mío, entiéndame bien. Oh, no, recuerdo multitud de caritas que usted pone y me emociono. Sino ante cosas, gentes, paisajes y también ante lo que escribo; en otro tiempo, una especie de emoción se colaba un poco con la tinta por la pluma de mi estilográfica cuando escuchaba a Johnny Palmer en el Café des Trois Mousquetaires mientras escribía mi novela —y no puedo decir que ella me inspiraba directamente tal palabra o tal frase (aunque hasta sería posible) pero sí que me aportaba simpatía hacia mis personajes. Ahora, en cambio, todo es más conceptual. Veo lo que ellos tienen que pensar y hacer, pero con frialdad. Tengo curiosidad por saber (muy pronto me lo dirá) si la novela cambia con ello, si eso le quita una especie de densidad o no: es en cierto modo una experiencia crucial sobre el embuste que hay en los libros.

Con respecto a los judíos, verá usted, no me ha convencido.

Usted escribe: en tal caso (si asumirse como judío consistiera en reclamar derechos para los judíos por ser judíos) asumirse como francés significaría hacerse chauvinista. Pues no. La expresión: *derechos,* que habré utilizado erróneamente y deprisa, la ha desorientado. El problema es el siguiente: el asumirse como judío, ¿es algo que apunte a la supresión ulterior de la raza y representación colectiva «judío»? (en este caso, la asunción se cumpliría teniendo en cuenta la historicidad inmediata del individuo, como por ejemplo asumirse burgués para suprimir a la clase burguesa, sabiendo perfectamente que, aun cuando uno *ayude* a suprimirla, lo hará como burgués y seguirá siendo un ex después de su supresión —sólo que luego no habrá más burgueses—) o bien cabe asimismo la posibilidad de que al asumirse como judío uno le reconozca al judaismo un valor cultural y humano, en cuyo caso el principio inspirador de la lucha contra el antisemitismo no sería el hecho de que el judío es un hombre, sino en rigor el de que es judío. Y, naturalmente, no debería uno *detenerse* en su judería. Pero toda asunción es superación hacia el hombre, se lo explicaré. No concluyo nada ni me corresponde concluir, pero las dos actitudes me parecen igualmente posibles.

Hasta pronto, dulce pequeña, mi pequeña querida. Aquí tiene una carta bien larga y ni siquiera le he contado mi vida. Pero es que no hay nada que decir. Usted vive por mí.

Hasta mañana, mi pequeña flor, la aprieto muy fuerte entre mis brazos.

A SIMONE DE BEAUVOIR

17 de enero

Mi querido Castor

Figúrese que acabo de escribirle a la dama. Hace tiempo que deseaba hacerlo. Y también a Martine Bourdin, que me había enviado una larga carta brumosa típica de ella, con un único elemento sólido en esta nebulosa: su dirección. Se quejaba amargamente de que no le escribiera. Pero, ¿a dónde lo hubiese hecho? No le envío su carta porque carece de interés. Respondí en el estilo «amante» que usted conoce. Recibí dos cartitas suyas, de lo más bonitas, una del 13 y una del 15, ayer había recibido la del 14. Ah, mi buena pequeña, no me tiene que hablar de nuestros recuerdos. Seguro que no, que no estoy seco con ellos ni con todo lo que me vuelve de nuestros lindos viajecitos. Aparte, los que usted me cita me han dejado frío, ignoro por qué, tal vez por espíritu de contradicción, pero aquí tiene el que despertaron y que me conmueve hasta las lágrimas de amor por usted: cuando volvíamos del centro de Nápoles (del Museo, por ejemplo) en tranvía, el tranvía paraba en una plaza al lado de una iglesia, era su parada final. Unos niños jugaban en esta plaza y nosotros volvíamos al hotel Umberto, del brazo, su manita en la mía. ¿Lo está viendo? Era una placita encantadora. ¿Recuperaremos *eso,* mi amor? No lo sé. No enseguida después de la Paz, en cualquier caso: supongo que estaremos muy pobres. Aquello era un lujo y yo sólo pido mis dos meses anuales de completa soledad con usted. Reiniciaremos nuestro viaje en los Pirineos, volveremos a los Causses, haremos muchas cosas, ya verá, y aún viviremos montones de pequeñas aventuras.

Hela ahora, pues, un tanto prendada de su pequeña Sorokine, ¿verdad, amor mío? No vaya a dejarla plantada, ¿no? ¿De qué se trata? ¡Vaya que se enreda usted en amores e historias, chiquita encantadora!

En cuanto a mí, he trabajado cumplidamente. He escrito sobre la guerra y la nueva concepción de las *alianzas.* También trabajé en mi novela. Lo que estoy haciendo (el pequeño Boris) me entretiene mucho. Me he deleitado describiendo la avenida Orléans: era la mar de poético y reencontré el tipo de emoción que el año pasado me inspiraban mis personajes, imaginando simplemente la esquina de la rue d'Alésia con la avenida Orléans una bella noche de junio. Al margen de esto, ayer Paul le protestó al capitán Munier porque no había suficiente comida. A mí me importaba un bledo, yo como pan tostado (lo tostamos sobre el carbón de nuestra estufa), y a partir de mañana el restaurante vuelve a abrir a mediodía, iré. De todas maneras, el capitán Munier mandó a un teniente a que le protestara al capitán Lemort. Y esta mañana, ¿quién recibió una buena bronca en la cantina?: yo. «Usted nunca viene a pelar patatas, por eso hay pocas en la comida», dijo el capitán Lemort. «Mi capitán, tenemos una dispensa del coronel, además permítame hacerle notar que nosotros nos quejamos de que no haya bastantes *tallarines.*» «Bien, bien —dijo—. Es que no nos mandan más.» Y dio media vuelta. Los Acólitos me dijeron después que ellos preveían una agarrada de este calibre y les gustó que me tocara ir. «Porque eres el más sarcástico», me dijo Paul.

Otra cosa: los permisos se reinician mañana o pasado. Como usted sabe, habían interrumpido todos los desplazamientos de tropas. Pues bien, esta mañana se han reanudado. 4 radiotelegrafistas de aquí debían partir para la línea Maginot. Los pararon a todos durante dos días. Y hoy han partido y el quinto, que debía salir con permiso anteayer, fue enviado al centro de concentración de los militares con permiso, donde esperará a que se reanuden para marcharse. Por lo tanto, sólo perdemos un día o dos.

Y esto es todo, mi adorable pequeña, todo. La quiero con todas mis fuerzas y muero

de ganas de verla. Pero soy juicioso, no quiero entusiasmarme mucho antes de estar seguro de partir. Amor mío, cuánto la quiero.

A SIMONE DE BEAUVOIR

18 de enero

Mi querido Castor

Qué cartita encantadora me ha enviado usted, parecía usted tan deseosa de verme que se me estrujó el corazón, hasta soltó una lagrimita y después, ¿de qué se enteraba al otro día? De que los permisos estaban suspendidos. Pero escuche, dulce pequeña mía, hoy mismo se han reanudado y con un porcentaje mayor. Mañana Paul hablará con el capitán Munier sobre mi caso .y conoceré la fecha exacta de mi partida: será a más tardar el 1.° de febrero. Amor mío, cuando reciba esta carta estaré a diez días de usted. Sólo que esto no arreglará la triste jornada que debió de pasar cuando le escribí que los permisos estaban suspendidos, es demasiado tarde. Esto es lo que me hacía dudar en decírselo, créame, pensaba que probablemente no tendría mucha importancia (aunque el otro día me resultó muy desagradable) pero que las palabras lo agrandaban todo. El primer día sólo dije: hay un ligero retraso, sin decir qué. Y después, al siguiente, me sentí muy molesto cuando le escribí porque no le había dicho la verdad, era insoportable y lo dije, fingiendo por otra parte una seguridad que no tenía del todo. Pero al otro día todo se arregló y entonces lamenté la pequeña conmoción que debí de haberle producido. Es un fastidio decir la verdad *por carta,* pues al poco se va corrigiendo mientras que la carta es un ínfimo instante coagulado que se lanza hacia el destinatario y amenaza caerle como una teja sobre la cabeza: al fin y al cabo, si no le hubiese dicho *nada,* usted no se hubiese percatado de nada. Sí, pero entonces nuestras relaciones habrían sido falseadas por unos días. Siempre estas historias de falsa seguridad: la suya hubiese quedado intacta pero *sería falsa.* Además, ¿y si la cosa resultaba seria? ¿Y si suspendían los permisos por un mes? Amor mío, no tema, le diré siempre la verdad (a lo sumo con 24 horas de retraso, como esta vez, el tiempo de plantear el problema de conciencia) sólo que es un disgusto pensar que usted ha recibido *hoy* mi carta del martes, y que ésta no la recibirá hasta el sábado. En cualquier caso, la de ayer era ya muy tranquilizadora y además los periódicos la habrán informado.

Al margen de esto, mi dulce pequeña, no me doy cuenta cómo: la noche me coge sin haber hecho casi nada. Hoy tenía que hacer tres sondeos y encima, esta mañana, el fuego no prendía y afuera estábamos a —23°, imagínese. Castañeamos los dientes hasta las 10 y media, en nuestro local estábamos a 3° o 4° y en eso, de golpe, el fuego prendió y en poco tiempo transformó la habitación en un horno. Naturalmente, no pude trabajar, tenía las manos heladas por el sondeo: dos agujeros en la punta de los brazos. Verá usted, el verdadero frío es una cosa sorprendente, es un poco terrible pero un poco voluptuoso. Yo sigo saliendo sin capote para tomar esos pérfidos baños, no conozco nada que lo penetre a uno más profundamente. El calor, en cambio, permanece exterior a uno. Pero se acordará usted de esos condenados del presidio de Kafka que leen sus

condenas con su cuerpo, a través de la carne. Pues bien, uno tiene esa misma impresión, parece que hay algo exterior que uno aprende a conocer con los intestinos, el hígado, el bazo, etc. Y después, al volver del sondeo y entrar en una habitación no demasiado caldeada, es asombroso también cómo tiene uno la impresión de ser una pequeña dinamo fabricando su propio frío, el frío parece propagarse desde uno ondulando hacia el centro de la habitación y cada escalofrío tiene algo de metafísico. Para decirlo de una vez, me gusta. Ahora son las nueve de la noche, fuera hace —20°, mañana temprano hará —25°. Pero todo esto era para contarle que hasta las diez y media no hice nada. Entonces me puse a apuntar en mi cuaderno unas cositas sobre la inocencia. Luego de nuevo el sondeo y luego fuimos con Pieter a almorzar al restaurante de la estación, que ha vuelto a abrir. Por la tarde leí un poco *Classe 22* de Glaeser en alemán. (Ayer entró un tipo sin llamar y tendiéndome un libro me dijo abruptamente: «Toma, te devuelvo esto». Y se marchó.) Y era *Classe 22* en alemán, que, desde luego, en ningún momento le presté; después trabajé en «la inocencia» y en mi novela. Después sondeo y otra vez trabajo y después cena y Mistler se presentó con una botella de vino blanco (es el nuevo ritual, cada noche uno de nosotros paga la ronda de un litro de blanco) y ahora aquí estoy escribiéndole. Mañana no tengo nada que hacer y trabajaré más. Debo darme un poco de prisa si quiero que el capítulo esté terminado cuando se lo lleve.

He aquí mi vida, dulce pequeña. Siempre feliz, por supuesto, pero me muero de ganas de verla. Esta vez es seguro, puedo decírmelo y empezar a contar los días. En no mucho más de una semana, estaré con usted. Pero veamos, ¿cómo van las cosas? ¿Le llevará mi madre mi ropa civil? Persona muy avisada, es ella. Si por casualidad no lo hiciera tendría que reclamársela, porque no quiero pasearme por París vestido de payaso, ni siquiera la primera noche.

La quiero, mi dulce pequeña. Algo está concluyendo en estos días, nuestra primera separación larga. La veré con toda tranquilidad. Beso su querida carita.

A SIMONE DE BEAUVOIR

19 de enero

Mi querido Castor

Hace media hora que tenemos un gato. Es grande como el gran eunuco de Toulouse y bastante noble. Keller le da unos enormes pedazos de carne y le dice: «Peléate con eso». En cuanto a Paul, dice: «Qué curiosas las reacciones de los gatos cuando se ven en un espejo», y lo persigue por los rincones plantándole delante su espejito de bolsillo. También tenemos café, cantimploras llenas de un buen café que nos preparan los cocineros (los cocineros de los oficiales, se entiende, no los de la cocina ambulante). En resumen, estamos instalados. Es el momento, desde luego, en que se habla de la partida. En cualquier caso, *yo* parto, mi amado Castor: el 1.° de febrero *a más tardar,* estoy junto a usted. Paul ha ido a ver al capitán Munier, quien telefoneó al C.G. La cosa está decidida. Piense que cuando reciba esta carta estaré a *ocho días* de usted, nueve a más tardar, mi pequeña flor. Qué dichoso soy, amor mío.

¿Qué he hecho hoy? He escrito sobre el ayudante y después sobre la soledad, lo he

pasado bien. Verá usted, uno siempre se ha preguntado qué quería decir eso: estar solo (solo en medio de una muchedumbre, etc.). Esto es lo que traté de poner en claro.

No he tocado la novela, pero mañana no haré otra cosa porque me divierte. Pero no sé por qué, dedicando la misma cantidad de horas al trabajo, de todas maneras trabajo más lentamente. ¿Será el cansancio? ¿Un cansancio que no sería intelectual ni físico sino vecino más bien al hastío? No podría decirlo pero el hecho es ése: 150 páginas del 1.° de septiembre al 1.° de noviembre (de la novela) y 70 páginas del 1.° de noviembre al 15 de enero. Pero hay que decir que he escrito muchísimo en el cuaderno. Dicho está, tendrá usted seis y el comienzo del séptimo. ¡Oh, querido amor mío, cuando pienso que mientras yo celebro nuestro reencuentro usted aún está recelosa e inquieta y que ni siquiera sabe que los permisos se han reanudado!

Esta noche le he dado una clase de sexualidad a Mistler, delante de los Acólitos. Las pasó negras. Al margen de esto, almorcé en el local de Charlotte y en todo el día no he hecho nada desde el punto de vista estrictamente militar. Tampoco leí, el tiempo pasa sin que me dé cuenta. No hubo carta de usted.

Esto es todo, pequeña mía, estoy alegre como unas castañuelas. Amor mío querido al que pronto veré, la quiero con todas mis fuerzas.

Escuche bien: 1.° apenas le anuncie la fecha exacta de mi llegada, reserve una habitación en el Hotel Mistral.

2.° si por ventura mi madre le telefoneara para conocer la fecha exacta, dele la del *día siguiente* al de mi llegada real.

3.° no me espere en la estación, Rosette Pieter se desencontró con Pieter, es una batahola espantosa. Por ganar media hora corre el riesgo de perder una. Yo llego a las cinco de la tarde. Espéreme mejor en un café vecino a la Gare de l'Est. En su próxima carta comuníqueme el nombre y su situación exacta.

A Simone de Beauvoir

20 de enero

Mi querido Castor

Me falta una de sus cartas: la de ayer. La que recibí hoy me ha divertido mucho. Su pequeña Sorokine parece un ser encantador. Me gusta cuando siente odio al tener que marcharse y después, por la tarde, le trae un bocado para que la perdone.

Por lo que a mí respecta, estoy embarcado en una metafísica. Es trabajosa y difícil pero compensa. Concuerda con la moral, naturalmente, de modo que estos cuadernos serán todo un pequeño tratado filosófico. He trabajado la tarde entera, no sin éxito, sobre el *Mit-Sein*. Esta mañana en la novela, con gusto. Y después comencé *Classe 22* de Glaeser en alemán. Fue todo por hoy, con tres sondeos. Pero ha sido un día agradable porque tiene un porvenir muy próximo y encantador. Dentro de diez días la veré, me pasearé con usted de lo más tranquilo. Hay que salvar aún unos pequeños escollos y luego, ahí estaremos. ¿Se pregunta por qué quiero ir al Relais de la Belle Aurore? No lo sé, amor mío. Verá usted, repaso un poco mentalmente los sitios en los que hemos

estado juntos y una veces me tienta éste y otras aquél. Entonces, cuando le escribo, digo el que se me está cruzando por la cabeza. Era el barrio lo que me gustaba, y también los entremeses. Pero el Louis XIV, ah, éste es obligado, es otra cosa. Y Ducottet, por supuesto. Y quizá, ¿quién sabe?, Pierre, ¿eh? ¿Qué le parecería? Y también Lipp, para ir de todos modos a Saint-Germain. La quiero, pequeña mía; qué grato será levantarse bien temprano e irse de paseo. ¿Sabe lo que he pensado? Que si nos levantamos a las seis de la mañana podríamos ir sin mayor temor a tomar una copa al Dome. Me gustaría tanto ir con usted.

Antes no le he explicado bien lo que este intento de hacer una metafísica tiene de extraño. En definitiva, lo que hacíamos hasta ahora, como pequeños y aplicados fenomenólogos, era una ontología. Buscábamos las esencias de la conciencia con Husserl o el ser de los existentes con Heidegger. Pero la metafísica es una «óntica». Ahora ponemos las manos en la masa, ya no consideramos las esencias (lo que engendra una eidétida —ciencias de los posibles— o una ontología), sino directamente las existencias concretas y dadas, y nos preguntamos por qué son así las cosas. Así procedían, en suma, los filósofos griegos —hay un sol, ¿por qué hay un sol? En lugar de: «Cuál es la esencia de todos los soles posibles, la esencia solar», o bien: «¿Qué es el ser-sol?». Es más bárbaro pero más divertido. Aron no podría menos que aprobarme, pues siempre me animó a que hiciera metafísica.

Esto es todo por hoy, pequeña mía, T. me envía unas cartas delirantes (siendo ella) de amor. Esta curiosa criaturita, por miedo a ponerse un poco triste, se atranca y se olvida de uno mientras no existe la posibilidad de verlo y, si surge la ocasión, bruscamente se acuerda de que uno le importa. Siento simpatía por ella en este momento, creo que cuando la vea me mostraré muy amable y sin esfuerzo. Es una buena chica, un tanto embustera, un tanto puta pero con clase. A su manera. Le queda todo más corto y redondo que a su hermana pero a la postre percibe su situación en el mundo, oscuramente pero con intensidad.

Querido amor mío, cuánto la quiero y qué ganas tengo de verla. Somos una sola persona, pequeño encanta-todo.

A Simone de Beauvoir

21 de enero

Mi querido Castor

Una pequeña catástrofe: he roto mis gafas. Por suerte, sólo la montura. Fue hace un rato, al ir a buscar el rancho. Se entra en un camaranchón caldeado y lleno de vapor donde en una gran marmita negra está la carne cociéndose. Antes de entrar meto mis gafas en el bolsillo porque si no, al pasar de —10° a +20°, del frío seco a la humedad tupida y caliente, se cubren de vaho y me quedo sin ver. Pero hoy, al cocinero se le volcó la escudilla por descuido, me agaché para recogerla, mis gafas quedaron cogidas entre la cadera y el muslo y se partieron en dos. Esta noche el buen Pieter envolvió la parte rota de la montura con la goma de un globo-sonda, hizo una ligadura y ando con eso en la nariz. Me raspa la piel y me lastima los ojos, pero aguantaré así hasta el jueves.

El jueves iré «a la ciudad» a buscar tubos de hidrógeno, daré un rodeo por una ciudad más importante y conseguiré una montura nueva.

Fue el suceso del día. Otro suceso es que no ha habido ninguna carta. El tren sufrió diez horas de retraso, en consecuencia mañana tendremos dos correos, uno por la mañana a las nueve y otro por la tarde.

Todas estas noches he dormido en el «local», en un colchón, porque estaba caldeado y también por el placer de dejar a Pieter bien arrebujado en su saco de dormir y solo. A Keller le disgusta un poco, su increíble sentido de la propiedad le hace quedarse aquí, reventado de sueño, hasta medianoche, por celos de amante, para no dejar una conciencia tras él entre estas paredes. De modo que esta noche he dormido aquí, muy bien, tan es así que por la mañana oí a Paul rugiéndome desde el pasillo: eran las siete y media y me había olvidado completamente de despertarme. Me tocaba el servicio del café. Consiste en llevar las cartas al correo y en ir a buscar el café a la cocina ambulante. Las cartas las dejé a tiempo, pero me quedé sin café y tuve que correr a la panadería a comprar chocolate. Era delicioso, tenía que seguir un sendero abierto en la nieve, igual que en los deportes de invierno. Y al final el cocinero del coronel nos preparó un excelente café. Tras lo cual hice metafísica hasta el mediodía. Creo que es realmente interesante y novedoso, lo que estoy haciendo, ya no tiene nada de filosofía husserliana, ni de Heidegger ni de nada. Se parecería más bien a todas mis viejas ideas sobre la percepción y la existencia, ideas muertas antes de nacer, por falta de técnica, pero que actualmente puedo tratar con toda la técnica fenomenológica y existencialista. Estoy ávido por mostrárselo. Es curiosísimo cómo la guerra y la sensación de hallarme, a pesar de todo, un tanto «perdido», me han procurado audacia, o sea que me han permitido seguir adelante sin preocuparme en ningún momento por saber si estaba o no de acuerdo con mis ideas anteriores; ni siquiera si estaba de acuerdo conmigo mismo de un día para el otro. Es muy rentable esta manera de pensar, finalmente, igual se descubre uno acorde consigo mismo y tiene el mérito de no ser una cosa forzada. Almorcé en el local de Charlotte con Paul y Pieter. Luego volvimos aquí. Respecto de mi permiso hay unas pequeñas dificultades con el C.G., pero el capitán Munier me ha prometido, en un tono que no prestaba a la menor duda, que partiré para el 1.° de febrero y pienso que se le puede tener plena confianza. Por lo demás, las dificultades son de pura inercia: en resumen, los absurdos planes del C.G. equivaldrían a hacerme partir el 10, al mismo tiempo que Paul. Pero esto es lo que el capitán no puede aceptar, porque implicaría la ausencia simultánea de dos sondeadores sobre cuatro y ante el menor inconveniente (enfermedad de uno de los restantes o cualquier cosa similar) se correría el riesgo de suprimir por completo el servicio de sondeo. No hay, pues, otra solución que hacerme marchar antes de mi turno, para que esté de regreso el 15 de febrero y Paul pueda salir en esa fecha. No hay otra solución *porque* los permisos han de acabar *todos* el 1.° de marzo, es decir que los últimos en marcharse tienen que hacerlo el 15. Además, el capitán tiene derecho a disponer esto porque las notas relativas a los permisos dicen expresamente que el orden se puede modificar en cualquier momento por razones de servicio —cosa que han hecho aquí como cien veces. Sólo que el C.G. se vería obligado a efectuar ligeras modificaciones en sus listas, y no se imagina usted lo que es la fuerza de inercia de una administración militar. Pero el derecho saldrá vencedor porque, por encima de todo, el capitán Munier es capitán de estado mayor y, en consecuencia, puede hacer lo que se le antoje. La informo de todo esto por escrúpulos, mi dulce pequeña, y asegurándole al mismo tiempo que el 1.° de febrero a

las 5, o a lo sumo el 2, que es viernes, si salgo el 1.°, me verá llegar de militar a la Gare de l'Est. Mi dulce pequeña, qué felices seremos los dos.

Siento un poco la falta de su carta hoy. Mañana tendrían que llegarme 3. La del 17, que sigo sin recibir, la del 19, que tenía que recibir hoy, y la del 20, que normalmente tendría que llegar mañana. No sé más nada de usted.

Esta tarde trabajé en la novela y por la noche vino Mistler y le hablé de la guerra de España. Ahora ya es cosa convenida: por la noche traemos un litro de vino blanco, ellos se instalan, yo peroro y ellos me escuchan. Después pongo en la pared un cartelito que Pieter me ha preparado: «Se ruega no joderme». Les inspiro un terror atroz, como a los de Berlín. Es curioso cómo mis relaciones con los tipos (Escuela Normal —Berlín— aquí) se reproducen idénticamente a través de las diferencias de edad y de comunidades, Mistler cumpliendo el papel de Brunschvick y Paul el de Klee. Sobre éstos ejerzo actualmente el tipo de dominación que deseaba, que no es un imperialismo pero que me permite disfrutar de una paz de reyes, cosa apreciable. Soy real y absolutamente dueño de mí mismo, como en la vida civil. He tenido suerte.

Hasta mañana, dulce pequeña. Recibirá esta carta el 23 y no nos separarán más que ocho días. Por otra parte, es probable que no nos quedemos aquí mucho tiempo más.

La quiero con todas mis fuerzas, mi pequeña flor.

A Simone de Beauvoir

23 de enero

Mi querido Castor

Hoy no ha habido carta suya. Esto se debe a un accidente de ferrocarril que costó la vida a 7 militares con permiso y dejó heridos a otros 40. Después de esto, nos alegramos prudentemente de marcharnos con permiso. Como decía el sargento: «¿Se iban de permiso o volvían?». «Volvían.» «¡Oh, caramba!» Realmente preferiría que me sucediera a la vuelta, si tuviera que sucederme. En cualquier caso, los horarios del correo se han alterado, las cartas llegan por la mañana (con veinticuatro horas de retraso en origen) y sorprende, después queda el día por delante, vacío y tonto. Por ejemplo, son las cuatro y media y le escribo para tener un pequeño contacto con usted, ya que en todo el día de hoy no leeré sus queridas patitas de mosca. Ponían un ritmo. He recibido una graciosa carta de Tania y también estás líneas, como mínimo sorprendentes, de *Marianne* (firmadas por André Roubaud).

Sr. Sartre —Puesto de sondeo— Sector 108 (esto en el sobrescrito) y en la hoja debajo del membrete:

Señor,

Seria grato para nosotros contar con la posibilidad de su colaboración eventual. Tenga usted la gentileza de ponerse en contacto conmigo en los próximos días, a fin de acordar una cita.

Le saluda con..., etc.

Esta carta me confirma en la opinión de que, en esta insólita guerra, a los movilizados no se los toma nada en serio. Se lo tienen merecido, además. Pero en fin, curiosa opinión tienen en la retaguardia de lo que significa estar en sector.

¿Qué he hecho hoy? Primero, anoche me acosté muy tarde (a la una) y el frío me sorprendió de golpe (esta noche ha hecho —25°, es decir, 6° o 7° en nuestros dormitorios). Estuve dos horas sin poder dormirme, y esta mañana amanecí con una llaguecita de frío en el labio, me dio pánico pensar que me vería usted con un lupus igual al que tuve al volver de Grecia. Pero esta tarde se secó. Fui a buscar el café un poco atontado pero ahora ya me siento bien y he escrito la mañana entera sobre aquella idea de totalidad y de moral sin mérito, de la que hemos hablado.

Pieter y yo fuimos a almorzar al restaurante de la estación y a un militar que teníamos al lado se le ocurrió decir (sin fundamento) que nos marchábamos, y entonces Charlotte dijo, mirándome: «Así que no veré más a los guapos aviadores». Si eso no era una ironía, ella es fácil de contentar, no se imagina usted lo roñoso que estoy con mi barba, mis patillas y la cuerdecita que sostiene mis gafas sobre la nariz. Hoy el capitán le decía a Paul: «¿Se cortará la barba para el permiso?». «Dicen», contestó Paul. Y capitán y teniente elevaron sus brazos al cielo: «Sería una verdadera lástima. Con su traje y sus gafas, el conjunto es perfecto». No tema, de todas maneras me la cortaré, mi madre me escribe que se han puesto de acuerdo para presionarme al respecto. Otra cosa, no estoy dispuesto a deambular por París toda una tarde Vestido de militar. Así que dele un telefonazo a mi madre para que deje la ropa en la portería y usted la recogerá con un taxi. O como se le antoje. Recójala unos días antes para que no se note demasiado. Recibirá un telegrama, porque el asunto se confirmará oficialmente el 30 o 31. Por su lado, envíeme la dirección del café vecino a la estación en el que me piensa esperar. Envíela *en cuanto reciba* esta carta, porque le llegará el 25 o el 26 y yo tendré la contestación el 29 o el 30. Si en el telegrama pongo: «Llego tal fecha convenido café X», espéreme ahí, pero si el telegrama no menciona ningún café es que no he recibido la carta y, en tal caso, espéreme en Les Trois Mousquetaires (si está cerrado, en el Rallye). Por último, otra cosa, hay que desconfiar de los telegramas. Escribiré, pues, hasta el último día. Si no recibe ningún telegrama, guíese por lo que diga en mi última carta.

Amor mío, aquí tiene unas cartas de los más agitadas que huelen a llegada, ¿no es cierto? Me divierte tanto ir a París. Qué felices seremos los dos, mi querido, adorable Castor. La quiero.

A SIMONE DE BEAUVOIR

24 de enero

Mi querido Castor

¿En qué quedamos, mala personita? ¿No se alegra usted de mi permiso? ¡Pequeña muertísima! Figúrese que también yo, al ver que un tipo volvía de París todo aplastado, sentí una suerte de desencanto que aún no ha desaparecido. Pero es puro juego, ¿sabe?

Que nos lo supriman, a ver, nos pondremos a berrear los dos corno asnos. Por lo demás, no hay ningún peligro de que nos lo supriman, y cuando reciba esta carta, viernes sin duda, estaré a *seis* días de usted. Ahora, pensando a partir de hoy, pienso que dentro de ocho días a la misma hora estaré en el tren a punto de salir. Viajaré veintiséis horas y la primera noche seguro que estaré un poco atontado, pero tan contento. He escrito a mi madre que haga un paquete con la ropa y que lo deje en la portería, a donde «lo mandaré a buscar».

El día de hoy estuvo mayormente ocupado por una larga discusión con Pieter, a quien traté de vago ayer porque pretextando su hernia se negaba a colaborar en el servicio del carbón y quien, justamente indignado, alegaba los servicios que ha venido prestando a la comunidad desde el 1.° de septiembre de 1939. Paul se entrometió, y me reprocharon ser duro y pretencioso. Yo les reproché ser blandos y jilipollas, nos dijimos esas palabras irreparables que sólo se dicen en familia y que nosotros nos decimos cada quince días y después fuimos a hacer el sondeo. Le ahorro los pormenores del altercado, se parece tanto a los otros que ni siquiera lo escribí en mi cuaderno. Fuera de esto, trabajé en la novela, el capítulo sobre Boris marcha bastante bien y también escribí un poco sobre la metafísica, realmente creo que está bastante bien lo que estoy haciendo. Doy de nuevo con el dogmatismo pasando por la fenomenología, conservo todo Husserl, el ser-en-el-mundo, y sin embargo acabo en un neorrealismo absoluto (en el que integro la teoría de la Gestalt). ¡Vaya!, dirá usted, qué ensalada. Pues bien, de ninguna manera: todo está juiciosamente ordenado en torno a la idea de Nada o acontecimiento puro en el interior del ser. He recibido una curiosa carta de un alumno algo interesante llamado Chauffard[5] que no quería hacer de discípulo y que el año pasado «se resistía» con todas sus fuerzas. Me escribe que en junio dudaba de si presentarse a una agregación en letras pero que yo le aconsejé que hiciera filosofía y que ése fue un día decisivo para él, porque entonces decidió drásticamente cursar letras para jorobarme. «De manera que este año comencé la agregación en letras. Durante tres meses asistí más o menos regularmente a los cursos de francés y latín. Y luego, hace 10 días, me armé de valor y mandé todo a paseo porque era una lata, y pruebo a hacer filosofía. En ese momento, diez días atrás, me hallaba muy satisfecho de mí mismo y me consideraba un tipo bien. Pero poco después, contándole la historia a un tío añadí: "Sartre me lo dijo, que yo no podría hacer francés" y me desinflé. Creo que la verdadera razón del abandono es ésa. Creo que ya en octubre había decidido no continuar y me sentí muy disgustado. Le escribo esto para que no se fíe. Seguramente lo sabe, pero usted es poderoso. Quiero decir que al lado de usted la brújula deja de señalar el norte. Además, no quiero cargarlo con una responsabilidad que no tiene. Yo era libre, al menos lo espero, pero le hablo así porque tenía que decírselo a alguien.» Misteriosamente, acompaña su carta con una larga epístola que un normalista filósofo y movilizado dirige a su mujer y donde entre dos «querido amor mío» le expone con complacencia la teoría de la Existencia de Antoine Roquentin.

Esta tarde recibí su paquete, gracias, dulce pequeña. Acto seguido empecé *Gilles,* seco y chirriante, que me parece infame. Llegaré hasta el final pero cogiéndome de la mano, como dicen aquí. Apenas si miré los de Romains, que me parecen otra vez mediocres, como los primeros de la serie. Así que *Verdun* lo atribuiremos a la casualidad.

---

[5] Que posteriormente se convertiría en un excelente actor.

Y esto es todo, querida pequeña, mi dulce pequeña. Cuánto la quiero en este momento. Verá usted, si algo me desencanta será el aire de París, el placer que puede encontrarse en sus restaurantes, qué sé yo. Pero no usted, pequeño Castor. Ah, qué ganas tengo de verla y de besarla y después, como antaño le decía, «de tomarla del brazo y explicarle mi teoría». Yo leeré su novelita junto a usted mientras usted lee los cuadernos, será delicioso.

La quiero.

He recibido una invitación para una exposición de Chagall (Galerie Mai — 12 rué Bonaparte) enviada por Gérassi (?) y cuento con que iremos ambos.

A SIMONE DE BEAUVOIR

25 de enero

Mi querido Castor

Hoy va en serio, esta carta no será larga. Ya se lo dije anteayer, creo, y al final tuvo usted sus cuatro páginas bien cargadas, la risa que le habrá dado. Pero esta noche tengo la mano y los ojos cansados. He llenado *ochenta* páginas de cuaderno, no sé si se da cuenta. Porque esta mañana, al despertarme, entreví mi manera de componer una novela y de imaginar; me impresionó (lo que decía Lévy me contrariaba: que yo no tenía imaginación de novelista y yo sabía que usted lo había discutido con B. y que le había dicho que en Faulkner se nota muy bien lo que es inventado). Y quise poner esto en mi cuaderno. Comencé esta mañana, no hice otra cosa fuera de los servicios de rancho y acabo de terminar.

Es bastante insólito ver cómo se va armando una novela. Pero pienso, en efecto, que no tengo una imaginación novelesca. Esto no significa que escribiré peores novelas que los demás, sino sólo que no estoy «hecho» para la novela. Pronto leerá usted las ochenta páginas; cuando reciba esta carta estaré a cinco días de usted. No pienso que voy a partir pero vivo mi partida, las cosas me dejan, siento una especie de inestabilidad en este local en el que sin embargo estaba metido hasta los tuétanos. Hay en el aire una especie de alegría y al mismo tiempo un ligero pesar porque pienso que no volveré, cuando regrese del permiso encontraré a estos tipos en otro sitio. Suena a largo viaje. Fuera de esto, nada nuevo. Leo *Gilles* con repugnancia, *Classe 22* con diversión (porque está en alemán). Me he reconciliado con Pieter. Pero como me vigilan y siempre están buscando jorobarme, Pieter, que ha empezado a leer *La Douceur de vivre,* que al comienzo pone a los diarios íntimos por los suelos, me plantó el libro delante abierto en la página en cuestión guaseándose por lo bajo. Copiaré el pasaje en mis cuadernos porque lo que dice está muy bien, pero quiero defenderme. Sepa usted que una revista japonesa me escribe pidiéndome 8 páginas mecanografiadas que pagará como corresponde en vista de que mis «obras son muy apreciadas en Japón». No escribiré las 8 páginas pero, como se estará imaginando, al leer esto los ojitos me bailaron. Por otra parte, Koyré me escribe que aceptará cualquier cosa mía para *Recherches philosophiques.* Estoy pensándome si le escribiré algo sobre la Nada. A decir verdad, esto depende de usted. Es que todo lo que toca a mi cuaderno me despierta unos malvados sentimientos

rapaces, no querría desflorarlo hablando en otra parte con estilo y composición de lo que el cuaderno trata como al descuido. Si, al leerlo, considera usted que de publicarlo podré o mejor dicho *deberé* suprimir los pasajes demasiado técnicamente filosóficos, entonces Koyré tendrá la Nada. Si en cambio piensa usted que la *historia* de mi pensamiento sobre la Nada, registrada día tras día, es tan interesante como las ideas, entonces le mandaré otra cosa, cualquiera. Usted dirá, pequeño juez. ¿Sabe?: tendrá *ocho* cuadernos para leer.

Tengo interés, amor mío, en que le escriba a la dama que envíe la novela a Poupette. Hágalo urgente. Y también habrá que mandarle lo que tiene en su casa, pero espéreme porque tengo 75 páginas más. Poupette le enviará sin franqueo dos ejemplares mecanografiados, usted se quedará con uno y me mandará el otro.

Pues bien, ya lo ve, mi pequeña flor, finalmente he llenado tres páginas. No se le puede escribir menos. La quiero, pequeño Castor, es usted mi querido amor.

Hoy no ha habido carta suya. Pero ayer 3.

A SIMONE DE BEAUVOIR

26 de enero

Amor mío, mi querido Castor

He recibido con un día de atraso una deliciosa cartita suya donde ya no parece nada indiferente a mi llegada. Está nerviosa, mi dulce pequeña, y rezonga, un poco temerosa de que le impida trabajar. ¡Ah, con lo felices que seremos! A decir verdad, no he recibido ni confirmación ni anulación, todo sigue igual, el capitán habla bondadosamente de esta barba que me cortaré antes del 1.° de febrero y que será realmente una lástima. Pero de precisiones, nada. Pero no se alarme, en la profesión militar es un buen signo. En ella los espíritus son lentos y reflexivos, y las ideas maduran largamente antes de manifestarse.

Hoy he estado un poco perezoso, he leído *Gilles,* que me indigna y divierte. Lo encuentro muy injusto con Bretón (Caël), hasta admito que en la vida de Bretón hay escándalos lamentables y vagamente policiales, como el asunto de Paul Morel, pero de todas maneras es demasiado fácil considerarlo únicamente por este lamentable gusto por el escándalo. El surrealismo ha sido otra cosa, y Drieu no dice más que imbecilidades acerca de lo que fue —no Bretón o Aragón— sino el surrealismo. Y además los tipos que se quejan de su época me repugnan. Me hace una gracia tremenda cuando, hablando de sus contemporáneos, escribe: «Me he dejado robar el alma por ellos». En su lugar, yo sentiría vergüenza, porque al fin y al cabo no tenía ninguna obligación. Tanta vergüenza me daría que ni pensaría en acusar a mis contemporáneos, me acusaría a mí mismo. De veras que es un perfecto canalla. Condena al comunismo, pues muy bien. Pero qué grotesco que vaya a buscarlo en los salones de la IV República; parece olvidar por completo que *también* había obreros que eran comunistas. Todo eso huele a oficina de espíritu que da miedo. Desde el punto de vista de la novela, a veces no está tan mal (cuando Paul Morel entra en crisis y Galland va a verlo), pero es una facha, está hecho deprisa y corriendo. Hay escenas fundamentales que no desarrolla (las

relaciones de Galland con el policía), personajes fundamentales construidos en un dos por tres (el policía, precisamente) y repeticiones inútiles y falta de ilación. Pero hay situaciones: por ejemplo, la pequeña judía arribista que llega a París de lo más asombrada y corre por todas partes tras su amante loco.

Escribí un poco de novela, un poco también de cuaderno y aquí estoy; por lo demás: tres sondeos. Buenos días de monje estoy pasando. Mañana iré a buscar un tubo de hidrógeno. Pasaré por una gran ciudad en la que me haré cortar el pelo y reemplazaré la montura de mis gafas. Sepa que *La imaginación* saldrá en la primera quincena de febrero, y que me ruegan, si estoy de paso por París, atender a la prensa. Lo haré en los horarios que usted esté en el liceo; me divertirá mucho dedicar todos estos libros, yo el soldado. Hay una revista japonesa que quiere mi colaboración pero he respondido cortésmente que no, porque los japoneses están con los malos. No ha habido cartas de París hoy, la suya fue la que tenía que haber recibido ayer. Y esto es todo, amor mío. También ésta es una carta muy cotidiana. Pero usted sabe, estoy metido por entero en la alegría de partir y de volver a encontrarme con usted.

Hasta mañana, mi querida pequeña, mi dulce pequeña flor. Cuando reciba esta carta estará a 4 días de verme. La beso, dulce carita de viejo camino trillado.

A Simone de Beauvoir

26 de enero

Mi querido Castor

Me caigo de sueño, he intentado escribir unas líneas de novela y advertí que divagaba con las palabras, escribía «escaparate» y me veía en Arcachon con usted, pequeña mía. Entonces lo dejé. A usted le escribo, pero si con esto no me despierto me iré a acostar sin escribirles a los demás. Por otro lado es un tanto voluptuoso tener tanto pero tanto sueño cuando nada lo retiene a uno en la tierra.

Esta mañana fui a buscar un tubo de hidrógeno, con Keller, en una camioneta camuflada. El chofer era simpático, en su vida civil ejercía el oficio de fotógrafo, lo cual explica sin duda el que lo hayan puesto de chofer de camión. Llevaba una piel de cordero soberbia y tenía una carita vivaz y oscura. Después fuimos a la gran ciudad y llegar nos costó todo el trabajo del mundo. La nieve caía y escarchaba el cristal del coche. Naturalmente, no había limpiaparabrisas. El chofer dijo «usaremos los grandes recursos» y meó sobre un trapito que después frotó contra el parabrisas. El resultado fue muy satisfactorio. En la gran ciudad compré gafas y me hice pelar, pero sin pasarme. No pude resistir el placer de que me arreglaran la barba y las patillas y ver la cara que me quedaba, pero tranquilícese, estos apéndices serán suprimidos a su debido tiempo. Hacía un tiempo siniestro y soberbio, cielo gris, avalanchas de nieve, bandadas de cuervos en los campos y hasta en la carretera, y montones de pequeños trineos. A mediodía volvimos y comí un *choucroute* en el local de Charlotte. Y por la tarde esperé el correo. Había un montón de cartas, una de T., una de mi madre, dos de usted. Es bonito. Al volver, Paul me informó que el capitán Munier había ido en persona al C.G. por mi permiso y que le prometieron que partiría el 1.° de febrero, lo cual me pone en

París el 2 por la tarde. Con toda prudencia aconseja además calcular un margen entre el 1.° y el 3, para no sufrir decepciones. En cualquier caso, seguro que la semana próxima. Llegaré, pues, el viernes o el sábado. Recibirá usted confirmación a su debido tiempo, mi pequeña flor. Conozco perfectamente el café-restaurante de Vieillards. Tiene una sala en un nivel inferior, bajando dos escalones. Usted me esperará ahí (en esa sala), entendido. Pero es inútil que llegue a las cuatro y media si tiene otra cosa que hacer. El tren llega teóricamente un poco después de las cinco, y es inaudito que no lleve una o dos horas de atraso. Llegue a las cinco y cuarto o cinco y media, será suficiente. Mi querida pequeña, amor mío, en menos de una semana la veré.

Me complace que le guste *El castillo* y que lo encuentre mejor que *El proceso,* yo opino exactamente igual. Pero qué ocurrencia la suya de que no se debe escribir si no se hace algo de tipo inquietante como Kafka. No es absolutamente necesario. Depende de la idiosincrasia de cada cual. No hay nada de eso en Dos Passos, ni siquiera, en el fondo, en Faulkner. Me urge leer su novelita, y también deseo ardientemente que resulte una obra maestra de primer orden. Sí, amor mío, verá qué traqueteo llevarán nuestras bocas y aun así no recuperaremos del todo el tiempo perdido.

Hasta pronto, dulce pequeña, hasta mañana, la quiero. Qué felices vamos a ser.

A SIMONE DE BEAUVOIR

29 de enero

Mi querido Castor

La quiero esta noche con todas mis fuerzas pero voy a escribirle sólo unas palabritas porque Mistler ha venido a las nueve y media con chocolate y coñac. Soy tan duro con él, ahora, que cuando viene trae presentes. Yo había examinado retrospectivamente mi conducta, me taché de caprichoso y decidí ser amable, cosa que hice, hablando dos horas sin parar de teatro y cine. Y hete aquí que es medianoche.

¿Qué otra cosa he hecho? Me entretengo bastante; he observado que justo al comienzo de esta guerra aparecieron dos libros que condenaban igualmente al surrealismo y por razones diferentes: el de Romains y el de Drieu, y me aboqué a la tarea de explicar lo que le debía yo al surrealismo. Aún no he acabado pero es muy divertido.

Mi permiso me tiene un poco contrariado, todavía no sé nada concreto. Habían prometido, ahora gimotean, dicen que es bastante difícil, quieren ganar dos o tres días. Naturalmente, siempre será en los primeros días de febrero, quizá incluso el 1.°, pero no sé nada concreto. Me irrita por usted, pequeña flor, porque sé que no le gusta arquear el lomo y esperar. Yo por mí lo hago, pero si supiera, pequeña mía, cuánto quisiera estar junto a usted con su bracito bajo el mío. La quiero tanto.

¿Sabe una cosa? Dos días sin cartas suyas. Si no fuera a verla antes de una semana estaría de lo más triste, pero sé que veré su querida carita de Castor y puedo soportar perfectamente un pequeño retraso de las cartas.

Hasta mañana, amor mío, la quiero todo cuanto se puede querer.

A Simone de Beauvoir

29 de enero

Mi querido Castor

Fue una jornada agradable pero hueca. De aquellas que no se recuerdan. He hecho sondeos, he terminado *Classe 22*, he escrito perezosamente sobre *Gilles* en mi cuaderno y trabajado un poco en mi novela. Entre tanto he almorzado en el local de Charlotte y hablado un poco esta noche con Mistler. Mi influencia sobre él es tan grande —a consecuencia de su debilidad— que desde anteayer no se atreve a mear de noche en su orinal. Yo le había dicho que era una cosa infecta y él se excusó gravemente, alegando ser un hombre de edad, pero no acepté sus excusas. Anteayer comenzó a mear por la ventana y me lo contó muy orgulloso. Y, desde entonces, todas las mañanas hay flores amarillas en la nieve bajo su ventana, Paul las contempla cada día con repugnancia. Sin embargo, a causa de esta docilidad, ya no me gusta, ni me divierte. Ya no puedo hablarle de frente. Toma, lo apuntaré en mi cuaderno. No soy un lagarto, y miro a las personas de frente. Inútilmente, además, porque con mi ojo que bizquea, creen que les estoy mirando la oreja. Pero cuando un tipo me produce un cierto asco nauseoso, apruebo neciamente todo lo que dice rehuyendo su mirada. Esta noche, no podía mirarlo, literalmente. Por momentos me forzaba a ello y mi vista se desviaba sola. Ahora se ha marchado, todo está tranquilo. Keller duerme sobre un libro y Pieter hace su colada con Persil en una palangana, hay una espumita que chisporrotea y él restrega sus pañuelos dentro. Paul está acostado, se acuesta puntualmente a las nueve, su necesidad de sueño es tan grande como su necesidad de comer. Está el gato, también, el «Escribiente», como dice Keller. Todo está silencioso y acogedor, pero esto se produce todos los días. Adopto el punto de vista del individuo que seré dentro de un año, dentro de dos años, y que releerá estas cartas con usted, que querrá recobrar a través de cada carta una suerte de matiz del día en que fue escrita, pues bien, hoy mismo no puedo ayudar a ese individuo, no puedo encontrar una cosa que distinga a esta jornada, que la convierta en algo particular, está destinada a sumarse a montones de otras y a constituir una masa indiferenciada que llamaré mi época de guerra. Sin duda es que comienza mi permiso, estoy más distraído para todo lo de aquí. En efecto, amor mío, bien pudiera ser que cuando reciba usted esta carta sea la víspera de mi partida y la antevíspera de mi llegada. Qué felices seremos los dos... Mire, elegiremos un día de carne e iremos al Dagorneaux de La Villette, donde parece que es tan buena. Y otra vez iremos a Ménilmontant y a Belleville. He pensado que llegando tan tarde ganaba una cosa: los cafés permanecerán abiertos hasta medianoche, en suma nuestras veladas serán tan largas como en tiempos de paz. La quiero, mi pequeña flor.

Hasta mañana, tengo aún dos cartas que escribirle y luego me tendrá con usted.

A Simone de Beauvoir

30 de enero

Mi querido Castor

He recibido su cartita del 28, me dice usted que es la última. Pero en realidad recibiría aún otras dos si me las hubiese escrito, pues incluso calculando que salga el 1.°, la partida es a las 19 y el correo a las 14. De todos modos las tendré, espero, esas dos carotas, ya que las de ayer y anteayer no me han llegado y pienso recibirlas mañana. Y ahora, ¿salgo el 1.°, el 2 o el 3? No lo sé. No más tarde del 3, ciertamente. Pero la administración militar se empeña en estropear de antemano los flacos placeres que concede, dejando planear la duda sobre ellos hasta el último minuto. Por tanto, mi pequeña flor, manténgase un poco flotante, un poco imprecisa como yo, no demasiado ansiosa. Lo esencial es que antes de cinco o seis días estaré junto a usted, que rodearé con mis brazos su querida y flaca personita y que ambos, seremos formidablemente felices. La quiero tanto. Me ha escrito usted una muy dulce cartita, amor mío, y me emociona hondamente pensar que con mi llegada recobrará usted «las cosas que cuentan». Es tan placentero poder disfrutar como lo hacemos nosotros sin el menor temor a decepción alguna que provenga de nosotros mismos. Oh, mi pequeño parangón.

¿Qué decirle de aquí? Nevaba, aprovechamos para no sondear un cielo oscurecido, trabajé aplicadamente en mi cuaderno por la mañana, en mi novela por la tarde. He acabado un capítulo sobre Boris y su encuentro con Daniel, seguramente mañana lo retocaré un poco. Y los días siguientes —si hay días siguientes— retocaré algunas debilidades muy manifiestas en el conjunto de estas setenta y cinco páginas. Entre tanto, almorcé en el local de Charlotte, donde acabé *Vorge contre Quinette.* Es entretenido, y además prefiero oír hablar de los surrealistas a Romains que a Drieu. Mirándolo bien, es más inteligente. Habrá observado usted sin duda con cierta irritación que en estas últimas cartas pongo Drieu, igual que la señora Verdurin decía Rimsky. No es afectación de familiaridad de mi parte —aunque toda la *NRF* diga Drieu—, sino que este apellido es realmente interminable y escribirlo me produce una invencible pereza. Siguiendo sus consejos, esta noche he leído atentamente el comienzo de la novela de Aragón en la *NRF,* a la que sólo le había echado una ojeada. Y es verdad, está bien escrita, y además, sin haber vivido esa época, tiene uno la impresión de que ha conseguido captar una cierta naturaleza «1889», pero su psicología es muy pobre.

Bueno. Todo esto son noticias muy literarias, mi pobre pequeña, ¿pero qué otra cosa quiere que le diga? Parece que ciertos días uno los mira y entonces ellos nos entregan pequeñas cosas, un aspecto del frío o de la casa o de las relaciones entre las gentes de aquí. Ayer fue un poco así. Y hay otros, como anteayer y hoy, que pasan sin que se los mire. No es que estén más vacíos. Pero verá usted, todos estos días aquí poseen riquezas tan discretas que es preciso entregarse enteramente a ello para descubrirlas. Vamos a mudarnos de aquí, está confirmado. No volveré a este hotelito encantado al término de mi permiso. Nuestros sucesores ya vienen de reconocimiento y «visitan» los locales, con mirada a la vez tímida y crítica, exactamente como las personas que visitan un piso en alquiler. «¡Aja! ¿Y esto qué es? ¿Y cómo lo utilizáis? Y cómo os arregláis para..., etc.»

Esto es todo, mi pequeña. Además me divierte menos escribirle, desde que sé que la veré. Estas cartitas que le envío o que recibo de usted me parecen artimañas para engañar al estómago. Es a *usted* a quien quiero ver, pequeña mía, y ver su sonrisas; es

con mis labios que quiero contarle mis historias y es de sus labios, que quiero oír las suyas. La quiero, tengo una gran *necesidad* de verla. Qué dice usted a esto: la primera noche iremos a cenar al Ducottet, es un excelente sitio para un reencuentro.

La beso con ternura, mi pequeña flor.

En cuanto a mí, escribiré hasta el día de mi partida —o mejor dicho hasta la víspera, y recibirá un telegrama.

A Simone de Beauvoir

31 de enero

¡Ah, mi buen Castor, mi pobre Castor!

Voy a causarle una gran decepción. Le digo rápidamente que tan sólo se trata de una semana, a lo sumo diez días, de demora.

Pero así estamos, usted me esperaba, esperaba el telegrama, estaba ya lista para ir a esperarme al café que queda en el piso inferior, y ahora tendrá que volver a contar los días. Pequeña mía, mi querida pequeña, cuánto deseo que no se apene demasiado. Además, sé que no será una pena verdadera porque usted *sabe* que llegaré, sólo que esto da una especie de violenta decepción nerviosa, con lágrimas, me imagino, y además engendra una especie de desconfianza injustificada ante el futuro; y tengo miedo de que ya no se atreva a ponerse contenta y de que toda su alegría de esperar se estropee. Pequeña mía, mi querida pequeña, piense que, por odioso que sea, esto no es más que un *retraso,* sólo significa unos diez días más de espera, no significa en absoluto que nos quiten el permiso definitivamente. Pero es que se empeñan en estropear los pobres placeres que nos conceden porque estos diez días, que hubiésemos encontrado deliciosos y plenos si los hubieran concedido así, generosamente y sin hacerse rogar, uno acaba por decirse, a fuerza de esperas defraudadas, que no son gran cosa para tantas esperanzas y después tantas decepciones. Pero tampoco se diga eso, querido amor mío. Piense que bien hubiera ido a Nueva York por cuarenta y ocho horas sólo para ver los rascacielos, para introducirlos en su vida. Amor mío, en este caso es igual. En tiempo estos diez días no son nada, pero son algo inmenso porque vamos a tocarnos y a existir el uno para el otro, a mezclar nuestras vidas, después tendremos paciencia para esperar, y también a comunicarnos todo lo que hemos vivido desde que me dejó. La quiero tanto.

En cuanto a contarle lo que pasó: pues bien, no pasó nada, sólo que empezamos a encontrar sospechoso este no saber nada. Entonces Paul fue a ver al capitán Munier, quien la víspera había mandado a un imbécil malintencionado a liquidar la cuestión. Y el capitán Munier, que había *prometido* en firme que sería el 1.° de febrero (sin lo cual no me hubiese permitido transmitirle esta esperanza) pero que ese día estaba muy ocupado, respondió: «¡Bueno, qué quiere usted! No tiene arreglo. No sé cuándo partirá». «Pero entonces nuestros permisos se cruzarán y eso es lo que usted no quería.» Hizo un gesto de indiferencia: «Bueno, ¿qué quiere?, se cruzarán. De todos modos estaremos en descanso». Y eso fue todo.

¿Cuándo partiré? En el peor de los casos, el 15: los militares con permiso *tienen* que

estar todos de regreso el 1.° de marzo. No me atrevo a decirle que cuente mucho con que sea antes, porque ya soy culpable de haberle alentado falsas esperanzas, pero en fin, no creo que vaya a ser el *último* en partir. Por consiguiente, espere lánguidamente para el 8 o el 10. Y no se altere demasiado, dulce pequeña mía.

Queda la cuestión Zazoulich. ¿Qué decirle? Creo que lo mejor es tomar francamente al toro por los cuernos, decirle que usted no tiene la menor idea de la fecha de mi llegada (mañana escribiré a Tania en este sentido) y que usted no puede tomar la decisión de partir antes de saber exactamente a qué atenerse.

En cuanto a mí, en el momento me sentí un poco maltrecho, y luego, como he decidido ser una roca, en veinte minutos me había recuperado. Sólo me atormenta usted. Y encima ahora estaré dos o tres días sin cartas suyas, sin libros y sin dinero, es un fastidio. Vuelva a escribirme diariamente, mi pequeña flor. Y además, *en cuanto reciba esta carta* envíeme quinientos francos y también escoja tres libros de la lista y mándemelos con urgencia. Si no tengo tiempo de leerlos antes de mi partida, al menos los necesitaré para leer un poco en el trayecto.

Querido amor mío, mi pequeña flor, la quiero tanto, cuánto deseo verla. Tenga paciencia, a pesar de todo estamos más cerca de vernos que nunca. La beso con todas mis fuerzas.

Tendrá ocho cuadernos para leer en vez de siete.

A Simone de Beauvoir

Primero de febrero

Mi querido Castor

Sólo unas líneas. Todo ha cambiado, parto el 3 o el 4. Pero esta vez en serio. He estado en el C.G. y mañana por la mañana paso, la visita. Por lo tanto, tiene que *contar conmigo* en firme para el 4 a la noche o el 5 a la noche. La cita es donde usted dice, me acuerdo muy bien de aquel pequeño café. Amor mío, qué gusto me da volver a verla. Recibirá esta carta la víspera de mi llegada, quizá ese mismo día. También tendrá un telegrama confirmándola. Pero lo mejor, si el 4 no lo ha recibido, es ir de todas formas a la cita, porque a veces tardan mucho.

Estoy contentísimo, amor mío. Ésta es mi última carta y dentro de tres días besaré su carita. La quiero.

A Simone de Beauvoir

15 de febrero

Mi pequeño Castor querido, amor mío

Aún no logro explicarle lo que es un sentimiento en mi cabeza, pero lo que puedo

decir es que su carita de ojos inundados en lágrimas, que veía por sobre las espaldas de los soldados de mi compartimiento, me dejó trastornado de amor. Qué bello era aquel rostro, querido Castor, no conozco nada más bello en el mundo, y me impresionó y me llenó de humildad el pensar que era tan bello *por mí.* Amor mío, no estoy triste en absoluto sino inmerso en una curiosa ternura, y aún ahora no puedo pensar en su rostro sin que se me haga un nudo en la garganta. No quisiera que haya estado triste, amor mío. Imagino que el liceo la habrá calmado un poco, forzosamente. Pero existió sin duda esa penosa hora de intervalo (la vi girar lentamente sobre sí misma y marcharse) y fue un peso en mi corazón imaginarla triste y yo que no podía tomarla entre mis brazos y llenarla de besos. Ahora eso quedó atrás y es irremediable. Somos no obstante una sola persona, mi pequeña flor, una sola persona. La quiero más aún, si cabe, después del permiso que antes. No le diré que es usted perfecta porque esto la pone nerviosa y es realmente la clase de cosas que se pueden decir Xavière y Pierre[6] con disimulada complicidad. Pero usted es lo mejor que conozco de todas formas, todo lo que amo usted lo tiene y lo tiene al máximo. La quiero con toda el alma. No son «signos» lo que estoy escribiendo.

Los tíos estaban un poco atontados y sombríos. Y, cerca del final, uno de ellos tocó el banjo y todos cantaron. No fue en absoluto desagradable. Leí la novela policíaca (mediocre), dormí, comí, empecé *Bismarck,* todo ello en un estado de tierna confusión que por momentos lindaba con el remordimiento. Tenía miedo de no haber sido suficientemente bueno durante mi permiso. Amor mío, acabé encontrando una razón de remordimiento: le he dado su navajita a Tania. Verá usted, cariño, mientras estaba aquí adoraba esa navajita. Sólo que ya no cortaba nada y sobre todo ya no contaba, porque yo no estaba en la guerra, estaba en París. Pero hice mal y empiezo a echarla de menos, a echar de menos esa pierna pequeñita y ese piececito dorado. Mi adorable pequeña, está resultando muy incómodo escribirle. Aún tengo otro pequeño tema de remordimiento pero de éste le hablaré mañana. Estoy en un campamento semejante a los que le he descrito y escribo sobre mi cantimplora en medio de un ir y venir infernal. Llegué a las cuatro, son las cinco (usted está con Bien, sin duda) y vuelvo a partir esta noche a las nueve. Llegaré a la «estación de embarque» a las 4 de la madrugada y supongo que arribaré a destino a las 8.

Amor mío, la quiero con todas las fuerzas de mi corazón, quisiera tenerla aquí. Beso sus mejillitas.

A SIMONE DE BEAUVOIR

16 de febrero

Mi querido Castor

Aquí estoy, de vuelta. Qué extraño me resulta escribirle. Y sobre todo reanudar el diluvio de cartas cotidianas. En mi horizonte está usted querida pequeña, y esto es todo. Cuánto la quiero, mi dulce pequeña, qué joyita de permiso he pasado con usted.

[6] Personajes principales de *La invitada*.

Es posible que el 2 de marzo nos marchemos de descanso por 3 o 6 meses. Esto le gustaría, querida pequeña. Sepa que se habla *mucho* de ello. Le ahorro los indicios pero aquí no se habla de otra cosa y no se hablaba de otra cosa en el tren. El dato parece serio y además es exacto que después de seis meses de frente las divisiones parten a la retaguardia para un descanso largo. Alégrese, por muchas razones, entre otras la de que tendré permisos de 48 y 24 horas. Debo decirle que estas noticias, encontradas al llegar, no contribuyeron poco a consolidar un humor que me esforzaba en mantener impávido.

En cuanto a la historia de mi viaje, aquí la tiene: desde las 9.40 hasta alrededor de las 16, tren. No estaba triste (había unos tipos muy abatidos y todos estaban silenciosos. Hacia el final un tipo tocó el banjo. Fue una impresión bastante fuerte) sino trastornado. Era sobre todo ternura por usted; por breves relámpagos, hacia Tania —y también una gran extrañeza y pequeños hábitos adquiridos durante el permiso— hábitos de *ver*, inclusive, esquemas perceptivos que dibujaban su sonrisa, por ejemplo, y que terminaban deshaciéndose al chocar con esta nueva realidad. Pero repito que no se trataba de tristeza y hasta me sentía casi feliz, creo que se lo podría llamar, si hay un estado que merece este nombre, patetismo. Leí. Después bajé en unos campamentos profundamente siniestros y oscuros donde nos amontonaban como ganado. No había más que tipos descorazonados o gruñones. Pero percibí claramente que lo siniestro y la tristeza son cuestión de voluntad, porque era algo que sentía delante de mí y yo no estaba dentro y no quería estarlo. Dios mío, mi dulce pequeña, cuando pienso que durante el servicio militar me permití sentirme deprimido porque regresaba por cinco días a Saint-Cyr. ¡Qué vergüenza! Había botellas de cerveza y bebí, cine permanente y estuve tentado a ir pero me pareció una especie de cobardía, una manera de escapar a la atmósfera negra de las barracas y volví a la mía que olía a madera húmeda y que acabó por parecerme formidablemente poética. Me puse a escribir mis cartas y después me acerqué a la estufa y me puse a calentarme nalga contra nalga con otros soldados, fumando y pensando en usted con deleite. De vez en cuando me acordaba también de Tania rodeándome con sus brazos y diciéndome: «Cariñito mío, cariñito mío» y también esto me estremecía. Pero es curioso: hoy los recuerdos de Tania se han agostado, sólo existe usted. Amor mío, si pudiese saber cuánto la he amado estos dos días, dejaría de preguntarme qué es eso de un sentimiento en mi cabeza y renunciaría para siempre a llamarme sepulcro blanqueado. Pero debo decir que sigo siendo reservado con mis sentimientos, siempre podrían exteriorizarse más. Sobre todo ayer, porque entonces hubiese caído en lo lastimoso. Tras lo cual a las 21.20 nos hicieron salir de las barracas y fuimos a apretujarnos en un tren oscuro y helado (las tuberías de la calefacción estaban congeladas). El tren partió, sumido en la negrura, mis vecinos empezaron a resoplar y maldecir porque tenían los pies congelados, por lo que les aconsejé bajar en la primer parada y subir en el vagón delantero, donde era más probable que las tuberías no estuviesen congeladas. Yo mismo tomé la iniciativa de bajar y de correr por la nieve a lo largo del tren. Y, en efecto, el primer coche estaba la mar de caldeado y dormí plácidamente hasta las siete de la mañana. Tras lo cual conversé un poco con mi vecino, quien me informó que su capitán era radiestesista y verificaba el emplazamiento de sus secciones sirviéndose de un péndulo. Cuando el péndulo le informaba que una sección no se hallaba en el lugar que él le había fijado, el capitán cogía el teléfono y le soltaba una bronca a la sección. El tipo me exponía todo esto con objetividad y sin permitirse juzgar. Pero cuando terminó, dijo: «*Además* es un jilipollas». A las siete y media descenso del tren, nuevos campamentos en los que bebí un vaso de café y conversé con

tipos que seguían muy sombríos y después un autocar me trajo hasta aquí. Bajé solo, los demás habían bajado antes o bajaban después. Es una pequeña ciudad sinuosa y en descenso con montones de cuestas empinadas, lo que produce un cierto simpático movimiento. Bajé por una calle al azar y, al pie, me fui al suelo con todos mis trastos. Un soldado que pasaba me reconoció y me llevó al C.G. De ahí fui al A.D., donde se me recibió con la sonriente indiferencia que preveía. Salvo Pieter, que se apoderó de mí y me llevó de inmediato a la taberna para cotillear sobre uno y sobre otro. Paul está de permiso, Mistler se ha marchado al C.G. del Cuerpo de Ejército. En cuanto a la situación, mañana se la comentaré con más detalles, pero en líneas generales: buenos restaurantes, pueblecito agradable, *absolutamente* nada que hacer. Pero nosotros, los sondeadores, no tenemos local propio. Somos catorce en una habitación tan grande como su cuarto y es bastante incómodo. De modo que me pondré a buscar un local. Tengo algo en perspectiva. Hoy he vuelto a mi cuaderno. No estoy triste sino vacío: lo importante es adquirir nuevos hábitos o, como dice Mistler, «hacerme mi agujero».

Pues, aquí estoy, cariño, aquellos diez días de tanta pasión están enterrados. Pero habrá otros y puede que muy pronto. Querido amor mío, tengo la impresión de que ya no está usted demasiado triste. Quisiera hacerle sentir cuánto la amo, pequeña mía, y cuan unido me siento a usted. Tengo la sensación, como usted en otro tiempo, de no haberle dicho lo suficiente cuánto la amaba.

Beso con todas mis fuerzas sus queridas mejillitas. No se olvide

el Selbona

las 2 cajas de Halva

la tinta para estilográfica

Y si es posible enviar algo de dinero, hágalo. (Pero claro está que no necesita mandar quinientos francos.) Sepa únicamente que el mes que viene tendrá que enviar el suplemento porque pediré un préstamo a Pieter.

A SIMONE BEAUVOIR

17 de febrero

Mi querido Castor

Hoy no ha habido cartas. Yo *me* había dicho juiciosamente que no las habría, que las cartas del 15 no podían llegar el 17, salvo si se las había echado al correo antes de las 14.30, lo que a usted le resultaba imposible. Así que no me decepcioné tanto, sólo que hasta que no reciba cartas no tendré la sensación de haber reanudado mi vida aquí. De momento estoy un poco desorientado, no me he hecho mi agujero. Todo es hueco pero qué extraña impresión, uno siente que las cosas huecas se van llenando lentamente ante sus ojos. Esta tarde, por ejemplo, sentí que el perfil de Naudin inclinado sobre su papel de cartas recobraba una especie de valor en mi vida, lo recobraba en medio de esta luz nueva y de esta habitación nueva. Es mi vida aquí lo que comienza a tomar forma. Van surgiendo pequeñas impresiones, distancias, que se van haciendo familiares (la del Hotel du Soleil, que Pieter llama nuestro P.C., al A.D.). Pero en conjunto esto no es demasiado simpático, le falta una querencia; qué simpática era nuestra pequeña y

estrecha querencia de Morsbronn, en la que vivíamos los cuatro y que «apestaba», si hemos de creer a los secretarios, más que abundantemente. El pueblo no es antipático y disfrutamos de una paz fenomenal, estamos como reyes. Pero, ¿a dónde ir? Somos diez en un cuarto pequeñísimo, Courcy da sentenciosos paseos de un lado a otro haciendo crujir pensativamente los talones y exclamando a veces: «¿Qué queréis que hiciese?» (corrupción de: «¿Qué queríais que hiciera la criada?». Yo lo había dejado en Morsbronn en, la fase Boniface, de tal suerte que corrupción y contracción permiten medir el paso del tiempo). El ayudante cuenta por décima vez sus historias, ahora quiere «cortarle los bigotes al padrecito Stalin» y sueña que nos envían en cuerpo expedicionario a Finlandia. Allí espicharía en seco, de todos modos, pues es friolero como una vieja. Para tranquilizarla me permito decirle, como delicadamente le repliqué a él, que no nos enviarían en cuerpo expedicionario a Finlandia a *menos* que previamente cumplimentaran la ligera e insignificante formalidad de declararle la guerra a Rusia. Los otros no dicen gran cosa pero viven, y esto produce ruido. Por la mañana permanezco en un gran café triste donde me toleran aunque esté cerrado a la tropa. A mediodía voy a almorzar al restaurante contiguo. Bien. Por once francos. Me echan a la una y media. Entonces me resigno a ir a casa de los secretarios. Están instalados en la planta baja de una casita acomodada, confortable y desprovista de misterio que no tiene el encanto ruinoso de nuestro Hotel Bellevue. Esta casa, situada al borde de la «Calle Mayor», está alineada con otras siete todas iguales, pintadas de un gris azulado y fuertemente alemanas. El conjunto pertenecía en otro tiempo a un príncipe. Ahora están «burguesamente» habitadas y una de estas familias burguesas nos ha cedido la planta baja. Se la oye vivir encima de nuestras cabezas. Así que de 2 a 5 permanezco ahí, leo un poco —hoy he trabajado en mi cuaderno, donde hablé de sus «situaciones irrealizables»— usted sabe, lo que siente Elisabeth[7] todo a su alrededor y he clasificado mi permiso entre estas situaciones. También he contado mi regreso (lo que le escribía ayer). A las cinco vuelvo al café, que está lleno de militares pero de militares que zumban entre ellos, que no me dedican sus ruidos a mí (en el A.D. lo terrible es que cada cual destina expresamente sus ruidos a todos los demás, son ruidos penetrantes. Los del café son ruidos espumosos) y puedo escribir mis cartas. Finalmente —igual que en noviembre— me ofrecí como voluntario para cuidar el A.D. por la noche, porque allí estoy solo. Y eso es todo. Añádale que esta mañana pasé la visita médica, como ha de hacerlo todo soldado al volver de su permiso, y que esta tarde llevé madera a serrar a la carpintería. De manera que no he podido hacer gran cosa. Quizá desde mañana vuelva a mi opúsculo, trabajaré el capítulo Jacques-Mathieu para no perder tiempo. No estoy triste, pequeña mía, pero necesito las cartas. Quisiera que de nuevo encerrase usted su personita en las cartas, como un genio en una botella; ahora está libre y vagabunda, y de tan lejos que está más de una vez me flaquea el ánimo. Es tanto lo que la quiero, pequeña mía, tanto, tanto, y como aquí no tengo absolutamente nada que hacer, ni el más pequeño sondeo, encuentro absurdo estar tan lejos de usted.

La quiero con todas mis fuerzas.

Parece que Emma, sin saber muy bien lo que será de ella, de todas maneras, se está ocupando de preparar por si acaso su visita. Me ha escrito esta mañana.

Amor mío, no se olvide de pedir a la dama una notita de recomendación para Tania dirigida a Tournay.

---

[7] Personaje de *La Invitada.*

La embajada del Japón (servicio de propaganda) me anuncia que mi «volumen de cuentos *El muro»* ha sido traducido al japonés. Pero debe ser un error: sólo se trata del cuento de ese nombre.

Jacques Chardonne me envía su último libro: *Chronique privée,* donde escribe: «Me atrevería a decir que *Les plus beaux de nos jours* de Marcel Arland, *Noel Moláis* de Henri Fauconnier, *Milady* de Paul Morand, *La Chambre* de J.-P. Sartre... poseen en común la misteriosa e inalterable calidad de aquellas novelas de antaño que seguimos leyendo». Se me alzó un poco el copete. Me alegra que todo esto continúe latente a pesar de la guerra.

A SIMONE DE BEAUVOIR

18 de febrero

Mi querido Castor

Hace un rato recibí por fin su larga carta. Qué contento me puse, mi dulce pequeña, al ver que mi partida no la alteró demasiado. La vi marcharse tan despacio, con una soltura mecánica tan singular, que temí una emoción excesiva. Amor mío, estoy tan contento de ser para usted fuente de dicha y nunca, ni siquiera ahora, fuente de tristeza. Sí, cariño mío, me gustaría muchísimo besar sus viejas mejillas de camino trillado, que son lo que más me gusta en el mundo. La quiero. Verá usted, en todos estos días, por más que me dé tono con la autenticidad, montones de veces me flaquea vergonzosamente el ánimo por estar lejos de usted. No obstante soy un ex permisionario decoroso. Los otros, Hang y el ayudante, por ejemplo, están rendidos. Hang se ha vuelto derrotista. Y, en general, en el tren y en los campamentos he visto que los tipos que vuelven del permiso están terriblemente afectados, lo que justifica en cierto modo el atolondramiento de mi madre: «Dicen que no deberían darles permiso porque vuelven con la moral más baja». Entonces bien puedo permitirme unas mínimas muestras de fastidio. De todas maneras, ya está, mire, me he hecho mi agujero. Además, sobre todo un agujero intelectual. Tengo tela que cortar y me regocija: estoy avizorando una teoría del tiempo. Esta noche comencé a escribirla. Gracias a usted, ¿sabe? Gracias a esta obsesión de Françoise: la de que en la habitación de Xavière, cuando está Pierre, hay un objeto que existe él solo sin ninguna conciencia que lo vea. No sé bien si tendré paciencia de esperar a que alguien le lleve mis cuadernos para hacérsela conocer. A propósito, amor mío, no ha tenido usted tiempo de decirme lo que pensaba de mi teoría del *contacto* y de la *ausencia.* Dígamelo.

En cuanto a la jornada de hoy, aquí la tiene: ante todo, era domingo. Aquí, comienza a sentirse otra vez. Toda la mañana he estado trabajando y leyendo en el Hotel du Soleil; hacía más bien frío, dado que la sirvienta no conseguía encender la estufa. Estoy entusiasmado con la guerra de 1870. Usted me ha dado un libro de Duveau sobre el asunto (sé de él por Maheu, es un tristón, lleva un diario íntimo pero su libro es inteligente), aquí he encontrado un libro de Chuquet sobre la guerra y además tengo el *Bismarck* de Ludwig, es una buena documentación y muy interesante. A mediodía vinieron los cazadores amigos de Pieter y almorzamos juntos. Esta vez por milagro

estuvieron interesantes, pero creo prudente reservar para el cuaderno lo que me dijeron. Unos cazadores que no conocía se mezclaron en la conversación y también estuvieron interesantes. Después fui a buscar el correo: una larga carta suya, una de Tania. La suya me trastornó todo, amor mío, pero la de T. me irritó. No sé por qué, me parecía menos agradable que las otras dos y sobre todo sospecho que la escribió al otro día y le puso la fecha de la víspera. Después de todo no es tan importante, pero esa especie de confianza que por pura estupidez le estaba prestando se fue repentinamente al trasto.

Para calmar mi berrinche salí a dar una vuelta y vi un espectáculo delicioso: soldados, muchachas y chiquillos bajando en trineo una calle empinada entre dos filas de espectadores-soldados que les arrojaban bolas de nieve. Tras lo cual regresé, animoso y sereno, y trabajé sobre el tiempo hasta la cena en el café que, no habiendo nada mejor, me sirve de querencia. A propósito, no me queda ni un céntimo. Si no es mucha molestia para usted, envíeme cien francos, pequeña mía. Y no se olvide del paquete.

Esto es todo por hoy. En este momento estoy solo y animoso. Le escribo. La quiero tanto, tanto. Sí, amor mío, fue una velada muy rica la del pequeño O.K., volveremos, he pasado un permiso estupendo. (Pero no «precioso», me quejo discretamente de ello en mis cuadernos.)

Aquí tiene una pequeña anécdota edificante: la mujer del soldado C., conocido mío, vino a verlo con los papeles en regla. Tiene *auténticos* primos en este sitio. Al bajar en una gran ciudad cercana, pidió a un tipo que le buscara un taxi. El tipo era de la Policía Militar y la hizo detener. La estuvieron interrogando tres horas. Al cabo de las cuales confesó y los otros tuvieron la exquisita gentileza de autorizarla a ver a su marido durante *24 horas* (se había marchado para ocho días, trayéndose al gato porque no tenía a nadie que se ocupara de él). En otros casos han sido menos amables y castigaron al soldado a quien venían a visitar. Pero es que aún estamos muy cerca de las líneas. Si estuviésemos en la retaguardia, estas mujeres vendrían cuando se les antojara.

Querido amor mío, mi pequeño Castor, la quiero con todas mis fuerzas.

A SIMONE BEAUVOIR

19 de febrero

Mi querido Castor

No ha habido carta suya, hoy. Sólo unas líneas de Tania. Y encima, ahora, al cartero repartidor se le ha metido en la cabeza distribuirlas personalmente, es un fastidio, llegan más tarde. Me hubiese gustado saber qué es de usted, mi dulce pequeña. Pero quizá no ha tenido tiempo de escribir, no se sienta molesta por eso, se lo ruego. Pero en cambio, *no deje* de escribirle al boxeador. ¿Contestó usted a la Cía de Seguros? Yo he recibido dos cartas y las contestaré esta noche. Haga otro tanto, piense en el pobre chofer ruso, tan simpático, que me rechazó la propina.

Hoy paso el día en el salón comedor del Hotel du Soleil, el tiempo es demasiado largo a decir verdad. Estos permisos descomponen un poco a sus beneficiarios. Aquí hay tres que están tocados. Yo no, pero pienso de tarde en tarde que no volveré a verla

en mucho tiempo y a mi pesar lo encuentro duro. Figúrese que echo un poco de menos mis sondeos, le daban un sentido a la jornada y además los momentitos de lectura y trabajo quedaban recogidos entre ellos, compactos y tupidos. Ahora todo resulta amplio y suelto. Sobra tiempo.

No obstante he comenzado una teoría del tiempo bastante buena, creo; me da trabajo pero responde. Aunque no está terminada. Sólo me estoy ocupando de mis cuadernitos pero creo que a partir de mañana volveré a trabajar en la novela. Hay dos cosas que aún puedo escribir: Jacques-Mathieu y el rabioso paseo de Daniel cuando acaba de dejar a Boris y va a casa de Marcelle. Será usted tan buena de apremiar a Poupette, aunque evidentemente ha de llevar bastante tiempo mecanografiar todo eso. Pero me gustaría tener trabajo concreto y agradable, sería un gran cambio para mí. Con respecto a los libros, es inútil enviarlos ahora, pero el 28, cuando le paguen, tendrá que abalanzarse y enviarme un cargamento. Mañana le mandaré una lista. Seguimos sin saber nada de nuestra partida eventual. Si en este momento no tiene ni una perra no envíe nada, pobrecita, no dé más de lo que puede. Me arreglo muy bien con Pieter. Sólo que el 1.° de marzo tendrá que enviarme 1.000 francos. ¿Es mucho de golpe?

Sepa que T. me dice (de buenas maneras) que algunos pasajes de mi cuaderno la han «chocado profundamente», y que está de lo más desconcertada porque yo tengo una «vida íntima» y ella creía que no la tenía.

Esto es todo, mi querida pequeña, carta bien vacía ésta pero, ¿qué otra cosa decirle? Para ser sincero, el que está vacío soy yo, supongo que cualquier otro día me hubiera explayado tranquilamente sobre este café, sobre el regreso de Hantziger, qué sé yo... Pero ni siquiera es que no tenga ganas: no pienso en ello. Pero mire, no se ponga celosa del cuaderno, no hay otra cosa en él, en el día de la fecha, que la teoría del tiempo. Y ni se le ocurra pensar que estoy deprimido, amor mío: se trata de una pequeña melancolía que pasará pronto, tiene que hacerse uno su agujero, eso es todo.

La quiero con toda el alma, pequeña mía. Querría que estuviese aquí; todo iría bien.

A SIMONE DE BEAUVOIR

20 de febrero

Mi querido Castor

Acabo de recibir de usted una carta conmovedora e intensa. Me estremeció pensar lo presente que he estado para los dos y la manera en que habló usted de mí. El pequeño Bost me resulta simpatiquísimo y encuentro que tiene usted razón al pensar que la posguerra tendremos que vivirla *para* él y que deberemos tratar de impedir, en cuanto nuestros recursos lo permitan, que tipos dé su edad acaben pareciéndose a unos Brice Parain.

Oh, pequeña mía, estoy aún de lo más conmovido por la temporadita que he pasado con usted; nunca, ni siquiera en Brumath, sentí con tal intensidad cuánto la amaba, pequeño parangón, mi dulce Castor. Verá usted, al principio no hablé de ello por coquetería, pero no soy nada insensible a los elogios que le ha inspirado el Sumatra. Me siento estimulado, como decía mi abuelo, y hoy mismo me pondré a trabajar de nuevo.

Estaba convencido de que ese capítulo había salido bien. Revisaré el libro entero para que todo quede a su altura, estoy lleno de decididos propósitos. Pequeña mía que sabe devolverme la alegría de vivir cuando la he perdido un poco. Gracias también por su bonita pipa, la fumo mientras le escribo, es buenísima y suave. Le he dado el Halva a Pieter, hizo algunos melindres pero lo reprendí. Ahora está comiendo un buen pedazo con satisfacción. En cuanto a la tinta y los sobres, todo perfecto, pero figúrese que el paquete llegó en pedazos. Pero no hubo daños.

Está visto que ya ni salgo del Hotel du Soleil. Está prohibido a los militares pero nos dejan quedarnos todo el día. De cuando en cuando me doy una vuelta por el A.D. para ver si todo marcha bien y después vuelvo. Esta mañana he trabajado en el cuaderno y saqué partido de algunas pequeñas ideas que tuvimos en París, usted y yo, especialmente la de que el deseo de autenticidad, o bien era completamente inauténtico o bien era la autenticidad misma (por cierto, ¿se ha perdido el cuaderno que me enviaba o es que se olvidó usted de mandar uno? De todos modos aquí hay y tengo dos de reserva, no corre prisa). Esta tarde escribí mis cartas a los del Seguro sobre el accidente del puente Alexandre III. Hágalo, mala personita, si aún no lo ha hecho. Y también escribí a Brice Parain «sobre las generaciones». Ahora leeré un poco y luego volveré a empezar la novela. T. no me ha escrito hoy. Es un poco raro, a los dos días de haber estado tan amable, algo hay detrás; tal vez encuentre sospechosa la historia de que usted no durmió fuera de casa. Ayer y anteayer me crispaba un poco pero hoy me es indiferente, estoy de buen humor y trabajo mucho. Dígale al pequeño Bost —o, si no lo ve, escríbale— que siento una gran simpatía por él y que le escribiré.

Hasta mañana, mi dulce Castor, mi amor querido, la quiero con todas mis fuerzas. Beso sus viejas mejillas de viejo camino trillado con ternura «religiosa», pequeña mía.

A Brice Parain

[20 de febrero]

Estimado Parain

Lamento muchísimo que nuestra conversación de la otra noche haya tomado un mal cariz: teníamos cosas más interesantes que decirnos. Lamento sobre todo que me consideres un representante de la generación de 1930 sometiendo a juicio a la de 1914. Nada más falso, y en cada una de nuestras conversaciones se produce algo curioso: te apoderas del menor pretexto para someter acrimoniosamente a juicio a tu generación, *en mi lugar*. Coincido absolutamente con *todo* lo que me dices en tu carta y te juro que no estoy orgulloso de mi generación, pero tampoco avergonzado. Poco me preocupa eso. Simplemente, te hablé de ello para demostrarte la ligereza en que incurrió Drieu al hablar de una Francia en descomposición y confundida, mientras que gente joven como la que conocí a los veinte años y que hoy por hoy son hombres adultos, se distinguían precisamente por la serenidad de avinagrados que tú les reprochabas el otro día. Pero lo que yo reclamo es la posibilidad de juzgar a un hombre, Drieu o cualquier otro, no importa, como individuo, simplemente, sin que vengan a echarme en cara su generación. No se trata de metafísica (aunque me parezca muy osado pretender que el

único juicio extra-histórico deba ser el de lo verdadero y lo falso). Tampoco se trata de negar que Drieu se encontró con un espíritu formado distintamente que el mío en circunstancias que yo no conocí. Sería pueril. Pero no hay por qué escamotearme a Drieu cuando pretendo juzgarlo, y encajarme bruscamente su «generación» en su lugar diciéndome que son la misma cosa. A esto le llamo querer darme gato por liebre. El individuo Drieu es *de* su generación, desde luego, y ha vivido los problemas de su generación. Pero no cabe decir que él *es* su generación. Por emplear la expresión fenomenológica, se es-en-su-generación como se «es-en-el-mundo» («In-der-Welt-Sein»). Lo cual supone siempre que uno supere hacia sí mismo su generación. Y en este nivel precisamente quiero juzgar a Drieu, en ningún otro. Dicho de otra manera, la generación es una *situación,* como la clase o la nación, y no una *disposición.* Así pues, te repito que nunca consideraré más que los reproches que dirijo a Drieu en tanto él «trasciende» a su generación, y no pensaré en dirigírtelos a ti aunque hayáis tenido que trascender una situación idéntica. Como tampoco pensaré enjuagarte como a Blaise Cendrars o a Giraudoux o a Aragón, quienes, después de todo, están más cerca de tu generación que de la mía.

En ti lo que me resulta profundamente atractivo y simpático es tu susceptibilidad de generación alcanzando la altura de una Weltanschauung; me parece que esto está muy lejos de las pobres acritudes de Drieu. Tú eres exactamente, en mi opinión, una «conciencia desdichada», y en mi propio universo representas, por el contrario, un valor moral. Te lo digo para que en el futuro pueda yo tratar de canalla a un contemporáneo tuyo sin que acto seguido tenga que descubrir, con gran sorpresa, que te he atacado sin saberlo.

Respecto de la cuestión política, no temas. En la gresca me moveré solo, no seguiré a nadie y los que quieran seguirme que me sigan. Pero lo primero que debemos hacer es impedir que la gente joven que ha entrado en esta guerra a la edad en que tú entraste en la otra, salga de ella con «conciencias desdichadas». Sólo podrán hacerlo, creo, aquellos de sus mayores que hayan hecho esta guerra con ellos.

Ahora tienes mi dirección; si de vez en cuando tienes un rato y no te aburre, escríbeme.

Te saludo con todo afecto.

A SIMONE DE BEAUVOIR

21 de febrero

Mi querido Castor

Un honesto desconocido me ha hecho llegar su cartita extraviada. En ella no hay nada que no supiera pero me agradó recibirla, desde el momento en que usted la había escrito —y luego me llegó otra grande que me conmovió mucho, mi dulce pequeña—. No tenga miedo, sí que es con la querida carita de la otra mañana que la recuerdo, mi pequeño Castor. No se borra rápidamente y es tanto lo que me gusta.

Me quita un peso de encima, cariño, el que esté pensando con serenidad reanudar su trabajo. Yo me encuentro de excelente humor pero me hace falta trabajo. Este diálogo

Jacques-Mathieu lo haré concienzudamente, pero vaya faena. He pensado en suprimirlo pero no puedo, lamento un poco no haber traído el manuscrito. Al menos dígale a Poupette que lo mecanografíe lo más rápido que pueda. He leído un libro apasionante y que coincide de maravilla con ideas mías: *Plutarque a menti.* Usted lo leyó, creo, en La Pouèze. Este Pierrefeu fue sumamente inteligente, es como una Crítica de la razón militar y contiene montones de cosas que yo había presentido en mis cuadernos. Acabo de terminarlo y también estoy leyendo *Le Siège de Paris,* de Duveau, que me llevé de su casa y es muy entretenido. Dígame si lo leyó y se lo enviaré. A los utopistas tipo Drieu e incluso Guille, que ponen la edad de oro en el pasado, Les enseña entre otras cosas que en el 70 al menos era igual que ahora. Cuando lo lea entenderá mejor lo que quiero decir.

Estoy pues cautivo en este gran café-restaurante. Por la mañana acecho desde las ventanas de mi habitación el momento en que sus persianas se abren. Después cruzo la calle y entro. Aún está muy frío y desierto, hay una gran estufa de hierro colado que acaban de encender. Me pongo delante de la estufa, de pie, mientras una criada barre el largo salón rectangular. Se trata de un café de hotel, además, y eso se percibe por nimiedades —manteles multicolores sobre las mesas, por ejemplo, y por algo siniestro y oreado—. Leo a Goethe o a Schiller para ponerme en marcha, en alemán, siempre de pie, y tengo la impresión subcutánea de hallarme en el siglo XVII, en un despojado caserón jesuítico, mientras que en Morsbronn y Brumath era la Edad Media. Un sol racional sobre el deshielo, afuera, contribuye a persuadirme. Llega la patrona —su marido está en el ejército, ella regenta el hotel con sus suegros—, después su crío, que tiene seis años y me da conversación. Desayuno: un vaso de café, tres panecillos como los de Brumath, y mantequilla. Después leo y trabajo. Anoche y esta mañana he vuelto a la novela. Unos pocos militares. Luego llega Pieter y habla mientras desayuna. Me ha contado unas deliciosas historias del tiempo en que se dedicaba, como dice, a «la caza» de chicas. Se las contaré mañana porque preveo que habiendo agotado la descripción tipo de mis jornadas no tendré nada más que decirle. Lectura. Si quiere saberlo, estoy en una gran mesa del fondo cerca de la ventana y a dos pasos de la estufa. La ocupo todos los días. A mi alrededor hay multitudes de libros y de papeles, parece una oficina. Hacia mediodía nos vamos al restaurante. Es un restaurante «mixto» de civiles y militares. Efecto muy curioso porque, del lado civil, es tipo pensionistas. Están ahí en todas las comidas; están el caballero y la dama de cierta edad, vestidos de oscuro, decentes. También la misteriosa pareja formada por una muchacha atrozmente fea y un joven giboso, cojo, elegantemente vestido, no feo, de cara triste, que no se dirigen la palabra, entran y salen cada uno por una puerta y sin embargo almuerzan escrupulosamente todos los días en la misma mesita, con expresión de antiguo odio. Y también familias de paso, ruidosas y alegres como en tiempos de paz. Y, mezclados con esto, militares, no muchos, de continente adusto, semejantes a los que usted habrá visto en noviembre. No es tan chocante como parecería, más bien se neutraliza. A la una y media echan a los militares, los civiles se dedican a sus ocupaciones y yo me quedo gracias a uno de esos extraños favores que desde que soy soldado he obtenido en todos los sitios por los que he pasado. Es algo que siempre me sorprende, porque a fin de cuentas Dios es testigo de que no tengo nada del tipo que consigue favores. Sin embargo, ahí están las pruebas. Permanezco sumido la tarde entera en esa curiosa atmósfera que usted conoce bien por haber visto más de una vez, a través de una ventana, un restaurante-pensión de familia en Rúan, después del almuerzo, ya

dispuesto para la cena. Tras un gran ventanal, veo pasar los soldados por la calle. Aquí escribo mis cartas por lo general o leo. A las cinco se pone el sol y automáticamente los militares tienen derecho a ir al café. Me traslado, pues, al café, que está lleno de soldados, bebo un café leyendo a Goethe y después trabajo en mi cuaderno en medio de la algazara, interrumpiéndome para mirar a los jugadores de billar, unas veces civiles, otras militares. A las siete como dos panecillos (no sé qué extraño pudor me hace escribir: dos. En realidad como tres). Y leo *Le Siège de París*. Después escribo un poco y, por último, a las 9, vuelvo al local de los secretarios, donde trabajo solitario y después me acuesto. Ya no es monacal como en Morsbronn, es menos intenso y menos poético —no es nada de nada o, si se quiere, se emparentaría con la vida del funcionario. Pero desde ayer ya está, todo esto ha adquirido una especie de cualidad íntima que me hace sentir que es «mío».

Una excelente noticia: la segunda serie de permisos comienza hoy. Cuento en firme con estar allí alrededor del 1.° de mayo y quizá un poco antes, a fines de abril. Esta vez ya no son sueños, floridos: la lista no fue modificada y había empezado el 20 de noviembre. Yo me marché el 3 de febrero. Por lo tanto, como se empieza el 22 de febrero, debo partir el 5 de mayo. Pero además los turnos van por servicio y Mistler y Keller, que estaban antes que yo, ya no forman parte del A.D. Lo cual me pone entonces poco más o menos en el 25 de abril. De veras que esta vez no resultará tan largo. Más cuando se sigue hablando de ir de descanso.

He recibido una carta de T. de lo más apasionada. «Te quiero como a una presencia, con entusiasmo... estoy toda penetrada de ti.» Por otra parte confiesa no haber escrito los días precedentes, «no te quería lo suficiente para eso». Encuentro extraña su manera de ser, pero en suma comprensible (lo que no significa: aceptable). A usted y a mí la partida nos lleva los sentimientos al paroxismo. Pero ellas se sumen en el sueño y en la sequedad tres o cuatro días para evitar el fugaz instante en que pudiera resultarles penoso. En fin, de todos modos le importo como es debido. Esto es lo que se llama una carta, ¿verdad? Ah, mi dulce pequeña, cuánto la quiero, cómo me gustaría tenerla en mis brazos. La quiero con toda el alma.

A SIMONE DE BEAUVOIR

22 de febrero

Mi querido Castor

He aquí una magnífica noticia: Pieter sale con permiso mañana por la noche. No me atrevía a esperar tanto. Como la vez pasada me marché un mes después de su regreso, día con día, de esta manera tendría que marcharme más o menos el 10 de abril, es decir, dentro de un mes y medio. Se están apresurando a dar los permisos por montones de razones. (No se olvide, si alguna vez lo comenta con Z., de encontrar *natural* que yo llegue hacia el 10 de abril —y previsto—. ¿Acaso no dije que volvería dos meses después de marcharme? Repetiremos la ficción de los cinco días. Sólo que esta vez, como hará buen tiempo y para evitarle el sospechoso viaje para ver a Poupette, veré a mis padres *por la noche* —o al menos algunas noches—; nos veremos el día entero, usted

saldrá con Z. hasta las once, como de costumbre, y después se reunirá conmigo en el pequeño Hotel Mistral.) ¿No le parece bien montado? Aparte, para que todo quede bien aclarado, *tiene* que telefonear a Pieter (Almacén «Chez Gastón» 255 rué des Pyrénées — MEN. 63-59) o ir a verlo. *Pero* si se pone su mujer o si la ve cuando vaya a su casa, él le pide que haga como que no lo conoce, porque ha ocultado a su mujer nuestra calaverada de noviembre. Cuando reciba esta carta Pieter estará en su casa. Por otra parte, no es que tenga nada urgentísimo que transmitirle, sólo algunas precisiones.

Mi dulce pequeña, qué encanto son sus cartas y qué placenteras me resultan. Si está muellemente quejumbrosa, como dice, el suyo es exactamente el estado debido. Es un pequeño sabio, también usted. Oh mi pequeño sabio, me ha infundido nuevas fuerzas la idea de que en apenas un mes y medio la veré otra vez. Y además hará buen tiempo, deslizará usted su bracito bajo el mío y nos iremos a pasear. Como el Poulpiquer y la Poulpiquette, ¿se acuerda? Amor mío, desde entonces no he dejado de sentirme más y más ligado a usted.

En cuanto a los cien francos, cariño mío, no se moleste, Pieter me los prestará antes de marcharse. *No los mande.* Cuando cobre nuestros sueldos me enviará usted 1.000 francos por giro telegráfico.

¿Qué he hecho hoy? He leído los poemas de Heine en alemán y me distrajeron mucho. Un poco del *Fausto* de Goethe, el final de *Le Siège de Paris* que le devuelvo con Pieter, y las máximas de Chamfort. He escrito trabajosa pero correctamente sobre el Porvenir. Empiezo así a entender con toda claridad la teoría de Heidegger sobre la existencia del porvenir, al mismo tiempo que voy haciendo otra que tiene la ventaja de dar una *realidad* al porvenir sin despojar a la conciencia de su translucidez. Finalmente, esta teoría de la Nada es más fructífera, la creo acertada. Por ejemplo (montones de cosas se edifican sobre ella, pero le doy la idea simple): ¿es posible concebir el *deseo* de otro modo que como basado en una *falta?* Pero para que a la realidad-humana le falte algo, es preciso que sea de un carácter tal que por principio algo pueda faltarle. Ahora bien, ni la psicología de los estados, ni Husserl, ni siquiera Heidegger dan razón de esta verdad evidente. Si es preciso que algo pueda faltarle a la conciencia en general, la naturaleza existencia! de la conciencia tiene que ser la de una falta. Piénselo, es *imposible* concebir el deseo de otro modo que partiendo de esto. Usted dirá lo que opina.

También he apuntado las confidencias de Pieter sobre sus «cacerías», y quería contárselas, pero, pensándolo bien, ya hay 14 páginas de cuaderno sobre esto, será mejor que las lea directamente. En este momento hay aquí y allá en el café militares jugando tranquilamente a las cartas; Pieter, vacunado contra la tifoidea pero curado por la perspectiva de marcharse, los mira con amenidad, y yo le escribo. Son las ocho y media, aún debo escribir a T., a mi madre. ¿Le ha contestado usted a Cavaillés? Yo lo haré por mi lado.

Mi dulce pequeña, la quiero, es usted mi pequeño todo. Beso sus mejillitas y sus ojitos.

A SIMONE DE BEAUVOIR

23 de febrero

Mi querido Castor

Como usted había vaticinado, esta historia de Bourdin me ha puesto muy nervioso. Me cayó como una bomba, sabe Dios lo lejos que estaba de sospechar algo así. He leído cuatro páginas furibundas de Tania. Contestar se hace difícil porque existen cartas escritas por mí a Bourdin que ella le ha mostrado a Mouloudji y en las que juego a hacerme el macho, usted se acordará. En definitiva, también es cierto que, como ha dicho usted, Tania no se ha enterado de nada que no supiera ya. Por fortuna hay primeramente dos hechos *falsos* que he podido refutar: por lo que dijo Mouloudji, ella sospecha que mantengo aún ahora relaciones con Bourdin y cree que cuando me acosté con ella todavía me acostaba con Bourdin, lo cual es falso. 2.º Cree que yo le he contado a Bourdin que ella (Tania) estaba enamorada de mí y que nos acostábamos, lo cual también es falso, considerando que si alguna vez le he hablado de Tania a Bourdin yo no pensaba que estuviese enamorada de mí y no manteníamos ninguna relación física. Sobre estos dos puntos mi buena fe es absoluta. En cuanto a las relaciones físicas con Bourdin, niego terminantemente que fueran tumultuosas y que yo me haya hecho de macho cabrío: la cosa es simple, no hay pruebas. Ahora hago una auténtica maldad pero Bourdin se la merece, le envío a Tania una carta abierta a Bourdin que ella deberá despacharle, y en esa carta le cuento a Bourdin la historia con Bourdin tal como fue. Aquí tiene el borrador. La carta está mejor pero le dará una idea del tono. Ahora bien, ¿es una «trastada», en el sentido en que usted decía «seguirá usted haciendo trastadas» o un desastre? No lo sé. Si estuviese en París lo arreglaría todo, pero no estoy y Mouloudji tratará de sacar ventaja —por otro lado están los cuadernos—. Si se toman a mal, se sumirán en el hastío; cierto es que la carta de Tania procura evitar lo peor, pues termina así:

Discúlpame, hago todo lo que puedo por no asquearme de la obscenidad como una melindrosa. Pero me es imposible evitar un terrible malestar físico, es como si me hubiesen puesto carne delante, y además pienso en esas mezclas de cuerpos en las que debí de participar sin saberlo. Hasta mañana, te quiero lo mismo pero estoy molesta, todo esto se tendrá que ir disipando.

Tania

y en la posdata añade: «Fíjate que lo he dicho todo y que me habría sido más fácil guardármelo. Pero creo que toda mi falsedad no hubiese bastado».

Estas últimas líneas dan pie a bastante esperanza, porque ya se defiende de un broncazo posible (pues yo le había dicho que el año pasado en lugar de enloquecerse tendría que habérmelo dicho todo) reclamando los beneficios de la franqueza. ¿Qué piensa usted?

Usted, cariño, tendría que conducirse en la siguiente forma. A. Z. tiene que decirle: 1.° Que yo nunca le conté a Bourdin más que cosas insignificantes, y que si le hablé de Tania fue sólo en forma evasiva y con otro nombre. Además es cierto. Que un día le conté a grandes rasgos la historia con Z. pero sin nombrarla. 2.° Que mis relaciones con Bourdin se terminaron el 1.º de octubre y que se prolongaron con cinco o seis visitas en octubre en las que no nos acostamos. Es cierto además. Que sólo la vi una vez más en junio y me pareció completamente loca. También es cierto. Que desde entonces me ha estado corriendo detrás pero yo me desentendí de ella por completo. También es cierto.

3.° En cuanto a los cuadernos, acuérdese bien de que usted *todavía no ha leído* la mayor parte. Incluso no estaría mal que los reclamase lo antes posible para leerlos y así de paso le impide a Tania caer en sombrías meditaciones sobre su contenido. 4.° Procura tenerme al corriente, haga hablar a Z. del asunto uno o dos días después de recibir esta carta para ver un poco si la cosa se calmó después de mis explicaciones. Y escríbame de inmediato lo que opina de la gravedad del asunto. Me parece que con las Z. nada es nunca demasiado grave pero que tampoco nada se perdona nunca.

En cuanto a mi estado personal, pues bien, es éste: la historia me afectó, naturalmente, porque albergo buenos sentimientos hacia T. y además he sido lo bastante canalla como para que me parezca una cosa injusta. Y de hecho la historia Bourdin está terminada. Y entonces me puse furioso y concebí la astucia de escribirle una carta a Bourdin que T. iba a leer. Una maldad para con Bourdin pero es extraño lo duro que me pongo con la gente. Estoy harto de las situaciones equívocas y quiero estar tranquilo, demasiado tiempo me he sentido refrenado y asqueado por una falsa sensibilidad. Al mismo tiempo, y por suerte, esto me endurecía hacia T., que ya no era el simpático personaje que había visto durante mi permiso. El caso es que aún estoy irritado y dándole la lata a usted con toda esta historia.

Es que fuera de esto, mi dulce pequeña, no hay casi nada que decir. Esta mañana trabajé aplicadamente en mi novela, que ha progresado, también escribí unas cositas en el cuaderno y después trajiné mucho ayudando a Pieter a marcharse. Ah, pequeña mía, verlo partir me produce un no sé qué, bien quisiera estar en su lugar y encontrarla a usted en nuestro cafecito de la Gare de l'Est. Pequeño encanto, cuánto la quiero, me impresiona pensar en usted, qué permiso delicioso hemos tenido. Pequeña mía, lo que una vez le dije sigue siendo cierto, usted es el optimismo de mi vida. Nada puede estar mal, si usted existe. Pero cuánto quisiera ver de nuevo su carita de carne y besarla.

A Simone de Beauvoir

Mi Castor

Aquí tiene el borrador de la carta para Bourdin.

Si te gusta guardar culto a mi memoria, es inútil que procures compartirlo con otros, querida Martine. Sobre todo es inútil soltar nuestra historia a los cuatro vientos corregida y aumentada. Tu indiscreción, que ha llegado a mis oídos, me fuerza a decirte lo que pienso exactamente de nuestra relación, a fin de que puedas, si no consigues evitarlo, contarla como es debido.

Jamás te he amado, me has parecido físicamente agradable aunque vulgar, sólo que adolezco de cierto sadismo que tu propia vulgaridad estimulaba. Jamás —y esto desde el primer día— pretendí tener contigo otra cosa que una breve aventura. Has montado en tu novelera cabeza toda una bella comedia de amor compartido pero, ay, vedado por un juramento anterior, y yo dejé que lo hicieras porque pensaba que así la separación te resultaría menos dura. Pero la realidad es mucho más simple. En septiembre me aburría ya un poco contigo, y recordarás cuan a menudo te quejabas durante el día de que fuese a ver a mis padres o amigos. Es que no me divertía mucho contigo. Mis cartas, ejercicios de literatura pasional que nos hicieron reír con ganas al Castor y a mí, por ese entonces

no te engañaban del todo. En el fondo sabías que no te quería. Y cuando llegaba tarde a una cita, pensabas que no iba a aparecer, que te había abandonado. Esta historia debía terminar el 1.° de octubre. Como las amenazas de guerra hicieron que el Castor regresara a París, dejé de verte unos ocho días antes y, por una estúpida idea de compensación, lo confieso, te ofrecí verte cuatro o cinco veces en octubre, cosa que hice. Era molesto, te ponías a mi lado, parecías deseosa de reanudar relaciones físicas conmigo, te echabas sobre mí y después me rechazabas bruscamente y pretendías que estaba faltando a mi palabra, que yo quería comenzar de nuevo unas relaciones que habíamos decidido acabar. Yo era demasiado cortés para contrariarte, pero esto me exasperaba. Fui cada vez a menos, olvide escribirte, me enviaste una amarga carta de ruptura, no dejé escapar la ocasión. He aquí una historia, pensé, que tal vez no haya sido siempre decorosa pero que ha terminado decorosamente. Te confesaré que la atracción que durante unos días me había inspirado tu persona estaba liquidada, el sadismo y la vulgaridad cansan. Para colmo, había que soportar tu noble parloteo, tu revoltijo filosófico, yo estaba con la cabeza hecha añicos. Particularmente, debo confesarlo, cuando me hablabas del teatro. Por último, estuvimos varios meses sin vernos y te tenía completamente olvidada cuando en junio me escribiste una carta, parecías desdichada y el Castor me aconsejó que te viera. Estuve dos horas contigo, me pareciste completamente loca, fijamos una segunda cita y no acudí. Después consideraste oportuno escribirme numerosas cartas a las que yo no contesté salvo *una* vez, impulsado por la curiosidad, pues parecías haber pasado por unas historias bastante divertidas. De manera que contesté a esa carta pero dando a entender que la cosa estaba terminada. En la tuya me decías: «Sartre, Sartre, ¿así que no quieres que te vuelva a besar?». Y yo respondí: «Pues por qué no, no es desagradable besarte». De esta carta resueltamente grosera dijiste que la había escrito «en broma», y a partir de ese momento comprendiste, aunque me hayas escrito aún dos veces más. De modo que si vuelves a contar aquella historia, no digas que aún manteníamos relaciones. Di más bien que te he olvidado profundamente. Y si, no teniendo nada mejor que hacer, encuentras algún placer en evocar entre amigos nuestras relaciones físicas de septiembre, es cosa tuya, aunque yo lo encuentre profundamente repugnante. Procura, en todo caso, no inventar las tres cuartas partes de lo que cuentas, me darás una satisfacción enorme.

Así que ya sabes cómo tienes que contar la historia. A todo esto, la última vez me escribías: «¿Por qué te parezco vil?». Pues bien, ahora lo sabes: porque cuentas historias obscenas, infames e inventadas que tú combinas con un sentimentalismo de romanza.

A Simone de Beauvoir

24 de febrero

Mi querido Castor

Qué contento estoy de escribirle, es un poco como si estuviese con usted. Cuánto querría tenerla aquí, su manita en la mía y hablarle del singular momento que atravieso. Porque estoy pasando un momento singular. No es tanto la circunstancia exterior,

aunque sea bastante extraña dado que mis cosas con T. están particularmente en el aire. Pero no se trata de eso, aunque la idea de perder a T. me acongoja. Lo que pasa es que debido a todo eso me siento profundamente hastiado de mí mismo. Sabe usted que muy rara vez me sucede, e incluso en esos casos hay no obstante una falta de solidaridad hacia mí mismo que hace todavía soportable la situación, pero, en fin, mi pequeño juez, me importa mucho conocer su opinión. Voy a exponerle lo que pienso y, sobre todo, no le pido la absolución sino que reflexione. Y luego me dirá lo que piensa, sopesándolo bien todo, boquita de oro. Será un veredicto. Aquí tiene:

Yo opino como usted y es de lo más irritante que Tania se desvanezca de asco cuando lo que le *cuentan* ya lo sabía. Ella misma, me parece, ha pasado por demasiadas manos para escandalizarse tanto. Es verdad que sus historias no son obscenas, pero después de todo algunas no son mucho mejores. Luego, como personalidad no está en tela de juicio, pero diría que posee, lo mismo que su hermana, una suerte de facultad para juzgar y sacar a luz la fealdad que se podrá considerar con abstracción de ella. Pues bien, primeramente, si me observo a través de esta sensibilidad, mis relaciones con Martine Bourdin se me aparecen innobles. Ante todo, está más claro que el agua que esta historia no se imponía. Jamás me hice ilusiones sobre el valor de Bourdin y, si me las hubiese hecho, unas horas de conversación habrían bastado para abrirme los ojos a tiempo. Me cegué un poco voluntariamente. ¿Qué necesidad tenía yo de esta chica? ¿Qué pretendía? ¿Hacer el Don Juan de pueblo? Y si me justifica usted por la sensualidad, digamos que ante todo no la tengo y que un ligero deseo a flor de piel no vale como excusa, y después que mis relaciones sexuales con ella han sido innobles. Aquí a quien estoy acusando no es tanto a mi comportamiento con ella como a mi personaje sexual en general; tengo la impresión de que hasta ahora, en las relaciones físicas con la gente, me he conducido como un niño vicioso. Conozco pocas mujeres a las que en este aspecto no haya puesto incómodas (salvo precisamente a T., es cómico). A usted misma, mi pequeño Castor, pese al respeto que siempre le he profesado, la hice sentir molesta con frecuencia, sobre todo en las primeras épocas, y en más de una ocasión le he parecido obsceno. No un macho cabrío, ciertamente. Eso estoy seguro de no serlo. Obsceno, simplemente. Pienso que hay en mí, al respecto, algo muy deteriorado, venía sintiéndolo oscuramente de tiempo atrás, lo sabe, pues en nuestras relaciones físicas en París, durante mi permiso, notó que estaba cambiado. Quizá esto haga que las relaciones físicas pierdan cierto vigor, pero creo que ganan en pulcritud. En cualquier caso, con M. Bourdin, a quien no respetaba como a usted, a quien no cuidaba como a T., he sido realmente innoble. No vaya a pensar en bacanales, no hubo nada que no le haya dicho. Pero lo que hoy resucita es esa atmósfera de canallada sádica, y me repugna. De modo que lo que desde ayer siento hondamente es que, cualesquiera sean los errores de T. en este asunto, yo estoy pagando. Y no únicamente por M. Bourdin, sino por toda mi vida sexual pasada. Las cosas tendrán que cambiar. ¿Está usted de acuerdo, qué piensa? Me siento profundamente manchado por esta historia y encuentro que por sí misma no significa absolutamente nada. Además termina de una manera sórdida (un año y medio después de su final real) igual que empezó, con esos relatos complacientemente infames de Bourdin y con la carta que le he escrito, no menos infame.

Así que, primera acusación. Se le añade otra que me fastidia: ¿cómo parezco ser a través de mis cuadernos para haber chocado tanto a las hermanas Z.? ¡Oh!, es verdad, no me hago ilusiones sobre sus juicios. Y sin embargo... Al principio, T. estaba

claramente predispuesta a mi favor, y no obstante, sobre la marcha, acabó indignada. ¿Qué piensa usted misma de esto? Es secundario, de todos modos.

Y para terminar, adorable Castor, T. me escribió ayer una carta furiosa donde lo que especialmente la pone fuera de sí es que Bourdin hable de mi «misticismo» con usted. Hoy he escrito: «Bien sabes que pasaría por encima de todo el mundo (aun del Castor, a pesar de mi "misticismo") con tal de estar bien contigo». No ha de repararse en medios para lograr un fin, pero no me sentía orgulloso al escribirlo. Tanto por usted como por T.

Conclusión: jamás he sabido llevar limpiamente mi vida sexual ni mi vida sentimental; me siento honda y sinceramente un canalla. Un canalla de escasa envergadura, para colmo, una especie de sádico universitario y de Don Juan funcionario que da asco. Esto tiene que cambiar. Tengo que renunciar a 1.° los asuntitos canallas: Lucile, Bourdin, etc. 2.° las historias que se agrandan a causa de mi ligereza. Si esto mejora conservaré a T. porque me importa. Pero si no mejora, se terminó, mi actividad de viejo verde habrá llegado a su final. Dígame lo que piensa de esto.

Lo cual no me ha impedido, mi dulce pequeña, escribir esta mañana varias páginas de mi novela y esta noche cantidades de páginas de mi cuaderno sobre un tema que me divierte: mi falta de sentido de la propiedad. Sólo que escribo sobre mí con pinzas, por así decirlo. Al leer mis cuadernos precedentes me reprochó usted una cierta complacencia. Le juro que no la tengo.

Nada más, pequeña mía. En apariencia estaba yo en un café escribiendo y leyendo y después en un restaurante leyendo y escribiendo, pero la obra se representaba en mi cabeza. Debo reconocer que es inédito aprender el pudor a los 34 años.

Pequeña mía, querida pequeña, sólo con usted soy limpio y no se debe a mí, se debe a usted, pequeño parangón. La quiero tanto, mi dulce pequeña, cuánto quisiera apretar su bracito y cubrir de besos sus viejas mejillitas.

No me vaya a creer *aplastado,* estoy más bien tranquilo. Pero con severidad.

Mañana le enviaré una lista de libros para que me los compre cuando tenga dinero.

El fondo de todo esto es que pensaba que nada podía ensuciarme, y me doy cuenta de que no es verdad.

No ha habido carta de T. hoy: lo esperaba. Pero tampoco de usted, y yo me quedo de lo más solo en la mierda.

A SIMONE DE BEAUVOIR

25 de febrero

Mi querido Castor

Aquí tiene una lista de libros. Sea buena y cómpremelos en cuanto reciba su dinero del mes. Al menos una parte.

*

La Comuna Lissagaray

La Comuna. No sé de quién en *Anatomie des révolutions,* la misma colección del libro

de Cassou sobre *48.* ¿Lo encontrará?
Vida de Goethe – Ludwig
Guillermo II – Ludwig
Diario – Renard
El volumen del *Diario* de los Goncourt que trata del sitio de París y de la guerra del 70 (hace dos o tres años salió una edición bastante barata)
Don Quijote
Vida de Baudelaire – por Porche.
Averigüe si no ha aparecido otra biografía del mismo en la colección Vies des Hommes illustres (Gallimard) en cuyo caso también tendría que comprarlo.

Gracias, pequeña. La quiero mucho.
* *(Al margen).* Son los que más me interesan en este momento.

A Simone de Beauvoir

25 de febrero

Mi querido Castor

Estoy de lo más contento: he recibido dos cartitas suyas. Todo va mucho mejor. Siempre va mejor cuando usted me escribe. Hoy me siento junto a usted y pienso que si es tan buena conmigo es que no debo de ser tan malvado como creía.

Figúrese que hoy he recibido, de un admirador epistolar llamado Alain Borne, un opúsculo de versos intitulado *Cicatrices de songes.* Los leí, me impacientó no poder entender la poesía y acto seguido me puse a escribir una «para probar». Aquí la tiene, se la doy por lo que vale, la consigné también en mi cuadernito, para mortificarme.

Fondus, les crissements de lumière sous les arbres morts.
En eau, les mille lumières d'eau qui cachaient leur nom
Fondu le sel pur de l'hiver, mes mains sèchent.
J'égoutte entre les maisons la douce étoupe grasse de l'air
Et le ciel est un jardin botanique qui sent la plante revenue.
Aux fenêtres des grandes halles désertes
Des fantômes poudrés voient couler dans les rues la lente colle noire
    Fondues les aiguilles de joie blanche dans mon cœur
    Mon cœur sent le poisson.
    Printemps vénéneux qui commence

    Ne me fais pas de mal
    Mon cœur était si dur a la peine
    Et voici qu'il s'écœure de printemps

    Printemps qui commence en mon cœur
    Puisses-tu brûler comme une torche

Et que la pierre torride de l'été Touche et sèche les herbes souples.
Souffle embrasé j'ai glissé sur la pierre
Et les germes brûlaient, incendies per le vent
Souffle glacé sur la neige
J'ai glissé dur et transparent
Et le monde était de marbre et j'étais le vent
Mais voici revenu l'exil du printemps.[8]

En su crítica puede ser todo lo ofensiva que quiera. Yo mismo no me siento orgulloso, contemplo con asombro este retoño, sorprendido de haber osado hablar de mi corazón y de tutear a la primavera, pero es que el género lo exige. Además no tiene precio, porque permite descubrir desde dentro lo que es el estado poético.

Fuera de esto, esta mañana un gendarme me despidió limpiamente del café y subí al primer piso de un sitio que en lo sucesivo será mi único refugio mientras esté aquí: el hogar del Soldado, organizado por el Ejército de Salvación. Se trata de un gran salón que como anteriormente se utilizaba para funciones de cine tiene la pared del fondo cubierta por una pantalla. Está montado con piadosa coquetería, largas mesas, manteles a cuadros sobre las mesas y ramos de flores, ¡imagínese!, sobre las mesas. Dentro hay cincuenta soldados silenciosos, leyendo, escribiendo, jugando a las cartas. Huele a club inglés, a asilo de ancianos y a biblioteca municipal. Por el medio de todo esto circula una vivaz ancianita de continente duro y malvado, que se desvive y vigila. No me compadezca, estoy mucho mejor aquí que en el A.D., y tan bien, en el fondo, como en el café. La vieja corretea y ni se la ve, los soldados hacen poco ruido, tienen ese no sé qué de apagado de los machos que van a la iglesia. Hay una radio tocando discretamente algunas melodías, esta mañana me sentí casi contento de estar aquí. El martes me vacunan *por* primera vez contra el tifus. A algunos los afecta un poco y a otros no. Si ese día no tiene carta, es que me ha chiflado. Me alegra bastante sacarme esto de encima de una vez. Alquilaré una habitación de aquí, como Pieter, y si me siento cansado me acostaré.

Amor mío, está usted preocupada por mi permiso: cómo *esconder* cinco días. Pero le digo: por ejemplo, verá usted a Z. tres tardes sobre cinco y yo las aprovecharé viendo a mis padres. A fin de cuentas, primero que dispondremos de todo el día para vernos, hasta las siete y media (usted comerá en el liceo) y después, cuando a eso de las once y media se haya separado de Z. (no se traslade todavía a su hotel, precisamente para poder dormir fuera con tranquilidad) aun tendremos toda la noche para nosotros. De este modo nos veremos más y más a gusto que en febrero, y podremos dar largos

[8] Derretidos, los crujidos de luz bajo los árboles muertos. / En agua, las mil luces de agua que ocultaban su nombre / derretida, la sal pura del invierno, secas quedan mis manos. / Escurro entre las casas la suave estopa del aire / y el cielo es un jardín botánico que huele a vegetal renacido. / En las ventanas de grandes salas desiertas / los espectros empolvados ven derramarse en las calles la lenta pez negra / derretidas, las blancas agujas de alegría en mi corazón / mi corazón huele a pescado. / Primavera venenosa que comienza / no me hagas daño / tanto se afanó mi corazón / se asqueó ahora de primaveras. / Primavera que en mi corazón comienza / ¡ojalá ardas como una antorcha! / Y que la tórrida piedra del verano / roce y seque las hierbas cimbreantes. / Soplo encendido me deslicé sobre la piedra / y los gérmenes ardían, abrasados por el viento / soplo helado sobre la nieve / me deslicé duro y transparente / y el mundo era mármol / yo era el viento / mas está de vuelta el exilio de la primavera.

paseos. Por añadidura, también dispondremos de dos noches para nosotros, será novedoso y nos permitirá hacer algo de vida nocturna. Pero no encuentro esta vida tan agradable en París. ¿Es factible todo esto? Me parece que sí muy bien, pero con cierta cara. Además, quizá para entonces yo esté *totalmente* libre; las cosas parecen ir muy mal con T.: me ha escrito una carta loca de indignación en la que me pone peor que por los suelos, y después han pasado dos días y no me ha vuelto a escribir. Debe de guardarme un poco de rencor. Yo, por mi parte, le he escrito páginas y páginas con explicaciones, incluso le envié una carta de Bourdin que prueba claramente que ya no tengo relaciones con ella, pero no sé cómo lo tomará. Sé perfectamente que T. no *puede* tomar la iniciativa de la ruptura. Pero sí puede cometer una tremenda estupidez con su criollo o con el tipo de V. Brochard o cualquier otro y eso yo no lo podré tolerar.

Esto es todo respecto de mí, dulce pequeña. Imposible sentirme más unido a usted, sus cartas me han devuelto la alegría. La quiero con todas mis fuerzas. Cuídese mucho, pequeña mía que juega con su salud, descanse y trabaje bien.

Beso sus ojitos, adorable Castor.

A Simone de Beauvoir

26 de febrero

Mi querido Castor

¿Otro más que le roba el tema? Cocteau, en *Les monstres sacres*. En el segundo acto hay un trío. Pero parece malo. Supongo que irá usted de todas maneras. A usted no le afecta. Parece que el primer acto es bastante entretenido.

Aparte, admirará usted este sobre, mecanografiado por mis propias manos. Fue anoche, unos pesados del A.D. no me dejaban acostarme ni hacer nada, y entonces cogí la máquina y escribí seis sobres para usted, seis para T., dos para mis padres. Hoy no tengo carta de nadie. No hay correo de París, así que mis cuestiones con T. están estacionarias. A T., pese a los sobres mecanografiados, no volveré a escribirle hasta tener respuesta a mis explicaciones. Creo que es una buena política: el primer día y el segundo mandé unas cartas en las que me defendía de manera áspera y violenta, y con pruebas (porque sus dos mayores reproches son falsos: nunca le he hablado de ella a Bourdin, en cualquier caso no he dicho que estuviera enamorada de mí y que me acostaba con ella —el último 15 de octubre cesaron mis relaciones con Bourdin—) luego tercera carta apaciguada en la que adopto *su* punto de vista: comprendo que te sientas salpicada, me horroriza que esto te haya salpicado, etc., una cuarta cariñosa al principio pero un tanto amenazadora al final: no puedo entender que hayas aceptado esos cuentos sin la menor reacción en mi favor, sin acordarte de lo que, aún ayer, yo significaba para ti. Y ahora, suponiendo que este aluvión de cartas haya arreglado el asunto, me callo hasta que conteste. Pienso que a fin de cuentas no es tan grave, sólo que queda borrado de un plumazo todo lo ganado en estos tres días y la cosa nos retrotrae a seis meses atrás.

Se arreglará definitivamente en mi próximo permiso. ¿Qué piensa usted de esto? Pues yo creo que la única manera de quitarle estas ideas de la cabeza es lograr que se

sienta preocupada y confundida por haberlas tenido. Así que me haré el taciturno por un tiempo. Entre tanto hará, quizá, una tontería, pero en el fondo es lo mejor que podría ocurrir. Si queda bien asqueada de sí misma tras una de esas borracheras y semiencamadas cuyo secreto posee, ya no pensará en sentirse asqueada de mí.

Como puede usted observar, se mire por donde se mire, estoy mucho más tranquilo, aunque sin noticias de todo aquel mundillo. Hoy me pesa sobre todo la falta de contacto con usted, me sentí un idiota cuando salí del A.D. sin cartas y con las manos vacías (recibí sus 200 francos, cariño, gracias, ¿no le habrá ido mal, verdad?). Sigo trabajando en el Hogar del Ejército de Salvación, pero se está poniendo tan infernal como el café rojo, el domingo, porque han puesto un altavoz encima de la pantalla y la radio, hasta ahora discreta, ruge de la mañana a la noche. Es una suerte que diez años de vida de café me hayan entrenado y mitridatizado. Me acuerdo como si fuera hoy de la irritación que me producía, al escribir *La náusea*, una radio del café Thiers, en El Havre, no obstante discretísima e intermitente, y mis reflexiones de Veterano sobre los avances de las artes mecánicas. Eran épocas felices, eso es cierto, pequeña mía. Usted estaba en Rúan, yo en El Havre, aún no había estado en Berlín, aquel año sigue siendo el más grato de mi vida. Recobraremos esto, mi dulce pequeña, tendremos nuestro idilio con la Paz, nosotros, viejos «monstruos sagrados». (Discúlpeme, en mi inocencia no me había percatado de que si la radio aulla tanto es porque están proyectando una película en la pantalla. Una película en homenaje a Finlandia. Creo que a muchos les pasó tan inadvertido como a mí. Es que la luz del día y la artificial corren a mares por la sala y se ven unas sombras grises sobre fondo blanco. El fondo blanco es la nieve, por supuesto. Ahora entiendo por qué la música era completamente incoherente y se alternaba con unas horrendas detonaciones que yo tomaba por descargas atmosféricas: eran cañonazos. También entiendo por qué a ratos se oía hablar a un señor, creí que comentaba un partido de fútbol.)

Mañana me vacunan, pero no ha de ser gran cosa. Ayer le avisé, por si acaso, que a lo mejor no escribía, pero de todos modos procuraré hacerlo. He alquilado un cuarto en el hotel para estar tranquilo y disponer de una cama si me sube la fiebre, pues de lo contrario no sabría dónde meterme. En realidad será divertido, pienso que un poco de fiebre suministraría materia al cuaderno.

¿Qué más, pequeña mía? Pues bien, nada más. (La película termina pero empieza otra, es un poco terrible. Hasta el punto de que me pregunto si, cuando haya acabado de escribirle, no me pondré a *mirar*, tal vez sea la mejor manera de sobrellevar la cosa.) Así que nada: anoche leí *Barbara*, de Michel Durand, por curiosidad, para saber por fin qué era capaz de hacer Durand, él que critica tanto a los demás. Pues bien, es lisa y llanamente abyecto, *théâtre de boulevard* de baja ralea ni verosímil ni interesante, un tanto copiada también de los filmes ligeros norteamericanos tipo *New-York-Miami* y *El extravagante Mr. Deeds* (le ha robado el «gag» de la tuba) y también de las viejas tonadas francesas *Mlle Josette ma femme*. Después me dormí, envuelto en mis mantas. Esta mañana el chófer Klein me despertó y fui a tomar el desayuno al café; después, Hogar. Después, almuerzo en el restaurante, Hogar de nuevo y aquí estoy. Ayer leí la *Vida de Alejandro Dumas, padre*, que encontré en la biblioteca de nuestro hospedero y que me incitó a llevarme también *Los tres mosqueteros*, que he leído hace un rato con encanto y simpatía. También tengo *La Cartuja de Parma*. Y además tengo *Marat* y el final de *Bismarck*. La novela va avanzando, pasito a paso. Esto es fácil pero no muy divertido. Tampoco será sobrecogedor ni debe serlo. Un capítulo necesario, eso es todo. Dentro de

quince días, terminado. A propósito, dígale a Poupette que cuando termine de pasar a máquina junto con un ejemplar mecanografiado me envíe el *manuscrito*, porque a la altura en que estoy es más fácil corregir sobre lo escrito que sobre lo impreso. La escritura tiene un aire perfectible, mientras que lo impreso se acantona en una mediocre y arisca imperfectibilidad. En el fondo, lo que no progresa es el cuaderno. Sin embargo habría muchas cosas que decir, pero en este momento no tengo apenas más que una vida sentimental y me he impuesto la condición de no mencionarla.

Esto es todo, mi dulce pequeña. Todo, salvo que la quiero intensamente y que me siento en entera comunión con usted. Estoy ansioso por verla.

La quiero.

Hace ya *diez*, *días* que la dejé.

A Simone de Beauvoir

27 de febrero

Mi querido Castor

Son la una y cuarto, me vacunaron a las 10 y ve usted que no me siento mal. De todas formas me apresuro a escribirle pues temo que a lo largo del día vaya embotándome. Pero quise esperar a que llegaran sus cartas para contestarlas. Sólo que, vaya fastidio, no tengo la del sábado.

T. sigue sin escribir, yo también. Me gustaría saber más sobre aquella historia y conocer su opinión. Aunque sin duda no tiene usted más datos que yo. T. habrá recibido mis explicaciones el lunes y, si contesta, la carta llegará mañana o el jueves. Pero lo que sí me podría decir usted es la *importancia* de esta historia. Por otra parte, en su carta extraviada me hablaba usted seguramente de las relaciones Bost y Zazoulich tal como pudo entenderlas a través de Z. Pero no me entero de nada más de todo su mundillo, es un tanto exasperante porque allí están en plena actividad: «pasan cosas», en las cabezas y en las conversaciones, y yo no recibo ninguna información.

Me pregunta usted, mi dulce pequeña, si sigo estando triste. No. No realmente. Tras dos días de nerviosismo, el viernes y el sábado, me calmé decididamente, el domingo y el lunes; el presente, con el Hogar, el sabor de la pipa, las lecturas, etc., ha vuelto a formar a mi alrededor una espesa costra; he escrito en mi cuaderno que estaba saboreando una «lánguida dulzura de vivir». Sólo que el tiempo no acaba de pasar porque se centra enteramente en torno a la hora del correo y el correo es, precisamente, decepcionante: nada de usted ayer, hoy una carta «de después», usted sabe, me parece, aquellas que uno escribe después de una larga larga carta en la que ha agotado los temas y en la que se ha agotado uno mismo, y por eso me da rabia que hayan perdido la otra, que debió de ser voluminosa. No hay carta de T. Así pues, en cuanto ha llegado el correo, otra vez a esperar. Muy pacientemente pero de todas formas es una espera que da una suerte de lentísimo deslizamiento al presente. Hábleme mucho de todo.

Paul ha vuelto esta mañana, tan vivaracho, contrariamente a mis previsiones, que creí que estaba ebrio. Lo llevé a tomar un café y luego, hacia las nueve y media, bajé al hospital, donde había unos veinte tipos esperando, los últimos en vacunarse. Fue más

largo de lo que creía porque justamente era la última hornada y habían metido a todo el saldo; esperábamos en un corredor oscuro, iluminado de azul por los cristales embadurnados; hablé de política con un fotógrafo-chófer, ése que orinaba en unos trapos para limpiar los cristales de su coche. Y después, hacia las diez y media, me empujaron a un cuartito donde el médico militar aplicaba las vacunas. Lo hizo tan rápido que ni siquiera me di cuenta, sentí un pequeño pinchazo y me dije: está buscando el sitio adecuado con la punta de la aguja. Y luego nada, ya estaba. Es la ventaja de ser gordo: los delgados han sufrido. Después de lo cual, envuelto por una vez en mi capote, volví al Hogar. Pude trabajar muy bien en la novela hasta las doce y media, hora en que fui a buscar el correo (sabrá usted que el primer día se hace dieta) y de ahí he vuelto para escribirle. Son las dos y no siento nada, salvo un pequeño ganglio bajo la axila y un ligero dolor en la espalda. Me pincharon en el omóplato izquierdo y tengo la mano izquierda fría; en cambio, la derecha está caliente, pero no es desagradable, al contrario, parece *Hot fudge*. Y esto es todo, mi dulce pequeña. ¿Le he dicho que estoy releyendo *La Cartuja de Pama* desbordado de admiración? Es magnífica. Hay que encontrarse bajo una fuerte influencia como lo está el pequeño Bost para comparar el Sumatra con Stendhal. Esta novela posee una riqueza de inventiva y de detalles que me deja literalmente alelado.

Mi dulce pequeña, tiene razón al decir que nuestro amor nunca ha sido tan necesario y tan fuerte como ahora. Yo lo siento todos los días. Es usted un pequeño sabio y una maravilla de criaturita. Sí, querido amor mío, tendremos un espléndido permiso. Y además, mire, ahora se habla de *un mes*, lo que me llevaría a su lado para alrededor del 1° de abril.

La quiero mucho, muchísimo, mi adorable, mi dulce Castor.

A SIMONE DE BEAUVOIR

28 de febrero

Mi querido Castor

He recibido al mismo tiempo su carta del sábado que se había extraviado (ponga siempre *Sector Postal* con todas las letras, por eso se perdió, hace usted una S que no se sabe qué es) y su carta del lunes. Dios mío, cuánto me ha interesado y enseñado, pequeña mía. Voy a contestarle extensamente y cosa por cosa, pues yo también quiero charlar largo y tendido con usted. Sepa ante todo que he recibido una carta confusa y apasionada de Tania, que no pretende mantener una superioridad obstinada, como usted dice. Se excusa como de un delirio y a raíz de esto acepta los cuadernos con entusiasmo: «En este trimestre irritante que se me escurre entre los dedos sin dejarme nada, sin enriquecerme, tus cuadernos son la única cosa plena, y en pocos días me han dado y enriquecido más que todo el resto en tres meses». Así pues, asunto arreglado, estoy muy contento. A propósito, si Z. vuelve a mencionárselo, diga sin insistir que yo le di todas las explicaciones necesarias, y que usted está convencida de mi inocencia (*si es que ella parece creer que usted está al corriente*, pero yo no he dicho una sola palabra que se lo deje suponer).

¿Pero qué decirle de toda su carta? Me dejó conmovido. Estoy cambiando. Ya no me interesa más que lo *puro*, y usted comprende lo que quiero decir con ello: mis sentimientos hacia T. no tienen nada de muy elevado pero *existen*, me altero cuando me regaña, me preocupo por ella, me conmuevo cuando está cariñosa, etc. Y, a no dudarlo, es profundamente lamentable que yo haya puesto las cosas en un nivel tal que para expresar un momento de intensa ternura esté obligado a decir «la amo apasionadamente». Y es lamentable que deba mentirle sobre usted, etc. Pero, por llena de pequeñas cochinadas y de menudas mentiras que esté esta relación, es correcta, porque T. me importa. La guerra me ha hecho palpar lo que es la jerarquía. No lo lamente, no es que la guerra me haya mostrado la infinita distancia que había entre mi afecto por usted y el que me inspiran todas las otras —eso ya lo sabía—, pero sí me enseñó que con usted no podía permitirme una negligencia o un descuido, por lo fuerte que era este amor y porque nobleza obliga. Pero después me descubrió que, por menos que sea, T. me inspiraba sentimientos plenos, y es tan raro que yo tenga sentimientos plenos que se me han vuelto preciosos. Y luego esto me decidió a terminar con mi vida de pequeñas conquistas. Si me daba cita a mí mismo para después de la guerra, no era por afán de correrías sino para hacer cosas muy distintas. Pero entonces se hacía preciso, justamente porque mi vida sentimental estaba *terminada*, quiero decir con contornos claros, conservar realmente sólo aquello que podía asumir *de mí*. Pues bien —no estando usted en cuestión— se trataba de T. Quiero romper con todo ese estilo de sospechosa generosidad que me hace pasar horas con personas que no me importan un bledo con el pretexto de que «sería de muy mala leche hacerles daño». Me siento lo suficientemente sereno para eso, ahora. Quiero que las cosas me *importen*, estoy harto de ser un pez de sangre fría o un sepulcro. O sea que no quiero dispersarme y estropear mis posibilidades de querer a la gente y las cosas contándoles cuentos a personas que no me importan. Comparto plenamente su opinión: sólo se debe hacer lo que se puede asumir.

Y hasta ahora no lo he hecho. Lo sé: hay cierta falta de nobleza en mis relaciones con T. Es innoble que tenga que decirle que a usted he dejado de quererla, o que decida escribir: «Pasaré por encima de todo el mundo (incluido el Castor, a pesar de mi misticismo)». Pero le explico —esto nos conducirá a Bourdin— hay en estas cochinadas algo muy nuevo para mí. No las hago con desgana, como en otro tiempo hacía «el bien»; estoy dentro. Me parecen repugnantes pero las busco, son una cosa plena. Pienso: no ha de repararse en medios para lograr un fin. Y yo, precisamente, quiero el fin.

La carta a Bourdin era abyecta. Plenamente de acuerdo. Pero usted no sabe qué suerte de chirriante alegría me procuró el hallarme lo suficientemente fuera de mí como para cometer una cochinada. A fin de cuentas, es la primera vez en mi vida que hago una de esta clase. A menudo he sido canalla por ligereza, por frivolidad, pero nunca he realizado, estrictamente hablando, la cochinada específica que el envío de esta carta representa. Siempre he estado demasiado en frío para hacerlo. Creo haberle dicho qué impresión de plenitud me proporcionó aquel momento de furia, en un café de Rúan, cuando lo vi todo rojo y no vacilé en emprenderla a golpes con un parroquiano a pesar del público. Algo así me pasó el otro día. Mire, lo que me asquea es ese mundo de medias tintas y de mentiras a medias en el que hemos dejado (también usted, cariño, y quizá por mi culpa) que nuestra vida se encenagara. Y, de golpe, había algo que me importaba por encima de todo. No se trataba de T., compréndame, no siento pasión por ella, usted conoce exactamente mis sentimientos. Pero sí era: no estropear esos tres días

que a fin de cuentas me habían hecho sentir bien (lo que los estropeaba eran mis mentiras), no dejar que se echaran a perder en la memoria de T., conservar esa ternura que me llevó tres años conseguir de ella, no degradarme ante sus ojos. ¿Comprende usted que, durante algunas horas, esto pueda importarle a uno más que cualquier otra cosa en el mundo, aunque no sea pasión lo que se sienta por la señora? Me encontraba en un curioso estado este viernes. No pensé en todo esto entonces sino hace un rato, mientras paseaba con Paul. Lo que sentí el viernes fue que si para recobrar a T. era posible hacer cochinadas productivas, yo las haría. Además de todo eso, naturalmente, estaba loco de indignación contra Bourdin —quien, reconózcalo, es tan indecente que con tal de excitar a un chiquillo de 18 años es capaz de soltarle al oído los detalles de nuestras encamadas—. Y encima ella sabe muy bien que Mouloudji es amigo íntimo de T., así que no estoy seguro de que no haya habido cierto cálculo en su cabeza —y, si no lo hubo, hubo ciertamente una imperdonable ligereza—. No lo digo por buscar una excusa, sé muy bien que usted tiene razón, que ella merecía una bronca *por el presente* pero que eso no me daba derecho a volver al pasado. Sólo le estoy explicando lo sucia y sospechosa que me resultaba esa señora yendo a desnudar sus historias ante cualquiera, propiamente una incontinencia urinaria. Por otra parte, sí, la he estimado, pero hace un año que eso se terminó. En junio me tuvo un poco a mal traer —la vi una vez, acuérdese—; lo que usted me dijo de ella, temible pequeña destructora, después de verla en el Dôme, prosiguió el trabajo de zapa, hasta que vinieran sus últimas cartas de loca. Hace tiempo que pienso que me engañé con ella y que era mala; yo no acababa de confesármelo y en medio de mi indignación del viernes fue un alivio poder decirme, como una revelación: no hay una mujer peor. Alivio contra mí, no contra ella. Esto tampoco son justificaciones, son descripciones. Así se me ocurrió la idea de la carta y desde el primer instante supe lo canallesco que era y *quise* hacer esa cochinada, hasta el punto de escribir la carta dos veces para que quedara más redonda. Observe que el propósito primero no era de ningún modo que llegara a manos de Bourdin sino que T., al leerla, se convenciera de la veracidad de mis explicaciones. Por otra parte —porque uno no es tan simple— convencido como estaba de que me hundía en la basura hasta el cuello y de que sacrificaba el dolor de Bourdin a T., estaba *convencido* de que T. no le enviaría la carta, porque es demasiado perezosa y porque tendría miedo de que Bourdin adivinase de dónde venía el mazazo, lo cual le daría armas contra T., y también porque las Z. se contentan con satisfacciones simbólicas. E incluso deseé vivamente que no la enviara —no por moralidad o para ahorrarle a B. un sinsabor— sino porque la otra igual habría podido rectificar ciertos detalles de la carta ante Mouloudji con pruebas en su apoyo. Incluso es aún un poco más complicado: yo no me acordaba la dirección de B., y entonces envié un sobre que sólo decía «Martine Bourdin», y le dije a T. que lo hiciera llevar por Mouloudji o bien que me enviara la dirección y entonces yo le mandaría otro con las señas completas. Pues bien, cuando pensé que a lo mejor le hacía el encargo a Mouloudji, temí que él no entregase la carta, ya que podría fingir haberlo hecho y mentir sobre la reacción de B. Y cuando imaginaba que T. me daría la dirección y que finalmente la carta iría por correo, deseaba en cambio que T. no la enviase, pues esto evitaría cualquier reacción peligrosa por parte de Bourdin. Y al día siguiente pensé con disgusto en el desmoronamiento de Bourdin, pero no mucho, porque cuando estoy lejos no me percato bien de las cosas. Pero lo importante es el arrebato con que emprendí lo que juzgaba una cochinada, como si me hiciera excesivamente feliz cometer una falta, estar lo bastante fuera de mí como para

cometerla. Y también algo que me quedó, creo, de mi historia con Olga: una especie de endurecimiento interior que hace que *no quiera* volver a las andadas y perder, por moralidad, lo que tengo. No es que me recrimine algo del asunto Z., pues yo me comporté limpiamente —y si volviera a suceder haría lo mismo— sino que *usted* estaba en cuestión. Dicho de otra manera, comprendí que estaba decidido 1.° a sacrificar a T. ante la primera señal suya; 2.° a sacrificar todo lo demás a T. En cierto sentido es una especie de experiencia moral, ya sentí un poco de eso en París, durante mi permiso. Quisiera que me dijese lo que piensa de esto, cariño.

Conclusión: mis relaciones con T. han recobrado su aspecto normal, estoy totalmente desolidarizado (por supuesto) de mi comportamiento del viernes. Tengo la impresión de que esta crisis tiene el mejor de los finales para mí. Nunca más me meteré en historias libertinas y canallas (o al menos en mucho tiempo). Trataremos de sacar las conclusiones de todo eso, juntos, en mi próximo permiso.

Queridísima pequeña, ha sido ésta una larguísima carta y me faltó tiempo para decirle cuánto la amo. Verá usted, la escribo con miedo a que se espante, a que me encuentre taimado, vil y bajo. Su juicio me importa más que nada en el mundo pequeña mía; desuélleme bien, si lo merezco, se lo ruego. La quiero, mi pequeño Castor querido.

Cuente conmigo entre el 1.° y el 15 de abril.

A Simone de Beauvoir

29 de febrero

Mi querido Castor

Hoy no ha habido carta suya ni de T., debe ser un atraso del correo. Necesitaría hablar con usted y, como si fuese adrede, nunca han escaseado tanto sus cartas. No por su culpa, mi dulce pequeña, sino por culpa del correo (no se olvide: Sector Postal 108). Verá usted, me asalta un miedo sumamente desagradable y que yo rechazo fingiendo juzgarlo absurdo, pero no lo es tanto y me preocupo. Tengo miedo de que, dada la actitud (justificada) de severidad a mi respecto de que da usted señales, le haya resultado muy desagradable leer, en mi última carta, que yo le escribí a T.: «Pasaría por encima del mundo entero..., etc.», no tanto por usted misma como por esa especie de mentira universal que la frase rezuma. Amor mío, sería el más duro de los golpes disgustarla lo bastante como para que no pudiese escribirme en todo un día. Verá usted, en este momento me encuentro en un estado singular, jamás me he sentido tan incómodo conmigo mismo desde que estuve loco. Entiéndame: no estoy loco en absoluto, pero hay una cierta manera de hallarse desbordado, cogido por detrás, enculado en cierto modo por las ideas, una suerte de desequilibrio afectivo y moral que no he conocido desde mi locura. No es que quiera enternecerla, sé que no hay excusa que valga. Pero imagine usted esa singular vuelta del permiso, cuando los recuerdos civiles aún le tienen a uno de lo más trastornado, la carta de T. viniendo a interrumpir una especie de ensoñación tierna para con ella.

Desde ayer no sé lo que quiero o mejor dicho lo que siento. Si T. me hubiese escrito con simpatía, como había empezado, y sin esa historia de Bourdin, yo habría

continuado con el afecto tierno y pleno que sentía por ella en París y que poseía un *valor*. Pero después de la furiosa carta que me dirigió seguida por cinco días de silencio, no tuve más que una idea, tras la pasión del primer día: endurecerme, pero se trocó en nerviosismo y apasionamiento. Leía, escribía, no quería pensar. Entonces me descubrí *fuera* de esta historia, otra vez y, cuando recibí esa carta, en vez de sentir la alegría que anticipaba, sobre todo me *tranquilicé*. Nuevamente la misma reacción de zafio que esperaba no tener y de la que no pude librarme. Más aún cuando su carta, llegada al mismo tiempo, al decir: «En lo único que Tania ha pensado es en la imagen que ofrecería a los ojos de Mouloudji», reducía la indignación de T. a su justa proporción y me hacía aún más zafio y cínico ante la reconciliación. Paralelamente su severa carta me desequilibraba un poco. El conjunto producía una curiosa atmósfera. Duró el día de ayer y esta mañana, aunque ya no sufría el nerviosismo de los días precedentes. Esta mañana me sentía extrañamente «sensibilizado». Leía el relato de los amores de Fabrice y Clélia (por vigésima vez) con auténticas lágrimas en los ojos, y al mismo tiempo me irritaba ponerme sensible en lo imaginario. Después el correo, ninguna carta suya ni de T., mi nerviosismo recomenzó; estoy muy nervioso ahora al escribirle, sobre todo por usted, porque me cuesta creer que T. se haya puesto furiosa otra vez. Sobre todo por que sus cartas me parecen muy cortas actualmente (aunque sean muy largas, amor mío). Quisiera hacerle preguntas y hablarlo todo a fondo, con usted. En fin, pronto podremos hacerlo. Dulce pequeña, cuánto la necesito, qué encanto para mí su presencia y cuánto me importa su juicio. La quiero. Tengo miedo de inspirarle desconfianza con todas esas mentiras en las que me enredo, tengo miedo de que mi verdadera imagen y lo que soy para con usted queden un poco salpicados igual que la historia Bourdin me ha salpicado a los ojos de T. pero con más razón. Tengo miedo de que repentinamente se pregunte, en medio de tanta política, de mentiras enteras y sobre todo de verdades a medias: ¿no me estará mintiendo a mí, no estará diciendo la verdad a medias? Se lo pregunta usted, de vez en cuando. Mi pequeño, mi adorable Castor, le juro que con usted soy completamente puro. Si no lo fuera, no habría nada en el mundo con lo que no me comportara como un mentiroso, me perdería a mí mismo. Amor mío, es usted no sólo mi vida sino también la única honestidad de mi vida. Gracias a que usted es como es. La quiero.

Me he puesto a pensar y a escribir sobre mis relaciones con la gente pero de nuevo es preciso mentir porque T. querrá ver los cuadernos. Intento deformar lo menos posible pero esto acaba por pesarme.

Mi carta de ayer era estúpida, pero es que aparte de todo lo que le acabo de decir tuve un poco de fiebre por la noche, no me despertó muchas veces pero estuve atontado todo el día, me hallaba por debajo de mí mismo. En su carta decía usted tantas cosas interesantes a las que quería contestar, y después no sé cómo pero respondí con evasivas y mi carta cobró un cariz de alegato. Lo que más me impresionó fue cuando dice que yo me otorgo una preponderancia sobre las personas y que pienso que lo que es mentira para mí es una verdad bastante aceptable para ellas. Esto es *absolutamente cierto*. Pero cómo querría hablar de ello con usted.

Amor mío, no se impresione demasiado con esta carta. Mañana tendré las suyas y estaré espléndido. La quiero con todas mis fuerzas, quisiera tenerla aquí.

A Simone de Beauvoir

Primero de marzo

Amor mío, mi querido Castor

Tengo su carta del martes y me siento francamente aliviado. Pero no debe temer que sus cartas suenen bastante a censura, es preciso que me refriegue usted por las narices lo que he hecho. ¿O ha dejado de ser mi pequeña conciencia moral? He pasado unos días extraños, se lo juro, y guardaré un intenso y singular recuerdo de esta ciudad en la que no pasa nada de la mañana a la noche, donde siempre quieto en el Hogar del Ejército de Salvación, sin moverme de mi silla, he conocido la pasión, lo pasional, los remordimientos, y donde he realizado voluptuosamente la primera gran cochinada de mi existencia (me refiero a la carta a Bourdin). En conjunto, supongo que finalmente me resultará poético; y además, aquí estoy a medias, porque ya el 1.° de abril está atrayéndome hacia sí y entre el 1.° y el 15 estaré con usted, dulce pequeña. Tengo la impresión de que todo este período sólo quedará resuelto, confirmado, enterrado, cuando podamos hablar un poco los dos. Así que tendrá que conseguirse un sellito y aplicarlo sobre todo lo que estoy viviendo. Es usted también mi pequeño absoluto, vamos. No metafísico, porque la metafísica la hago yo sólito, como una persona mayor, sino moral. En conclusión, creo que lo que usted piensa es 1.° que con Bourdin he cometido una cochinada gratuita (la carta no será enviada, supongo: T. no ha vuelto a hablarme de ella); 2.° que en lo sucesivo habrá que arreglárselas para que estas historias no se reproduzcan nunca más en nuestra vida. ¿No es eso? Lo suscribo todo. Le prometo que de aquí a mucho tiempo no habrá ninguna historia más (a mucho tiempo de acabada la guerra, por supuesto, porque si no sería demasiado fácil). Por otra parte, estoy realmente asqueado. Y además me haría perder mucho tiempo. Y también es que me siento cambiado: ya no quiero «seducir». Todo fue siempre una historia de seducción, lo veo claro ahora que escribo sobre ello: una vez seducida la señora, me llenaba de asombro tener que cargar con ella. No lo había *previsto*. Ahora se acabó porque me gusta tener relaciones plenas y éstas aparecen, al contrario, una vez acabadas las ceremonias de seducción. No sólo usted, sino mis *relaciones* con usted son cada vez más preciosas para mí. Y en cuanto a la seducción digamos «conyugal», quiero decir dentro de relaciones oficialmente establecidas, con T. me basta y me sobra.

Por cierto, también he recibido carta de ella. Una carta un tanto embustera, pues está fechada el martes y es evidente (por indicios que le ahorro) que la escribió el miércoles. Probablemente ha querido disimular una velada con el Criollo o lo que fuere (pero no me preocupa, es una cosa inocente). Lo esencial es que sus remordimientos hacia mí la atormentan, está «recogida e inquieta», como dice, y que todo marcha espléndidamente. Lo que arreglaría las cosas es que, como me explica largamente, mientras lo hacía ella tenía conciencia de estar delirando, esto le procuraba un placer sádico y no tenía la conciencia muy tranquila. Todo va bien.

Este juego de la verdad me parece sumamente divertido. Si he comprendido bien, para jugarlo hace falta no tanto dar pruebas de sinceridad como de presencia de ánimo.

Hasta mañana, dulce pequeña mía, beso tiernamente sus viejas mejillitas, la quiero con toda el alma.

A SIMONE DE BEAUVOIR

2 de marzo

Mi querido Castor

¿Cómo es posible que no haya recibido mi carta del martes? Supongo que al otro día habrá recibido dos, porque he escrito con toda escrupulosidad. Y me encontraba muy bien. En los últimos tiempos el correo tiene unos curiosos atrasos y adelantos, parece un acordeón.

Dulce pequeña, qué tierna es usted aconsejándome alquilar una pequeña habitación-querencia. Pero considere: 1.° Que significaría 250 francos extras por mes como mínimo. 2.° Que me siento muy cómodo en el Hogar, donde me gusta trabajar porque hay ruido. 3.° Que las habitaciones *no tienen calefacción*, y esto, hasta el 1.° de abril, al menos es un impedimento decisivo.

En virtud de lo cual me quedo aquí. Sepa que va concretándose la posibilidad de ir a la retaguardia dentro de algún tiempo y quizá por todo el verano. Seríamos una división de invierno. He estado con alguien bastante informado que me lo comentó anoche. Era un alsaciano y mantuve con él una conversación bastante singular (sobre un tema completamente distinto) pero que no puedo comunicar aquí. No lo he puesto aún en mi cuaderno porque me había sumido en la redacción de lo referente a mis relaciones con el prójimo. *Cien* páginas escribí sobre esto desde anteayer, imagínese, y sin agotar el tema. Es una lástima pero habría que hablar de Olga, de Bost, de usted, de Tania y tendría que falsear indignamente las cosas. Así que paré *antes* de la historia con Olga, con algunas frases sibilinas destinadas a T. que anuncian una transformación total sobrevenida poco después. Fue muy divertido. He visto claramente las fuentes de mi imperialismo y de todo eso, sólo que ahora me siento un tanto asqueado, como siempre que uno habla demasiado tiempo de sí mismo. ¿Qué otra cosa hago, además, con todas estas cartas de justificación que recibe usted de mí? Pero ahora dejaré de pensar en mí por algún tiempo, todas aquellas historias están enterradas, las volveremos a sacar a luz cuando nos veamos.

Ahora, querida pequeña, estuve trabajando toda la mañana y leyendo, ¿adivine qué? *L'Expédition du Mexique* (Segundo Imperio), de Emile Ollivier. Es sumamente entretenido, va perfecto con Bismarck y la guerra del 70, comienzo a sentir un poco la curiosa atmósfera de la época. Después almorcé, y recibí su carta y una de Hermann diciéndome que ha salido mi opúsculo sobre las Emociones. El artículo sobre Giraudoux sale en la *NRF* de marzo. Lo anunciaron en *Les Nouvelles littéraires*. Si *La imaginación* también sale, resultará un buen mes literario. Usted recibirá varios ejemplares de las *Emociones*. Querría usted 1.° dejar uno en la casilla de Tania, 2.° darle uno a Poupette si aún se encuentra ahí, para ella, y confiarle otro para De Boulet, 3.° mandarle uno a Bost si él tiene ganas, 4.º dejar uno en casa de mis padres cuando pueda.

Otra cosa: tiene que enviarme mil francos, cariño. ¿Sería posible quizá si mandamos a las Z. a Laigle?

Y ahora una última cosita: habrá cartillas de racionamiento. Estoy seguro de que para usted no será ningún problema. Pero por favor cuide de que T. no haga tonterías y facilítele la tarea (al tiempo que se verá forzada a facilitársela a Olga, casi tan incapaz

como la otra. Infórmese si necesitará ella algún documento de identidad para obtener sus cartillas). Por mi parte considero la mía muy justa y afortunada. Es divertido que aquí sean los militares ricos como Hang los que protestan contra la reglamentación de las comidas, en nombre de la libertad individual, mientras que la implantación de la Censura les parecía una excelente decisión. Ah, han abolido la Censura política, ¿lo sabía? Podrá leer de nuevo los periódicos, estarán menos insípidos.

Esto es todo, pequeña mía. Es una carta de ideas. Pero qué se va a hacer. No pasa nada, estoy aquí, leo y escribo. Aunque me gustaría tanto que sintiera cómo la quiero y qué cerca de usted estoy todo este tiempo.

La beso con todas mis fuerzas, querida, muy querida pequeña.

A SIMONE DE BEAUVOIR

3 de marzo Mi querido Castor

El día se me ha escurrido entre los dedos. Fuera era un auténtico domingo, justo con el tiempo pálido y soleado que conviene y los paseantes por las calles, un domingo que partía el alma. Pero apenas lo he percibido. En el Hogar también era domingo, por la gran proporción de «campesinos» que venían a la ciudad. Pues dadas las labores que se les solicitan, los 160 tipos del C.G. que de ordinario permanecen aquí representan una aristocracia. Y, el domingo, los paletos de las baterías o los cazadores instalados en los pueblos del contorno, «bajan» hasta aquí. El Hogar está lleno de rostros lentos e impasibles, de tipos forzudos y de mala estampa con gruesas manos nudosas que se quedan ahí, meditabundos, con aire de espera militar, semejantes a esos lamentables soldados del activo que ve uno deambular por las ciudades de guarnición, simplemente un poco envejecidos y que inducen claramente a pensar, cosa que no se aprecia aquí por regla general, que el soldado francés es un campesino. El domingo pasado, olvidé decírselo, había tres que vagaban sin rumbo fijo. De pronto me ven: «Oye, chaval, ¿no hay cine aquí?». «No, no hay». Entonces, bajando la voz: «¿Y el burdel, dónde está?». Era muy *Train de* 8 *h* 47. Quedaron hondamente decepcionados cuando les dije que no había. Así que aquí los domingos son muy especiales. Sólo que el día estuvo de lo más descentrado, porque últimamente las cartas llegaban a las doce y, hoy, el repartidor titular, que estaba de permiso, ha vuelto, es un mocetón que no se las deja contar, y nos trajo el correo a las 4. De suerte que hoy la mañana se me prolongó hasta las cuatro. Y la tarde quedó apretujada entre las cuatro y el anochecer, la ocupé jugando al ajedrez. Por lo demás, no hubo correo. Sí, una carta del *Figaro littéraire* que le envío porque vale su peso en oro y también dos ejemplares de la *Teoría de las emociones* que he releído con cierta decepción. La teoría está mostrada pero no demostrada. Lo mejor es el prólogo. Pero de usted, nada de nada. La causa es el domingo. Acabó siendo un día nulo, con un «rato sin cartas» no muy largo de pasar, pronto será mañana. Pero con todos esos contratiempos, disputas, diluvios de censuras que se derramaron sobre mi cabeza, aquí estoy matando un poco el tiempo. No me siento desdichado, en absoluto, incluso cada día tiene un encanto particular, pero no he recobrado la serenidad de antes del permiso.

Esto es todo por hoy, pequeña mía. He retomado la novela y abandonado un poco el cuaderno. La novela me divierte —en seco—. Hace un momento oí una música por la

radio, me acerqué y me puse a escuchar, era de esa baja música que me emociona, estilo *Johnny Palmer* y cantada, lo que es peor, por Jean Tranchant, lo juraría. Da igual, me produjo una intensa emoción, una clase de emoción olvidada de mucho tiempo atrás porque en general estoy muy seco y me espulgo ante mi cuaderno con una suerte de hostilidad. Figúrese, el tipo de emoción que nos asaltó —o mejor dicho que me asaltó a mí y que usted optó por compartir, mi dulce pequeña— una noche que estábamos en Montmartre, un poco bebidos. Palabra; algo así como: en otro tiempo yo también escribía cosas capaces de emocionar (por qué en otro tiempo, se pregunta uno) y me derretí de simpatía hacia mí mismo. Hace ya quince días que, tengo que decirlo, intimado por usted, por T., me tomo concienzudamente por un malvado. Pero no se alarme, no pierdo de vista que *también* soy un malvado. Y en eso la dama del Ejército de Salvación, sin duda por juzgar profanos aquellos cantos, apagó la radio y volví a mi sitio a escribirle. Ay, pequeña mía, cuánto desearía tenerla conmigo, cuánto desearía que llorásemos juntos sobre nuestros destinos, como antaño. Cuánto querría estrechar su delgado cuerpecito entre mis brazos. Usted, mi pequeño Castor, usted yo mismo. La quiero muchísimo.

Ya no quedan sobres mecanografiados pero esta noche haré más porque le gustan.

A Simone de Beauvoir

4 de marzo

Mi querido Castor

Recibo hoy su carta del 2 (escrita el 1.°) y que me encanta porque sé por ella que lo que le escribí la ha convencido. Se sentiría usted muy halagada, mi dulce pequeña, si pudiese ver lo difícil que me resulta sobrellevar su reprobación. Me retuerzo bajo ella como el Demonio bajo el pie del Arcángel san Miguel. Sólo que, mire usted, no recuerdo *en absoluto* lo que le escribí y que a usted la convenció. No es que lo haya inventado en el momento, pero a la larga he escrito tanto sobre el tema que ya no recuerdo la selección exacta de argumentos que surtieron la primera carta.

Mire usted, es un poco lo que quería decirle, hace dos meses, cuando le decía que con un poco de buena voluntad se puede creer uno enterrado, aquí. Piense en la cantidad de tipos que sólo son amados *así*. Saben muy bien que su mujer les es fiel, saben que se alegrará de volver a verlos y que al final de la guerra reiniciarán una vida en común. Pero, con ser un poquitín perspicaces, también sentirán que mientras ellos se están jorobando aquí, en el corazón de la buena señora no queda por ellos otra cosa que un huesecillo polvoriento. Suerte que *usted*, cariño mío, no puede quererme así, óseamente; me enfermaría, tengo necesidad de sentir su amor y lo siento tan intenso, en sus menores detalles, profundamente. La quiero. Debo decir también que con T., dados sus curiosos sentimientos, a menudo se siente uno traicionado, pero nunca embalsamado, no sé por qué. A propósito, las cosas no podrían ir mejor. Ella me escribe: «Sólo te tengo a ti, eres lo mejor que conozco en el mundo: mira cómo te quiero». T., abúlica, no siempre orgullosa de sí y de lo más perdida en el mundo, tiene necesidad de mí, e incluso si estoy lejos, necesita pensar, de tarde en tarde, que existo.

Me pregunta usted qué opino de lo que le dijo Bienenfeld sobre las novelas norteamericanas. Pero es que no hay nada que decir: sí, las novelas norteamericanas son como son y las nuestras son diferentes. Cuando planeábamos escribir una novela y nos preocupábamos por la técnica, la cuestión era saber en qué medida podíamos asimilar la *técnica* americana, que es excelente, para ponerla *al servicio de nuestros fines*. Es decir —cosa resuelta de una vez para siempre— justamente en qué medida el afán de poner ideas en la novela era compatible con la técnica de aquellas novelas sin ideas. Pues bien, lo sabemos: es una cuestión de acomodación, etc. Pero lo absurdo sería decir: las novelas de Hemingway, que no tienen ideas, tienen una buena técnica, por lo tanto hay que escribir novelas sin ideas. Por otra parte, volviendo a la cuestión de la gratuidad, hay que ser prudentes: en realidad en arte *nada* puede ser gratuito, ya que el arte es, ante todo, unidad. Se trate de un cuadro de Picasso o de una novela de Stendhal o de Kafka, jamás encontrará nada que no *sirva*. Y cuando leía *Adiós a las armas*, yo observaba qué lejos está el arte de Hemingway de dejar sitio a lo gratuito, cómo por ejemplo el lugar que concede al anodino episodio de la compra de un revólver en Florencia aparece justificado después por el papel que cumple este revólver. Y usted misma no aceptaría poner cualquier cosa en su novela. Lo que sucede es que lo necesario debe a veces —no siempre— poder cobrar aspecto de gratuito. Sólo tendrá ese aspecto *primero*, cuando se tropieza con él: por ejemplo, se habla de un personaje al que nunca se había mencionado, se describe un paseo sin conexión directa con el tema. Pero cien páginas más adelante habrá pasado a ser necesario, porque estará enlazado al resto por cien vías distintas. Queda entonces el gran problema: ¿se ha conseguido dar a episodios, en realidad necesarios, la apariencia de gratuitos? Por mi parte, respondo tranquilamente que *si*. Pero le aseguro que cuando la felicitaba porque *todo* surtía efecto, se sobreentendía que «bajo la apariencia de lo contingente y de lo gratuito». Si no, tendríamos una demostración matemática y resultaría aburrido. Y, por último, si al cabo de cien páginas y a través de mil episodios cambiantes el lector queda poseído por una sofocante impresión de necesidad (conservada siempre «la vida» de los personajes, que es gratuidad), qué tiene esto de malo, se lo pregunto. En cualquier caso, no se trata de una cuestión de estilo, desde luego.

¿Así que Bost quiere ser suboficial? Temo que vaya a encontrar una vida menos penosa pero cien veces más antipática. No sé si no es mejor despreciar a los superiores sin ser cómplice de ellos que rezongar contra los pares, y en el seno de una especie de complicidad. Sólo él decidirá. Pero pienso que no va a encontrar allá a otro Amselem —ni nada tan simpático como el tipo de Belleville que lo envía a ver a su mujer y a sus amigos—. Además, los tipos que «hacen la preparación» también las pasan negras. Y en seco. Sin ocios, sin esos grandes atontamientos borrosos en los que el soldado se ve librado a sí mismo. Y además suelen correr más peligros. En cualquier caso, está claro que lo que hay que decirle es que no hay *ninguna razón moral* que le impida hacer lo que él juzgue menos desagradable. En cuanto al servicio militar, la cosa es clara. En cuanto a la guerra, y sobre todo *esta* guerra, la cuestión habría que reconsiderarla de tantas maneras que ya no es posible.

Amor mío, ahora le escribo volúmenes. Suerte que desde ayer no ha pasado *nada*, de lo contrario necesitaría seis páginas más para contarle mi vida. Sepa únicamente que mañana me vacunan y que hoy estoy de lo más saludable.

Otra cosa: todo parece concurrir a indicar que estaré de permiso hacia el 24 o 25 de marzo a más tardar.

Se confirma que iremos de largo descanso. Quizá todo el verano.

Amor mío, mi adorable Castor, sería formidable verla dentro de tres semanas, y poquito después, con toda comodidad.

La quiero con todas mis fuerzas.

A SIMONE DE BEAUVOIR

5 de marzo

Mi querido Castor

Dos cartas suyas hoy, una muy cariñosa, la del sábado, donde me explicaba que no me considera usted un niño demasiado perverso. Amor mío, me hace tan feliz que estemos así de unidos y que sienta usted muy fuerte lo mucho que me importa. Tiene razón, este año es «capital» y sería una lástima no haberlo vivido. Le da aires de «prueba», y pienso que está bien que en medio de una vida forzosamente emprendida un poco a tientas y que se construye sin perspectivas o con perspectivas falsas, haya un tiempo de prueba que permita verificarlo todo y ponerlo en su punto. E impresiona, querido amor mío, pequeña mía, pensar que lo único que no tiene que cambiar por nada del mundo, lo único enteramente verdadero y satisfactorio, es nuestro amor.

Esta mañana me pincharon por segunda vez pero hace cinco horas de eso y ni me he dado cuenta. Quizá la cabeza un poco confusa, si se empeña uno en buscar. Hasta comí un sandwich de salchichón. Estoy en el Hogar y trabajaré en mi novela (sepa que por las noches la paso a máquina, alentado por el éxito de mis sobres, de manera que cuando llegue el manuscrito de Poupette sólo habrá que incluirlo). Esta noche duermo en el hotel. Mi provisión de libros está terminada y necesito que me mande otros. Devolveré los que usted me dice de aquí a unos días, tengo que acabar *Bismarck*, el único que está sin terminar. Durante mi permiso elegiré novelas, porque este mes sólo habré leído historia y cosas austeras. Pero pienso: si llego sobre el 25 de marzo, necesitaremos dinero para los primeros días. Por lo menos 1.000 francos (si usted cobra el 30). ¿Cómo nos las arreglaremos? Aunque bien mirado podría pedir 500 francos a mi madre por unos días.

Dulce pequeña, tengo unas enormes ganas de verla, la exprimiré como a un limón. Cuánto la quiero, mi dulce Castor.

A SIMONE DE BEAUVOIR

5 de marzo

Mi querido Castor

Sólo unas palabritas para completar la lista de libros. Quisiera *Solitude en commun*, Margaret Kennedy.

Y un libro de Ludwig que bien podría llamarse *Agosto de* 1914 o *El drama de agosto de* 1914 sobre la declaración de la guerra de 1914.

Acabo de recibir *Guillermo II y La Comuna*. *Guillermo II* parece ser *apasionante*. Espero que en concreto me dé algo que pensar sobre este turbador asunto: el papel de *un* hombre en un acontecimiento social. Sé que Aron dirá que se trata de una capa de significación entre otras varias. Pero aun admitiéndolo, esa significación no es tan sencilla.

La quiero.

A SIMONE DE BEAUVOIR

6 de marzo

Mi querido Castor

Hoy sólo tendrá una breve carlita porque no tengo gran cosa que decirle, pero se la diré con el corazón. No sé bien de qué manera llamar a esta vida que llevo aquí, clavado en este Hogar donde rara vez tengo una mesa para mí solo y donde se oyen los ruidos más diversos, incluido el de las pelotas de celuloide del ping-pong. Ya no es vida de monje o si la es, es la de un cenobita. Y el Hogar mismo tiene un aspecto muy inestable para mí, unas veces simpático (por la mañana, cuando no hay mucha gente), a veces un tanto desesperante, cuando la querencia me es completamente negada y esto zumba por todos lados. Es un curioso sitio cuya particularidad esencial consiste en estar orgánicamente ligado a un viejo hotel alsaciano en el que tomo mis comidas, de suerte que cuando almuerzo bajo un piso y cuando voy a orinar subo un piso y me encuentro en un pasillo entre dos filas de habitaciones. Es de esos objetos con los que uno sólo puede encontrarse en una guerra y, se lo digo, a causa de todo esto en lo más hondo carece de equilibrio, no sé qué sentimiento me inspira. Agréguele que en proporción tiene pocas ventanas para una sala tan grande, y que esas ventanas dan a un patio, de suerte que, de la mañana a la noche, luz eléctrica, lo cual posee su encanto. Agréguele también que aquí la temperatura sufre unas extrañas variaciones, por ejemplo hoy hace frío, decididamente, y otras veces uno se asfixia. Hoy está invadido por los vacunados. Y esto va a seguir unos días más pues están pinchando a brazo partido. Lo que más bien le resta atractivo. A propósito, a mí también me pincharon ayer, lo sabe, y dormí en el hotel, en una habitación del tercer piso, de lo más campesina, con una inmensa bandera francesa en un rincón, imagínese, toda desplegada, sin duda la que sacan los días de desfile. Me resultó vagamente siniestro acostarme con este fetiche en mi habitación, pero dormí soberbiamente de 10 a 7 y hoy me siento como un roble y he almorzado copiosamente. Así que, punto al tema de las vacunas.

En cuanto a lo demás, he leído mucho y trabajado poco —salvo en el cuaderno, donde escribí soberbiamente: «Soy el monstruoso producto del capitalismo, del parlamentarismo, de la centralización y del funcionarismo». Lo grave es que es verdad. El *Guillermo II* de Ludwig me tiene entusiasmado, está bien escrito y es formidablemente interesante. Se lo enviaré con *Bismarck*, si no lo ha leído. Empecé *La Comuna*, que me decepciona un poco, pero a usted, que le gustó 48 de Cassou, a lo

mejor le gusta. De cualquier manera, todos estos libros permiten entrever lo que debería ser la historia. Por ejemplo, en *La Comuna* hay un afortunado intentó de mostrar la influencia del mito de París gran-ciudad (está citado Caillois) sobre los comuneros. También trabajé un poco en la novela pero sin prisa, porque de cualquier modo terminaré lo que pueda hacer con ella mucho antes de haber recibido el manuscrito mecanografiado. Y eso es todo. El tiempo es como un acordeón, unas veces pasa rapidísimo y otras lo mato un poco. No he recobrado mi equilibrio de guerra entre el permiso que acaba de terminar y ese otro a tres semanas de mí y en este asilo de ancianos que huele tan poco a guerra —palabra que no se sabe bien a qué huele. Curiosa vida. Me he hecho un amigo, el pequeño vendedor de periódicos, que tiene catorce años y está todo el tiempo pidiéndome cigarrillos. Da vueltas a mi alrededor y me conversa en términos absolutamente ininteligibles; además sospecho que ofrece mujeres venales a los soldados.

Y esto es todo por hoy, mi queridísimo pequeño Castor, amor mío. Es verdad, sus cartas nunca son lo bastante largas, pero usted sabe, no es culpa suya, lo que pasa es que el mejor momento es cuando las leo. Así escribiera usted quince páginas yo querría todavía más, y siempre las releo tres o cuatro veces. Cuánto la quiero.

Mi querido pequeño Castor, la amo tiernamente.

A Simone de Beauvoir

7 de marzo

Mi querido Castor

Hoy no ha habido carta de usted pero estaba previsto. De todas maneras me enlutó un poco, mi dulce pequeña. Me gustan tanto sus patitas de mosca. Se obstina usted en seguir usando esa tinta «azul de los mares del Sur» que ha sido un fracaso y cuando hay una carta suya lo sé de antemano porque veo un trocito de carta sobresaliendo del paquete del correo con las letras F.M. en ese color pomposo y abyecto. Así me pareció hoy, pero a T. se le ha ocurrido usar la misma tinta y era una carta de ella. No me gustó nada porque mi ardor por ella ya no es lo que era, aquellos «tornados» morales y sentimentales, como usted dice, lo han agotado por un tiempo.

Al margen de esto, he pasado un día encantador. Por la mañana no tanto, porque los oficiales requisaron el Hogar para celebrar una reunión. Son así: tienen todos los locales para ellos, si quieren, montones de restaurantes donde tienen sus «imperios» y que los albergarían. Pero no, necesitan demostrar a los hombres que no les pertenece nada a los soldados, que un oficial siempre puede quitarles todo. Acción más inteligente aún cuando esta mañana había como veinte vacunados que ya no sabían donde meterse. Así que volví a bajar al A.D. y me quedé una hora con los secretarios, que realmente han caído en la más baja abyección. Ya ni siquiera es divertido. Después, a las once, subí de nuevo al Hogar y empezó a ser agradable porque me vinieron ideas sobre la historia y las escribí en el cuaderno. Fui a almorzar, fui al correo, después volví al Hogar y otra vez me puse a escribir y a leer *Guillermo II*, que es realmente asombroso, menos a causa de Ludwig que del personaje y de su ambiente. Después escribí de nuevo. Un joven de

gafas me dio conversación, y me ponía a trabajar otra vez cuando una señora mayor, pelirroja, que hace aquí de animadora, me dijo: «Usted está siempre escribiendo, haría mucho mejor en jugar al ping-pong conmigo». Esta mañana ya había estado trajinando a mi alrededor —la pongo nerviosa de tanto leer— y había visto *La Comuna* de Ollivier. «¡Oh, oh! ¿comunista?», me dijo. «No, señora, no.» «Bueno, lo que yo digo es: a los comunistas hay que mandarlos todos a Rusia. Estuve cuatro años y sé lo que es eso. Hay que hacer corno en América: ¿que no estáis contentos aquí?, pues bien, marchaos allá. Y os pagáis el dinero del viaje, ¡qué carajo!» Me sorprendió una expresión tan militar saliendo de labios como estos. Pero es que la moza no es del Ejército de Salvación, sólo una voluntaria, y supongo que en sus buenos tiempos gastó más pares de cojones que zapatos el ejército francés. No del todo antipática, además. Acepté, pues, jugar al ping-pong. La primera partida la ganó ella, yo le gané la segunda y comenzábamos la tercera cuando la pelota fue a alojarse debajo del escenario. Hubo que mover no sé cuántos tablones, nos pusimos a cuatro patas y sudamos la gota gorda. En eso la llamaron para otra cosa y la partida terminó, pero mañana será el desempate. Ah, cariño mío, ¿se acuerda cuando íbamos los dos, en Rúan, al piso superior de la cervecería L'Univers (que así se llamaba, creo) a jugar nuestra partidita? Verá usted, no es que eche de menos esa época, la echo de menos a *usted*, pequeña. Después de la partida trabajé en la novela —bien—. Y ahora le escribo. Volveré a mandar, esta carta a la rue Vavin, pero pienso: T. se mudará en tres o cuatro días, Olga ya se ha ido, nada se opone a que de aquí a unos ocho días le escriba regularmente al hotel. Si se marchan a Laigle, en cualquier caso. Hasta pronto, dulce pequeña, amor mío. La quiero tanto. Desearía tanto ver otra vez su carita. ¿Sabe?, aún me conmuevo cuando recuerdo la que tenía el día en que partí.

A SIMONE DE BEAUVOIR

8 de marzo

Mi querido Castor

Cuánto me ha emocionado su carlita de hoy donde me explica sus remordimientos por haberme reñido tanto. Pero, ¿sabe?, ya no me siento nada triste, cariño mío. Además, *tiene* que censurarme, cuando lo merezco, igual que debe mostrarse severa con mi novela si no está bien. La quiero tanto, mi pequeña flor. Sí, siento muy bien cuánto me ama y me gusta tanto su manera de amarme. Tengo tantas ganas de verla. Pero vaya, hay un pequeño contratiempo, quizá una nimiedad: estamos sin noticias de Pieter, que se marchó con permiso hace catorce días y debió haber vuelto ayer por la mañana. Seguro que está enfermo. En cuanto lo sepamos, Hang partirá y esto no lo retrasará más de dos días. Pero si cuando llegue mi turno sigue enfermo, ¿me dejarán partir? Sería dejar solo a Paul catorce días. ¿Y si hubiese que hacer sondeos? En fin, así están las cosas. Si quiere saber más, telefonee a la señora Pieter de mi parte y pídale noticias de su marido. Tal vez sabrá usted por ella más de lo que para entonces sepa yo mismo.

Fuera de esto, nada, pequeña mía, T. se muda y en lo sucesivo le dirigiré mis cartas

al Hôtel du Danemark (tras confirmación de su parte, de cualquier modo). He escrito aplicadamente sobre Guillermo II. ¡Ese no es su tema, tontucio! Pues bien, no, pero hay que escribir acerca de todo. Y además casi he terminado el capítulo sobre Jacques. Aunque tal vez lo corrija entero. Y también he serrado madera y he picado madera, porque mañana encenderé yo los hogares. La última vez fue desastroso, los secretarios tuvieron que volver a encenderlos. Procuraré hacerlo bien.

Ésta es una carta muy pobre, amor mío, pero es que no tengo nada más que decirle. He escrito tantas tan largas que bien puede perdonarme ésta.

Amor mío, me encuentro tan bien con usted, cómo querría apretar su bracito. No podría quererla más.

A SIMONE DE BEAUVOIR

9 de marzo

Mi querido Castor

Aquí tiene una carta de lo más ajetreada. Aun así soy todo ternura con usted. Pero el día de hoy estuvo lleno de acontecimientos y tenemos que hablar.

En primer lugar, *me llaman al interior*. No hoy ni mañana, pero como máximo de aquí a uno o dos meses. La historia es ésta: el capitán Munier había escrito al coronel al mando del servicio de Meteorología preguntándole si no podía disponer de nuestros fusiles, en vista de que no los utilizamos y de que somos auxiliares. Hoy llegó la respuesta del coronel: «Imposible disponer de los fusiles pero yo dispongo de los hombres». Como los puestos de sondeo son los más avanzados del servicio meteorológico, tienen que estar ocupados por soldados del activo, no auxiliares, y él tomará las medidas necesarias para que nos llamen en el más breve plazo. El capitán Munier se tiraba de los pelos y quería hacernos firmar una protesta, pero Paul, que no quiere jugarse el pellejo, no dio el brazo a torcer. Así que vamos a dejar la división. De momento hay una posibilidad de que nos alejen sólo unos cincuenta kilómetros. Pero, primero, ya estaría mucho mejor. Y segundo, es muy improbable. Lo más seguro es que haga un cursillo de seis semanas en Saint-Cyr, con la posibilidad de un permiso de 24 horas por semana y de dos permisos nocturnos. Vaya adivinando nuestro embeleso. Nunca más estaremos separados tanto tiempo, dulce pequeña mía.

Esto me lleva al permiso. Estaré en París, como antes (gracias al providencial retraso de Pieter, que llegó esta mañana fresco como una rosa) el 26 de marzo. Pero creo que es mejor darse prisa a tomar el permiso porque, con el cambio de destino, no hay que perder la oportunidad. Si vuelvo a Saint-Cyr inmediatamente después, tanto mejor. De modo que habría que negociar *ya mismo* un préstamo de mil francos con Gégé, por ejemplo (o con la dama).

Recibo una carta del presidente del Jurado del Premio a la Novela Populista (miembros: Duhamel, Romains, Durtain, Thérive, etc.) informándome que soy candidato a dicho premio y pidiéndome que escriba una carta dejando constancia de mi candidatura. El premio son 2.000 francos, no es para despreciar. *Sólo que*, si escribo para hacer constar mi candidatura, ahí me tendrá etiquetado de populista. ¿O no?

Aconséjeme pronto. Mi primera reacción fue que tenía que negarme, pero a lo mejor encuentra usted que estos asuntos de etiquetas no tienen mayor importancia y que, al fin y al cabo, son 2.000 francos. Hay personas que dependen de nosotros. Decida, pequeña conciencia mía.

Paulhan me escribe: Wahl y Brunschwicg han resuelto que *La imaginación* sea *tesis* de doctorado. Publicarían la tesis suprimiendo la primera parte (ya publicada en *La Revue de Méta*). Acepto, pero a condición de que no haya que escribir una tesis secundaria. ¿Está bien?

Aparte he recibido una carta de Monnier[9] diciendo que he cambiado la firma, que ahora es «aérea». Una carta de T. pidiéndome dinero. Usted debía enviarme 200 francos. *Por favor, déselos en cuanto los tenga* (*lo antes posible*), yo me arreglaré con Pieter.

¡Uf! Cuando agregue que también recibí la *NRF* con mi artículo sobre Giraudoux[10] (y que Pieter, a quien creíamos muerto, ha vuelto esta mañana) juzgará usted que éste ha sido un día fértil en emociones.

Y por lo demás, vacío. Vaya con las paradojas. Porque fuera de esto, *nada*, como dice Heidegger. Sí: artistas del Teatro del Ejército ensayaban detrás de la pantalla y me llegaban bocanadas de música. Era poético y conmovedor.

Amor mío, qué feliz me siento esta noche. La veo dentro de quince días y es posible que a continuación ya no tengamos que separarnos —al menos por un rato largo.

La quiero mucho, mi dulce pequeña, muchísimo.

1) Si le escribe a la dama por el dinero, hágalo con urgencia y dígale que se lo devolveremos el 1°.

2) Le escribo a T. que puede contar con 200 francos. Pero, si hay dificultades, hágamelo saber y le diré que es imposible.

3) No me dice usted si Bonafé está movilizado.

A SIMONE DE BEAUVOIR

10 de marzo

Mi querido Castor

He recibido hoy dos cartas suyas y la más reciente era de ayer; o sea que usted la habrá echado al correo por la mañana, a las 7, de camino al liceo. Es de lo más agradable tener noticias tan frescas. Eran dos cartas cortitas pero entre las dos hacían una grande. Apruebo vivamente su idea de pedir dinero a Toulouse (1.200 francos). Al final es sólo por quince días y seguro que no habrá inconvenientes. De lo contrario, la dama. Paulhan es un tipo raro. Según su carta del 8 *La imaginación* ya ha salido. Magnífico, pero la carta de él fue despachada *en París* el 7 y por lo tanto él no ignoraba que en el momento de proponerme retrasar su publicación, el libro estaba en venta. A mí me

[9] Adrienne Monnier, quien dirigía la librería L'Ami des livres frecuentada por muchos escritores de la época.

[10] Reproducido en *Situations I*.

importa un comino, pero reconozca que es un tipo raro. Además, ¿por qué no me habló de esto hace un mes y medio, cuando Wahl la sondeaba a usted al respecto? Si Wahl mismo no lo hizo, sin duda era porque Paulhan se ocupaba del asunto. Supongo que este Maquiavelo no quería la combinación, por razones que ignoro. Se lo digo para pintarle al personaje, porque en lo que a mí atañe todo esto me deja frío, ya que siempre podré presentar algún chisme sobre la Nada o sobre lo que fuere si me volviera el antojo. En cuanto al Premio Populista, sigo dudando. He visto que Troyat lo consiguió, y sin embargo Troyat no tiene nada de especialmente populista. Espero su decisión. Sólo que, si me presento a este premio, tendría que conseguirlo. No puedo hacer de eterno candidato a premios que pasan uno tras otro delante de mis narices, acaba resultando grotesco.

Fuera de esto, mi dulce pequeña, después de tantas sacudidas ayer, hoy nada nuevo, es muy normal. Trabajé toda la mañana en el Hogar en esta cosita sobre Guillermo II, que ha empezado a fastidiarme singularmente. La terminé y voy a ocuparme de otra cosa. He leído *Guillermo II*, he discutido con Pieter y, no sé por qué (ah, sí, porque Pieter me había atiborrado de bizcocho) no fui a almorzar. Trabajé hasta las dos en el Hogar, al que vino a verme todo orgulloso porque en la mesa había amenazado a un cabo primera con una patada en el culo y una bofetada en la cara. El tipo en cuestión, semejante en esto a tantos otros de aquí, furioso porque la patrona del restaurante le había negado dos sitios reservados, había declarado lo siguiente: «Puercos de alsacianos, son todos unos prusianos, y pensar que estamos peleando por ellos». Curioso eslogan ya que, finalmente, en primer lugar bien que han querido poseer Alsacia, de qué se quejan; y en segundo lugar de ninguna manera estamos peleando *por ellos*. Tras haberse explayado sobre este tema que a Pieter lo hacía hervir de indignación, añadió, en toda lógica: «Por ellos y por los judíos». Tras lo cual Pieter, feliz de tener por fin un pretexto para intervenir: «Aquí tienes un judío, ¿qué pasa con él? Quieres que te dé una torta, etc., etc». El otro ni chistó. Yo aprobé a Pieter como correspondía, después nos echaron y fui a leer al café. Porque el domingo los cafés están abiertos, pero nos echan del Hogar a causa de las funciones de cine para la tropa. A las cinco y media había tanta gente en el café que volví al Hogar, pero entonces me anunciaron una nueva función de cine. Agotado, me quedé atornillado a la silla y vi una deliciosa de Harry Langdon, muda y sin títulos y la mitad de *L'Oiseau rare*, con Max Dearly y Brasseur, texto de Prévert. No estaba mal, en plan descolorido —pero para un espectáculo de guerra podía pasar—. Antes hubo un filme documental sobre los puestos de vanguardia, visiblemente destinado —a juzgar por los comentarios— a la población civil, y que había caído aquí por casualidad. Me causó un extraño efecto oír hablar de «nuestros valerosos soldados» ante todos esos tipos que en su mayor parte habían pasado dos o tres meses en la vanguardia. Pero ellos ni chistaban, no prestaban atención al texto y lo que más les atraía eran los detalles cotidianos, por ejemplo al ver diez tipos empujando un coche que había patinado en el hielo, gritaban «Arriba, hop, arriba» y se reían de contento.

En conjunto, un día muy bueno. Y además Hang partió anoche y en catorce días me toca a mí. Qué ganas tengo de verla, mi dulce pequeña.

Dulce pequeña, querida mía, la quiero mucho. Dentro de quince días, 18 a lo sumo, la tendré en mis brazos.

A Simone de Beauvoir

11 de marzo

Mi querido Castor

¿Por qué no mostrarle mis aptitudes también a usted? Ya le he escrito una carta a máquina a mi padrastro; otra a Tania; si dudaba en hacerlo para usted era porque tenía miedo de que los signos impresos le parecieran demasiado fríos. Además, hasta ahora, al mecanografiar, no disponía de todas mis facultades; elucubraba pobremente porque estaba de lo más ocupado en encontrar las letras bajo la punta de mis dedos: en este aspecto la carta a Tania fue un modelo de infantilismo y me vi obligado a añadir unas líneas manuscritas para que no creyera que me había aniñado de golpe. Pero ahora está saliendo mejor, mi mente está liberada, como explica usted a sus alumnos todos los años, capítulo de la costumbre, y me han venido ganas de suscitar admiración. Le prometo que sólo lo repetiré por petición expresa de su parte: sé muy bien lo bonito que es ver las malas patas de mosca del amado, y yo mismo prefiero sus abominables letras todas carcomidas a los caracteres de imprenta.

Hoy no he recibido ninguna carta, y en lo que a usted concierne era justicia, porque ayer había recibido dos. Pero de cualquier forma esto me prolongó un poco la tarde, hasta que finalmente descubrí una pequeña idea acerca del juego y del espíritu de seriedad. Escribí entonces en mi cuaderno durante cerca de dos horas y con un placer que no experimentaba desde el mes de enero. Después llegó Pieter, siempre lleno de historias, y Hantziger, quien con graciosa e infame inocencia nos habló del acercamiento que había operado con su mujer durante su permiso.

Siempre lo mismo, además: que cuando uno tiene un pisito ya montado es duro hacerse uno nuevo a los treinta y siete años; que, por ejemplo, en casa de su mujer tenía un buen piano, y quién sabe si encontraría otro igualmente bueno; y además su mujer se gana la vida y no es gastadora, y cuando uno está en el frente es agradable recibir de cuando en cuando un paquetito e incluso un pequeño giro. De hecho ha vuelto de su permiso hecho un potentado; su mujer le había dado mil francos y sin perder un segundo fue a comprarse una ropa espléndida, lo cual indignó al buen Pieter. Es siempre lo mismo, como puede observar, pero hacerlo hablar resultaba divertido, porque se expresaba con ese tono edificante del Caballero que acaba de devolverle por fin a la moral lo que le debía y que ha descargado su conciencia realizando una buena acción. De otro lado, parece que aquí los secretarios lo exhortaban vivamente a ello: Nippert, el Bibelforscher, todas las noches le leía largos pasajes de la Biblia que trataban de la fidelidad conyugal. Ha vuelto de lo más orgulloso y les dijo, más o menos textualmente: «Chicos, voy a daros una buena sorpresa: he vuelto con mi mujer». Y los otros lo convidaron a un almuerzo de honor.

Después, ping-pong con la vieja pelirroja, a quien he ganado esta vez. Y aquí estoy. Esta mañana había puesto el punto final a mi capítulo Jacques-Mathieu, que pasaré a máquina después de esta carta. Creo que será más divertido leerlo de lo que a mí me divirtió escribirlo. Y esto es todo, cariño mío, totalmente todo. Me pareció un poco larguillo pero ahora que podría acostarme me cogió como adrede la pasión de mecanografiar y seguiré velando por lo menos hasta las once.

Mi dulce pequeña, le enviaré algunos libros: *Le Siège de Paris*, *Bismarck* y *Guillermo*.

Antes del fin de semana, para que los tenga el sábado.

Hasta mañana, mi dulce pequeña; no se imagina las ganas que tengo de verla: sólo esto me importa. Iremos de paseo a todas partes; la quiero, mi pequeña flor, beso sus viejas mejillitas.

Me ha divertido usted con su historia del boxeador. Amor mío, cuántas cosas tendremos para decirnos.

Agrego a mano que la quiero con todas mis fuerzas para que vea también una puntita de mi escritura. Me llevó tres cuartos de hora mecanografiar esta carta (componiéndola al mismo tiempo).

A SIMONE DE BEAUVOIR

12 de marzo

Mi querido Castor

Es la última vez, se lo prometo, que le mando una carta escrita a máquina. Pero considere que ya no me queda nada que mecanografiar, pues hoy terminé la copia de mi capítulo VIII. Y me atrapa: ¿se acuerda de mi pasión maníaca por el yoyó? Es algo así. Entonces usted estaba espantada e irritada; asimismo se espantaría ahora y quizá se irritaría. Son graciosas esas especies de pasiones que me asaltan a veces; ¿se acuerda también de aquella noche, el año pasado, en que corríamos tras un número de *Verve*? Tendré que hablar de esto en mi cuadernito. Además estoy haciendo progresos.

Hoy había dos cartas suyas; me dice usted que mañana no tendré ninguna, pero como ayer no tuve espero que no me quedaré sin correo. Había una muy larga y bien entretenida. El desprecio que inspiro a Sorokine me hace sentir muy molesto.

En cuanto al dinero, estoy como usted, un tanto fastidiado; debe ser ya muy tarde para recurrir a la dama. Escuche, haga lo que pueda por usted y las Z., y si no consigue nada para nosotros dos, probaré de pedirle a Pieter; aunque esto presenta ciertas dificultades, debido a que seguramente no nos llamarán a Saint-Cyr al mismo tiempo y él puede temer que su dinero se esfume; pero es factible.

Figúrese que repentinamente nos enteramos de que íbamos a marcharnos en cuatro o cinco días (quiero decir toda la división).

¿Que a dónde vamos? Volvemos a nuestros acantonamientos de noviembre. Me divierte mucho estar otra vez en ese sitio. He guardado un recuerdo muy poético de él: los desayunos en La Rose; la Taverne du Boeuf Noir; usted, amor mío; y también esa extraña crisis de la que, en el fondo, salió mi teoría de la autenticidad; está ligado igualmente a importantes lecturas: Shakespeare, Saint-Exupéry, *El testamento español*. Pero por mi parte no me quedaré más de ocho días, pues Hang vuelve el 25 y después me marcho. A la vuelta del permiso probablemente me llamen del interior; he terminado con esta división a la que mi suerte ha estado tan ligada hasta ahora, la siento ya separándose de mí; aquí todo el mundo habla de su futuro próximo y lejano, como siempre, y me deja frío. Creo haberle dicho que probablemente tendríamos seis semanas de instrucción en Saint-Cyr, porque el servicio de meteorología ha hecho

enormes progresos desde mi época y aquello será el paraíso, con no sé cuántos permisos de noche y aún más, gracias al artificio, como en los buenos tiempos de paz, en resumen.

El día ha transcurrido no muy rápidamente, no demasiado lentamente: por la mañana el salón del Hogar estaba ocupado por una reunión de oficiales y entonces me vine aquí y pasé a máquina la novela; después arrastré a un Paul recalcitrante a un nuevo restaurante que él criticó acerbamente, sólo porque se trataba de una novedad y donde de hecho no se come mejor que en el otro, pero que es de lo más encantador, con revestimientos de madera por todas partes como en el Nordland y que finalmente hace pensar en una taberna alsaciana; si lo hubiese conocido antes me habría evitado esas finezas acerca del jesuítico del siglo XVIII que tanto han hecho reír al pequeño Bost. De ahora en adelante volveré.

Esta tarde hubo ping-pong, siempre con la pelirroja: ahora ya la aplasto; y después trabajé en el cuaderno, sobre la historia; todo va por problema en el cuaderno; desde hace ocho días, la historia, y la refutación de Aron, naturalmente. También he leído una obra de Léo Perrero que representaron los Pitöeff, *Angélica*, es pésima pero por un fugaz instante me hizo sentir ganas de escribir teatro; en el fondo me da rabia conocer mis limitaciones: el teatro y la poesía. Con la poesía he perdido toda esperanza, pero la conservo un poco con el teatro. Y aquí estoy.

Lo que me dice usted de T. me explica su súbito silencio, después de unas cartas muy amables, pero en las que yo veía despuntar la amargura; por una de sus cartas supe, en efecto, que la lunar había desmerecido; parece que la propia Poupette le habría explicado a T. que la lunar la consideraba un poco como una serpiente que ella habría cobijado en su seno; por detrás debe de haber una pequeña historia de rivalidad «mundana» o una sonrisa de Dominguez a T. que habrá dado que hablar, pero es típico de las hermanas Z. ir a instalarse en casa de una mujer con la que están peleadas. Por odio a la lunar me hacen escribir las cartas al hotel de Olga.

Hasta mañana, dulce pequeña; tengo que acostarme; porque mañana me toca encender los hogares; no le he dicho que después de haber fracasado lastimosamente la primera vez lo conseguí triunfalmente la segunda. Ahora es la tercera y la vencida.

Adiós, beso sus queridos ojitos, amor mío; la quiero.

Mañana enviaré libros; pero tendría que mandarme también un segundo paquete, cariño mío.

A Simone de Beauvoir

13 de marzo

Mi querido Castor

Uf, acabo de escribir 19 *cartas* y todas sobre el mismo patrón. Me queda una que le envío, por curiosidad. Era para el Jurado del Premio Populista. Obtenida su autorización comencé el trabajo de inmediato, no conozco nada más ingrato y vale sin

duda dos mil francos. Eran las dos cuando empecé y ya son las cuatro y cuarto. Le escribo para recrear.

En cuanto al dinero, desconfío un poco de Stépha. ¿Lo enviará? ¿Y *a tiempo*? Ruéguele que lo mande escrupulosamente el 20. O bien que tome un taxi a mi costa y *vaya a dejarlo para mí bajo sobre al portero de mis padres*, tal vez sea lo mejor pues eso le permitirá holgazanear uno o dos días antes de decidirse a hacerlo. Por mi lado le pediré 300 francos a Pieter; con los 125 que me asignan aquí podré «arreglármelas».

Hoy le he escrito incluso a T. una carta muy seca (ella sigue sin escribirme y debe de hallarse en el colmo de la postración) en la que le digo que casi seguro el 26 a las 7 estaré en el Dôme.

En cuanto a Saint-Cyr, inquieta criaturita, no se preocupe. Piense que la veré 2 veces contra 1 Tania y que de las 2 veces habrá *una* que será oficial, la otra podrá ocultarla. Esto vale para los permisos y salidas a París. Pero en cuanto a lo cotidiano, todos los días a las cinco y hasta las ocho —pues espero verla todos los días, no será tan difícil—. ¿O no?

Pequeña mía, qué ganas tengo de ver su carita y de besarla.

Por lo que a hoy respecta, sin novedad, como en el parte. Esta mañana leí y esta tarde he hecho 20 cartas y le escribo. Esto es todo, mi querida pequeña. Lo único que puedo hacer ahora es leer, ya que he terminado mi capítulo y casi no tengo más ideas para mi cuaderno. Estoy de un humor pacífico y tranquilo, más encostrado que sensible, esperando.

La quiero con todas mis fuerzas.

A Simone de Beauvoir

Jueves 14 de marzo

Mi querido Castor

Partimos mañana a las tres, se lo había dicho, creo. Esperamos disponer de nuevo de nuestra pequeña morada de noviembre, pero no estamos seguros. Está libre pero «requisada», y no es seguro que podamos dormir allí a menos que presentemos un ticket de alojamiento. De lo contrario, tomaré una habitación en el Boeuf Noir, sencillamente. Quizá me gustaría más. De cualquier modo no sería por más de ocho o diez días, pues al poco me voy de permiso. Y a la vuelta ya no los encontraré, estarán «en sector».

Figúrese que ayer, tras haber escrito las 17 cartas y la suya, la dama del Ejército de Salvación se presenta en la sala: «De los que no están vacunados, ¿querría alguno ayudar a descargar cajas de cerveza?». Denso silencio, cada cual se lo dejaba al otro. Yo me sentía solidario de todos aquellos soldados y me asaltaba una vaga sensación de vergüenza, origen seguramente de muchos de los «heroísmos voluntarios» en primera línea. Una idiotez, y fui castigado. Me levanté y fui a hacer de caritativo. Había que bajar las cajas de botellas vacías hasta un camión y subir otras con botellas llenas. La cosa funcionó hasta la última caja, pero la última (que estaba llena y yo la subía) el camionero decidió que me la echara al hombro, yo obedecí y, al subir la escalera, di un

traspié y cataplum, las botellas se fueron todas al suelo y una marea de cerveza cayó en cascada por los escalones. Eran veinte botellas y yo rompí ocho, las otras cayeron también pero por obra del cielo no se rompieron. Tuve que padecer el pésame de un montón de gente, las palabras reconfortantes de la mujer del Ejército de Salvación ofreciéndome un gran tazón de café negro «para que me repusiera», y barrer los escalones. En el primer momento., me sentí de lo más idiota ante los pedazos de vidrio: un entrometido ridículo, como le dije a aquel griego en el *Cairo City*.[11]

Esta mañana a las siete y media, estaba aquí el teniente Ulrich, listo para ir a preparar los acantonamientos en nuestra nueva residencia, cuando entró una gruesa señora, afligida y grandilocuente: «Señor, hay que avisar a los inquilinos de arriba, ha habido un accidente grave». Lo repitió dos veces y, cuando ya nos decidíamos a hacerlo, agregó: «El señor Jean Chiappe, el prefecto de policía, está herido de gravedad, en el sótano». Comprendimos y la despedimos con buenas palabras. Esa mujer está loca de atar y se divierte paseando por nuestra casa. La otra noche entró cuando Pieter estaba en el retrete, abrió la puerta que él había omitido cerrar y le pronunció un largo discurso sin alterarse en lo más mínimo por la posición en que lo encontraba. Además, estos últimos días nos ha estado persiguiendo un misterioso vándalo que se dedicó a embadurnar con mierda las paredes del retrete y tengo serias sospechas de que era ella.

Esta tarde, correo. Larga carta suya. Mire usted, prohíbo terminantemente a Sorokine difundir el rumor de que soy impotente, dígale que si sigue le haré una jugarreta abominable, por ejemplo *le dirigiré la palabra* la primera vez que la vea. En cambio, la autorizo a tratarme de falso genio[12] todo lo que quiera.

También he recibido un enorme paquete: el primer tercio de mi manuscrito mecanografiado, lo estuve releyendo toda la tarde. Estoy a la vez contento y decepcionado; está bien *en los detalles*, incluso es lo mejor que he escrito, pero es bastante cierto lo que dice Lévy, que a los capítulos les falta ilación, el conjunto se pierde un poco en la bruma y el tema no está claramente planteado. Tengo que rehacer todo eso y dar una armazón clara a estos primeros capítulos. Deberé recurrir al viejo truco: Mathieu recordando, de lo contrario el personaje carece de consistencia y también de unidad. El lector tiene que saber de dónde procede, dónde ha sido profesor, cómo ha conocido a Boris y a Ivich, etc. Todo esto puede ser breve pero el lector lo tiene que saber *de mirada*; en general hay una falta de raíces, mientras que todos sus personajes, querido Castor, tienen profundas raigambres. Como trabajo no es mucho pero sí delicado.

Sigo sin carta de T. Recibí la última el viernes o el sábado, nunca deja pasar tanto tiempo sin escribir. ¿Está postrada de desesperación o qué? ¿Lo sabe usted? Por el momento no me alarmo demasiado.

Y esto es todo, pequeña mía. Aquí huele a partida, porque hasta para los soldados, una partida es una partida. En particular yo estoy como el pájaro en la rama, ya no estoy en Bouxwiller, pero a su vez ya no me siento ligado a esta división porque me van a llamar al interior y además mi permiso me pone fuera de la guerra y me empuja hacia usted y hacia París. En síntesis, extrañamiento. Juego al ping-pong, eso es lo que hago. Pasado mañana me pondré a remendar la novela. Todavía no tocaré a Marcelle pero intentaré, como le decía, *situar* mis capítulos.

---

[11] Barco que nos había conducido a Atenas.

[12] Ella decía algo más gracioso: «Su Sartre, que se considera un falso genio».

Hasta mañana, pequeña mía, piense que, cuando reciba esta carta, estaremos a *ocho días* de vernos.

Beso sus viejas y bonitas mejillitas.

A SIMONE DE BEAUVOIR

15 de marzo

Mi querido Castor

Aquí me tiene, igual que cuatro meses atrás. Estuvimos toda la mañana con breves respiros en el Hogar haciendo paquetes y atándolos, y luego, después de almorzar, con los capotes puestos y cargados de morrales, careta antigás y casco, fuimos hasta una gran plaza situada junto al colegio donde mi abuelo hizo sus estudios pero que posteriormente fue sustituido por un pesado caserón alemán de piedra blanca y gres de la región. Los camiones partieron, los alumnos entraron en el colegio —es mixto: guapos varones y robustas chicas— y el tiempo pasaba. Vimos salir a los alumnos y finalmente, a las cuatro menos veinte, aparecieron dos autocares en los que nos amontonamos. El viaje fue tan breve como larga había sido la espera. No obstante, tuve tiempo de proyectar un prólogo para *La edad de la razón*, es la mejor manera de presentar a los personajes; contará lo sucedido el 10 de junio de 1928 (justo 10 años antes de la historia), y tendrá tres capítulos: 1.° Ivich: aparecerán Ivich y el lecho nupcial. Ahí se sabrá que es una emigrada, estará Boris. Estará la madre. Se oirá hablar del padre. Será la historia del lecho en que ella dormía con su madre. 2.° Mathieu: estará culminando la agregación, se lo verá joven y alegre, con Brunet y Daniel, explicará que quiere ser libre; no estará mal encontrarlo diez años después y esto permitirá no mostrar *a la vez* que quiere ser libre y que ya no lo es, lo cual sería un error de técnica. 3.° Marcelle: un suceso cualquiera de la juventud de Marcelle que le dará atractivo. Después la impresión del envejecimiento y de la edad de la razón será mucho más clara. Estoy encantado con este proyecto. ¿Qué le parece? No sé si lo he defendido como convenía pero le aseguro que para mí sus ventajas son clarísimas: dará raíces a mis personajes y me permitirá aligerar el texto después. Comenzaré mañana mismo.

En cuanto llegamos tuvimos que deshacer las cajas que habíamos hecho y desempaquetar los paquetes. Estamos de nuevo en la escuela pero en el primer piso, en un bello salón amplio y desnudo —porque nuestros predecesores desmontaron los bancos y los tiraron al fondo del salón unos encima de otros. Ahora no tiene pinta de nada. Una pizarra, un crucifijo, un mapa de Francia, un mapa de Alsacia, un cuadro del sistema métrico y, aparte, nuestras mesas plegables (cerveza Vézelise), nuestras máquinas de escribir, nuestros cascos y un inmenso espacio vacío en medio de la estancia. Aquí viviré hasta mi permiso. Aquí dormiré, también, porque Pieter salió a buscar habitaciones y no hemos conseguido las mismas, sólo encontró una estrecha recámara en casa de unos viejos desconfiados y una habitación en otra vivienda que aloja ya al capellán. En una y otra hay que volver a las 9 de la noche, me revienta, preferí quedarme de guardia como voluntario igual que he hecho estos días; tengo una cama pequeñita en el salón, cuatro tablones cubiertos de paja, no me disgusta en

absoluto.

Hecho todo eso, fui a buscar el correo. Había carta de un español llamado Ferrer que quiere que le mande gratuitamente *La imaginación* para poder demostrar a su gusto y capricho que Lautréamont se movía alegremente en el seno de la Nada. Y también una carta suya.

T. hace *ocho* días que no me da señales de vida. ¿Usted me puede informar algo? ¿Hay un nuevo enredo? ¿O es simplemente que está postrada? Figúrese que me asaltó un miedo imaginario pero intenso, hoy, de que esté embarazada. Estaría bonito. En fin, aun si fuera eso, llegaría a tiempo para hacérselo decir.

Después del correo anduve un poco de aquí para allá y luego fui a cenar al Lion d'Or para familiarizarme otra vez. Estaba lleno de oficiales pero de todos modos muy agradable. Y además comí como no lo había hecho en cuatro meses (permiso aparte) y me obsequié con un vasito de kirsch terminando *Guillermo II* que le envío mañana con otros libros. No tengo nada más que leer, ¿lo sabe usted, pequeña malvada? ¿Qué voy a hacer? Me había prometido otros y después no llegó nada. Puede que aquí encuentre una cosita o dos, y además, de todas maneras, no estaré mucho tiempo.

Esto es todo, mi dulce pequeña. Estoy bastante cansado porque he cargado paquetes todo el día y dormiré como un tronco, eso siempre que los cerdos que duermen al lado acaben el alboroto que están armando desde hace una hora. Y, mañana mismo, me meteré en el Lecho Nupcial, fundido y reformado.

La quiero mucho, pequeña mía, tengo una tremenda necesidad de verla en este momento, una verdadera necesidad no tan divertida de soportar, quisiera tener su cabecita junto a la mía, mi pequeña flor.

A Simone de Beauvoir

16 de marzo

Mi querido Castor

No ha habido carta suya, hoy.

Hoy fui a desayunar a La Rose. Figúrese que ahora la bonita pelirroja se maquilla, lleva faldas sugestivas y se ha vuelto un poco puta. En cambio, la gruesa morena se ha casado. Como dice Naudin, que ha gozado de sus favores: «Tienen suerte los cornudos». Tras lo cual volví a trabajar y comencé el prólogo armado de coraje. Cuanto más trabajo en él, más compruebo su necesidad. Pero hace falta valor para reescribir cincuenta páginas de una novela que uno creía terminada. Iré a buen paso, además, y ahora que me he metido en ello me divierte mucho. Pasé dos páginas a máquina, esta noche.

Al mediodía almorcé en L'Écrevisse y, por la tarde, como estaba desocupado (ya no tengo nada que leer y le envié a lista de correos *Guillermo II*, *Le Siège de París*, *La Comuna* y *Bismarck*, un pequeño conjunto muy entretenido) me ofrecí para ir en camión a buscar carbón a la ciudad que dejamos ayer. A la ida todavía era pasable, yo estaba en la parte de atrás con un parisiense de la rue Lepic apodado, no sin cierta razón, Nimbus. El viento nos cortaba la cara y hacíamos el balancín más de lo lógico, pero en realidad era

divertido. Pero a la vuelta, la velocidad levantaba remolinos de polvo de carbón y Nimbus y yo quedamos transformados en unos negros auténticos, era graciosísimo. En el intervalo me despedí obsequiosamente de las Damas del Hogar, a quienes ayer había olvidado congratular. Volví a las cinco, me aseé ampliamente, trabajé un poco, fui a beber un café y kirsch a las siete con los Acólitos y —vuelto a las ocho y media— seguí trabajando. Son las once y le escribo.

Le beso, pequeña mía, amor mío, sus ojitos y sus mejillas.

A Simone de Beauvoir

17 de marzo

Mi querido Castor

Le escribo a máquina una vez más porque le gusta; sin embargo, créame, no es que no haya escrito a máquina hoy, pero quiero que disfrute de unos pequeños perfeccionamientos que acabo de aprender: por ejemplo, ahora sé poner los acentos circunflejo y grave sobre la u; mejor véalo: ùùù, ô,ô,ô. Signo de admiración, en cambio, no habrá en esta carta, porque estoy escribiendo en una máquina nueva que no lo trae. Mis padres me han enviado una carta entera de elogios sobre mi arte de mecanografiar; y naturalmente, como Poupette me había escrito y había que agradecerle que pasara mi novela, aproveché la ocasión y le envié seis páginas mecanografiadas con graciosas bromas de confraternidad. A propósito, me sorprende que a ella mi novela le parezca siniestra; ¿qué opina, usted que me decía que seguro defraudaría por su insipidez?

El caso es que hoy era domingo. Había misas y bodas por todas partes. En cuanto a mí, en este día de blanqueo opté por tener limpio el cuerpo, ya que no el alma, y fui a darme un baño, cosa que no había podido hacer desde mi permiso, no por mala voluntad sino porque «ahí donde yo estaba» no había baños. A las nueve volví a la escuela, donde trabajé hasta el mediodía. Ahora estoy haciendo una infancia de Ivich y me interesa mucho; pongo, por supuesto, todo lo que Z. nos contó en Rúan; cuanto más avanzo, más creo que esto dará raíces a mis personajes. Por ejemplo, el examen de Ivich, su horror por las relaciones amorosas cobrarán más fuerza si se conoce a sus padres; en particular la historia del lecho nupcial, que novelescamente aparecerá como la causa de su actitud hacia las cosas del sexo. Asimismo se verá a Mathieu muy joven y seguro de sí mismo, acabará de plantar a una chica por miedo a que amenace su libertad; se burlará de su hermano porque tiene un apartamento, etc., y se verá también a Daniel de joven, con fama de casto, y la amistad de M. con Brunet será después más conmovedora si primero se los ha visto juntos en una relación sin nubes. Evidentemente, esto me obliga a renunciar al comienzo que había escrito y que tanto me gustaba, pero igual será el comienzo de la primera parte, sólo que antes habrá un prólogo.

A mediodía fui a buscar el correo, estaba impaciente por saber de usted. Anoche vi a los tipos del C.G. y les aclaré bien que tenía que marcharme el 24, a la vuelta de Hang; me parecieron mostrar buena voluntad. Paul partió esta tarde, contentísimo porque su permiso coincidía con las vacaciones de su mujer. Antes celebramos su partida en L'Écrevisse comiendo finamente y bebiendo una botella de sylvaner. Después de

almorzar leí un poco la novela policíaca comprada aquí y pésima (una vieja de «Le Masque») y seguí trabajando. Comienzo a mecanografiar corrigiendo, es decir que la tercera y la cuarta versión están a máquina. Es más divertido.

En cuanto al dinero no se preocupe, mi dulce pequeña, ha hecho todo de la mejor manera posible. Escuche, antes de irse de permiso Paul me prestó 300 francos; Pieter también hará algo, de modo que llegaré a París con 400 o 500 francos. Ahí le pediré a Gérassi o a Gégé y además de ser preciso mi buena madre me ayudaría; lo principal era tener con qué «arreglarse».

Tania me ha escrito una carta sumamente cordial y lastimosa; si no escribía era por puro bajón. Tengo un peso menos en el alma. Mi fastidio no era sentimental, no sé por qué se me había metido en la cabeza la inquietud que le comenté; y hay que decir que de haber acertado, ella no habría estado muy distinta: muda, descompuesta y sin hacer nada para salir del apuro. Verá usted, en mi familia, con la distancia, nos metemos cosas en la cabeza; mi madre siempre lo hace.

Qué ganas tengo de verla. ¿Se acuerda de los deseos que dijimos en Marrakech anudando las hojas de una palmera? Hoy volví a pensar en ello y me enternecí todo. La quiero, pequeña mía.

Esta vez no está tan bien escrito como la otra pero la culpa es de la máquina.

A Simone de Beauvoir

18 de marzo

Mi querido Castor

Hoy no ha habido carta. Me irrita porque no sé nada de usted, con todas estas incertidumbres. Cuánto deseo que estas vacaciones le resulten muy gratas. Pero aparte de eso estoy de un humor muy alegre. Mi última residencia me deprimía: el Hogar, siempre el Hogar, estaba hasta la coronilla. Los cafés eran antipáticos. Aquí todo es encantador. He retomado mis costumbres, para el desayuno voy a La Rose, para el almuerzo a L'Écrevisse, veo otra vez a toda esa gente. Pero qué carga de recuerdos, Dios mío qué carga de recuerdos. Pensar que ya tengo «recuerdos de guerra». Pues bien, verá usted, son intensos y agradables, no lamento nada de lo que he vivido, éste es uno de los períodos más plenos de mi existencia. Hasta diría como el boxeador, que me ha escrito hoy, que era necesario. A usted la llama «exquisita amiga» y no para de elogiarla, pero con bastante disimulo la acusa de haber dicho jilipolleces en materia de política. De otras tantas podría usted pedirle cuentas, creo. Es un buen tipo y le escribiré.

Al margen de esto, trabajo mucho. Ya no me ocupo nada del cuadernito. Hago la novela y este capítulo sobre Ivich (prólogo) me entretiene muchísimo. Quisiera que estuviese terminado o al menos muy avanzado para poder mostrárselo. Género: atroz velado por el encanto de la infancia. Hago un borrador a mano, lo corrijo, lo paso a máquina, corrijo a mano el borrador pasado y paso este borrador corregido. Tengo la impresión de que así los defectos se hacen más conscientes y, al mismo tiempo, los ejercicios varían un poco. Verá usted, después de la guerra me compraré una máquina y

yo mismo pasaré mis escritos, como Nizan. En los intervalos juego unas partidas de ajedrez con Hantziger, a quien normalmente gano, y escucho las quejas de Pieter, muy nervioso porque se ha venido abajo el gran cristal de su escaparate.

Pequeña mía, dulce pequeña, cuánto me urge volver a verla; ¡la quiero mucho, vamos! Tengo tantas ganas de tomar su bracito y de que nos vayamos a pasear, tengo tantas ganas de pasar auténticos días de vida con usted de la mañana a la noche. La quiero. ¿Por qué les he dicho a mis padres que iba? Por mi pobre madre, que me tiene muy conmovido y que está realmente afectada por mi ausencia. En ese momento no sabía que volvería a Saint-Cyr, porque en ese caso no lo habría hecho.

Hasta pronto, pequeña mía. Beso sus viejas mejillitas.

A Simone de Beauvoir

19 de marzo

Mi querido Castor

Son las diez, estoy solo en el aula con un Grener deslomado de cansancio y que ronca como para romper los cristales, tumbado sobre un cojín de asiento de ferrocarril. De dónde sale este cojín, misterio. He recibido los libros. Me encanta releer el de Jules Renard, pero este tipo es infame. Escribiré algo sobre ello en el cuaderno. Pero en los últimos tiempos tengo abandonado el cuaderno, estoy de lo más enfrascado en el relato de una infancia de Ivich que marcha bastante bien. Creo que resultará novelesco encontrarla después a los veinte años. Todo el día no he hecho más que escribir y pasar a máquina, pasar a máquina y escribir y después me tomé un descanso en el almuerzo para leer el *Diario* de Renard, ya he leído cien páginas. Resulta cansador por culpa de sus agudezas, que consisten únicamente en darle la vuelta a una fórmula corriente. A eso le llama, con toda seriedad: tener ideas. Qué infame era aquel mundo de escritores de entonces. Mientras leo me acuerdo todo el tiempo de que el Piètre Bost[13] escribió algo así como: «el *Diario* del gran Renard[*], tan humano».

Y esto es todo a mi respecto. He recibido una tercera carta de T., un tanto amoscada porque la regañé, pero floreciente. Y busco en vano qué más decirle a usted, salvo que la quiero mucho, dulce pequeña, y me siento feliz, muy feliz porque la volveré a ver.

Hasta mañana. La beso con todas mis fuerzas.

A Simone de Beauvoir

20 de marzo

Mi querido Castor

---

[13] Piètre Bost, hermano mayor de Jacques Bost. [*Piètre*. lastimoso (*N. de la t.*).]

[*] *Renard*: zorro. (*N. de la t.*).

Soy yo quien va a buscar el correo, por las mañanas. Y esta mañana todavía no estaba revisado todo. Me dieron primero una carta suya.

¿Y de mí qué decirle? Nada más, pequeña mía. Trabajo muchísimo. Quisiera mostrarle todo un capítulo de este prólogo (Ivich) para que pueda ver con perspectiva. Me levanto a las siete, cojo la bicicleta, como en los buenos tiempos de noviembre, voy volando a La Rose donde leo el *Diario* de Renard y pienso sobre él. Copiosamente. Vuelvo a la escuela y allí de 9 a doce escribo a máquina a brazo partido. He retocado todo este comienzo de prólogo y creo que saldrá bien. He puesto en él grandes intenciones pero ¿se notarán? ¿Así que ahora está trabajando en la intención? Pues sí, cariño mío, es signo de la edad. Después voy a almorzar con Pieter a L'Écrevisse. Sabrá usted que a Sophie, la camarera, le hemos dicho que no queríamos que nos sirviera más y que preferíamos tener trato con Maryse, solamente, que es madre soltera y una chica encantadora. Y Maryse estaba en la gloria, porque esto servirá de lección a Sophie, que sólo tiene 18 años y la trata de imbécil, aunque Maryse tenga 22 y sea madre de un niño de 16 meses. Sophie es una zorra. Al margen de esto, Pieter me ha dicho: «Parece que a Maryse sus padres la echaron de casa por dar el culo sin fijarse a quién». Pero yo le reñí y somos muy amables con Maryse, quien nos lo retribuye. Esto es todo en cuanto a L'Écrevisse. A la una y media volvemos, leo un poco a Renard, escribo sobre él, después escribo a máquina hasta las siete. A las siete mi cabeza está en llamas, no a causa de las ideas sino de las teclas de la máquina, mis ojos tienen que perseguir a los dedos, se me va la cabeza. Acompaño a Pieter a L'Écrevisse, donde él toma una comida sustanciosa y yo una ligera. Esta noche había tipos de la infantería, ni comparar con los cazadores. Uno de ellos se caía de borracho y gritaba: «Aquí no hay más que un francés, yo. Viva el ejército francés y la Alsacia francesa». Después volvimos y escribí sobre Renard hasta las 11, hablé de política con el capitán Munier, volví a escribir y le escribo; es medianoche, hoy no escribiré a T. Quizá mañana por la mañana.

No sé nada más de mi permiso. Pero ahora no tardará.

Hasta mañana, mi dulce pequeña, me escribe usted unos encantos de cartitas y la quiero con toda el alma.

A Simone de Beauvoir

22 de marzo

Mi querido Castor

Primero, aquí tiene cuatro pequeñas fotos. Las sacó el capitán Munier en enero, son bastante cómicas. Ahora resulta que parezco judío, según Pieter, que entiende.

Segundo, tengo que expresarle mi preocupación: ya van dos días que no recibo cartas suyas. Debe ser el correo de su poblado perdido que funciona de a ratos. A lo mejor me censura por usar este término de poblado perdido, que para usted debe de ser como «galeno», de la más pura abyección neocolonial. Me justifico alegando que aquí son de uso corriente y cumplen una función muy concreta: por ejemplo, el sitio preciso en el que estamos nosotros no es un poblado perdido porque hay cafés, hojas de afeitar

y agujas de zurcir. Pero los artilleros de la N.ª batería, a 10 km, se quejan de estar en un poblado perdido porque ahí no disponen de esos bienes. Todo esto para decir que donde usted vive el correo funciona muy mal. Tanto que, esta mañana, mientras T. no me escribe porque la he reñido por sus ocho días de silencio, *justo*, observe la falta de tacto, en un momento en que le apetecía tanto que estuviese bien con ella, me sentí de lo más imbécil porque fui yo a buscar el correo, traje montones de cartas para los demás y para mí no había nada. Pero ahora casi me da igual, ya que *pasado mañana*, en las circunstancias más favorables —y dentro de tres o cuatro días si me son contrarias— partiré con permiso.

Mi vida sigue siendo igualmente juiciosa y vacía; hoy he proseguido la lectura de J. Renard, a quien odio, y he trabajado en firme sobre Ivich, creo que le mostraré el capítulo terminado o casi terminado. He almorzado en L'Écrevisse y seguí trabajando toda la tarde. Voy a escribir también a mis padres y, más o menos dentro de una hora, estaré acostado. No se puede imaginar lo rápido que pasa aquí el tiempo, mientras que en mi penúltimo acantonamiento se estancaba y se estancaba, aquí parecería una característica de la atmósfera. No bien me he levantado, el día se ha terminado.

En este momento Grener, que espera a que se marchen los oficiales de la habitación de al lado, ronca sobre un banco (era él que me acusaba de silbar en sueños). Es una bestia que regolda, se echa pedos, escupe a chorro continuo; trabaja de fundidor cerca de Estrasburgo y vive embrutecido por la cerveza. Cuando vuelve de un permiso, se frota el vientre satisfecho y dice: «Me he tirado a la vieja» (lo que significa: me he acostado con mi mujer) y explica cómo se las arregló. No obstante cometo bajezas para obtener su estima, simplemente porque es obrero. Y lo consigo, pues para ser estimado por él basta con pagarle unas copas.

Esto es todo, mi dulce pequeña. Espero tener por lo menos dos cartas mañana. La quiero. Antes de ocho días, la veré.

A Simone de Beauvoir

23 de marzo

Mi querido Castor

He recibido a la vez sus cartas del 21 y del 22, por fortuna, de manera que me he tranquilizado. He vuelto a mi antiguo acantonamiento y en él me encuentro bien y de lo más poético. El tiempo pasa con una rapidez que me espanta, me levanto y ya es de noche. Es que trabajo como un animal. Diez horas por día en un Prólogo de la novela. Ya la veo frunciendo el ceño. Pero este prólogo era indispensable. Sin él, los personajes no tenían raíces. Tendrá tres capítulos: I: Ivich — II: Mathieu — III: Marcelle. Transcurre diez años antes, en junio de 1928. Estoy acabando el primer capítulo: Ivich, que le llevaré. Este prólogo me permitirá aligerar unos monólogos interminables de Mathieu. No rezongue, le juro que es una buena idea. Lo de Ivich solo es todo un pequeño cuento y, por una vez, cariño mío, podrá leer un Opúsculo mío del principio al fin. Serán tres instantáneas de los personajes diez años antes, con su juventud (o infancia) y sus esperanzas: Ya no llevo el cuadernito, a raíz de esto. He recibido sus libros y leo el de

Renard con interés y asqueo. Vida estudiosa y sin historias ningunas (la mía —la de Renard también, de hecho—). Pronto llamarán a Pieter a Saint-Cyr, es el comienzo. Almuerzo en L'Écrevisse y tomo el desayuno en La Rose, naturalmente. Pero soy un desagradecido y aún no he puesto los pies en el Boeuf Noir. Tal vez iré de peregrinación.

Aparte de esto, ¿qué decirle, mi dulce pequeña? ¿Que de cuando en cuando deseo verla y llevar una vida menos austera? Es obvio. Hoy, en La Rose, al lado de mi mesa estaban un soldado con su mujer. El tipo tenía una cara honesta y cándida, la mujer tenía cara de cerda y ceceaba, cosa de parecer aérea, con un acento alsaciano. No importa, me emocioné porque era un tipo viéndose aquí con su buena señora. Me trajo recuerdos. Bebí en su honor una segunda botellita de vino de Alsacia, lo que me hizo regresar silbando *Caravanne* y encontrando que la luna sobre el camino estaba hermosísima. Otra vez estamos en la escuela pero en el primer piso. Yo duermo ahí como «voluntario», para disfrutar de un poco de soledad pero no lo consigo porque Grener, el que ronca (y que me acusaba de silbar en sueños) duerme ahí también. Lo aparqué en la habitación reservada a los oficiales pero es igual, se tumba sobre un banco desde las ocho de la tarde y ronca hasta las once. A las once se marchan los oficiales, yo lo despierto y él se va, doblado bajo el peso de sus colchones (cojines de asientos de ferrocarril) y entonces tengo cinco minutos de soledad, me siento de lo más animado y canturreo mientras desanudo mis polainas pero, como es tarde, me acuesto. Mis cartas incluían también un poco de la crónica escandalosa de la aldea, pero como supongo que un día las recibirá, no le digo nada.

Le había escrito a Poupette. Mañana me envía la continuación y el final de la novela. Está bien. La terminaré en octubre, sin duda, y tendrá *seiscientas páginas*, las conté. Estoy un tanto orgulloso de esta extensión porque, hasta ahora, hacía más bien obritas. Siempre consideré la abundancia como una virtud. Pero cuánto hay que trabajar aún para que esas seiscientas páginas sean presentables. ¿Recibió usted la carta donde le decía que los detalles, releyéndolos, me satisfacían pero que empezaba a pensar como Lévy y que el conjunto me parecía un tanto abrupto? Por eso estoy haciendo un prólogo.

Esto es todo, mi dulce pequeña. Añádale que la quiero mucho, mucho, y que no pienso en otra cosa que en verla, tener en mi mano su querida manita y que usted es mi adorable Castor, mi amor.

A SIMONE DE BEAUVOIR

24 de marzo

Mi querido Castor

Hoy no ha habido carta suya. Pero no tiene ninguna importancia, la veré muy pronto. A decir verdad, no sé bien cuándo —con cuarenta y ocho horas de aproximación— seguramente partiré cuando regrese Hang pero quizá no *inmediatamente* después de la vuelta de Hang, porque hay retrasos en los regresos. Se lo digo, es cuestión de un día o dos, prácticamente no me inquieta. Estoy de excelente

humor y trabajo como un animal. He escrito sin parar *diecisiete* páginas en seis días, lo que es un récord para mí, que soy un parco. Ahora qué piensa usted, ése es el asunto. Le llevaré también las cien primeras páginas de la novela, las discutiremos juntos. Tiene cosas buenas pero le falta ilación.

Aparte del trabajo, nada. He recibido una carta de Kanapa de la que le copio un pasaje (yo lo había autorizado a utilizar un capítulo de *Psyché*[14] para una conferencia). «Para no cansarme leí en clase su mismo texto mecanografiado. Después de la conferencia vino el señor Wahl a preguntarme si se lo podía prestar. Le di las cuartillas y sólo más tarde pensé que las cuartillas llevaban los números 46-47, etc. Personalmente no me importaba, pero yo sabía que las ideas que Wahl iba a leer usted ya no las suscribía y que él creería que actualmente usted seguía pensando así. Entonces le escribí inmediatamente: "Le prevengo que esas notas son del señor Sartre y que él se retracta de ellas formalmente".»

¿No le parece que realmente este tipo es puro barniz? ¿Desde cuándo tiene que cargar con esa cuestión de ideas de las que me retracto o no? Y vaya ocurrencia la de insistir en dar una conferencia sólo para *leer* palabra por palabra el pensamiento de otro. ¿Cómo no se da cuenta de que me importa un comino que Wahl crea o deje de creer que a estas horas conservo esas teorías? Vacuidad y farolería. A fuerza de ser enclenque, resulta un tanto siniestro. Estoy convencido de que su accidente del año pasado lo liquidó; no era así, dos años atrás. Al fin y al cabo, es imponente el barniz que tiene esa pandilla de camaradas. Curiosa gente. No ha habido otras cartas. Sí, una de Saillet, el protegido de Monnier, para pedirme *La imaginación*. Ayer, una de Paulhan confirmando que el libro ha salido, el asunto de la tesis se vino abajo y él, por su parte, está «desolado». Lo dudo. Me enviará las *Obras completas* de Malraux para que haga un artículo. Estoy de acuerdo, es divertido.

Sigo comiendo en L'Écrevisse, leo a Renard. Imagínese que aquí he encontrado y comprado el *Diario* de los Goncourt 70-71, que completará mis lecturas sobre el Sitio de París y la Comuna y *L'Écornifleur* de Renard que quería leer al mismo tiempo que el *Diario*. Lo compré todo. También encontré por cien reales, sin cortar, *Le Camarade infidèle* de Schlumberger. Lo leí ayer. Me hace gracia que el pederasta de grandes orejas a quien vi hacer una extraña reverencia oblicua cuando nos presentaron sea un «Corneliano». No es que esté mal del todo por otra parte —pero en absoluto tan bien como yo pensaba—. Martin du Gard, Gide, Schlumberger, todo esto lleva la marca de una época. Y Renard, el viejo Goncourt, etc., de otra. Es gracioso pensar que nosotros también haremos época, con otros. Me siento vetusto por anticipado.

Pero lo esencial de mis jornadas, pequeña mía, es mi trabajo. El cráneo se me rompe en pedazos de tanto trabajar y pasar a máquina. Esta noche me sentía completamente asqueado, por cansancio, de lo que había escrito desde el sábado, pero en general estoy más bien satisfecho y antes de ponerme a trabajar tengo apetencia.

Y esto es todo, querida pequeña, mi pequeña flor. Una carta muy literaria pero, ¿qué otra cosa puedo decirle? No ocurre nada militar en mi vida.

La beso muy fuerte, mi querido Castor. Cuando reciba esta carta, si todo va bien estaré a cuatro o cinco días de usted.

La quiero.

---

[14] Estudio psicológico que Sartre no quiso publicar, con excepción del capítulo sobre «La teoría de las emociones».

A Simone de Beauvoir

24 de marzo

Mi querido Castor

Hoy no ha habido carta suya. ¿Sabe lo que dice Jules Renard de los Castores?: «El Castor que tiene aspecto de dar a luz una suela de zapato». Me resulta un tanto oscuro. ¿Quizá sepa usted lo que quiere decir? A menos que esté hablando de su bonito zapatito[15] que tendré la suerte de leer en pocos días.

De buena me he librado esta mañana. Naudin vino a avisarme que querían que Hantziger saliera antes que yo, a la vuelta de Nippert, es decir el 27. Y a mí sólo tenían intención de dejarme marchar después de la vuelta de Paul, quién sabe cuándo (Paul vuelve el 31). Lo más fastidioso es que Hantziger reúne todas las condiciones para partir antes. La edad, entre otras. Pero además, yo tenía el pretexto de que si él salía antes: 1.° quedaría *un solo* secretario en el A.D. (porque Nippert estaba de permiso), 2.° yo me vería obligado a partir al mismo tiempo que Paul (pues sólo quedaríamos por marcharnos nosotros dos). Y en el A.D. quedaría nada más que un sondeador. Pero estos argumentos se volvían en mi contra debido a que yo no me marchaba después de Hang y a que Paul ya lo había hecho: al volver Nippert, cuando se marchara Hantziger quedarían dos secretarios en el A.D., y habiéndose marchado Paul, si yo lo hacía no quedaría más que un sondeador en el A.D. por algunos días. Mis cosas no estaban bien. Pero yo *quería* marcharme. Estuve pataleando en el C.G. desde las ocho y media y dije: «¡Me toca marcharme a mí! Ademas Hantziger está de acuerdo». «¡Ah!, si Hantziger está de acuerdo, no tienes que preocuparte, no os imponemos nada, podéis hacer una permuta». Faltaba embaucar a Hantziger. Cosa que hice, fingiendo un acceso de ira que me evitaba tener quedar explicaciones: «¡Hantziger! ¡has ido por detrás a protestar al C.G.! Hace ocho días yo salía primero y ahora quieren que salgas tú. Eres un puerco, habrías podido pedírmelo, yo me hubiera arreglado, etc». Hantziger, desconcertado: «Que no, que no he ido al C.G. Claro que sales tú primero». Y yo: «¿Me das tu palabra de que no has ido al C.G., puedo decirles que estás de acuerdo con marcharte después que yo?». «Que sí.» «Bueno. Entonces voy a telegrafiar a mi casa.» Tercer acto, el capitán. Me presento para que autorice un telegrama a T.: «Es que depende, mi capitán, de que usted acepte el día de mi salida. El C.G. me dice que el 27. ¿Encuentra usted algún inconveniente?». «No. Si es necesario intentaremos reemplazarlo, pero no lo comente demasiado.» Tras lo cual vuelvo al C.G.: «Hantziger está de acuerdo y el capitán acepta». Partiré, pues, el 27 y estaré en París el jueves.

He pasado mi domingo de Semana Santa trabajando y verá usted «Ivich» terminado. Ya tengo ideas para el segundo «Mathieu». Pero Marcelle sigue pareciéndome muy desdibujada. Almorcé con Pieter en L'Écrevisse y fui a cenar solo al Lion d'Or leyendo J. Renard. Paulhan me ha enviado *La condición humana*. *Le Temps du mépris* y *La esperanza* para que haga un artículo sobre Malraux; como puede ver, tengo trabajo para rato, con las mil páginas de *Don Quijote* y el Baudelaire, que aún no he releído.

Y eso es todo, mi dulce pequeña, un día más en mi vida de monje. Pronto harán 7

[15] Nombre que dábamos a nuestros escritos, por alusión al *Golden pot* de Stephens, en el que los Lepricornios fabrican zapatitos.

meses de esta vida. Estoy pasando un período tranquilo y fructífero, trabajo bien y esta ciudad me gusta. Parece, se lo dije ayer, que de un momento a otro llamarán a Pieter. Es el comienzo.

Mi dulce pequeña, la quiero mucho, la siento frágil en este momento. Quisiera tener noticias suyas. La quiero.

A SIMONE DE BEAUVOIR

25 de marzo

Mi dulce pequeña

¿Ha visto mi bello sobre con festones? No fue culpa mía, vino *así y* he sabido hacer uso del azar. Es, dicen aquí, entre los oficiales, la marca del genio francés. No a propósito de estos astrágalos sino de la batalla del Marne.

Adorable pequeña, qué carta tan bonita me ha enviado y cómo parece amarme, usted que vive en el «temor y el temblor». Yo la quiero mucho también, y tengo tantas ganas de verla, cariño mío. Cuando reciba esta carta, estará a tres días de mí. Porque creo que salgo realmente el 27, quizá a más tardar el 28. En cualquier caso lo sabré mañana.

¿Qué decirle? He resuelto definitivamente la cuestión permiso volviendo esta mañana al C.G. donde me encuentran un tanto pegajoso. Terminé «Ivich», le llevaré 35 páginas para leer, más 23 páginas «Mathieu-Jacques», son cincuenta y ocho. (Y cuatro cuadernos. Hace ocho días que no escribo absolutamente nada en el cuaderno. Me ocupo únicamente de la novela.) Esta tarde seguí trabajando y por la noche conversé de política con el capitán Munier. Eso es todo. Y no ha sucedido nada en mi cabeza, no había más que estudiosos pensamientos en orden sobre Ivich y además mucha alegría por la partida y mucha ternura por usted, mi adorable pequeña.

Y esto es todo. Haré unas líneas para mis padres. Es tarde y me voy a dormir. Mañana también escribiré. Tengo tantas ganas de verla. La quiero. Beso toda su querida cabecita.

Me alegra saber que leeré 100 páginas más de su novela.[16]

A SIMONE DE BEAUVOIR

26 de marzo

Mi querido Castor

Paso la visita médica mañana por la mañana y me marcho mañana por la noche, a más tardar pasado (pero es poco probable). Estoy muy contento.

[16] *La invitada.*

Sobre este día no hay nada más que decir. Acabé el capítulo «Ivich» quizá un poco de prisa, para poder mostrárselo. Y también jugué mucho al ajedrez. Habiendo vencido estos últimos días a los jugadores del A.D., dejé que me pusieran fama de gran campeón y la disfrutaba. Pues bien, hoy, Pieter el debutante y después Hang, me ganaron. Emperrado en el juego, me obstiné en querer ganar y jugué no sé cuántas partidas, toda la tarde. Estoy leyendo el *Diario* de los Goncourt, que me divierte. Lo terminaré mañana y se lo llevaré, si queda lugar en mi morral, para que tenga una visión de conjunto del París de 1870-1871.

Hasta pronto, mi dulce pequeña, la quiero profunda e intensamente. A estas alturas habrá recibido muchas de mis cartas. Hasta pronto pequeña que me quiere tanto, pequeña *tan buena*. La quiero con todas mis fuerzas y tengo prisa por volver a verla.

A SIMONE DE BEAUVOIR

27 de marzo

Mi querido Castor

Unas pocas líneas para decirle que sólo salgo mañana 28. He pasado la visita del médico y esta vez es seguro. Así que estaré en París el viernes 29 a las seis.

Estoy contentísimo de partir y sobre todo de verla, amor mío. Oh, pequeña mía, cuánto la quiero y cuánto necesito de usted. La beso con todas mis fuerzas

A SIMONE DE BEAUVOIR

Miércoles 10 de abril

Mi querido Castor

Lo lamento, ayer no pude escribir, los horarios de los trenes han cambiado. En cuanto llegamos a Port d'Atelier nos hicieron subir a otro tren y llegué a las doce y cuarto de la noche a un centro de concentración donde dormí sobre un jergón. A las siete de la mañana nos trajeron aquí en autocares. Así que no tuve ni un minuto para escribir. En un sentido prefiero este viaje al anterior: no pasé las interminables horas de espera en Port d'Atelier. Todo el tiempo el tren. Es más agradable, no sé por qué, sin duda por el ritmo. En Port d'Atelier encontré a dos tipos de mi división, un cabo primera y un tipo de Ingenieros y se nos sumó un bretón de Quimper, de rostro muy bretón —se parecía a Herland— e hicimos el viaje juntos. No era nada desagradable, aunque estuviésemos apretados como sardinas, teníamos un asiento para tres y nos lo cedíamos por turno; estuve cuatro horas en el pasillo pero lo prefería a pesar de las horrendas exhalaciones que venían de los retretes y que no me impidieron cenar con buen apetito. En cambio dormí poco —cuatro escasas horitas sobre un jergón y con frío, de manera que he estado atontado todo el día de hoy y le haré tan sólo una pobre carta

(debería hacerle dos a T., que me ha escrito escrupulosamente *todos los días* después de la partida y se está preocupando por mi silencio, pero sólo escribiré una, no tengo fuerzas. Leí con mucho interés *Dostoievski*, superficial (no más que el *Shelley* de Maurois), pero apunta a lo pintoresco y da montones de datos sobre esa vida extraordinaria y, finalmente, el viaje pasó muy rápido. A las 3 nos enteramos de la invasión de Dinamarca y Noruega, lo que dio un ritmo novelesco a nuestro viaje, no se hablaba de otra cosa, luego, a las doce y media de la noche, al llegar a nuestros campamentos, oímos un programa inglés en francés y esta mañana, justo antes de partir, a las seis y media bebiendo un café caliente, otro programa. Usted *tiene* que leer los periódicos, lo sucedido podría decidir no la suerte de la guerra pero sí su duración. Los tipos no estaban tristes, esta vez. Un poco ensimismados únicamente, pero con gracia, y después, a partir de las cuatro y media, la extraordinaria aventura se adueñó de nosotros y por vez primera teníamos prisa por llegar, para enterarnos de las noticias. Resultaba bastante impresionante, este tren inmenso iluminado de azul oscuro, atestado de soldados, lentísimo y donde del primero al último vagón no se hablaba más que de una misteriosa batalla naval en los mares de Noruega.

Hoy es el día de la radio, he oído tres programas, no me sucedía desde septiembre. El resto del tiempo me sentía borroso y más bien feliz. Tengo tan buenos recuerdos, dulce pequeña, ha sido usted tan buena conmigo. Me llena de tibieza recordar nuestras mañanas en el Rey y todas nuestras graves y densas conversaciones en el Delfourt o el Mahieu. Escuche y se sentirá halagada, mi pequeña flor, Dostoievski escribió y pensó desde lo más profundo de su alma: «Cada uno de nosotros es culpable ante todos, por todos y por todo». Sin embargo, pequeña mía, a mí al contrario cuan denso y rico y pleno y feliz me resulta pensar en lo que somos el uno para el otro. La quiero tanto, mi pequeña flor, mi adorable Castor. Mire, usted estaba tan conmovedora como la otra vez, agitando el brazo en el andén, y yo me sentía igualmente conmovido y las dos imágenes, la de ayer y la de la vez pasada se confunden en una. Qué ganas tengo de verla de nuevo. Aquí no se sabe nada más al respecto, salvo que el asunto de Pieter seguirá demorándose un escaso mes más. En cuanto a nosotros, Paul, nada. Pero una nada que no encierra nada malo, al contrario.

Amor mío, la cabeza me zumba de sueño, creo que si sigo voy a reventar. Voy a escribir seis líneas a T. y me acostaré. La quiero con todas mis fuerzas. Beso tierna, religiosamente sus viejas mejillitas, pequeño parangón de Castores.

No se olvide del DINERO.

No se olvide de mandar los libros al español y a Saillet.

A SIMONE DE BEAUVOIR

Jueves 11 de abril

Mi querido Castor

Un pequeño auténtico milagro, esta mañana: fui al correo con Pieter y estaba su carta. Qué dichoso me siento de que se sienta dichosa, cariño mío. Yo también estoy de lo más contento e impregnado de usted y de nuestro amor; creo que nunca nos hemos

entendido mejor, y resultaba bastante angustiante pero tan grato (para alguien que ahora teme a las responsabilidades) verla comprender tan bien mis preocupaciones y hacerlas suyas y unas veces acompañarlas y otras llevarme mil leguas de ventaja e impregnarse tan fuertemente de todo lo que hemos pensado juntos. Mi querida pequeña, creo que no podría prescindir de usted; he pensado, sin romanticismo, con fría exactitud, que si usted muriese yo no me mataría, pero me volvería completamente loco. Entonces sigamos bien vivos, amor mío. ¿Ha visto usted? Las noticias de la guerra son buenas, los alemanes han hecho una enorme imbecilidad y la están pagando. Supongo que muy pronto habrán batacazos aquí o allá (aunque probablemente no en Francia) y empiezo a creer que la guerra no será tan larga como temía.

Esta noche he dormido de lo más tranquilo. Como un tronco. Cuando apoyé la cabeza en la almohada ya roncaba. Dormí nueve horas y todo el día seguía con sueño a mi alrededor. No obstante trabajé el final del capítulo Brunet-Mathieu pero no muy bien. Mañana estará terminado y marchará mejor. También tuve que hacer mil pequeñas gestiones, como es de rigor al día siguiente del regreso del permiso, aquí y allá, en el C.G., con el médico, etc. Y después escuchamos la radio en La Rose, a mediodía y a las siete. Es gracioso, multitud de militares de lo más excitados exigen silencio a gritos tapando el sonido del aparato, y la bonita pelirroja circula con mucho sigilo y hay otra bonita sirvienta y las informaciones llegan con palabras bárbaras como Skagerak y Categat y uno escucha todo eso con pasión, y en cuanto termina resuena una formidable algazara de comentarios. Y además es interesante ver, como en una novela policíaca, la forma en que las verdades se van abriendo paso poco a poco a través de una niebla de falsas noticias desmentidas, confirmadas, vueltas a desmentir. Actualmente el día es de lo más movido: la radio a las 8.30, el correo a mediodía, la radio a las 12.30, la radio a las 19.30, es todo un ritmo y, en los intervalos, el trabajo. Estoy animado como un piojo, o más bien lo estaría si no me sintiera aún planchado de sueño. Uno o dos días más y estaré despierto del todo.

T. me escribe escrupulosamente todos los días, encantadoras cartitas. Sin duda ha conocido usted por Olga su lamentable historia de carnet de identidad. Ahora resulta que Olga se pica porque puse «para T. Z.» en los sobres que le dirigía. La encuentro un poco loca, aunque usted me haya dicho que era inútil. Se pretende ofendida: ella jamás hubiera abierto las cartas, etc. «Lo que pasa —me dice T., que me transmite imparcialmente sus arranques—, es que eres un furtivo y siempre has pecado un poco por exceso de precaución.» Vale.

Hasta mañana, dulce pequeña, la quiero con todas mis fuerzas, es usted mi dulce Castor, mi pequeña flor.

He dejado del todo mi cuaderno.

Sea buena, tramite lo del dinero lo antes posible. He creído comprender que Paul tenía necesidad del suyo.

A SIMONE DE BEAUVOIR

Viernes 12 de abril

Mi querido Castor

Es muy tarde. Grener me ha estado asediando durante una hora y, fiel a mi táctica de caerle bien, le he escuchado hasta el final con mínimos gestos un tanto distraídos pero de cualquier forma absorbentes. Me contó que en 1922 fue asistente de Millerand hijo durante el viaje del padre-presidente y el hijo a Marruecos, y sonaba a relaciones al estilo Dos Passos entre la gente porque yo he sido condiscípulo del mismo Millerand hijo en Henri-IV. Es muy cierto que estos encuentros resultan un tanto «en facetas», y suena un poco raro y divertido oír decir de un ex compañero, veinte años después: «Era un roñoso, oye, no me soltó un céntimo». Y en el mismo viaje fue asistente de André de Fouquières. Era gracioso oírle contar de cuando se afeitaba con la navaja de A. de Fouquières después que éste terminara de arreglarse, y que se ponía sus perfumes y que lavaba los espejos y cristales con su esponja de baño. El pobre Fouquières se enfermaría si lo supiera.

Aparte de esto, trabajé todo el día con empeño y el capítulo Brunet-Mathieu (comienzo y final) está terminado. En realidad, no sé si estoy satisfecho, mañana se verá. A la radio le hemos perdido afición porque prácticamente no dan más noticias y sólo he ido al mediodía, mañana veremos. Aquí llueve, o bien, de cuando en cuando, el sol se asoma un poco a través de las nubes pero débilmente. Hacemos un sondeo por día, a la mañana, para la D.C.A., a las nueve. Esta mañana hice uno, con Paul, he estado de lo más torpe porque no hacía desde el 3 de febrero. Pero en fin, ya me acostumbraré. ¿Sabe usted que Paul tiene la suerte de ser físico? El ministerio de Marina lo invita a formar parte, mientras dure la guerra, de un Centro de Investigaciones físicas organizado en Tolón. En su lugar, usted no hubiese dejado escapar la ocasión. Pero tenía que verlo: dudoso, verde y con las manos temblando. En él la emoción-choque se prolonga más de tres y cuatro horas, necesita ese tiempo para reconocer que le está pasando algo bueno. Quería telegrafiar a su mujer pidiéndole su opinión pero me hice responsable de que aceptara. Paul en Tolón, Pieter llamado al interior, durante un tiempo estaré solo aquí, con recién llegados. Me suena raro. Creo que echaré de menos a Pieter, que era simpático y jovial.

Esta mañana he recibido una cartita suya desencantada, dulce pequeña. No estaba usted triste pero sí aturullada de sueño. Esperaba que al día siguiente hubiera una pequeña chispa. Y no hubo chispa, mi pobre pequeña. Debía ser mi carta y el martes no pude escribirle, como ahora sabe. Es curioso que los días que me cuenta hayan *quedado atrás*. Estoy muy contento de que los cuadernos le hayan interesado (¿por qué no leyó *Guillermo II*?). Pero ya sabe, los he dejado del todo. Tengo prisa por acabar la novela. Tendría bastantes cosas que poner en ellos, sin embargo; pero no tengo tiempo.

Dulce pequeña, querida pequeña, cuánto la quiero. La siento tan próxima a mí, en todas sus historias y en todas sus inquietudes. Es usted mi amor.

A SIMONE DE BEAUVOIR

Sábado 13 de abril

Mi querido Castor

Esta noche veré a los «Maginots Boys», imagínese. Hubo sorteo y salió mi nombre. Me divierte. Mistler, que está en el C.G. del ejército, me habló de ellos con cierta melancolía, diciendo: «Estos chavales tienen un buen enchufe». Son, naturalmente, unos profesionales del baile y de la canción. Van de localidad en localidad dentro de la zona del Ejército para distraer a los oficiales y accesoriamente a los sorches si quedan plazas disponibles. En el sorteo salieron mi nombre y el de Pieter e iremos dentro de una hora, dan el espectáculo en la sala del Hogar de Brumath.

Por lo demás, jornada estudiosa. Figúrese que el trabajo de remiendo parece ir *muy* rápido. ¿Seré demasiado indulgente? (desde la historia del Prólogo[17] tengo un complejo) ¿o más bien es que el trabajo estaba casi terminado y sólo faltaba echarle la última mano? Hoy he trabajado la muerte de Lola. Un capitán elegante —Escuela de guerra, cena con el general— vino y me dijo: «¿Y ése de aspecto abatido qué hace?». Yo no tenía para nada un aspecto abatido, sólo la cara que pongo cuando trabajo. «Un trabajo personal, mi capitán.» «¿Y qué es?» «Escribo.» «¿Una novela?» «Sí, mi capitán.» «¿Sobre qué?» «Sería un poco largo de explicarle.» «Bueno, habrá mujeres folladas y maridos cornudos, ¿no?» «Por supuesto.» «Está muy bien. Tiene suerte de poder trabajar.» Tras lo cual, me fui a comprar unos panecillos para la cena y él les dijo a los secretarios, no sin una puntita de melancolía: «A los autores no hay que verlos de cerca». «Es el traje, que no le queda bien», dijo el buen Pieter, indignado.

Al margen de esto, otra nube en el horizonte: nuestros sueldos están otra vez en el tapete y la Cámara decidirá en el mes de mayo. Se habla de quitarnos dos tercios de nuestros sueldos. Aún serían 1.000 o 1.200 francos ¿verdad? Según las últimas noticias el peligro no parece tan inminente, pero en fin, hay que desconfiar. Me envía usted unos 700 u 800 francos al mes, no le pediré más que 200, en ese caso. ¿Podrá mantenerse usted con 1.700 francos en vez de 2.500? Naturalmente, a las dos Zazoulich habrá que imponerles economías.

Con la radio es gracioso: cuando mandamos a Pieter a escucharla, vuelve risueño y no habla de otra cosa que de hecatombes alemanas y de cadáveres de alemanes flotando en el puerto de Oslo. Cuando mandamos a Paul, vuelve con la mirada gacha y declara: «No hay novedades pero las cosas no parecen ir tan bien». Y se pasea con las manos a la espalda y aire puntilloso y afligido.

Esto leyendo *La condición humana* y veo claramente lo que se propuso mostrar: una fatalidad adoptada y asumida por una voluntad. De cualquier forma es bastante heideggeriano. Pero hay pasajes ridículos (el «erotismo» de Ferrai) y otros mortalmente aburridos. Creo que voy a explicar que por una parte hay una especie de captación filosófica de la «situación», muy loable, y por otra un arte de viejos recursos muy reprobable. Así que mezclaré el elogio con la crítica. Pero no escribiré nada sobre esto antes de mucho tiempo. Anuncian muchos libros de los que estoy realmente ávido. *América* de Kafka, *La Vague qui passe* de Clémence Dane, el *Diario* tomo II de Samuel Pepys (a propósito, ¿por qué no me compra el tomo I, a principios de mayo?). Sea buena y téngalo en cuenta. Pero si nos reducen el sueldo, en vez de estas compras ruinosas negociará usted por mí un abono con Monnier, habrá posibilidades.

Esto es todo, mi dulce pequeña. Había una carta de usted y me decía que el jueves la decepcionó mucho no recibir nada. Yo lo sabía, pequeña mía. Y ahora conoce usted la razón. Cuánto me gustan sus cartitas, amor mío. Estoy contento de que Sorokine vuelva

[17] Yo lo había encontrado pésimo y Sartre decidió suprimirlo.

a interesarle (y feliz de que se conforme con exiliarme por tres años. Sólo que, en definitiva, es lo que está sucediendo ahora).

Mi querido Castor, mi dulce pequeña flor, la beso con todas mis fuerzas, es usted mi amor querido.

A SIMONE DE BEAUVOIR

Domingo 14 de abril

Mi querido Castor

¿Así que el viernes no recibió carta? Sin embargo, el miércoles escribí. Es cierto que las cartas salen el jueves de madrugada. Pero en general llegan puntuales. Me deprimió un poco saberla sin cartas pero al final reflexioné que era una cosa pasada. Qué extraña vida sin simultaneidad estamos viviendo. ¿Qué es lo más verdadero: lo que sé de usted cada día y que usted ya no siente —o lo que siente en el momento en que pienso en usted y que yo no *sé*? Tengo el trasero sobre dos sillas. De todas formas usted el viernes se fastidió y no tiene remedio. Pequeña mía, ha estado tanto tiempo sin noticias mías. Y sin embargo yo la quería tanto y le escribía. Lo peor, como dice, era no poder rezongarme. Verá usted, me emocioné un poco cuando leí los aburridos diálogos de Kyo y May en *La condición humana*. No era por Malraux; sólo pensaba que, sin hacer tantos melindres, estábamos fuertemente unidos usted y yo y justo lo necesario. La quiero, dulce pequeña, mi pequeña flor.

Como le dije, ayer fui a ver el espectáculo. Pero me marché pronto. No era tan malo, sino terriblemente aburrido. Para decirle la verdad, en la vida civil eran profesionales pero de cuarta categoría. Llevaban traje de soldado raso menos la chaqueta (pantalón kaki de golf, a la última moda militar, camisa suelta kaki, corbata kaki) sin maquillaje, apagados. E interpretaron el inevitable *Asile de nuit* de Max Maurey, más algunas canciones y unos temas de jazz. Estábamos apretados como sardinas en una salita minúscula. Como a Pieter casi le da un patatús por el calor y yo estaba de pie, en el entreacto nos fuimos y me acosté a las diez, muy satisfecho.

Hoy he trabajado bien. Rehice todo el pasaje de la muerte de Lola y menudencias. Lo entretenido es que retoco esto o retoco aquello según mi humor del momento; si algo no va, elijo otra cosa. Lo hago con gusto y dentro de dos meses habré terminado. Entonces, te enviaré el manuscrito certificado, usted lo releerá y si no hay problemas se lo llevará a Brice Parain. Es asombroso pensar que este enorme ladrillo va a quedar terminado. A mediodía, una carta de usted, nada de Tania. Es el 3.er día de silencio. Estoy muy sereno pero lo mismo querría asegurarme de que no escribe porque está apática o siniestra y de que no ha descubierto nada. ¿Usted piensa, no es cierto, que Z. se mostraría fría con usted si imaginara una superchería? Me enteré por la radio, con ese curioso entusiasmo que censuro, pues se trata de la vida de los demás, de la victoria inglesa de Narvik (siete destructores alemanes aniquilados), después almuerzo, trabajo, ajedrez con Pieter. El teniente Z. vino a pedirme un libro prestado y a que le diera informaciones sobre Nietzsche. Usa perfume y se pinta de rojo las uñas de los pies, pero no se lava. Yo tampoco me lavo pero no me perfumo, de modo que quedé

honestamente indignado. Más aún cuando se marchó haciendo una reverencia de vieja santurrona y sin darme la mano. Se habla de nuestra, partida, iríamos a algunos kilómetros de aquí, tal vez a un cuartel, pero me da igual, siempre habrá una oficina para nosotros. Sería para esta semana. Esta noche fuimos a La Rose a escuchar las noticias de la Radio —pero no había nada nuevo y aquí me tiene, escribiéndole.

Pequeña mía, envíeme dinero, aquí lo reclaman discretamente. Ya no hay que tener miedo con los sueldos, fue una pérfida interpretación de un diario de derechas respecto de una votación que *dejó en minoría* a una proposición de reducirlos. Mal que bien las cosas quedarán así hasta el final de la guerra. He recibido carta de Duhamel, se la envío para que se divierta un poco: el contenido carece de interés pero la firma vale su peso en oro. La letra oscila entre la de una receta médica y la esquelita de un famoso.

Hasta mañana, dulce pequeña, mi pequeña flor. Besos sus mejillitas, su boquita, sus ojos y la aprieto muy fuerte en mis brazos. Es usted el único adorable Castor.

A Simone de Beauvoir

Lunes 15 de abril

Mi querido Castor

No había carta de usted hoy. Yo alegrándome de leer que por fin había recibido la primera de las mías y, después, nada. Pero no me inquieto mucho por usted y además siento que estamos tan unidos que bien puedo pasarme un día sin cartas. Estoy entera y permanentemente en contacto con usted, dulce pequeña. Todo el tiempo que trabajo en mi novela está usted presente como un pequeño y severo censor, y si corrijo es *por usted*, mucho más aún que cuando invento —y es comprensible, porque lo que corrijo son imperfecciones que usted me ha señalado y lo que pretendo es satisfacer a mi pequeño juez—. Estos últimos tiempos creo estar trabajando rápido y bien. Pero pronto lo juzgará. Y en general la siento tan próxima a mi corazón, mi adorable Castor. Espero que antes de hundirse en el abatimiento reciba alguna de mis cartas y que la chispa, como usted decía, haya brotado a tiempo.

Fuera de esto, ¿qué decirle de nuevo? Esta mañana fui a escuchar la radio a La Rose (ya no pido panecillos: sólo un café porque no me queda un céntimo) y las noticias eran buenas. Ahora creo, con muchos otros, que el fin de la guerra está más cerca de lo que nos atrevíamos a esperar (lo que no significa, desgraciadamente, mañana ni dentro de tres meses). Luego trabajé hasta el mediodía. Almorcé en el Lion d'Or con Pieter, cada vez más simpático y, por un pelín, enternecedor. Hablamos largo y tendido de las piernas de una camarera y después de las piernas de las mujeres en general. Luego volvimos y le gané al ajedrez cuatro veces contra una. A lo que siguieron nuevas partidas y luego, como estoy de guardia, me quedé solo y ellos se fueron a oír la Radio a La Rose, aproveché para trabajar una hora más. He acabado *Le Temps du mépris*, que es profundamente abyecto. Realmente está a mil leguas por debajo de *La condición humana*, no entiendo cómo se le ocurrió escribir eso. Pero en *La condición humana* hay realmente unos pasajes bastante buenos y apruebo resueltamente su antipsicologismo (explicación por lo bajo) de total impermeabilidad al prójimo: no hay más que un solo y mismo

personaje (él, Malraux) en diversas «situaciones»; y (explicación por lo alto) la idea de que la realidad humana es una totalidad definida por su ser-en-el-mundo. De veras que está muy cerca de nosotros. Hasta el extremo de decir que «el hombre quiere ser Dios».

He recibido una carta muy amable de T., y *Liens*, el nuevo periódico de Saens, Dumartin, Tchimoutchine, etc. Realmente han progresado desde *Trait d'union* y éste no está tan mal. Les escribiré. ¿Quiere usted comprarme (el 1.° de mayo) *Quatre mois*?: es el periódico de Chamson. He leído unos extractos en *L'Oeuvre* y parece que es infame. Pero hay que documentarse.

Dulce pequeña, he aquí una carta muy austera. Pero mi vida no lo es en absoluto. Es vida de trabajador sereno. Desde que volví y la vi y la encontré tan bien, y desde que veo terminarse esta novela, mi alma disfruta de una profunda paz. Me siento realmente feliz. Usted lo sabe, esta novela es toda una etapa de mi vida. Y tenía tanto miedo de no terminarla nunca. Pues bien, al presente, comienzo a sentir que casi ya está. Dos o tres meses más y ya no tendré necesidad de forzarme. Descansaré un tiempo y luego comenzaré *Septembre*.

La quiero con todas mis fuerzas, dulce pequeña, mi querida pequeña flor. Casi toda mi serenidad es obra suya. Es usted tan dulce y tierna, mi pequeña flor. Mire, esta vez, ha sido realmente muy buena y me ha explicado de lo más bien todo lo que me ama.

A SIMONE DE BEAUVOIR

Martes 16 de abril

Mi querido Castor

Son las diez. Trabajé juiciosamente todo el día y Grener me echó un buen chorro de kirsch «casero» en el vaso. Es delicioso. Ahora está durmiendo y ronca y yo le escribo; me gusta mucho escribirle en este momento, es de lo más poético. Sólo le escribiré a usted. En verdad, sólo a usted me divierte escribirle. Acabo de releer mis correcciones y algunas están bien pero habrá que rehacerlas. Estoy en la conversación Mathieu-Daniel del final. Me he metido en ella hasta el cuello y creo que será buena, pero es difícil. He recuperado toda la afición por mi opúsculo que tenía el año pasado, me obsesiona el día entero. Eso, usted y Noruega: temas principales. En cuanto a Noruega, sepa que la suerte de este país invadido no me ablanda: se había vendido a los alemanes y lo compadeceré alguna otra vez. Pero sí deseo vivamente que las tropas alemanas reciban en él una buena paliza, pues esto apresuraría sin duda el fin de la guerra. En cuanto a usted, desde el retorno del permiso no me he distanciado nada. Me amarga que tenga la impresión de que se lo robaron. A mí me resulta corto pero tan intenso y tengo montones de pequeños recuerdos: Ducottet, la sala de arriba del Mahieu, el café de la Escuela Militar, el muelle del canal de La Villette y ese café de la République donde caímos muertos de cansancio. Qué intenso y grato es todo esto para mí. Espere; tengo otro recuerdo de solitario: un café del boulevard des Invalides repleto de oficiales donde yo esperaba la hora de encontrarme con usted en la Escuela Militar. La quiero, pequeña mía. Y entonces, hete aquí que su taconcito se salió, igual que en el Jardín Botánico, pronto harán diez años. Me dio risa. Para mi corazón está usted tan joven

como en aquella época, vieja chatarra, y la pequeña de ahora me importa mil veces más. Pero todo esto son un poco cumplidos de relleno, pues no tengo nada que contarle : 7.30-8.30 La Rose, tras haber barrido. Había pensado apuntar en mi cuaderno esto, pero mejor se lo cuento (el cuaderno está en suspenso): yo barro con malicia, con la impresión de hacerles una excelente broma a los oficiales, de estar *haciéndoles creer* que he barrido. Y perfecciono la broma con tanto esmero, que al final su oficina queda magníficamente barrida. Después de eso, pues, Rose y Radio. Y, como lloviznaba, no hubo sondeo. Hasta mediodía novela y ajedrez con Pieter. Luego almuerzo (a partir de mañana no iré más porque estoy sin un céntimo y no quiero pedir más préstamos. Esperaré a que usted encuentre dinero, pequeña infortunada); había guiso de ternera, que no me gusta mucho. Y, después, trabajo. Me divierte formidablemente trabajar y espero que mi trabajo se beneficie de ello. Al paso que llevo habré terminado el 1.° de junio. Leo *La esperanza*, que no es buena. Cuando tenga dinero, este mes, hará lo posible por enviarme el de Van Dine (*Asesinato en el jardín*) y el de Chamson, porque pronto sólo tendré *Don Quijote* para leer, y le tengo miedo. Después comí dos panecillos y luego fui a La Rose, a beber una botellita de vino y escuchar las noticias. Después volví, seguí trabajando, comí los dátiles de Hantziger, el kugelhof de Klein, bebí el aguardiente de Grener fumando los cigarrillos de Paul y aquí estoy, escribiéndole. Lamento que haya pasado un domingo sin cartas, dulce pequeña. Y escribo sin embargo con la regularidad del reloj. La quiero tanto.

Hasta pronto, viejo camino trillado, vieja chatarra, tengo muchas, muchísimas ganas, esta noche, de tenerla en mis brazos y de besar toda su querida carita. La quiero.

A Simone de Beauvoir

Miércoles 17 de abril

Mi querido Castor

Me envía usted unas cartas de lo más largas y atentas y yo en cambio le mando unas pobres chapuzas. No es que falten cariño ni buena voluntad, sino materia, ¡mi pobre Castor! No sucede nada, ni fuera ni en mi cabeza. Afuera es La Rose, el aula. Es bastante gracioso, con todo, esta especie de falansterio que formamos entre los diez: tres secretarios, dos asistentes, dos chóferes, tres sondeadores; y además los dos del S.R.A., Naudin y el ayudante, que van y vienen. Toda esta gente se detesta, desde luego, pero las ocupaciones comunes los unen en pequeños grupos. El ajedrez nos reúne a Pieter, Hantziger y a mí; la *belote* a Pieter, Grener, Klein y François, etc. Esta noche fue divertido: Grener, Klein, Courcy y Beaujouan jugaban a la *belote*; Paul, asaltado por una nueva y frenética pasión, encorvado, ceñudo, los labios apretados, se deslomaba sobre una máquina de escribir para mejorar sus marcas; Pieter y Hantziger jugaban al ajedrez y yo trabajaba en mi novela. No imagino con qué se lo podría comparar (oficina, falansterio, guardería, hospicio de los Inválidos) para trasmitirle la extraña impresión que me hacía. Pero uno se cansa —quiero decir de buscarle impresiones sutiles, porque es muy soportable de vivir— y ya ni siquiera abro mi cuadernito. Porque la cabeza está vacía, pequeña mía. A decir verdad, si yo quisiera se llenaría, tengo la impresión de que

si abro un grifo tendría para seis meses. Pero ya no me interesa tanto: estoy poseído por el remiendo de mi novela, no hago otra cosa, no pienso más que en eso.

A mediodía no almorcé, por falta de dinero. Esperaba astutamente los *haberes* que pagaban por la noche. Y a la noche, en posesión de quince francos militares, fui a comer un par de salchichas a La Rose y a escuchar la radio. Mañana haré lo mismo y, además, tomaré un baño. Pasado, iré a la cocina ambulante. No se preocupe por mí. Si puede, mándeme un billetito de cien francos, estará bien. Si no, mala suerte. En cuanto a los Acólitos, procuraré que se armen de paciencia hasta el 1.° de mayo, al fin y al cabo no falta tanto. Usted me enviará un giro telegráfico en cuanto cobre.

Por lo que respecta al sueldo, no parece que la cosa sea tan grave y no tendrá que cercenar su pobre presupuesto, mi dulce flor, se me partiría el alma.

¿Qué más puedo decirle, cariño? Qué *La esperanza* no sólo es pésimo sino que además deja ver una suerte de decadencia del pensamiento de Malraux. *La condición humana* sonaba de otra manera. Hay un pasaje de *La esperanza* donde dice, de un anarquista que se ha hecho comunista: «Me hice comunista porque envejecí. Cuando era anarquista quería mucho más a las personas». Esto podría aplicarse a él, punto por punto. Tanto peor para él. Creo que el tema de mi artículo será: de *La condición humana* a *La esperanza*. En el fondo, *La esperanza* se parece a una mala novela soviética, usted sabe, ésas con personajes de arcilla y que apestan a materialismo. Pero por ahora no tengo tiempo de escribir ese artículo. Acabemos primero la novela. Supongo que se la enviaré con Pieter en su próximo permiso. Seguro que para entonces estará terminada. Estoy muy contento, pequeña mía, de que trabaje tan bien en la suya y de que el capítulo Xavière-Françoise le resulte divertido de hacer. Por mi parte, he pensado que Mathieu no *se interesaba* bastante en Marcelle, que no se veía bien que ella le importaba. Y para mostrarlo no basta con hacer a Marcelle más interesante, es preciso que él mismo aparezca más pendiente de ella. Trabajaré en esto; Marcelle tiene que ser como el símbolo de toda esa vida de confort intelectual y moral en la que él no es libre.

Hasta mañana, mi dulce pequeña, querida pequeña. Cuánto me enterneció, ayer, con su taconcito salido. La quiero mucho, amor mío. Es usted mi adorable Castor.

A SIMONE DE BEAUVOIR

Jueves 18 de abril

Mi querido Castor

Esta noche estoy completamente embotado. Risueño pero embotado. Acabo de perder tres partidas de ajedrez con Pieter y estoy incapaz de trabajar, tengo la cabeza pesada, no sé bien por qué. Sin embargo, esta noche he cenado, incluso he comido muy bien, una tortilla y patatas por 10 francos. Pieter me prestó cinco de los diez y ahora sólo me quedan cuarenta céntimos para tomar mi café mañana en el desayuno. Después... Si usted me puede enviar cincuenta francos, bienvenidos serán, los gastaré despacito para que me duren hasta fin de mes. Si no puede, mala suerte, esperaré hasta el 1.° sin mayor esfuerzo, tengo tabaco y parece que la ambulante es muy buena actualmente, una ocasión para aprovecharla. Y justamente he encontrado papel a raudales y cartuchos de

estilográfica. Sólo los libros faltarán muy pronto. Si tiene el de Van Dine, envíelo. Pero mi distracción del momento no son los libros, es el ajedrez. He estado formando a Pieter que empieza a ganarme, y me empico en el juego. De ahí a jugar diez partidas por día no hay más que un paso. Además estoy jugando bastante bien de nuevo y calculo con cinco o seis jugadas de distancia. Poca cosa pero uno tiene la impresión de que el tablero es suyo, es agradable.

Fuera de esto, nada, naturalmente. Y T. que hoy me escribe: «No me cuentas mucho de tu vida». Me fastidia pero tendré que hacerle una carta llena de detalles. ¿Dónde buscar algo pintoresco? Una mesa, una máquina de escribir, papel, imbéciles a mi alrededor: eso es todo. Y también algunos pequeños detalles militares: ayer vinieron a reclamarnos con urgencia todos los jerseis suministrados este invierno por el ejército. Los entregamos rezongando. Tras lo cual hoy nos convocaron también con urgencia para que nos los lleváramos otra vez. En estas cosas se pasa el tiempo. También he estado imprimiendo números con una máquina de numerar sobre unos billetes del Teatro del Ejército para los oficiales. Fue pura benevolencia de mi parte y al solo objeto de jugar con la máquina. La radio ha perdido bastante de su interés desde que ya no anuncia todos los días una masacre de destructores, los diarios también. Ya no pienso, lisa y llanamente. Y sin embargo, estoy todo el día de lo más animado —aunque habiendo perdido por completo la ilusión de hacer la guerra— a causa de mi novela. La última gran escena entre Mathieu y Daniel está terminada y creo que es buena. En cualquier caso mucho mejor que lo que había hecho primero. Ahora abordaré Marcelle y esto con muchas ganas. En junio habré terminado, seguramente, si seguimos mirando las musarañas, lo que es más que probable. De nuestra llamada a Saint-Cyr no hay novedades. Pero la mujer de Pieter escribe que la cosa está en buen camino. Me pregunta usted, pequeña, si sigo barbudo. Pues bien, hasta ahora lo estaba un poco, pero cuando recibí su cartita pensé que seguramente preferiría imaginarse mi cara exactamente tal cual estaba cuando me marché y corrí a tomar un baño y a afeitarme. Le escribo en un estado de total pureza física (la moral no es problema). Pero sabe Dios en qué estado me encontraré cuando reciba usted la carta, porque me han robado las hojas de afeitar. De todas maneras, me mantendré un poco. Será un cambio, esto de ir limpio. Tenía las manos tan sucias que había gestos que no me atrevía a realizar: dar la mano, pagar a una joven vendedora con el dinero sobre la palma de mi mano tendida, etc. Hasta el saludo militar me llenaba de vergüenza porque desplegaba ante los ojos de mis superiores una palma de carbonero. Hoy he llevado la cabeza erguida y con el orgullo de estar limpio exagerado hasta la ilusión: me creía un dandi.

Esto es todo cuanto se puede decir hoy, mi dulce pequeña. Es poco. Está carta está hecha de nimiedades y a usted le toca restituirme la afición al género epistolar. Pero tranquilícese, no habrá nada de eso.

Qué poéticas me resultan sus pequeñas jornadas, dulce pequeña mía, qué juiciosa es usted, unas veces en el Mahieu, otras en Dupont en Montmartre, otras en mil lugares de París y siempre tan poética a mis ojos, con sus papelitos, sus hojas de examen, su novela. Cuánto la quiero. Quisiera estar con usted, lo sabe, y usted me llevaría a ese minúsculo restaurante de Montmartre que no tiene clientes, rue Lepic, y también al café cantante que huele a retrete. La quiero con todas mis fuerzas.

A Simone de Beauvoir

Viernes 19 de abril

Mi querido Castor

Hoy le escribo mi carta a máquina para que pueda juzgar mis progresos. De veras creo que ahora lo hago tan rápido como cuando escribo a mano. Pero me siento humillado porque Paul, que ha convertido esto en su nueva pasión, me supera en velocidad. Pero es que además emplea unos métodos absurdos y desleales, métodos de escuela primaria. Verá usted si esto no lo retrata. Figúrese que se sabe de memoria algunos discursos de Jaurès. Esto mismo es ya muy extraño, pero bueno. Pues bien, esos discursos, siempre los mismos, él los escribe a máquina; primero los escribió con pluma, reloj en mano, por así decir, y cronometró el tiempo que le llevó. Después se puso a mecanografiar estos mismos discursos y en cada ocasión cuenta el tiempo que ha pasado en eso; como los mecanografía en hojas de comprobación de sondeo, la habitación donde vivimos está llena de unos extraños papeles que llevan de un lado un cuadro de vientos balísticos y del otro la prosa inflamada de Jaurès, siempre con las mismas exhortaciones, además, ya que Paul escribe los mismos pasajes.

He recibido, dulce pequeña mía, la carta funesta en la que me anuncia el derrumbe de nuestras finanzas. Avisé inmediatamente a los Acólitos, que no chistaron. Y al mismo tiempo, he negociado un empréstito de cien francos con Pieter. Por lo tanto, no se ocupe más de mí. Los cien francos me permitirán acabar gratamente el mes, comiendo unas veces como de costumbre y otras no. Tanto más cuanto que ahora almorzamos en La Rose, que es más barata que el Lion d'Or y asimismo más divertida debido a la radio y a todas esas simpáticas chiquitas medio putas —en buen lenguaje habría que decir: medio castores— que se dejan toquetear por los soldados, siempre tienen penas de amor por cinco o seis y derraman lágrimas en los brebajes que sirven. El otro día participó en ello una gorda cuarentona cuyo enorme pecho se puso a temblequear y que después prorrumpió en sollozos mientras nos servía la sopa. Por otro lado, pronto cambiaremos de acantonamiento. Los planes y rumores de los que me hacía eco el otro día se han disipado ya en humo (esos blancos fallidos que encuentra usted aquí y allá en esta carta, provienen de una defectuosidad de la máquina, no de mi inexperiencia). Así que por lo que respecta al dinero todo irá bien este mes. En cuanto al próximo, estoy un poco aterrado. Sólo que, debo confesárselo cariño, siento un ladino placer viéndola debatirse ahora a usted en dificultades financieras. Sin rencor, se burló bastante de mí el año pasado. No me queda otra solución, creo, que ganar el Premio Populista, pero no tengo idea de lo que hay que hacer para eso.

Hoy fue igual a los demás días: no sucedió nada de nada. Como le anunciaba ayer, escribí una larga carta a T. explicándole cómo era que no me sucedía nada y cómo era que no tenía nada que contar. Después me acosté. Me desperté en mitad de la noche, no a causa de una pesadilla sino por la sensación de que me hallaba a punto de tener una. Estaba soñando un sueño muy inocente sobre Londres cuando sentí desde dentro de mi sueño que la atmósfera cambiaba sin que sucediera nada terrible; era el sentido de los objetos el que había cambiado. Seguía siendo Londres de noche, con sus calles desiertas, pero una extraña contradicción que resultaba sospechosa e inquietante hacía que esa oscura noche tuviera algo de la reverberación tórrida de un mediodía de junio. Me

desperté prudentemente antes de ver aparecer a los asesinos o perros rabiosos que debían ser el acompañamiento obligado de semejante fenómeno meteorológico. Pero entonces me percaté de que se ocultaba en mi interior una burbuja de angustia absolutamente pura, que hasta parecía localizada en mi cuerpo. Exactamente en lo alto de la cabeza, a la izquierda. Esto no tenía nada de metafísico, parecía muy fisiológico, por el contrario, pero lo que de ordinario llamamos cuerpo no estaba implicado en absoluto. Era como para darles la razón a los Srs. Dumas y Cannon, respecto de su famosa sensibilidad cortical. Y después la angustia se fijó a una palabra: Loco, que pasó a ser rápidamente intolerable, sin imágenes ni representaciones de ninguna clase. ¿Conoce usted esto? Acto seguido, todo se disipó, la burbuja reventó y me volví a dormir. Se lo comento porque he creído ver aquí la prueba de que las pesadillas no provienen del azar del movimiento de imágenes, ni de una disposición general de la sensibilidad, sino que vienen más bien del hecho de que en el sueño la afectividad *sueña*, también ella; con o sin imagen, se forman unas burbujitas afectivas de sueño sobre las cuales se fijan después las imágenes.

Esta mañana he sudado con el capítulo Mathieu-Marcelle, el primero. Tengo montones de problemas; en primer lugar, si Marcelle está enferma de veras, esto complicará la cuestión del parto: corre el riesgo de dejarse el pellejo y no necesito dificultades extras. Segundo, ¿hasta qué punto su nueva personalidad es compatible con sus menudas traiciones? Todo esto es cuestión de tacto, pero es muy fastidioso. De manera que he trabajado sin mayor placer. Ah, si, y esto otro: si realmente tiene tantas ganas de tener un hijo, ¿cómo se explica su amargura del primer capítulo? Así y todo, de suspiro en suspiro y de partida de ajedrez en partida de ajedrez, al final del día algo de la novela estaba hecho. En el fondo lo que tengo que encontrar es más bien el *tono* para hablar de Marcelle. Estoy en camino. Al margen de esto, he recibido una encantadora cartita suya, buena chica mía, y quedé muy satisfecho porque, asunto de dinero aparte, parece usted más bien animosa. Qué buena chica es usted, pequeño Castor querido. Y cuánto merece usted su felicidad. La quiero. (Me hace una impresión rara escribirle eso a máquina.)

Hasta mañana, dulce pequeña; van a ser las diez. Iré a acostarme. Hoy ha hecho un tiempo espléndido y este primer día de primavera me ha ablandado un poco el corazón. He pensado en las calles de París, en los muelles, y me hubiese gustado estar con usted en la terraza del Café de Flore. Beso tiernamente sus viejas mejillitas.

A Simone de Beauvoir

Sábado 20 de abril

Mi querido Castor

Hoy sólo recibirá dos palabritas: es medianoche y he estado en el Teatro para las Tropas, el auténtico Teatro para las Tropas, un teatro de «civiles», como dicen los soldados. Esperaba salir a las diez y media para escribirle, pero estábamos como sardinas en lata, yo de pie al fondo de la sala y no pude pasar. Mañana le haré un extenso relato de esta festividad que fue divertida por más de una razón. He recibido

una carta suya que me conmovió todo, dulce pequeña, también se la comentaré mañana. La quiero con toda el alma. Es usted mi querido, muy querido amor.

A SIMONE DE BEAUVOIR

Domingo 21 de abril

Mi querido Castor

Le escribí una mala cartita, ayer, y estoy un poquitín confundido porque sé lo que mis cartas significan para usted, como las suyas para mí. Es que me caía de cansancio, había estado de pie todo el tiempo. Querida pequeña, tengo remordimientos. Me hace gracia, pequeña mía: en su carta de esta mañana me dice usted que, al leer las mías, las suyas no le parecen suficientemente cariñosas. Pues bien, mi pequeña flor, hace ya ocho meses que a mí me pasa lo mismo, las suyas son tan tiernas y agradables que me siento todo humillado de escribir mis chapuzas. Y sin embargo la quiero con todas mis fuerzas y cuando le escribo lo hago impregnado de ternura. Pero tendría que estar usted a mi lado, con su bracito bajo el mío. En fin, será culpa de las palabras escritas. Al escribirlas parecen ralladuras, uno tiene la impresión de estar raspándolas del sentimiento como se raspan de un hueso los residuos de carne (siempre el fenómeno de cuasi-observación, sobre el cual se habría informado, mala persona, si hubiese leído mi escrito). En cambio, al leerlas, el sentido está detrás, son observación real y respiran plenitud. Hay ahí escondida, dirá usted con su aire receloso, una engañifa más.

Me ha hecho usted, dulce pequeña, una exposición muy halagadora no ya de mi carácter —somos demasiado viejos para eso— sino de mi ser-en-el-mundo. Naturalmente, quedé profundamente intimidado, porque esa manera de ser se historiza a través de miles de pequeñas fealdades y deficiencias psicológicas y, cuando se habla de lo primero, forzosamente se piensa en las segundas. Sólo que impresiona mucho pensar que uno es *eso* para alguien. Pero, precisamente, ya no tiene nada de necesario, está mucho más allá de lo necesario y es preciso que sea *usted* quien me piense así, nadie más en el mundo podría hacerlo.

Pero dejémonos de cháchara y sepa que el martes 23, o sea pasado mañana, se falla el Premio Populista. Al presente, todas mis pequeñas elucubraciones vanidosas han desaparecido, tengo lisa y llanamente muchísimas ganas de conseguir la pasta; si no, ¿cómo haré para vivir en mayo? Son 2.000 francos exactos. No creo que este premio signifique un solo lector más. Lea los diarios del miércoles, y si no hay nada, porque es un premio modestísimo, el sábado compre *Les Nouvelles littéraires*, ya que aun en el caso de un desenlace feliz no sabré nada antes del sábado. Si soy yo el ganador, naturalmente les pediré que le envíen el cheque *no barrado*. Con tal de que ganemos. Entre los candidatos está René Lefèvre con *Les Musiciens du ciel*, y me parece un competidor peligroso. Quizá (da vergüenza decirlo) mi condición de soldado contribuya, pero él lo fue en la otra guerra. También está Georges Blond: *Prométhée*, que lanzaron para el Goncourt.

Como le dije, ayer estuve en el Teatro para las Tropas. Los del A.D. fuimos todos

porque habíamos colaborado en marcar los números sobre las entradas con un bello aparatito que me encanta, por lo que decidieron recompensarnos. Era el auténtico Teatro para las Tropas, con civiles y chicas. Hacen giras de unos quince días y parece que los deja molidos, porque en sus monólogos todos se quejaban de que la gira les había dejado la voz cascada. No han dormido aquí sino en la gran ciudad vecina, y un autocar los trajo a las ocho y se los llevó a las tres de la mañana después de la recepción que les ofreció el general. Habían actuado toda la tarde y actuaron por la noche ante una sala absolutamente repleta y llena de humo pese a los esfuerzos de los oficiales y del servicio de guardia para que la gente apagara los cigarrillos. Le diré de entrada que el nivel de los números y canciones es sensiblemente inferior al del Petit Casino de París. Es una birria. La estrella era Pierrette Madd, una actriz de cine y de operetas que tuvo éxito en 1920 y que por aquella época interpretó a Constance Bonacieux en *Los tres mosqueteros*. Además, la mayoría eran gente madura. Las mujeres estaban, como dicen aquí, «de baja definitiva». Y los hombres, forzosamente exentos de toda obligación militar, eran todos calvos, obesos o si no contrahechos. Un espectáculo de padres de familia. Me presenté en la pequeña sala cuadrangular, que antes de la guerra servía como cine y que ahora era el Hogar, a las ocho y cuarto: la representación estaba anunciada para las nueve. Los soldados estaban apretujados en el patio de butacas, pues los oficiales disponían del piso principal para ellos solos. La sala estaba ya tan llena que ni siquiera habían dejado un pasillo entre las sillas y había que saltar por encima de los respaldos apoyándose en los hombros de sus ocupantes. De respaldo en respaldo y de hombro en hombro llegamos al fondo de la sala, no sin haber sido insultados copiosamente. Llegamos, es decir, Pieter, Mondange y yo. Mondange es uno nuevo, sustituye a Mistler que se ha ido al Ejército. Tiene 38 años, es tímido, simpático, un poco memo pero de una buena voluntad conmovedora. Era «hoja verde» y lo movilizaron hace tres meses. Lo enviaron corno S.E.M. (secretario de Estado Mayor) a Mont-de-Marsan, donde están a la espera de un destino miles de secretarios. Un día lo llama un sargento de caballería: «Tengo una ganga para ti: secretario cerca de Laon a 150 kilómetros de París. Si aceptas, tendrás veinticuatro horas por semana, seguro». «¡Ya lo creo!», dijo el tipo. Acepta, viaja seis días seguidos: Burdeos-Poitiers-París-Laon. En Laon le dicen: «Todavía no ha llegado, tiene que ir a Vesoul». Y en Vesoul le dicen: «Usted va al sector, en el frente» (es decir: en nuestro emplazamiento). Los tipos (en este caso eran cuatro) se ponen verdes y pasan en ferrocarril la noche más lúgubre de sus vidas; finalmente bajan aquí y, desde hace dos días, Mondange se lo pasa olfateando bombas y gases asfixiantes, asombradísimo de que las casas estén aún en pie. Ver a este tipo mirarnos un poco como aparecidos nos ha devuelto cierto sentido de lo novelesco. Y por más que le decíamos por espíritu de honestidad: «Que no, ya verás, estamos más tranquilos que en la retaguardia», todos nos sentíamos muy halagados cuando nos contestaba: «¡Sois unos desgraciados! Ah, cuánto os compadezco, no habéis tenido suerte». En resumen, Mondange suscitó una estupefacción general en aquella sala repleta diciendo de golpe, con un amplio ademán en dirección a todos los sorches: «Una bomba aquí adentro haría un estropicio». Lo miraban, con cara de encontrarlo un tanto extraño y nos dijo: «Es cierto: vosotros ya no pensáis en eso, pero yo todavía pienso». En realidad, aparte de los diez primeros días, ¿lo hemos pensado alguna vez? Nos sentíamos vagamente confusos, por ejemplo como estoy yo cuando usted me describe mi carácter existencial. Y lo llamamos «el Novato», con cordialidad tierna y un tanto presuntuosa. Corrió es de suponer, Pieter lo cogió por su cuenta. Gustosamente le

habría dado a entender que nuestra vida no estaba exenta de peligros si yo no hubiese puesto coto a la escena. Pero el buen Pieter es desarmante, esta mañana me dijo: «Ya lo ves, reconozco mis defectos: he procurado no lucirme ante Mondange». En síntesis, ahí estábamos, bien al fondo de la sala, cuarenta grados de calor, sofocados, con el labio inferior colgando, rodeados de olores —sobre todo el olor a vino, pues la mayoría de los tíos estaban bebidos. A las siete habían venido con sus cantimploras a hacer la cola, como en el Théâtre Français, y bebían a sorbos, de cuando en cuando, para hacerse compañía—. A las nueve empezó el espectáculo: obertura: *Blancanieves*, selección, por la banda del regimiento. Usted ya lo imaginará. A continuación cantores, cantantes, recitadores y recitadoras, acróbatas. Yo estaba en la gloria, al fondo de la sala, y comprendí en qué consistía aquella famosa fraternidad que los burgueses que hicieron la guerra del 14 suelen mentar. Se ha de notar, en efecto, que los burgueses siempre aluden a ella explicando que en aquellas circunstancias las clases habían desaparecido —mi capitán, por ejemplo, me hace unos buenos discursos al respecto, y su antiguo amante[18] de los Equipos Sociales—. Pero ni los obreros ni los campesinos la mencionan nunca. Yo creo que dicha fraternidad consiste en llevar el mismo traje que los demás, y en que, se haga lo que se haga y vaya uno a donde vaya, jamás se ve obligado a pagar por ese traje. Anoche era muy fuerte la sensación de que todos estábamos vestidos igual y de que la primera reacción de cada cual era un reflejo de simpatía hacia el vecino por el hecho de que llevaba el mismo traje. Y uno se siente formidablemente cómodo porque la gente *no piensa nada* de usted. Es algo que apenas si puede usted imaginar, es realmente un cambio formidable, de suerte que no tiene uno la preocupación de defender su individualidad física. Sólo se tiene una individualidad interior (pues no es de ninguna manera una osmosis o quien sabe qué fenómeno colectivo), simplemente, se ha librado uno de su cuerpo. Así que había quizá quinientos tipos en una sala con capacidad para doscientos. Y muchos habían venido a ver «mujeres». No es que aquí no las haya —o que las que hay no sean muy generosas de sí mismas—; pero desde sus últimos permisos les hace falta *la actriz* como representación simbólica de la mujer, que los guíe y sirva de tema a sus deseos. Se comprobó cuando una camarera pasó de pronto a toda prisa delante del telón. Un rugido brotó de todos los pechos: «¡Una mujer! Una mujer». Aplausos y silbidos. Era gracioso, porque al fin y al cabo estos tipos no están encerrados en las fortalezas de la línea Maginot, sólo tienen que dar vuelta la esquina y ahí las tienen. Pero aquélla era *la* mujer, aunque sólo hayan podido distinguir una espalda y unos cabellos castaños. Son hombres que se acuestan con no poca frecuencia, pero lo que les falta es la sanción que el arte da, en tiempos de paz, a sus encamadas. Tras lo cual vino un gordo a anunciar el programa, afectando dirigirse sólo a los sorches pero con los ojos que se le iban tras el general, y discretamente paternal con nosotros. Era grasoso y transparente como queso de cerdo. No pegaba mucho con los soldados. Y los soldados no eran demasiado simpáticos: refunfuñaban, porque estaban frente a civiles de la retaguardia. Con las gentes de aquí, que viven de sus vidas y que, si la cosa reventara, sufrirían los mismos bombardeos que ellos, son completamente naturales. Pero ahí mostraban una especie de negativismo: la resistencia del tipo que no será comprendido y que sabe que entre la retaguardia y él hay un abismo. Cuando el cómico, un tío larguirucho con una corona de pelo blanco alrededor de la calva, se presentó y dijo: «Buenos días. Yo bien ¿y vosotros?». Un soldado gritó:

[18] Broma de Sartre. Se trata de Robert Garric, a cuyas clases en Sainte-Marie-de-Neuilly yo había asistido y que me fascinó durante unos meses.

«¿Usted no es soldado» y todo el mundo se echó a reír con vengativa satisfacción. Simulaban también no considerar los encantos de las actrices más que desde el punto de vista exclusivamente físico. Un vecino decía: «Yo le haría esto, le haría aquello...» y estos crudos detalles eran una venganza. Pero se trataba de un berrinche superficial, como el de Sorokine, lo que querían era ayuda para salir del apuro. Y cuando vieron a una mujer-serpiente saliendo de un dado minúsculo, el hielo se rompió. Pero cuando les recitaron unos poemas que hablaban de ellos, se quedaron impávidos. Y realmente eran unos poemas infames. Uno de ellos era, a todas luces, el consejo del ex del 14 al novato del 40. «¿Tienes morriña? Carga tu pipa.» Tras lo cual se pusieron a explicar que la pipa disipa los nubarrones de la morriña, en términos escogidos. Pero sin embargo habrían podido tomar estos poemas como símbolos de lo que sienten, así como en tiempos de paz eligen *Un amour comme le nôtre*, de Lucienne Boyer, como símbolo de sus sentimientos afectuosos. Pero no querían, se obstinaban. Por lo demás, los manejaron a su antojo, y cantaron todos a coro cada vez que se les pidió. Y juzgaron el espectáculo «pasable», salvo los cabezadura como Grener, que lo encontraron idiota. Lo más divertido eran las chicas, sobre todo Pierrette Madd, que mandaban la sala a la baqueta y se creían vagamente generales, con un ribete marcial y bonachón. Muy obscenas, naturalmente, y *seguramente* excitadas por ese número musical ejecutado ante un público compuesto exclusivamente por *hombres* y por hombres que ellas imaginaban hambrientos. Pierrette Madd, que es una señora pretenciosa, se meneaba de una manera indecente, se entregaba, hacía alusiones al bromuro, imaginaba sentir miradas de lobo sobre ella (en realidad los tíos estaban sosegados. Lo que les atraía era tener un contacto con «la elegancia femenina» en general). Y era tanto más divertido puesto que después de este chapuzón en un violento olor a hombre, iría a beber champán con elegantes oficiales. No había orquesta, salvo la música militar. Todas las canciones eran acompañadas por una lamentable pianista a la que habían permitido, para que tuviese su pequeño éxito personal, tocar al comienzo del espectáculo un *Preludio* de Chopin, que interpretó con la cabeza encogida entre los hombros, a fuerza de sentimiento.

Y esto es todo, mi dulce pequeña. Volví a acostarme. Le escribí.

Hasta mañana. Copiaré —le prevengo— extensos pasajes de esta carta en mi carta a T. (todo lo referente al teatro). Me dispensará considerando que no tengo más que esto para contar y que, si no copiara, igual *se* me ocurrirían las mismas palabras. Hoy, nada que señalar.

Mi dulce y pequeña flor, la quiero con todas mis fuerzas. Es usted mi querido, muy querido amor. Hasta mañana, mi dulce pequeña.

A Simone de Beauvoir

Lunes 22 de abril

Mi querido Castor

He recibido una carta suya que me ha conmovido hasta las lágrimas. Ay, pobrecita, corriendo sin respiro para encontrar esos cincuentas francos que va a enviarme. No le diré hipócritamente que ya no los necesito, sería falso y además la carta llegaría con el

dinero ya en viaje. Pero me acordaré de esto. Mi pequeño Castor, cuando me recuerde el Fomento del Torismo de Palma, donde estuve tan enternecedor, le replicaré mencionando estos cincuenta francos que ha corrido para enviarme, el 22 de abril de 1940, cuando estaba usted tan pobre. Me servirán de mucho, créalo. He reducido mi tren de vida, sin extraordinarias compresiones, a 10 o 12 francos por día: un gran tazón de café a la mañana por 2 francos (sin panecillos), con lo que igual disfruto el placer del desayuno. Al volver a la oficina como pan militar. A mediodía, un plato del día y un queso por siete francos en La Rose (propina incluida) o un par de salchichas y un vaso de vino por cinco francos (Pieter me pasa la mitad de sus legumbres) y por la noche tres panecillos de 18 céntimos y aún puedo ir a beber un cuarto de vino blanco a La Rose y a escuchar las noticias. El mes que viene mantendré mi tren de vida a este nivel. Me siento exactamente igual de contento y significa una enorme economía. Además, el mes que viene habrá un cambio. Nos vamos a una ciudad más grande que queda a 20 kilómetros de aquí, célebre por su Belle, que montaban en el Vieux-Colombier. Estaremos en el cuartel de los Guardias móviles. Pero no es tan desagradable: habrá una oficina y un dormitorio especialmente reservados a los sondeadores. Por lo tanto estaremos solos. Naturalmente, total libertad para entrar y salir a nuestro antojo. Y además, supongo que los Guardias móviles tenían un lindo cuartel. Por lo general les cuidan. He terminado el primer capítulo Marcelle-Mathieu. Cuánto la necesito, pequeña mía. Cuánto me hace falta su parecer. Sólo que no podrá dármelo antes del 15 de junio, y si hay que corregir, todo se atrasará muchísimo. Para la continuación he pensado varias cosas ingeniosas. Mañana emprendo el gran capítulo Marcelle, el 3, que hay que rehacer de punta a punta.

He recibido, una carta de Bonafé confesándome que se ha inscrito en los E.O.R. y diciendo que si lo desapruebo se borrará. No es que vaya a reprochárselo, pero me parece, y se lo diré, que ha ido un poco rápido. Dejando la cuestión en el terreno concreto, y sin política, ¿cómo puede ser que se haya apresurado tanto a estar con unos pequeños intelectuales reventados, él que hace profesión de amar tanto a los campesinos y que se siente tan bien con ellos en Gaillac? Me hace gracia que esté en Gaillac, ¿se acuerda, amor mío? Cuántos gratos recuerdos, ¿verdad? (había un parque y nos paseábamos a orillas del agua y también una feria donde comíamos unos pasteles muy sucios).

Aquí hace un tiempo formidable, un tiempo estival, atónito y apacible y de lo más cargado de recuerdos. Es otra vida, y hasta fui a dar una vueltita en bicicleta, al anochecer, por el solo placer de moverme en medio de esa luz rojiza. Estaba sensible y feliz. La quiero.

Y esto es todo, dulce pequeña mía. Estoy tranquilo y feliz, trabajo bien y la quiero. Me siento de lo más animado por mi novela y la siento a usted bastante tranquila en París, todo va bien.

La beso con todo mi corazón, mi querida pequeña flor.

A SIMONE DE BEAUVOIR

Martes 23 de abril

Mi querido Castor

Una cartita mecanografiada para variar un poco. Será también una carta literaria, le prevengo, porque estoy preocupado. Pero primero quiero agradecerle sus cincuenta francos que estaban en su cartita esta mañana. Se me estremeció el corazón, pequeña mía. Mire, mientras a usted le remordía la conciencia porque no me enviaba nada, a mí también me remordía por forzarla a enviarme algo. Ustedes —y en esto incluyo a las Z.— cuando están sin dinero se quedan sin poder comer. Mientras que yo igual tengo techo y comida. Me da vergüenza, a mí que soy un pacha, quitarles sus pobres cuartos, cuando muy bien habría podido, dejando a un lado el respeto humano, pedir un préstamo a Pieter. En una palabra, me he juzgado. Porque ¿quien más que yo va a juzgarme, cuando mi pequeña conciencia moral no está aquí? Gracias, dulce pequeña, gracias por su pobre dinerito, me alcanzará cómodamente hasta fin de mes.

En cuanto a los tormentos literarios, aquí están. Es acerca de Malraux, claro. Me saca de quicio porque se me parece demasiado: es como un Juan Bautista del Jesús que sería yo, ¿se da cuenta? En una escena, por lo demás execrable, de *La esperanza*, dice: «La edad de lo fundamental vuelve a comenzar... La razón debe ser *fundada de nuevo*».

Naturalmente, esto es lo que él hubiese querido expresar a lo largo de su novela, pero nada. Sólo que, desde el punto de vista en que actualmente me coloco, también yo quisiera que mi novela expresara que nos hallamos en la edad de lo fundamental. Es lo que pienso, usted lo sabe; estos días pensaba que sólo ahora se podrán sacar las consecuencias de la pérdida de la fe. Pero en este primer tomo de la novela no aparece nada de todo esto, y es una pena. La causa no está en un defecto técnico, sino lisa y llanamente en que cuando estalló la guerra yo estaba empantanado. Es una obra husserliana, y como uno se ha hecho adepto de Heidegger resulta un tanto repelente. O sea que mi novela me asquea un poco. Intentaré meter lo que pueda de todo eso en el monólogo de Mathieu que tengo que rehacer, pero temo que el conjunto no resulte para nada existencial. Suerte que está terminada. Envidio el valor de tipos como Kafka que podían decir a sus amigos, fríamente: «Cuando yo me muera quemad mis escritos». En cambio yo, por descontento que esté de mi opúsculo, no me planteo en absoluto que no se publique, dado que lo he terminado. Y es gracioso porque dejaré que se edite con un defecto de fondo, mientras que no toleraría que saliera con un defecto técnico.

Por lo demás, hoy no he hecho casi nada porque empiezo un capítulo de veras, el capítulo Marcelle, y no es lo mismo que poner parches. Ha vuelto a asaltarme ese rechazo que usted conoce como yo. Todos los pretextos me resultaron buenos para dejar el trabajo, incluido el de lavarme, que de ordinario no entra en consideración. En resumen, a las tres de la tarde abandoné mi tarea y me fui a bañar. Después lo único que hice fue jugar al ajedrez, con el pretexto de que por la mañana se está más lúcido. Y después estuve en La Rose y viví un momento formidablemente poético, existencial y todo lo que le plazca. Es verano, mi pequeño Castor, un curioso verano en broma. Había tipos en masa, muertos de calor. La sala estaba oscura, como cuando cerramos los postigos en verano para protegernos del calor. Y esto es todo. Pero no: figúrese que estando allí comía yo una tortilla con sus pobres dineritos sentado en una mesa larguísima, y el sabor campesino de esta tortilla mezclado con el de la miga de pan fresco me trajo un recuerdo muy antiguo: la época en que comía por la noche, en Saint-

Germain-les-Belles,[19] en medio de un calor estival, en la punta de una larga mesa semejante, tortillas a la campesina con una maestra lemosina. ¡Qué lejos está eso, mi pequeña flor! Me sentí de lo más conmovido. La quiero, mi dulce Castor, la quiero con todas mis fuerzas y es como un sentimiento muy joven y a la vez, un viejo amor fogueado que ya ha pasado por muchas cosas. Qué pequeños éramos entonces, qué pequeños.

Hasta mañana, dulce pequeña mía. La beso con todas mis fuerzas.

A Simone de Beauvoir

Miércoles 24 de abril

Mi querido Castor

Una lluvia de buenas noticias. Ante todo, el premio es nuestro. Esta mañana compré seis periódicos, en La Rose, para conocer los resultados pero no había ni el más insignificante suelto. Ante lo cual adopté la actitud de derrota digna: «Bueno, de acuerdo, no he ganado el premio, es natural, etc.». Al volver con mi bicicleta, encontré a Paul inflando un globo y me dijo: «Enhorabuena». Hirsch de la *NRF* me había enviado un telegrama: «Le felicito por éxito. Suyo afectísimo». Pero aún no tengo confirmación oficial. No sentí nada, salvo que el mes que viene podremos comer, dulce pequeña. Ignoro por qué; quizá este certamen me desnaturalizó demasiado, quizá mi actitud de derrota digna me molestó. Es mi carácter, también: las venturas que espero y me suceden me causan cien veces menos placer que disgusto si no me suceden. No sólo en las cuestiones sentimentales pasa eso. Enseguida, una lacerante inquietud estilo «respeto humano» me traspasó como un alfiler a un insecto: ¿habrá que dar las gracias y a quién? ¿a los diecisiete, como me aconseja Pieter, o a uno solo (Thérive, por ejemplo) rogándole que dé las gracias a los demás en mi nombre? ¿Qué opina? De todas maneras, tendrá tiempo de darme su opinión porque, de todas maneras, no escribiré hasta no recibir la confirmación oficial. Desconozco la forma de pago.

Otra noticia; hoy reanudan los permisos. Oficiosa pero seriamente se habla de comenzar el tercer turno el 1.° de mayo para nosotros. En este caso estaría ahí a fines de junio, aun cuando Saint-Cyr no me convoque.

Por último —pero esto es muy personal— acabo de conocer un pequeño éxito de amor propio que está lejos de dejarme insensible: usted sabe que juego seis o siete partidas de ajedrez al día. He hecho grandes progresos y tímidamente me atreví a hacer saber al campeón de aquí por terceros que me gustaría que jugara conmigo, a ver si me daba una lección. No exageremos, no es el campeón: es el segundo. El campeón número uno está en el correo y es de clase internacional. Pero el mío le ha ganado una vez. Se presenta y dice: «esta noche a las ocho y media, si quieres. Trae tu tablero porque jugaré dos partidas simultáneas». Y me explica que él juega tres y cuatro partidas a la vez. Tras lo cual, al ver el tablero, me dice: «Juguemos una rápida para tantearnos». Nos

[19] Cuando Sartre vino a verme al Lemosín durante el verano de 1929, acabada su agregación.

instalamos y escúcheme bien, mi pequeña flor: *le gano*. No tiene importancia: fue más bien un golpe de sorpresa. Pero lo que comprobé es que la manera de jugar del tipo no se diferencia mucho de la mía. A lo mejor es más reflexivo, más ingenioso, pero no posee esa ciencia misteriosa e infusa del ajedrez que suscitaba mi aprensión y curiosidad. Yo hice una tontería —no muy evidente pero que advertí apenas hecha— y él no se dio cuenta. Si esta noche también le gano, le juro que le pediré al campeón que juegue conmigo. Imagínese: ¡este tío juega desde los 14 años seis partidas por día! Estaba molesto como un piojo, y se marchó, como buen perdedor, diciéndome: «¡Bravo!».

Éstas eran las buenas noticias. Aparte, el teniente Z., a quien le había prestado el *Diario* de Jules Renard, me dio la lata como una hora, misterioso y doctoral, explicándome que Renard era un blando. Después otro teniente, universitario, que ayer, mientras yo hacía el sondeo, merodeaba a nuestro alrededor, vino a pedirme que le prestara mis trabajos filosóficos. Así que por favor, dulce pequeña, *al recibo de esta carta envíeme por correo dos ejemplares de La imaginación*.

Esta mañana había una breve cartita suya, en represalia por mi esquelita del sábado. Pero si es usted justa, me enviará todo un paquete en pago a mi enorme carta del domingo. Es usted mala con Sorokine, cariño mío. No proteste, yo no me meto, pero pienso que habrá sido un golpe para ella no pasar la noche con usted. Una carta de T. Me siento irritado, pequeña mía: estoy *celoso* de esta personita; escribe todos los días y unas cartas sumamente cariñosas. Pero la lunar se ha propuesto endosarle de nuevo a Domínguez, está harta de tenerlo de amante y quisiera conservarlo como amigo. Domínguez la hizo ir a su casa con el pretexto de enseñarle a pintar y por supuesto le habla de su carácter. Y ella se siente oscuramente halagada. No tiene importancia, de acuerdo, y no pasará nada, pero me disgusta. No demasiado, ni me estropeó la tarde ni me puso nervioso, pero mucho no me gusta. Siempre lo mismo, antes, cuando me escribía sus encantadoras cartitas bienintencionadas, mi satisfacción sólo resultaba de mi tranquilidad. No sé querer a la gente. Salvo a usted. Claro que con usted es muy distinto, pequeña mía. Al menos, en este sentido, mi vida tendrá eso, haber amado a una persona con todas mis fuerzas, sin pasionalidad y sin embrujos pero *desde dentro*. Y tenía que ser usted, amor mío, alguien tan estrechamente mezclado conmigo que ya no se puede distinguir lo suyo de lo mío. La quiero.

Hasta mañana. La beso con mucha ternura, mi pequeña flor.

Pieter, a quien he dicho: «Estoy tan orgulloso de haberle dado una paliza a este tío que se lo voy a escribir a mi amiga», me respondió: «¿Dejas que le añada unas líneas diciéndole que no hay de qué estar orgulloso y que este tipo es un zote?». Yo le dije: «Adelante» tendiéndole un papel y él contestó: «No. Encima me va a criticar el estilo».

Marcelle está cobrando forma (tipo vieja cínica y dura).

A Simone de Beauvoir

Jueves 25 de abril

Mi querido Castor

Después del Teatro para las Tropas, he aquí la Justicia para las Tropas. Esta mañana asistí —a decir verdad llevado un poco de la oreja— a un juicio del Tribunal militar. Despacharon cuatro asuntos en tres horas y yo llegué por la mitad, a las diez, para el tercer asunto. Era en la sala del Tribunal civil. Poco público, piquete de guardia con casco puesto y bayoneta calada, y detrás una docena de soldados rasos, yo entre ellos. Seis jurados, coronel, comandante, etc., hasta soldado (porque tiene que haber un jurado del mismo grado que el reo) y además un comisario del gobierno, capitán con función de fiscal, un escribiente y un abogado. Todo eso con el casco al alcance de la mano. El casco hace las veces de toca de magistrado. Después de las deliberaciones, el coronel entra con el casco puesto y se lo quita para leer la sentencia. El coronel ceceaba y no parecía mal tipo. Un comandante silencioso, a su lado, tenía un aire terrible y gastrálgico. En la esquina el fiscal, un gordo bigotudo de lentes, de labios húmedos, reabastecía su provisión de enfado. Al reo yo lo veía de espaldas, era un soldado. Hacía de ciclista a diez kilómetros de las líneas y su función era llevar pliegos al comandante de las baterías instaladas a 10 kilómetros. Inculpación: deserción ante el enemigo. Es la más grave. Tenía una amante embarazada en una ciudad cercana (me saca de quicio no poder poner los nombres, hay que hacer perífrasis como en la poesía del siglo XVIII) y antes de la guerra vivía con ella. Ausente desde septiembre, quería casarse, pero las formalidades se sucedían y los papeles esperaban en el ayuntamiento de la ciudad en cuestión. Un día, en un ataque de desesperación y debidamente bebido, el 7 de enero exactamente, parte con su bicicleta, llega a la ciudad, va a buscar a su querida y pasa diez días con ella sin hacerse ver demasiado. De todos modos iba al restaurante con bastante frecuencia, pues tenía bastante dinero. Un buen día se encuentra con un soldado del regimiento que le dice: «Vuelve Te las vas a cargar». «Bueno», dice. Y vuelve. Habría que saber qué tenía en la cabeza mientras estaba en X. con su novia, sabiendo que por cada día que pasaba su caso se agravaba y él se quedaba igual. Pero el Tribunal no se preocupó mucho por esto. El coronel le interrogó paternalmente, con el cínico afán de desbaratar su defensa, que en efecto era idiota; el tipo decía: «Fui a buscar mis papeles, quería casarme». Lo decía con voz baja e ininteligible, de vez en cuando le hacían levantar el tono. A lo cual le respondía: 1.° si fue usted a buscar los papeles, por qué se quedó diez días con su amante, 2.° bien sabe usted que es posible casarse por poderes y sin abandonar el puesto. Irrefutable. Sí, pero ¿qué había dentro de su cabeza? Yo sólo veía su pelo moreno y de cuando en cuando una narizota colorada. Al final se puso a sollozar. Declaración de un testigo: el teniente que lo declaró desertor. Oficial de palo, espantosamente intimidado, que soltaba trabajosamente pizcas de frases. Dijo no obstante que hasta entonces, el acusado había sido buen soldado cuando no estaba bebido. El fiscal hizo una breve requisitoria, había indulgencia en la atmósfera. Pero qué gracioso es ver un gordo sacudido por una indignación a la medida. Entre arranque y arranque era almibarado y jocoso y bromeaba con los abogados, pero cuando tomaba la palabra los ojos se le salían de las órbitas. Y resultaba tanto más gracioso por cuanto aceptaba las circunstancias atenuantes y fue el primero en pedir la pena mínima. Es que en ellos la ira, lo comprendí, es un *arte*. Es sincera pero hay que saber dosificarla, abrir las válvulas con todo cuidado y progresividad. Y hay que inspirar miedo, como la danza del brujo. Hay que cerrarse a los argumentos moderadores, hacerse el ciego y el sordo, poner, la expresión terca de un ídolo. El colmo fue cuando, tras haber prevenido

debidamente al Tribunal que el general aplazaría seguramente la aplicación de la pena hasta la posguerra (lo cual equivale prácticamente a una condena en suspenso porque, si el tipo se comporta con corrección, a llegar la paz se la borrarán) esbozó simbólicamente el gesto de ponerse de rodillas y dijo: «Les *suplico*, señores del Jurado, les *suplico* que no le concedan la suspensión». Esta falta de convicción se traducía no en bondad o en una mímica de indulgencia sino en una suerte de apatía dentro de su indignación, la cual parecía estar abandonándolo todo el tiempo, y él farfullaba un poco, lo cual es tanto más divertido porque, al ventilarse el último asunto, en el que no pidió ninguna indulgencia, habló copiosamente y sin tropiezos. Todo esto sucedía en medio de una extraña luz azul debida a los papeles de este color que tapizaban las ventanas, a causa de los aviones. El abogado se levantó. Era una abogada, amiga de la familia del acusado. Una rubia más que madura, de rasgos alsacianos a más no poder y a la que muy bien se podía imaginar con un gran moño en la cabeza sirviendo *choucroute* en L'Alsace à Paris. Estaba graciosa, sola frente a esos imponentes militares tocados con casco, la guardia con bayonetas detrás de ella. Reemplazaba a un primo del tipo, también abogado pero que estaba movilizado y no había podido venir. Ella comenzó un pequeño discurso bastante hábil y escolástico acerca de la noción de «deserción frente al enemigo». Hay, en efecto, dos deserciones: la deserción en el interior, si el tipo, por ejemplo, no vuelve a tiempo del permiso estando su unidad aquí o allá, y la deserción frente al enemigo, cuando abandona su puesto en el frente. Y era divertido porque esto muestra a las claras cómo la guerra moderna vacía de su contenido nociones tan simples como la de *deserción*. ¿Había desertado el tipo frente al enemigo, o no? En 1830 era sencillo: deserción durante la lucha = deserción frente al enemigo. Pero aquí: el regimiento estaba en línea, sí, pero no había disparado ni recibido un solo cañonazo. Además, dado que las unidades se disponen en profundidad, él estaba a diez kilómetros de las líneas y en una pequeña ciudad *no evacuada*. En definitiva, exactamente como estoy yo aquí. En definitiva, *él* estaba en la retaguardia y sin embargo pertenecía a una unidad de combate. «Este hombre no ha desertado ni geográficamente, ni militarmente, ni psicológicamente», dijo ella. A lo cual el fiscal respondió sin mayor énfasis: «La distancia no tiene nada que ver. En la aviación, se es desertor a 100 kilómetros del enemigo». Nuevo desdibujamiento de la noción de deserción debido al hecho de que la unidad de distancia varía según el arma. Con lo que ganó esta respuesta de la abogada, bastante aguda: «Entonces un tipo de la D.C.A. de Nevers o de Tours *siempre* debería ser declarado desertor ante el enemigo, porque nada asegura que ese mismo día no habrá aviones enemigos sobrevolando esa parte del territorio». Hundimiento completo de la noción de deserción. Siempre el mismo truco: los antiguos conceptos de guerra ya no cuadran, salvo en un mínimo de casos particulares, exactamente como la geometría de 3 dimensiones es un caso particular de geometría de 4 dimensiones: aquel en que una de las 4 dimensiones = 0. Pero, acto seguido, ella se lanzó a una exposición, para mí preciosa pero muy desafortunada, de la personalidad del acusado: «Señores, reclamo toda vuestra indulgencia. Este hombre ha recibido una pésima educación; siempre tuvo demasiado dinero, carece de voluntad y no tiene ningún sentido del deber». No se daba cuenta de que estas «excusas» pueden valer a los ojos de tribunales civiles donde al hombre se lo toma *como es* y donde su acto es explicado a partir de su historia. Pero que en cambio eran circunstancias agravantes para un tribunal militar que toma al hombre *como debe ser* (que dicen ellos) es decir, a partir de un mínimo de *exigencias*. Dicho de otra manera;

la noción de soldado es ambigua: es a la vez un hecho y un ideal. Así que los jueces; por mejor dispuestos que estuviesen, fruncían el ceño. Más hubiera valido limitarse a explicarles que el tipo era un *buen* soldado. En resumen, el tipo había vivido entre padres que no se entendían. El padre, rico comerciante, era muy débil con él y no tenía tiempo para educarlo. La madre bebía. A los 14 años robó todo el dinero que pudo y se largó a París, donde estuvo seis años, frecuentando «gente poco recomendable». El padre murió y él no volvió para el entierro: «Veis qué débil es», decía la abogada, sin sospechar que estaba escandalizando a todos estos padres enterrables que juzgaban. Después volvió a Alsacia y se puso a convivir con esta buena mujer, una robusta mocetona que lo tenía refrenado pero que no podía impedir que bebiera. El tipo seguía sollozando, durante esta bella exposición. Como es de suponer, la víspera había pedido enrolarse en los Cuerpos francos, todos lo piden en la víspera del juicio. La abogada tenía un hablar espeso, era alsaciana y sabía bastante mal el francés, lo que en su boca resaltaba a gritos. Por otra parte estábamos profundamente convencidos de que todo esto, fiscal, abogada, no tenía ninguna importancia. La decisión ya estaba tomada. Después ella volvió a tomar asiento, preguntaron al tipo si tenía algo que decir en su defensa y él dijo simplemente, lloriqueando todavía un poco pero con voz bastante firme, que deseaba rehabilitarse. El Tribunal salió, volvió con el casco puesto mientras la Guardia presentaba armas, y el coronel leyó la sentencia balbuceando y ceceando a más no poder: el tipo se llevó un año de cárcel, sin suspensión. No lo hará, por supuesto. A los soldados del público la condena no les pareció muy severa. Decían: «Es un acojonado» o bien «Ha hecho el jilipollas» y la personalidad de este tipo hundido y lloroso ni siquiera estaba en juego; es gracioso que un tipo así haya podido *contar* para su padre, por ejemplo, que lo adoraba, para su mujer, etc. Tan gracioso como cuando uno piensa que el cuerpo desnudo de un tipo en el comité de revisión ha podido turbar a una buena mujer, ser amado en detalle. Produce una impresión burda un tipo visto así de lejos y a través de ese medio refringente que es un tribunal. Hace falta un esfuerzo para pensar que posee una *condición humana*, y esto explica, sin excusarla, la impermeabilidad de los jueces y de los políticos.

A mediodía estuve con un ordenanza del A.D. que antes de venir aquí se hallaba en su mismo regimiento. Añadió algunos detalles: el tipo en realidad —el Tribunal lo ignoraba o no prestó atención al hecho— iba *todas las noches* en bicicleta a la ciudad a ver a su mujer y volvía por la mañana. Sus compañeros lo encubrían. Y una noche se marchó como los demás y estuvo diez días sin volver. Durante cuatro días sus compañeros lo encubrieron efectuando el trabajo en su lugar. El cuarto día hubo un pase de lista y ahí lo pillaron. Pero los compañeros dijeron que se había ido esa misma mañana. El décimo día, cuando volvió, lo acechaban y le dijeron: «Sólo has sido desertor seis días. Te hemos encubierto, no te chives». Él estaba hundido, dijo: «¡Oh, qué diablos me importa!» y confesó tranquilamente ante el coronel que había estado ausente diez días. Los soldados se lo reprochan porque a raíz de esto sus compañeros han estado en chirona. El ordenanza bajó la voz y preguntó: «¿Y... no se habló de su mujer?». «No. La dejaron fuera del asunto.» «¡No me diga!

No era muy católica que digamos.» «¿Por qué?» «Lo he oído decir... Hacía una propaganda política bastante rara. Y además yo pregunto, ¿qué estuvieron haciendo diez días enteros?» Yo pregunté: «¿Cuál era la posición política de él?». Pero el ordenanza hizo silencio y no pude enterarme de nada. Ahí tiene la historia, pequeña mía. También hubo otro juicio curioso y divertido pero imagínese: a dónde iría a parar

si empezara a contárselo. Tal vez mañana, porque en definitiva mañana no me sucederá nada.

Conozco a un soldado simpático y rezongón, un parisiense de terrible acento cansino, con un dedo menos en la mano izquierda (un dedo entero, no una falange). Le he dicho: «¿A pesar de eso eres del servicio armado?». «Sí. Y te lo digo, mi viejo no es tonto, se ha movido. Nada que hacer.» «¿Pero por qué?» «Los de Ivry somos rojos, y nos dan garrote para que escarmentemos.» Lo veo en el café. Me desprecia con cordialidad porque soy de un C.G. El es de la Infantería. Ayer le dije: «¿Vienes al Tribunal, mañana?». Me contestó: «¡Ah, no! ¿Para ver la Justicia de los hombres...? Me da asco, colega».

Repugnante, no es, es gris polvo.

Sepa usted, dulce pequeña, que tras mi bello himno de gloria de ayer mi adversario-campeón me ha zurrado tres veces al ajedrez. Pero paciencia: no está todo dicho. El bueno Pieter echaba espuma, me soltaba patadas bajo la mesa y al final me dijo: «Tienes que dejar de jugar, esta noche estás jugando como un zopenco: yo no juego bien pero tomo tu lugar». Y aguantó que le ganara, heroicamente, para dejar que yo recuperara mis ánimos. Pero cuando los recuperé, eran las diez y media y el tipo nos echó a la calle.

Y esto es todo, mi dulce pequeña. *Le Journal* anuncia que al señor J.-P. Sartre, autor de *La Rangée*, le adjudicaron un premio de 5.000 francos. Me temo que se trate de *dos errores* en tan pocas palabras.

Nos marchamos dentro de tres o cuatro días. A nuestra residencia de invierno. Parece que en primavera es encantadora. Me encanta volver a estar ahí. También estaremos en el Hôtel Bellevue. Considere esto como una *buena* noticia.

Hasta pronto, mi dulce, mi querida pequeña. La quiero.

A Simone de Beauvoir

Viernes 26 de abril

Mi querido Castor

Día sin historia, como ayer preveía. Un tiempo fresco bastante agradable, horas tranquilas y vacías. Fui a La Rose y supe por la radio que los Aliados recibieron una buena paliza en Noruega. —Pero no tiene importancia, lo que importa es el conjunto de las operaciones y no los éxitos o reveses locales.— Leí los periódicos y vi en *L'Époque* que el Premio populista me fue adjudicado por nueve votos. Pero la frase está construida de tal manera que es imposible saber si fue por una mayoría de nueve votos —lo que significaría 13— o por nueve votos en total. De cualquier forma, he resuelto el problema: Duhamel es el presidente del Jurado y le escribiré una carta que será para todos. Me repugna un poco tener que escribirle a este tipo pero de ninguna manera le daré las gracias *a él personalmente* (más cuando es probable que no haya votado por mí, Paulhan dice que me es completamente hostil). Le daré las gracias *por el jurado populista* y como Presidente. ¿No es lo que corresponde? Sigo esperando, por otra parte, una notificación oficial. Esta mañana el único correo que me llegó fue su carta y la de T.

Después de La Rose, sondeo y luego el trabajo. Esta tarde he estado esperando al

campeón de campeones de ajedrez (al *verdadero* campeón), pero le habremos parecido demasiado novatos y no se molestó. Así que trabajé varias horas y pronto habré terminado el capítulo de Marcelle. Creo que su carácter está mejor. En el sentido de que lo hago menos circunstanciado y más patético. En definitiva, la primera Marcelle era un papel de composición con rasgos de carácter cómicos. Ahora Marcelle es más bien una situación: una mujer enferma, avejentada, que se siente frustrada, forzada a quedarse en casa debido a su salud, que cela un poco a Mathieu por estar sano y que pretende —sin feminismo, sólo por reacción contra su condición de mujer y de persona enferma— no dejarse dominar y que sobre todo desea apasionadamente un crío que dé sentido a su vida, pero que está apresada en una trampa porque tienen acordado desde hace mucho que si venía uno lo eliminarían. Amén de esto, se rechaza a sí misma porque está enferma, porque se sabe desprovista de atractivos, etc. Y sobre todo porque su vida es absurda. También ella es, a su manera, *negra*, pero no es una apariencia. Y además se siente trabada: no puede hablar de sí misma. Y quiere mucho a Daniel porque Daniel es el único que consigue interesarla en ella misma. Me parece que con el patetismo de la situación, este carácter antes *típico* que particular debe alcanzar. ¿Usted qué piensa? Me dirá sin duda que habrá que ver. Y también dejo un fragmento de conversación con la madre pero sus relaciones son muy diferentes (no sé exactamente cómo serán, esta parte no está perfecta pero en todo caso será muy corta: seis o siete páginas). Y el capítulo en total no tendrá mucho más de diez. ¿Le parece bien? Y por eso incluyo en el curso de la novela dos conversaciones telefónicas Marcelle-Mathieu, para hacerla presente (ya he hecho una) y además, en el primer capítulo, insisto en las relaciones Marcelle-Mathieu (se han hecho el propósito de decírselo todo pero él se forjó por su propia cuenta su lucidez, a él algo le impulsaba a ello y no se percató de que ella no lo seguía). Esto restablecerá un poco las cosas. Pero estoy contento de que la novela esté terminada: ya no la escribiría así. Me sorprendió usted el otro día, pequeña mía, cuando dijo haber comprendido cómo mi deseo de pensar el mundo por mí mismo se *historizaba* a través de toda mi vida. Y me impresionó poco, me animaría a decir, en lo que me concierne (uno es modesto), pero si como algo de que Mathieu carecía. Él no se historiza. Quiero decir: 1.° que se lo aborda en un período de crisis; 2.° que sí se va a historizar en los volúmenes siguientes. Pero justamente lo que está en cuestión es la concepción general del libro. En el fondo hay que tomar a los héroes desde la infancia o utilizar trucos. Los suyos se historizan más que los míos.

A propósito de los suyos, me alegra tanto, dulce pequeña, que pronto vaya a entregarle 400 páginas al bueno de Brice Parain. ¿Quiere que yo le escriba por mi lado? No se olvide de que es soldado (ciclista en París) y de que sólo se le puede ver, creo, entre las cinco y las nueve y el domingo. Si rebusca en el montón de cartas que le llevé, seguramente encontrará su dirección militar. Si no, escríbale por intermedio de la *NRF*. Sólo perderá un día.

Esta noche he trabajado un poco más. Y mire, he vuelto un poco al cuaderno. Únicamente para señalar, a propósito de Malraux: que las categorías cardinales de la ética son: *ser*, *tener y hacer*. Y que entre ellas existen sutiles lazos dialécticos. Ejemplo: Malraux: es preciso elegir entre *ser* y *hacer*, Rougemont a propósito de Don Juan: él *no era* bastante para *tener*. De tarde en tarde introduzco una notita. Pero a lo sumo hay diez páginas escritas desde la vuelta del permiso. Está muy bien. Me tomo tres meses de vacaciones: termino la novela. Y después retomaré el cuaderno. Estaré bien fresco para volver a él y los XV ya escritos serán cosa del pasado. Es gracioso cómo vive uno con

más naturalidad cuando no tiene un cuaderno a sus espaldas, cómo los incidentes se desvanecen no bien vividos y cómo en el fondo, en un sentido, la autenticidad es asunto de diario íntimo (sin embargo, no crea que lo desprecio).

Esto es todo, pequeña mía, cuatro páginas hechas con nada, como *Bérenice*. Le podía haber contado el segundo juicio de ayer, hubiera sido mejor, pero se me ha enfriado un poco.

Escuche bien, pequeña flor. Cuando cobre el dinero del liceo, tendrá que enviarme con urgencia mil quinientos francos. Justo eso porque les debo 1000 a Pieter y Paul y necesito quinientos para vivir. Y además, añada un libro a la lista de los que ya le pedí (hace unos ocho días): *Guillermo II* de Maurice Muret. Me interesa, después de haber leído el de Ludwig. Necesito libros, cariño mío. Languidezco sobre *La esperanza*, llena de ideas pero muy aburrida. Le falta poca cosa, a este tipo, pero Santo Dios cómo le falta.

Me ha gustado mucho escribirle, dulce pequeña. Más que ayer todavía, porque ayer había anécdotas y, en el fondo, nunca me gusta tanto escribirle como cuando no tengo nada que decirle. Puro vicio, dirá usted. Pues no, es que me recuerda nuestros caminos trillados, me da la impresión de estar hablándole. Cuánto la quiero. Le decía que estaría en París el 15 de julio porque van a reanudar los permisos y el tercer turno comienza oficialmente el 15 de mayo. Como tienen que pasar más o menos dos meses antes de partir, deduzca.

Hasta mañana, mi dulce pequeña. La quiero con todas mis fuerzas.

A Simone de Beauvoir

Sábado 27 de abril

Mi querido Castor

Un poquito de máquina de escribir para variar. También porque escribiré a mano cartas oficiales dando las gracias por el premio. He recibido una carta muy amable del director de la revista que afloja la mosca: *Les Cahiers de París*. Y también, por desgracia, *Les Cahiers de París*, número de marzo. El laureado con el premio de Poesía populista le había cedido algunos de sus versos. Si yo soy el equivalente en prosa de este poeta coronado, le juro que en cuanto se restablezca la paz me dedicaré a la Industria. Y la Revista misma es terrorífica. Parece una revista de farmacéuticos mecenas que pagan por verse impresos, como Church, pero con nada más que Church. Sólo le falta un anuncio de los supositorios Midy. Me deprimió un poco porque a fin de cuentas estoy comprometido, y la cortesía exige que yo también, laureado en prosa, ceda algunas sobras a la Revista que me suelta la pasta. Sea.

Mientras tanto, en esa carta tan amable, el señor Picard no dice palabra sobre el dinero. Llegará en su momento, espero, pero ¿en qué momento? En suma tenemos cuatro mil francos de *esperanzas* contando sus horas extras.

Fuera de esto, no tengo absolutamente nada que decirle, salvo que la quiero con toda el alma, mi pequeña flor. Seguimos en trance de partir para el Hôtel Bellevue y un tanto agitados. Me encanta. Tendré mi habitación donde podré encerrarme cuando quiera y además volveremos a ver ese sitio después de que otros roedores lo habitaran durante

tres meses, tengo curiosidad por ver en qué estado, lo dejaron. Y también volveremos a ver a Charlotte, quien en febrero, viéndonos partir, decía: «Ay, no veré más a mis lindos aviadores». Le haré un pelín de corte platónica, si cree usted que esto es compatible con la autenticidad. Era una chica decente y estamos un tanto ansiosos por saber en qué la habrá convertido la División bordelesa que nos sucedió.

Trabajé todo el día y luego, al final de la jornada, fui a que el campeón de ajedrez me diera una buena paliza. El trabajo marcha bien. Creo que Marcelle saldrá adelante. En cualquier caso, pienso que se entenderá el que ella sea importante para Mathieu: es su virtud. A pesar de ella. Esta noche, en La Rose, había una decena de ingleses de la Infantería naval, acantonados a unos kilómetros de aquí. Todos bebidos, sin saber una palabra de francés y encantadores. Y los soldados franceses se mostraron bastante simpáticos con ellos. Los protegían un poco y les explicaban cosas que los otros no comprendían en absoluto; y a la vez estaban fascinados como niños porque se trataba de ingleses. Uno estaba en nuestra mesa. Ponderaba los méritos de nuestro burdeos. «Sí—dijo un soldado francés—, pero al día siguiente...» Y puso cara de estar sufriendo una insoportable jaqueca. «¡No!», dijo el inglés. Y sacó de su bolsillo, con aire portentoso, una cajita de aspirina. Todo el mundo quedó subyugado, camareras incluidas, se pasaban de mano en mano la caja de aspirina comentando: «Qué cosa el humor inglés». Volvimos y encontramos a Paul absorbido en una partida de ajedrez con Courcy. También él tiene a mi respecto un complejo de identificación por odio. La máquina de escribir, el ajedrez, lo aprende todo quince días después de que yo me haya puesto a ello. Sencillamente porque él es licenciado y yo catedrático. Ayer discutimos sobre una pequeña cuestión tipográfica: yo estaba equivocado y él tenía razón. Se pintó en su rostro una expresión tal de beatitud, que los secretarios, carentes no obstante del sentido de los rostros, se sorprendieron.

Esto es todo, mi dulce pequeña. Qué cosecha más pobre. Pero no lo puedo hacer mejor, a menos que invente. Además, estos últimos días ha recibido unas cartas larguísimas. La quiero, querido amor mío, la quiero con todo mi corazón. Me gustaría tanto verla. Estoy impaciente por saber qué dice de su novelita Brice Parain. Hasta mañana. La beso con todas mis fuerzas.

P. D.: Partimos probablemente el martes. Puede que ese día no tenga carta.

A SIMONE DE BEAUVOIR

Domingo 28 de abril

Mi querido Castor

Otra jornada sin historia. He trabajado y he jugado al ajedrez. Esta mañana me animé a jugar dos partidas *a la vez,* y gané las dos. Esta noche, en cambio, Hantziger me ha ganado sin esfuerzo tres veces seguidas. Estuvo usted muy razonable, pequeño juez, en su carta. ¿Cómo era? Algo así como: o bien su campeón es un campeón de veras y usted no le gana. O bien usted le gana y él no es ningún campeón. A decir verdad, querida pequeña, él *no es* un campeón y *me gana*. He halagado infinitamente a Pieter leyéndole el pequeño pasaje de su carta que le concierne. A raíz de esto hoy la llamaba

«Señorita de Beauvoir», en vez de decir «tu amiga», como de costumbre. También él piensa que no hay de qué estar orgulloso. En realidad, a aquel tipo le gané una vez y por sorpresa. Después, palizón para mí todas las veces. No quiero dejar el capítulo del ajedrez sin mencionar una sorprendente reflexión de Mondange, el nuevo secretario, un tipo estupendo pero no muy fuerte de materia gris. Con sumo esfuerzo ha aprendido estos días el movimiento de las piezas y los rudimentos, y sigue nuestras partidas con interés. Esta mañana, cuando jugaba mis dos partidas simultáneas con Hantziger y Pieter, dije: «Dadme las blancas, me lo merezco». Ellos contestaron: «Sí, te lo mereces». Y Mondange, perplejo: «¿Qué ventaja tienes con las blancas? Si *son más visibles*». Lo encuentro muy bueno.

Su cartita me ha puesto muy contento, referente a Brice Parain. ¿Así que dice que se acepta, en una palabra? No ha dudado un segundo. Después de haberse comparado con Claire Francillon, podrá usted compararse todo cuanto quiera, en sus horas de taciturnidad, con Marie-Anne Comnène, que es la gran autora de la *NRF* y que ha escrito una *Grasca* igual de largo que su novela. Sería un placer tan grande, pequeña mía, ver un grueso volumen «Simone de Beauvoir—y el título». ¿Qué título? Pero no tiene la menor importancia, la *NRF* se lo encontrará. Ellos siempre encuentran el título de la primera novela que uno hace. A propósito: le gustaría que intitulara (ya la veo protestar. Imagínese, pongo una cara ladina y confusa y la miro de reojo). Le gustaría que intitulara la serie completa de los Mathieu: «La grandeza»? Ya lo sé, es una locura y una tontería. De todos modos, déme su opinión sin reñirme demasiado. Porque al fin y al cabo se tratará más de la autenticidad que de la libertad propiamente dicha. Envíeme ese sueltito de *Paris-Midi*: aquí nunca reciben *Paris-Midi*.

He recibido una carta de Léon Lemonnier, del Jurado populista, quien me enviará los 2.000 francos. Pieter dice que jamás consentirá en mandárselos a usted. Así que haré que me los envíen y acto seguido se los haré llegar. Con el juego de envíos y reenvíos cuente con el dinero para alrededor del 10. Él me dice: le enviaré el dinero por cheque postal o bien por transferencia a su C.P., si la tiene. Naturalmente, no la tengo. Así que mandará un cheque postal. Pero sáqueme de una duda: ¿el cheque postal se cobra inmediatamente, no es verdad?

Marcelle avanza, creo que será conmovedora y un poco repugnante. Me parece que está bastante bien pero he cometido un error tan grande con el Prólogo que ya no me atrevo a asegurar nada. No me va nada bien estar lejos de usted, pequeña consejera. En cualquier caso se me ha ocurrido una idea para simplificar: la madre no sabrá nada. Por qué complicar tanto a diestro y siniestro. Y además la madre aparecerá tan sólo al final del capítulo. Me provoqué náuseas, anoche, a fuerza de describir las de Marcelle. Echaba mi lengua hacia atrás y sacaba los labios para afuera para ver bien el movimiento.

En cuanto a Saint-Cyr, cariño mío, pues bien, los asuntos de Pieter parecen estar muy bien encaminados (hay que calcular tres meses para una llamada. Es lento). Sólo que es imposible saber si los asuntos de Pieter son *nuestros* asuntos o solamente los suyos. Ni él ni su mujer lo saben. Si quiere aclararse bien sobre el tema, vaya a verla 255 rue des Pyrénées. Hay un senador de por medio.

Esto es todo, pequeña mía. Tania hace cuatro días que no me escribe, he consumado una ruptura interior y tampoco le escribo más. De manera que no conozco esa historia de la pareja que la tomó por una americana. Cuéntemela en dos palabras, si no le molesta.

Me pide usted una lista de libros. Aquí va:

Samuel Pepys: *Diario*
Muret: *Guillermo II*
Kierkegaard: *Diario de un seductor*
G. Blin: *Baudelaire* 2 *Imaginaciones*
Chamson: Diario de guerra (se titula *Quatre mois*, creo. Flammarion)
Charles Braibant: *Lumière bleue* (Diario de la guerra, 24 de agosto - 15 de diciembre de 1939).

Es todo lo que veo por el momento. Pero con mi novela y *cuatro* sondeos diarios, tendré seguramente para un mes. Ah, sí:
el de Van Dine: *Asesinato en el jardín*
y además averigüe si «L'Empreinte» ha sacado algo bueno este mes, me gustaría una o dos novelas policíacas.

Hasta mañana, amor mío. Sus cartitas son embrujos para mí, me devuelven todo París y nuestra pequeña vida que tanto me gustaba y me la devuelven a usted. Sigue usted viviendo *por mí*, lo sabe. Estoy en el Flore con usted, o aun en el Sacré-Coeur, como la otra noche (seguro que iremos, ya lo estoy disfrutando). Es usted mi pequeña flor. La quiero.

A Simone de Beauvoir

Lunes 29 de abril

Mi querido Castor

Es un hecho, partimos mañana por la mañana. Zafarrancho a las cuatro y media dé la mañana, apilar los bagajes hasta las cinco y media —una auténtica mudanza con muebles y todo—. Después, a las seis y media, partimos. Estamos muy contentos, realmente. El aula donde le escribo es un verdadero campo de batalla, las mesas han desaparecido y hay, en su lugar, bultos, cajas, paquetes que se apiñan unos sobre otros. Fuimos a la ciudad a despedirnos, pero ya se oyen por todas las esquinas unos «Adiós, tú» de acento bórdeles, se ven morenitos regordetes de mejillas azules en vez de los mocetones rubios que de costumbre andaban por aquí (la nuestra es una división semialsaciana, semiparisiense) y la ciudad ya no nos pertenece. Los bordeleses vagan por esta ciudad que no conocen; curiosos, miran con concupiscencia todos esos objetos que de tan familiares ya casi nos repelen; aún se muestran tímidos con la pelirroja de La Rose y no saben que la gran foca rubia que sirve las Cenas se llama Anna. Y además están todos medio bebidos, porque vuelven del sector y hace como tres meses que no ven café ni mujeres. Estamos un poco perplejos y sentimos que la ciudad ya no es nuestra, ellos se irán habituando de a poco, empezarán pellizcando con disimulo y después abiertamente el trasero de la pelirroja y, al final, estarán como en casa. Yo ya tengo en los ojos el paisaje que se ve desde el Hôtel Bellevue y se me hace poético. Y

además se avecina la estación de los mosquitos y me alegra mucho librarme de ella.

Fuera de esto, cariño, ¿sabe que hoy no he recibido su carta? Había una de Tania inmensa, contándome con lujo de detalles la historia de la pareja que la tomó por una americana. Así que no me la cuente, si todavía no lo ha hecho. Y también unas líneas avinagradas de Catinaud preguntándome por qué no le escribo. Eso fue todo. Un verdadero pequeño vacío. Más cuando mañana las cartas vendrán muy tarde, a causa del traslado. Pero tendré dos.

Haremos 4 sondeos por día: a las 8, 11, 16 y 21, y somos sólo tres, será bastante trabajo pero de todas maneras dispondré de mis cinco o seis horas libres por día para ocuparme de mi novela. Reduciremos el ajedrez, que se estaba volviendo alucinante; verá usted, es como una cancioncilla que no nos podemos sacar de encima en todo un día. Hoy he jugado *nueve* partidas (porque esta tarde mi novela estaba embalada). Estoy saturado. Se acabaron los desayunos, se acabó la radio pero tanto mejor. Estaremos en el campo. Sólo me faltan unos cuatro libros para sentirme enteramente feliz.

Nada más, pequeña mía. De una cosa a otra finalmente suprimí del todo a la madre de Marcelle, no cumple ningún papel, de hecho, puesto que no se le dice nada. Será un capítulo condensado pero espero que eficaz (ocho páginas). Está terminado. Ahora trabajaré en el 3er capítulo (Mathieu-Sarah-Brunet) y me divierte mucho más.

Mi dulce pequeña, cuánto la quiero, de veras que falta algo cuando no hay carta suya. Pero uno sabe que está en camino, pequeña irreprochable, y uno disfruta de antemano de la dos que llegarán mañana. La quiero, beso con todas mis fuerzas sus viejas mejillitas, cuánto querría verla y cogería en mis brazos.

A SIMONE DE BEAUVOIR

Martes 30 de abril

Mi querido Castor

Aquí me tiene, instalado en el Hôtel Bellevue, tras un viaje sin historia. ¿Por qué es una buena noticia? Oh, no es ningún misterio: por ejemplo, imagínelo, porque tengo una habitación para mí solo en la que puedo estar todo el día. Hoy prácticamente no he hecho otra cosa que dormitar, pues esta noche había dormido poco, pero, verá usted, es formidable tener cuatro paredes alrededor de uno y dentro nada más que uno mismo. Hace ocho meses que no me sucede. Es un coqueto cuartito, con papel jaspeado, una cama, una pequeña mesa, un jarro y una palangana, una mesilla de noche y un florero. Estoy en la gloria. A pesar de todo, escribí un poquito durante el día, por el placer de sentirme trabajar solo. Pues bien, es formidable; qué desgaste nervioso representaba aquello, la obligación constante de tender una barrera entre los gritos y rumores de los tipos y mi trabajo. Aquí es encantador y he tenido unas pequeñas ocurrencias felices.

Partimos a las siete en autocar, tras haber cargado cajas desde las cinco. Yo estaba con un pequeño y borroso malestar de hígado, no doloroso pero un tanto inquietante que ahora se ha pasado. Llegamos a las 8 y de nuevo con las cajas a cuestas toda la mañana, después me afeité bien y me lavé para presentarme ante Charlotte con mi mejor aspecto; aún no tenía mi habitación, que recibí hacia el mediodía, estaba

exultante. Las ventanas dan al Parque del Establecimiento termal. Es gracioso encontrar ahora reverdecido y oliendo a verde a pleno pulmón este campo al que había dejado cubierto por la nieve. Nunca en mi vida sentí tan intensamente lo que son las estaciones. Me impresiona. No hay edad para descubrir las verdades primeras. Estuvimos, pues, en el local de Charlotte. Pero allí, amarga decepción: nos sonrió apenas, en lugar de la solicitud gozosa que dábamos por sentada y además estaba muy fea con los rasgos tirantes y la boca en un rictus. Supusimos que un bórdeles se había adueñado de su corazón y se lo había llevado y, para martirizarnos más, hasta llegamos a pensar que se trataba de un sondeador que, aprovechándose de la estima que habíamos sabido inspirarle hacia este cuerpo militar, había transformado esa estima en un sentimiento más tierno en beneficio suyo. Pero, según las últimas noticias, lo que pasa es que hace tres días que está con un terrible dolor de muelas y no ha pegado el ojo en tres noches.

Volví sobre las dos, jugué dos partidas de ajedrez, comencé un poco mi novela (no estaba de servicio) y dormité en mi cama. Pieter me despertó trayéndome dos cartas suyas, una larga y una pequeña, quedé encantado. Pequeña mía, 1.200 francos serán suficientes porque tomaré lo que necesite del dinero del Premio populista y le enviaré el resto. Cuente con 1.600 francos que recibirá el 5 o el 6. Pronto le enviaré también el *Diario* de Jules Renard. En cuanto a *Dostoievsky*, estoy dudando: se lo había prometido a T., pero si se lo doy a T. ¿cuándo lo tendrá usted? Tal vez lo mejor sería enviárselo a usted, que lo lea rápido y después se lo pase. Naturalmente, habrá que comprar el *Diario* de Kafka en cuanto aparezca.

Esto es todo por hoy, querida pequeña. Muy poco detallado pero me caigo de sueño. Ah, sí: por favor, envíeme con *urgencia* dos paquetes de sobres y dos o tres blocs de papel igual a éste porque aquí no hay cómo abastecerse y no me queda casi nada, incluso no sé cómo haré para esperar la llegada de su envío. Cuando salga el de Kafka, tendrá que agregarle *Temor y temblor*[20] y el *Tratado de la desesperación*}

Querido amor mío, mi dulce pequeña flor, la quiero con todas mis fuerzas. Hasta mañana, beso toda su querida carita.

A Simone de Beauvoir

Primero de mayo

Mi querido Castor

Le escribo temprano, hoy, no son aún las seis. Recién acabo de arreglar el capítulo III y lo pasaré a máquina esta noche a las nueve, después del sondeo. Avanzo a pasos agigantados. Si esto sigue así, el 1.° de junio habré terminado. Pieter se lo llevará al llegar con permiso a París y enseguida tendrá que entregárselo a Parain para que se lo dé a Gallimard y a Paulhan. No sin haberlo releído, sin embargo. Y criticado. Respecto de las críticas, es probable que sean de dos clases: por un lado las palabras que se deben suprimir, o pasajes. Sabe usted que siempre los hay. A éstas les puede dar curso usted misma. Tiene carta blanca para tachar, borrar, rayar, todo lo que quiera. Y después las

[20] De Kierkegaard.

otras, más importantes y difusas sobre los pasajes que «no van». Con éstas: tenga la bondad de consignarlas enteras por escrito y de enviármelas, y yo haré las correcciones sobre las pruebas para ganar tiempo, porque si tengo que esperar a mi paso por París para traer de nuevo el manuscrito, corregirlo y mandarlo otra vez, no acabaríamos nunca. De esta manera el libro tendría que salir en octubre y seguramente aparecer por entregas en la *NRF* a partir de julio o agosto. No me quedan por hacer o rehacer más de cincuenta páginas: el capítulo Mathieu-Daniel, el capítulo Daniel-Marcelle, el capítulo Marcelle sola, el capítulo Marcelle-Mathieu. De esto me ocuparé en mayo.

He recibido el articulillo de *Paris-Midi*, me lo envió *Lit tout* para seducirme. Pero si con todos los abonados eventuales procede igual que conmigo, no debe de conseguir muchos clientes, pues los artículos más divertidos o más raros los envía por paquetes enteros, y siempre con propósito de seducir, a los no abonados. Estaría muy bien provisto si toda mi vida *Lit tout* me enviara así las curiosidades de la prensa. El artículo es gracioso. ¿Pero quién lo escribió? ¿Quién puede conocer la existencia de los Cuadernos? ¿Chonez? Me ha divertido.

Aquí hay jaleo con las habitaciones; quieren alojar a unos suboficiales y mucho me temo que al final tenga que compartir la habitación de Pieter. Me destrozaría irremisiblemente el corazón, me sentía tan feliz en ésta. El ataque no es contra mí sino contra Pieter, por haber querido pasarse de listo y retener la habitación de dos camas para él solo, a riesgo de ser expulsado y reemplazado por dos suboficiales. En cuyo caso me pediría que fuera a su habitación, única manera de poder conservarla (la cosa es aún más complicada y hubo broncas entre ayudante y sargento radiotelegrafista, pero sin interés ninguno. Lo único que importa es que corremos el riesgo de acabar en una habitación de dos camas). Me defenderé como un condenado, no tema. Además es curioso cómo en la vida militar —yo que en la vida civil era el señor Plume[21]— me he vuelto tramposo y feroz. Todos me tienen un poco de miedo y yo me aprovecho.

¿Qué hice, aparte? Sondeos; pero ahora nos han puesto el teléfono en nuestro pequeño despacho y es cómodo, los transmitimos a las baterías sin tener que molestarnos. Ya ni salimos de nuestros locales. Le escribo en mi habitación, sentado en una mesa con forma de media luna, la ventana abierta al parque del Establecimiento termal; veo árboles verdes, grises y violetas y veo pasar coches y motos y oigo pasos y voces, es sumamente agradable. ¡Ruegue a Dios, dulce pequeña, ruegue a Dios que conserve todo esto! Cierto es que, cuando reciba esta carta, mi suerte estará decidida. Pero, por ahora le juro que es una vida increíble: con este teléfono y estos cuartitos resulta absolutamente monacal; no se ve ni un oficial, ni un soldado, apenas si nos vemos entre nosotros. Y además, único elemento mundano: el almuerzo en el restaurante de Charlotte. Hoy se mostró más amable y me dijo con tono enfurruñado: «Echando de menos Brumath, ¿eh? En Brumath hay mujeres». Una pequeña ventaja para aprovechar pero Pieter se quiso hacer el galán y lo echó todo a perder.

Ah, quería decirle una cosa: qué mala es usted con la sordomuda[22] mi pequeña flor, usted y Sorokine. Los pasajes de sus cartas referidos a ella son de lo más duros y crueles —cuando uno es sensible, el corazón se le estruja todo—.

Nada más. Parece que las noticias de Noruega son pésimas. Pero fue Paul, el sorderas pesimista, quien lo oyó por la Radio. Yo espero los diarios de mañana. Lo

[21] Personaje de Michaux.
[22] Una alumna sorda e idiota que me perseguía. Fue internada poco después.

habrían hecho muy mal.

¿Y qué otra cosa, mi dulce pequeña? Ninguna. Que sus cartitas me gustan, amor mío, y que las necesito. La quiero. También yo siento a menudo tanta necesidad de verla que pienso que no es posible no verla pronto. Pero enseguida me pongo razonable. Pues no, mi pequeña flor. No antes del 15 de julio, me temo. Y los asuntos de Saint-Cyr me parecen bastante adormecidos. Pero pienso que para el 15 de julio dejaremos esta estancia monacal para ir de largo descanso y que allí podrá usted verme.

Hasta mañana, querido amor mío. Ahora le escribiré a Catinaud. No a T., que no me escribe. Envíeme muchos libros.

Beso sus mejillitas.

A SIMONE DE BEAUVOIR

Jueves 2 de mayo

Mi querido Castor

Espero que este papel no le dé demasiado asco: estoy esperando su envío para usar de nuevo un papel de cartas humano. Esto es la *ex* hoja de comprobación de sondeo. Ahora tenemos unas más bonitas y cada una con un pequeño gráfico individual.

Querida pequeña, hoy he tenido muchas pequeñas alegrías. Esta mañana primero una pequeña alegría económica: la *NRF* me ha pagado por fin el artículo sobre Giraudoux: 500 francos. Así que tendrá usted los 2000 francos *íntegros* y podrá llegar a fin de mes. Le devolveré también los 300 francos que calculaba enviarme, si es que ya salieron. Todo se está arreglando y no volverá usted a pasar el miserable fin de mes que tuvo en abril, pobre pequeña flor —y que me partía el alma—. «Tengo 14 céntimos en el bolsillo», «He cenado un pastelito de arroz». No, mi pequeña: no este mes, este mes tendrá bistec y la buena *toulouse* Esaü del Dôme. Me encanta cuando me habla de esos platos «suculentos» o «deliciosos» que come. Lo que más me conmovió fue una vez que dijo que en casa de sus padres se había dado un *festín*. Y cuando uno sabe cómo cocina su madre, tiene que pensar que era usted una pobre muerta de hambre. Segunda pequeña alegría: su carta del martes, tan tierna, querido amor mío, tan tierna y tan conmovedora. Ah, pequeña mía, cómo «padezco su martirio y gozo con su amor, mi amable Castor». Pienso como usted que falta mucho para el 15 de julio. Pero, después, si no se cumple lo de Saint-Cyr, al menos es *seguro* que iremos de descanso largo. Y seguramente podrá componérselas para venir por unos cuantos días. Pequeña mía, también usted es mi universo. No creo que se pueda estar más unidos, más hondamente y de más formas de lo que lo estamos. Hemos tenido suerte. Tercera pequeña alegría: los libros. De inmediato comencé el de Muret, es menos inteligente y más neciamente parcial que Ludwig, pero cuenta historias que no están en el otro y de ese modo obtendré un excelente conocimiento de Guillermo II. ¿Está leyendo el de Ludwig? Tiene que hacerlo. En su momento le devolveré el de Muret. Esta noche encenderé la vela en mi mesilla de noche y comenzaré el de Van Dine. ¿Por qué una vela, si tengo electricidad? Porque me gusta leer a la luz de una vela antes de dormirme, es íntimo y campesino.

Se equivoca mucho compadeciéndose de mi suerte, pequeña mía. Estoy privado de usted y es un auténtico pesar. Pero no más que lo está usted de mí, vaya una cosa por la otra. Y en cuanto a lo demás, ante todo creo que soy el tipo que menos sufre todos estos pequeños vacíos (falta de distracciones, de conversación, etc.) porque tengo la sangre fría y además porque siempre he cultivado la modesta poesía del recluso, a la manera de Silvio Pellico (se conmovía con una flor, creo, que veía en el patio de la cárcel). Y, aparte de todo eso, es increíble lo bien que estamos aquí. Primero —toquemos madera— creo que conservaré mi habitación. Un solo riesgo: los oficiales se habían reservado las hermosas habitaciones del Establecimiento termal dejándonos este hotel de segunda categoría. Pero resulta que en su palacio hay chinches y están rascándose todo el día. Tenemos miedo de que empiecen a codiciar nuestras habitaciones, más rústicas pero sin chinches. Entonces, cuando ellos pasan rascándose, fingimos rascarnos nosotros también. Y además, verá usted, la primavera está entrando por todas partes. Se enternecería viendo los pequeños grupos de soldados platicando en los cenadores, y otros sentados en lo alto de una escalinata, internados en un bosquecillo, con esa paciencia meditativa que admiraba usted en los árabes. Es algo que conmueve y subyuga y soy *feliz*. Y además, mi novela me divierte. Hoy he trabajado el famoso monólogo de Mathieu, cuando sale de casa de Sarah. Procuraré «historizarlo» un poco. Tengo algunas ideas.

Hoy me levanté a las 6 y escribí a Magnane. Después sondeo, luego de 8 a 10 un rato de buen trabajo. De 10 a 11, sondeo. De 11 a 12, el trabajo. A las 12, almuerzo en el local de Charlotte. A la vuelta —una y media—, sus cartas, y me avisan que el repartidor tiene un paquete para mí. Voy, y en el camino me cruzo con el tipo del ajedrez que me lleva a jugar una partida y me gana. A la vuelta, trabajé. A las 3, sondeo. De 4 a 8: trabajé y pasé a máquina. A las 8 cené queso y dulce leyendo el libro de Muret, luego breve sondeo y ahora son las nueve, le escribo. Mañana es mi día de vacaciones, sólo tengo que ir a buscar el café y el rancho. Dispondré de doce horas de trabajo, ajedrez y lectura.

Hasta mañana, querida pequeña, mi pequeña flor, cuánto querría hacerle sentir mi amor por usted. Si hay justicia, esta carta la conmoverá más aún que la del domingo, porque mis buenos sentimientos hacia usted me tienen agarrotado.

Un largo beso en su querida carita.

Nippert, ese pequeño chacal protestante, hace de lacayo a los suboficiales, que lo tratan como la basura que es. Ayer el sargento Courcy le dijo: «Nippert, ve a buscar mi ropa a la lavandería». Él se levanta y con toda docilidad se dispone a ir. En eso Mondange, sin intención: «Oye, esto me hace acordar que yo también tengo que ir a buscar ropa». Nippert se vuelve prestamente hacia él y le dice, con odio: «¡Ah, no! yo no soy sirviente *de todo el mundo*».

A SIMONE DE BEAUVOIR

Viernes 3 de mayo

Mi querido Castor

Para mí, hoy, fue un día de ordinario, estaba «de descanso». Es decir que fui a buscar el café y la pitanza, y punto. Aproveché para adelantar el trabajo y también, por pereza desgraciadamente, la lectura del libro de Van Dine, que es excelente. Fuera de esto, nada nuevo. Recibí una carta delirantemente entusiasta de un tal Marcel Berger, miembro del Premio populista: «Comparado con usted, Céline no hace más que tartamudear, etc.». *Pero* por otro miembro del Jurado supe que a este delirante admirador le importó un pimiento llegar a tiempo a la reunión y que se presentó cuando la votación estaba terminada y rubricada. Si hubiese necesitado un voto, estaba perdido. No obstante, le contestaré amablemente. Una carta del tesorero del Premio pidiéndome para su revista —era fatal— algún escrito. Me explica con suma modestia que sólo quiere alguna sobra, en vista de que ellos no pagan: «Quizá podría darnos un fragmento desechado o alguno de un libro en preparación...». Les daré el pasaje de *La edad de la razón* sobre el bombardeo de Valencia. Es el único que se puede cortar. Por último, una digna carta del doctor Catesson, preguntándome por qué no le contesto (es el doctor que escribió sobre Van Gogh y sobre *La Nada*}. He contestado.

Hasta mañana, dulce pequeña, mi pequeña flor, mi pura pequeña flor. La quiero con todas mis fuerzas. En esta carta razonadora eso no se ve, pero es verdadero y *sincero*.

A SIMONE DE BEAUVOIR

Sábado 4 de mayo

Mi querido Castor

¿Cuándo fue que le envié una carta tan pequeñita? El martes por la noche, sin duda, pero no me acordaba de que fuese tan pequeña. Lo siento. Usted me escribe cartas tan largas y tan cariñosas.

Por suerte *Lit tout* me ha enviado el suelto de *Paris-Midi*. En cuanto a Sorokine, su inestabilidad también a mí me parece irritante, pero tiene que considerar que hay montones de gestos tiernos que un hombre incluso educado puede permitirse con una mujer en un dancing y que una mujer con una mujer debe evitar. Para ella debe de ser un tanto irritante. Esto no quita que la quiera sin miramientos, me hace gracia esta historia, querida pequeña. Qué buena y amable es usted en medio de todo eso, chiquita demasiado amada. No tanto por sus méritos, claro, sino por lo que usted elija.

Hoy, vida monacal, supermonacal. Pieter, que no es nada sensible a las atmósferas, me dijo: «Ha sido feo, este sábado». Yo contesté: «¿Por qué?» y él dijo: «No sé» con un impreciso gesto en dirección al cielo. Y Hantz estaba de lo más abatido (Hantz es Hantziger). Se quedó toda la tarde sobre la escalinata contemplando con sus grandes ojos rosados el parque termal y fue a comer mañana y noche al restaurante para consolarse. Pero he sido bastante insensible a esta tristeza. Ya veo qué sucedía: el tiempo estaba flojo (Altoestrato rizado, cúmulo de buen tiempo, viento del oeste, cielo cubierto en 9/10, visibilidad: 20 a 50 km. 16°C—Presión: 740 mm^3) y gris con un cielo sombrío pero no amenazador, del tipo irremediable. Los tíos no sabían qué hacer con el pellejo. Yo en cambio sabía muy bien que hacer con el mío. Trabajé y me llevé la excelente sorpresa, tras haber pasado a máquina, para trabajar sobre un texto más claro,

cinco informes páginas de borrador, de encontrarlas buenas y definitivas. Mañana acabo el monólogo de Mathieu, que me ha salido decididamente existencial. En definitiva, arrancará del punto en que se había detenido Roquentin. Por orden: esta mañana me levanto, desayuno, sondeo. Dos horas de trabajo, sondeo, una hora de trabajo, almuerzo en el local de Charlotte. Entre Charlotte y yo hay un no sé qué de impalpable y tierno, sí: se rió con ganas al verme llegar, marchando con paso rápido y llevando en bandolera mi careta antigás (un oficioso imbécil me había dicho que una nueva disposición muy severa nos obligaba a llevar la careta). Pero no creo que esto llegue alguna vez más lejos. Tengo algunos recuerdos así, de idilios hiperplatónicos con las miradas. ¿Se acuerda de aquella muchacha de la Biblioteca de El Havre que me conmovía porque se le parecía un poco? Después, trabajo y, hacia las cuatro, fui igual a la ciudad a buscar el papel en que le escribo porque estaba cansado de usar las hojas de comprobación balística para mi correspondencia y mis escritos literarios. Hice un sondeo, mecanografié, pero mientras hacía esto último mi sequedad un tanto melancólica me presentó la reputación literaria bajo una luz extremadamente desolada. Pero estaba contento porque, a pesar de eso, tenía ánimo para mecanografiar y para escribir, por la propia novela y por el grueso volumen que significará. Cené un trozo de pan y otro de chocolate y después jugué una o dos partidas de ajedrez y aquí me tiene. Aguarde: vuelve Paul, lo oigo, le tomaré el pelo. Dentro de un momento le diré por qué. Ya está, lo hice: le tomé el pelo y encima bebí un traguito de vino. Pero no le contaré el motivo porque, pensándolo bien, la fastidiaría muchísimo. En resumen es esto: él se negaba a tomar sus comidas con los secretarios, por orgullo. En secreto les dije a los secretarios que lo invitaran, y lo hicieron. Así que ahora va a cenar abajo. Fingí una sorpresa enorme, pedí explicaciones y le tomé el pelo por haber cambiado de opinión.

Esto es todo, pequeña, querida pequeña mía. Querría tanto estar con usted en este momento, en el café Rey, por ejemplo, justo antes de irnos a acostar, comentando amorosamente los sucesos del día. Cuánto la quiero, pequeña mía. Hoy he tenido un pequeño ratito de debilidad porque estaba muy lejos de usted.

Hasta mañana, querida pequeña, beso toda su carita y la estrecho en mis brazos.

A Simone de Beauvoir

Domingo 5 de mayo

Mi querido Castor

Debería escribirle en el espléndido papel que ha llegado hoy pero ayer compré este feo papel rayado y tengo que terminarlo, por economía. Gracias también por los libros. *Baudelaire* parece interesante; Pepys también pero acabo de leer el de Chamson, infame y grandilocuente, y el de Braibant parece desprovisto de interés. En cambio, pienso que *Solitude en commun*,[23] que le devolveré, dulce pequeña, con *Dostoievski* (en este momento lo está leyendo Pieter, lo haré el martes o el miércoles) recobra algo del encanto de *La Nymphe au coeur fidèle*. Todo el encanto no: el tema es menos agradable,

[23] De Margaret Kennedy.

pero de cualquier forma esta mañana lo leía encantado, en el restaurante.

No le contaré mi vida de hoy porque prácticamente no existe (ajedrez, sondeos, trabajo). Mañana le comentaré algo de las cartas que he recibido y sobre mi trabajo. Ahora me voy a acostar, es un misterio pero esta noche estoy un poco cansado. Me duele un poco la cabeza, no sé por qué.

Pequeña mía, dulce pequeña flor, no quiero que se preocupe demasiado. No me gusta nada, nada, que se sienta desdichada. Beso su boquita y sus ojitos, pequeña mía.

A Simone de Beauvoir

Lunes 6 de mayo

Mi querido Castor

Hoy no tendrá usted una carta muy larga —y sólo a usted le escribo— porque estoy un poco indispuesto: no sé por qué la noche pasada todos los cólicos del mundo se abalanzaron sobre mí (debe ser que cogí frío en la barriga) y a las cuatro de la mañana me desperté con fiebre —un poquitín de fiebre que fue disminuyendo con el transcurso del día pero que me dejó embotado y dolorido—. Mañana, tras pasar una buena noche, estaré curado. ¿Qué es lo que hice? Pues bien, me quedé en la cama casi todo el día, y por momentos leía y por momentos cerraba los ojos y aparecieron un montón de recuerdos, recuerdos con usted. Especialmente cuando llegamos a Bourg-Madame en autocar, este verano. Ah, dulce pequeña, cómo la he amado toda esta tarde, cómo necesitaba verla y tenerla entre mis brazos, cómo enseguida se hace insalvable y poético el menor recuerdo de un momento pasado con usted. Me asaltó la *ternura ilimitada*, mi dulce pequeña, y no vaya a creer que era porque me encontraba débil. También aparecieron viejos recuerdos que no la conciernen: la habitación de mi abuela, en la rue Saint-Jacques, etc. Usted sabe lo agradable que es estar tumbado enfermo sobre una cama en pleno día y dormirse a medias en pleno día. Pero, imagínese, no hubo carta suya. Sólo unas líneas de mi madre y otras del señor Durry (¿se acuerda de este hombre?), felicitándome bastante intempestivamente por mi artículo sobre Giraudoux. Digo bastante intempestivamente porque hace dos meses que salió y Durry me explica que «no puede resistir, etc.». Unas líneas de Nizan, que logró hacerse incorporar al ejército inglés, y esto le va.

Y esto es todo, mi amor querido, referente a mi opúsculo hoy he perdido el tiempo; el monólogo de Mathieu no estaba bien, tendría que haberlo empezado de nuevo pero estaba demasiado tonto. Me ocuparé mañana, en el fondo no es mucho trabajo. *Solitude en commun* me sigue gustando bastante. Hacia la mitad no está tan bien pero es formidable cómo hace sentir a la vez la evolución de toda una familia y cada uno de los pequeños destinos individuales que la componen. Tiene oficio y gracia. A veces, es un poco fácil, eso es todo.

Ahí tiene, cariño, el día de un enfermo. No he ido a ver a Charlotte y me siento muy molesto porque Paul ha ido en mi lugar y ella lo confundió conmigo. Ahora son las nueve y voy a acostarme de veras. Está haciendo un poco de frío aquí.

Mi dulce Castor, mi pequeña flor, si usted sintiera con qué ternura he escrito esta

lastimosa cartita y qué *necesidad* tengo de usted. Cuánto la quiero, dulce pequeña. Cómo quisiera verla llegar arrastrando los pies y estrecharla en mis brazos.

A SIMONE DE BEAUVOIR

Martes 7 de mayo

Mi querido Castor

Estoy totalmente curado, salvo unos pequeños calambres, y he recibido dos cartas suyas. De manera que me siento feliz. Porque es una felicidad estar curado, uno vuelve a hallarse en su lugar y disfruta de alegrías simples. He estado contento todo el día. Qué malas sois, unas verdaderas arpías con la pobrecita Nony, que aun no siendo muda como yo creía, igual es sorda y jorobada —eso me lo dijo usted— y medio loca. En cambio, naturalmente, sois encantadoras entre vosotras, como todos los verdugos. La pequeña Sorokine parece muy simpática.

Es muy bonita su foto, y me ha emocionado. Cuánto lamento, querida pequeña, no ver ese bonito abrigo que parece quedarle tan bien. Pero a lo mejor lo veo. O si no, lo llevaremos al Hôtel Mistral, si está fuera de estación, y usted se lo pondrá en nuestro cuarto para mí solo. En 11 años de matrimonio es la primera vez que tiene usted una preciosa baratija y yo no la conozco.

Hoy, calma chicha y beatitud de convaleciente. Acabé el monólogo de Mathieu. No tiene gracia pero es sólido y plantea sin excesiva pesadez las cuestiones esenciales, pienso que con él se aclara toda la novela. En cuanto a la gracia, qué quiere, mala suerte. Comí —es un gusto después de cuarenta y ocho horas—, jugué al ajedrez e hice sondeos y sobre todo sentí plácidamente la salud de mi cuerpo. Recibí una amable cartita de T., le escribiré de todas maneras —no esta noche sino mañana al amanecer (me levantaré a las seis).

Por lo que respecta a sus dineros, no entiendo bien. Usted decía que con los 2000 francos del Premio iba a alcanzar. Los he cobrado hoy, los enviaré mañana. Pero un consejo: *salvo en caso* de intimación última antes del embargo (no sé cómo se llama eso: mandamiento, creo) no pague los impuestos. En su lugar, yo esperaría tranquilamente hasta fin de mes y enviaría la mitad. Si tiene el menor escrúpulo, *escríbales* que enviará la mitad a fin de mes y ellos lo tolerarán perfectamente. De ese modo saldrá del aprieto.

Querida pequeña, no sabe usted cuánto la quiero. Mejor dicho sí, lo sabe muy bien en general, pero lo que no sabe es cuánto la quiero ahora, en este instante —y cuando esta carta se lo informe ya será dos días después. Me gustaría tanto tenerla entre mis brazos y que pudiera leerlo en mi rostro. Me gustaría tanto ver su vieja carita y besarla. La quiero.

A SIMONE DE BEAUVOIR

Miércoles 8 de mayo

Mi querido Castor

Escuche, referente a la novela, estoy ansioso por saber lo que le dirá el zalamero de Parain (he escrito esto para irritarme y a usted la irritará prodigiosamente, qué placer). Ojalá lo encuentre entusiasmado, mi dulce pequeña. Mire qué tontería: le escribo esto como si aún no hubiese sucedido y de hecho ha sucedido ayer, pero es su carta la que todavía no me llegó. Y si ha sufrido usted una pequeña decepción, qué insulso le parecerá lo que está leyendo. Pero estoy seguro de que no ha habido ninguna decepción: su novelita es *excelente* y eso hasta a un imbécil tiene que saltarle a la vista y él no es tan imbécil, más bien es un tipo partido en dos, con dos locuras muy distintas: el lenguaje y las generaciones. En los días festivos hace la síntesis, pero no creo que su novela le haya dado la ocasión.

Hasta mañana, mi pequeña flor. Aquí, sin novedad. Oh, sí: Charlotte ama a otro, creo. Hoy me miraba y se rió y le soltó un codazo a una amiga (lo cual, cuando lo pienso, bien podría no ser del todo halagador, sobre todo porque tengo un palmo de mugre sobre las mejillas y camino pisándome la barba) pero a él, un guapito cazador, le dio un ramito de muguetes.

La quiero, mi adorable Castor, es usted mi querido amor.

A SIMONE DE BEAUVOIR

(Jueves 9 de mayo]

Mi querido Castor

Estoy un poco avergonzado, respecto a T., porque me escribe unas cartas encantadoras y desconsoladas *pese a mi silencio*, cosa que no había hecho nunca. La de hoy hacía saltar las lágrimas: «Vuelve a escribirme, lo hago todo para merecerlo. Todos los días procuro trabajar aunque me fastidie y es de lo más duro. Tengo miedo de volver a hundirme todo el tiempo». Me derretiré esta noche (porque le estoy escribiendo a las cinco de la tarde: hay un hermoso solecito cálido y mis ventanas están abiertas. Estoy feliz y contento).

Cuánto la quiero, pequeña mía. Cuando algo le sucede me vienen palpitaciones. Estaba tan impaciente por saber lo que diría Parain. En resumen, cosas buenas: los pasajes esenciales le parecen de la mejor calidad, está seguro de que lo aceptarán (si la 2.ª parte vale tanto como la 1.ª, lo cual no deja lugar a dudas puesto que ya no hace falta presentación ni nada). Es todo cuanto se le puede pedir. Hay partes demasiado largas, pues bien, de acuerdo —aunque fuesen más de las que yo noté— cortaremos; tampoco usted quería que yo cortara las 50 primeras páginas de *La náusea* y sin embargo con el tiempo resultó un buen consejo. En cuanto a juzgarla por sus intenciones ni me va ni me viene. Primero que no ha comprendido el tema. Segundo, me causa gracia que el ensayo general le parezca vetusto (o quizá el otro, no sé, no importa). ¿Acaso la reunión surrealista de *Gilles* no le parece vetusta? Ese ambiente no le gusta, está visto. Si se dedicara a la política podría intentar refrenarlo o destruirlo, pero finalmente Parain es lector, ese ambiente existe, la novela lo describe y él no tiene nada que decir.

Evidentemente, se podía escribir una novela sobre un padre, una madre y una hija. En provincias, en Lons-le-Saunier. Ahora bien, sería *otra* novela. Ni piense en ello. El juicio de Parain refleja aquí sus gustos personales y ni siquiera los de la editorial Gallimard. Y estoy convencido de que él no se habría permitido juzgar sus intenciones si no sintiese una especie de afecto por usted. Tengo la impresión de que aquí se dirige mucho más a usted como mujer que a la novela en sí. Con una desconocida hubiese sido más imparcial. Le escribiré unas líneas.

¿Novedades? Ninguna: hoy, día *libre*. A las 7 de la mañana fui a buscar el café. A las 4 busqué un suplemento de tabaco que cobrábamos esta tarde y nada más. El resto del tiempo trabajé. He retocado el capítulo Boris-Ivich y es bueno, creo. Tal vez ha perdido un poco esa pretensión de lenguaje *toutounier*[24] que exhibía primitivamente pero está más en situación y me parece —sucedió casi a pesar mío— que todo el tiempo se siente que Ivich sabe un rato acerca de Mathieu. Al margen de esto, he recibido y leído *Éloge de l'imprudence*. Pequeña mía, es la primera vez en mi vida que le quito la razón a usted y se la doy a Bienenfeld. Creo que ello se debe, me parece, a que usted discutió el libro sin haberlo leído, como hago yo a menudo. En realidad no sé que cosa es Jouhandeau ni me interesa saber si se puede querer el Mal, son cuestiones aparte (en cuanto a este último punto estoy de acuerdo con usted, es muy complicado) pero es exacto que en el propio libro Jouhandeau empieza definiendo Bien y Mal como valores y antivalores de la moral corriente, después los sustituye por su propia moral sin adornar sus valores propios en nombre del Bien ni sus antivalores en nombre del Mal, de suerte que, en efecto, rechazando la moral admitida (en nombre de *su* Bien) y obedeciendo a los antivalores sociales, se puede decir que busca el Mal y que rechaza el Bien. Esto se complica porque está Dios. Pero se entiende muy bien lo que quiere decir. Todo esto son palabras. O más bien hay aquí una osadía del corazón que debería conducir a una inversión de valores y a una nueva tabla, pero sin la osadía de espíritu que sería necesaria para la confección de esa tabla. Ahora, no tengo ni idea de lo que os habéis dicho al respecto y a lo mejor habéis discutido sobre la cuestión general. En cambio, ella se equivoca, es curioso, al pretender que ningún gran pintor ha pintado nunca una naturaleza muerta. En el fondo sé de qué se trata: la cortedad de quienes confunden la magnificencia del tema con el cuadro. Un curioso realismo que clasifica los objetos del mundo en objetos que «vale la pena» pintar y objetos que no valen la pena. El primitivo distinguiendo los objetos que es capaz de nombrar de los que son innombrables, la idea del Cuello y de la Roña que espantaba a Sócrates. Pero B., que es intelectual y abstracta, tendría que ir a fondo, al contrario, para el otro lado, es decir, declarar a priori que el tema no importa. Pero así es la cuestión, me ha impresionado en Proust respecto de Albertine, no se tiene la misma edad para todo: ella tiene treinta años para el bridge, veinte para la filosofía y trece para la pintura. Hay compartimentos estancos. En Aron también los había. Era cincuentón para todo pero de esto no salía un cincuentón solo, había que sumar entre sí todos esos cincuenta años para obtener su edad verdadera. Me pregunto si no será un defecto de intelectual judío, y en cualquier caso así se explica la falta de autenticidad, porque la autenticidad es ser el mismo a través de todas las situaciones, un proyecto único.

He aquí muchos considerandos, mi dulce pequeña. Ociosos además. Lo dejo. La quiero con todas mis fuerzas y beso sus queridas mejillitas. Su fotografía me gusta

[24] Alusión a la novela de Colette: *Le Toutounier*.

mucho, ¿sabe?

Cierta esperanza con Saint-Cyr. Pero no se sabe cuándo.

Tendrá que enviarme las dos *Imaginaciones*, cariño, se lo ha olvidado. Y si es tan buena agréguele el libro de Claude Mauriac sobre Jouhandeau; está la palabra Infierno en el título.

A Simone de Beauvoir

Viernes 10 de mayo

Mi querido Castor

Con qué fuerza siento su ternura y cómo me entristece que al mismo tiempo sea un poco dolorosa. Si pudiera verla, pequeña mía, que pasa de la angustia de Abraham a las penas de la ausencia. Pequeña que vive con excesiva intensidad, pequeña despilfarradora, la quiero. Si pudiera tener su personita en mis brazos y besarla toda, con todo el tiempo del mundo, y después charlaríamos largo y tendido. Así que ahora se siente «vista desde fuera» y se angustia. También aquí hay sincronismo entre nosotros, y al recibir su carta contándome su entrevista con Brice Parain me puse nervioso porque me sentí *también yo* aludido. En mi novela, también Mathieu y los demás tienen ese hablar «dejado» filosófico, argótico, todo lo que usted quiera, que en el fondo es el nuestro. Pero, primeramente, no tiene sentido decir que es el lenguaje de Montparnasse, primero porque en Montparnasse no frecuentamos a nadie con quien pudiésemos forjar un lenguaje en común, segundo porque Montparnasse tiene tantos lenguajes como grupitos y no hay mucho en común entre el lenguaje de los Boubous y consortes, el del Mago y el de la lunar, por ejemplo o, supongo, el de Youki, y finalmente porque el nuestro se remonta a mucho más atrás. Pero es cierto que este lenguaje es *nosotros mismos*. Hay en él, evidentemente, algo de nuestros orígenes burgueses. Usted era una señorita de buena familia, yo un muchacho de familia «liberal». Y después se le mezcló el argot estudiantil y de la Escuela Normal, en mi caso, y posteriormente ese lenguaje «secreto» del mismo tipo que construimos primero Nizan y yo, luego Maheu, Guille y yo, luego la dama, Guille y yo. En eso llegó usted, yo le aporté todo aquello y lo refundimos juntos y por último Z. introdujo en él la afectación, los «consiento en ello, etc.» o mejor dicho nosotros lo teñimos de afectación para utilizarlo con ella. Total: resultó esto. Y es cierto que el aspecto «argot estudiantil» dominante —porque no es ni un argot profesional ni un argot de familia— pervivió entre nosotros porque somos, en efecto, unos «separados». He escrito extensamente en mi cuaderno cómo democracia, funcionarismo, centralización, unidos a mi particular orgullo y a mi profesión de intelectual y de escritor, hicieron de mí un todo cerrado y carente de raíces. Y usted, al vivir nuestra vida, usted, parisiense, funcionaria como yo, también está muy separada, sobre todo si además está, como dice, encerrada en nuestro mundo y habituada a contentarse con *mis* juicios sobre usted, como si fuesen Tablas de la Ley (también es mi caso). Todo esto es perfectamente exacto y comprendo que horripile a Sorok., que a todas luces tiene un lenguaje estilo hierba salvaje que ella misma ha inventado y que también debe de esconder una singular historia de

emigrada, de apátrida y casi de desamparada —sobre todo para ella, tan celosa porque, a pesar nuestro, está lleno de sobrentendidos y alusiones—. Y además lo analiza muy mal, por lo que usted me dice —pero es que ella no *puede* analizarlo bien porque lo hace a la luz del suyo—. Pero, ¿qué podemos hacerle? A nuestra edad —y con esa aplicada voluntad que hemos empleado para forjarnos este instrumento, este símbolo de nuestras relaciones— realmente nuestro lenguaje es *nosotros mismos*. Por lo tanto nos tienen que tomar como somos o bien, si no somos como es debido, cambiarnos por dentro y el lenguaje irá detrás. Hemos sido demasiado conscientes de las palabras que utilizamos, desterrando unas, aceptando otras, para que esas palabras no reflejaran algo de nosotros. Por ejemplo, si Françoise le dijera a Elisabeth: «Estás apenada» o «Tienes problemas» o «Estás apesadumbrada» o «¿Te pasa algo?» o incluso «Estás jorobada», en vez de «Estás jodida», sería otra Françoise. «Estás jodida» en usted —y en mí— es «cálida simpatía con juego interior». Aquí la grosería esconde y simboliza a la vez el trémolo de la ternura. Y además expulsamos eso de nosotros, en seco, con brutalidad, limpiamente. Decir con Parain que éste es un lenguaje «dejado», es una perfecta idiotez; por el contrario, tiene la preciosidad de lo brutal con innegable influencia de lo patético de las novelas americanas. Representa, sencillamente, la clase de simpatía por el prójimo que nosotros sostenemos. Al mismo tiempo es una llamada a la objetividad: Estás jodida: cuentas en firme con mi calurosa simpatía pero te lo ruego, no te desarmes, también tú sostente por dentro, etc. Ahora bien, lo que sucede es que nosotros nos hemos *metido* en nuestras novelas. En la primera que usted escribió,[25] y que Parain leyó, había mujeres que no eran de ningún modo *usted* y también usted (y ya se filtraba algo de ese estilo: lo *redondo*, que es una de nuestras maneras favoritas de expresarnos) pero muy jovencita. En mi caso, en *La náusea*, Roquentin casi no hablaba y en *El muro* no había más que canallas, imbéciles o gente de afuera. Pero en esta novela, como en la mía, nos abrimos, hablamos de nosotros, de nuestras pequeñas historias, de la clase de gente que nos gusta, y entonces qué quiere, estamos indefensos: la gente podrá pensar de nosotros lo que se le ocurra, hablar de argot intelectual, de esnobismo, de Montparnasse, etc. Que lo hagan. En cuanto a cambiar nada, mucho cuidado. Ya lo sé: dirán —mi padrastro diría y quizá incluso la dama— que es un lenguaje artificial y que encierra una afectación de grosería. Pero si usted escribiera: «¿Estás preocupada?» o «¿Te pasa algo?» nadie diría que es artificial y lo sería mucho más. Mucho más *con respecto* a Françoise y a Pierre, y a Mathieu, es decir, con respecto a nosotros. La gente que nos pide que cambiemos es gente que tiene la superstición del lenguaje escrito (como B. tiene un odio supersticioso por las naturalezas muertas) y creen que, al escribir, uno tiene que convertir. Pero usted y yo pensamos que se *debe escribir como se habla*. Por consiguiente, escriba como escribe y los jueces seguiremos siendo nosotros. Así pienso yo, mi querida pequeña, y realmente creo que tengo razón. Referente a sus cartas, por otra parte, Sorokine me parece un poquitín necia, no las hay más encantadoras, más libres y más espontáneas. Y no es solamente mi opinión, lo sabe muy bien, dulce pequeña.

Así que hoy tenemos invasión de Bélgica y Holanda. Lo supimos esta mañana por un vago rumor y después la Radio de nuestros vecinos lo confirmó. Resulta que nos han ofrecido ir a escucharla a su local cuando queramos. Pero sólo fuimos a mediodía y a las 7, igual que quince días atrás en el bar de la Pelirroja. La impresión que ha dado aquí es

---

[25] *Cuando predomina lo espiritual*.

curiosa y muy distinta de la que reinaba cuando el ataque a Noruega: esto sería casi un alivio. Es una impresión de estar tocando lo real —aun siniestro— tras ocho meses de guerra «podrida». Como dice Goebbels, la impresión de que por fin *hay* guerra. Para nosotros, de hecho no representa un gran cambio, únicamente que nos obligan a pasearnos por todas partes con el casco puesto por miedo a las esquirlas de D.C.A., disposición que caerá en desuso de aquí a ocho días, según toda probabilidad. ¿Qué sabe usted de Bost? Es la única preocupación que tengo. ¿Está en el Norte o en el Este? ¿Y cómo está usted, querida pequeña, en París? ¿Agitada, tétrica, o con esa feliz indiferencia que a veces se le observa? En cualquier caso, ahora ya no es la misma guerra.

Por lo demás, el día fue para mí todo de trabajo apacible; hice en borrador la indignación de Daniel tras su encuentro con Boris y la mitad del capítulo Marcelle-Daniel. Ahora trabajaré en esto, tengo para ocho días largos y es un placer estar ocho días sin escribir a máquina, ya empezaba a hartarme. Y esto es todo por hoy, pequeña mía. Ahora haré un sondeo y después escribiré a T. y después me iré a acostar. Estoy completamente curado y me siento de maravilla. Pero por la noche ya *no como* para adelgazar (hace cuatro días que lo hago).

La quiero, mi dulce, mi querida pequeña. La quiero *apasionadamente* y, si me permito escribirlo, es porque es verdad, aquí.

A SIMONE DE BEAUVOIR

Domingo 12 de mayo

Mi querido Castor

Me pregunto si está usted bien en Auvergne, con todo ese guirigay. Su ministro, Sarraut, hizo una circular ordenando «a los miembros del personal docente no alejarse de sus residencias». Me sabría a luto cariño mío, hace un tiempo tan espléndido y le haría tanto bien pasearse un poco con sus piernitas. Lo sabré sin duda hoy.

Ayer estuve muy nervioso, pequeña mía: recibí una carta enloquecida de Tania, le harán unas radiografías. «Dios mío, escribe, quisiera que vinieras, que vinieras a cualquier precio». Una cosa es decirlo, pero cómo va a pensar seriamente en que yo desertara. De todas maneras, para mí es *muy* desagradable saberla enloquecida como sólo una Z. puede enloquecerse ante la enfermedad y esta vez quizá con motivos (no creo que esté muy enferma pero puede tener una pequeña lesión) y completamente sola. También me impresionó, desde el punto de vista de la autenticidad, el que acudiera a mí inmediatamente (aunque no haya recibido carta mía) como si fuera algo *natural*. Me pesó y a la vez me pareció justo: me hice cargo, pero me vuelven las angustias de Abraham con mi permiso. Y además su enfermedad me preocupa. Ella no me dice nada, ¿usted qué sabe, pequeña mía? Es curioso, T. es cada vez más «mi hija», como Z. lo fue un tiempo para usted. Esta vez, ya estoy harto de dejarla en la estacada con buenas palabras cada vez que necesita de mí. Acabo de escribirle que si ella quiere y si no hay que esperar mucho, estaba dispuesto a que nos casáramos y tener así tres días de permiso. Supongo que no será agradable para usted; aunque se trate de algo

puramente simbólico, igual suena a «metido hasta el cuello». A mí me desagrada mucho, no tanto por eso como por mi familia, pues tengo que escondérselo y alguna vez se enteraría. Pero a usted se lo he dicho y estoy decidido: a partir de ahora quiero hacer todo lo que pueda por T. En compensación, reservaré un día para verla a usted. Si su enfermedad no es grave y si ella se tranquiliza, pretextaré que desde el asunto de Holanda no dan más permisos por matrimonio, o que hay que esperar mucho y entonces no vale la pena. Además, creo seriamente que el asunto llevará por lo menos un mes y medio. Y en este caso el proyecto igual se va a pique. ¿Qué piensa? ¿Me desaprueba?

Debe de sentirse alterada, con los permisos suprimidos otra vez (hasta han llamado a los permisionarios). Ayer fue un extraño día d6 espera, teníamos un cielo gris de algodón encima de las cabezas, el aire estaba acuoso y hacía mucho calor, un auténtico tiempo primaveral, savia y brotes. Por la mañana los aviones lanzaron una bomba sobre una ciudad a 15 kilómetros de aquí, se supo enseguida, a las 6 y media, alerta, la D.C.A. atronaba; vi la cacería desde mi ventana, un pequeño mosquito brillando intermitentemente en el cielo que se lo tragaba de nuevo y después grandes penachos blancos persiguiéndolo —pero sin alcanzarlo—. La bomba no hizo ningún estropicio, creo. Después el cielo se cubrió. «Desde el punto de vista» de los acontecimientos, expectativa: un teniente nos anunció a mediodía que en Luxemburgo se había entablado una gran batalla entre franceses y alemanes, pero no tuvimos confirmación. Las noticias eran escasas. En eso la carta de T. Se puede imaginar lo extraviado que quedé. No obstante trabajé muy bien pero debo volver a hacer todo el monólogo de Daniel. Escribí a T. y después me acosté, puse el despertador a las 6 y le escribo, mi dulce pequeña. Hace un tiempo delicioso y estoy inexplicablemente sosegado —sin duda porque hace buen tiempo y es la mañana. Y además hoy es mi día de descanso. Son las seis y 45, ahora montaré en mi bicicleta con una cantimplora en bandolera, e iré a buscar el café y también panecillos a la panadería.

Hasta pronto, pequeña mía. Hasta mañana, o más bien hasta esta noche, porque le escribiré esta noche. La quiero con todas mis fuerzas, mi adorable Castor, amor mío.

A Simone de Beauvoir

Domingo 12 de mayo Noche

Mi querido Castor

Me ha enviado usted una pobre cartita muy angustiada, querido amor mío. ¿Qué puedo decirle? Que aquí la angustia no existe y que decimos: «Es la guerra, esto tenía que reventar». Pero así no se tranquilizará en absoluto. ¿Que tal vez con suerte, esto decidirá el desenlace? Esto sí, esto puede darle un poco de esperanza. Pero entendámonos: detrás de las fronteras belgas y holandesas hay líneas Siegfried alemanas. Por lo tanto, a lo sumo podemos esperar detener a los alemanes en su frontera, pero no penetrar más allá. Claro que entonces tendrían que defender un frente inmenso y estaría muy bien porque sus reservas en hombres no son inagotables y sus reservas en material distan mucho de serlo. ¿Dónde está Bost exactamente, ahora?

Usted no me lo dice. ¿En el ejército del Norte? No me parece. ¿Ha estado, si no recuerdo mal, en el frente de Alsacia? En este caso hay muy pocas posibilidades de que lo envíen allá. Piense que en la frontera belga había un ejército entero y listo para combatir. De cualquier modo, me alegro de no saberla en Clermont-Ferrand —sabe usted que han bombardeado por esa zona—. Finalmente, París parece mejor defendido y más difícilmente accesible, pero empiezo a inquietarme por usted. Si alguna vez leyera: «París ha sido bombardeada, veinte víctimas», pese al ínfimo número de posibilidades de que usted estuviese entre ellas, me moriría. ¿Cómo va a pasar estos cuatro días, pequeña mía? Lo más sensato hubiera sido ir a La Pouèze. Pero comprendo que se sienta «más cerca» quedándose en París. Los parisienses están consternados, lo sé también por Pieter: su mujer, que vendía por cinco mil francos diarios, el 10 de mayo *no hizo ni un céntimo*, figúrese. Aquí hay mucha tranquilidad salvo algunos pesimistas de carrera que ya ven a los alemanes en París. Creo que los tipos han olvidado su vida civil. Yo, en cualquier caso, la he olvidado, lo pensaba esta mañana. Entiéndame, no he olvidado a *nadie* de toda la gente que me importa, pero con la guerra no la perdemos, simplemente hay entre las personas relaciones nuevas que son relaciones de guerra, otra manera de verse, de pensar los unos en los otros, más meditaciones, más pompa en los reencuentros, más paciencia en las esperas, más solemnidad, un sentido más claro de las jerarquías, etc. Pues bien, me he habituado tanto a estas nuevas relaciones que veo el mundo a través de ellas. Ya no sé lo que es *vivir* con la gente que uno ama, y tampoco esto me parece lo más natural: lo natural, es verla pomposamente y con cierto frenesí de tarde en tarde, y pensar todo el tiempo en ella a la distancia. Limito mis deseos a tener permisos más frecuentes. Y además, hasta eso es imposible, porque, como sabe, por el momento están suprimidos.

Pienso que lo que ayuda a soportar la guerra es este olvido total de la paz. Si en este momento cayeran bombas a mi alrededor tendría, ciertamente, un miedo abominable, pero como el que se tiene ante un cataclismo *natural*. Y también es por eso y no por falta de imaginación por lo que esas tremendas masacres que se preparan en el Norte nos conmueven tan poco. Recuerdo la impresión siniestra y maldita que experimenté al leer, en un periódico del 3 o 4 de septiembre: la sangre francesa ha comenzado a correr. Aún era emoción de civil. Hasta ahora no ha corrido mucha, gracias a Dios, pero nos hemos acostumbrado a la idea de que está destinada a correr. Ya no es el sacrilegio del principio. Comprendo la dificultad que tuvieron los del 14 para reintegrarse a la vida civil —y sin embargo sólo hace ocho meses que estamos en esto y, hasta ahora, era una cuasi-guerra—.

He tenido mi día de descanso y he trabajado. Pero tengo la impresión de que lo que hago es artificial y todo a fuerza de triquiñuelas. Lo que pasa, creo, es que lo vivo de esta novela se ha acabado, sé demasiado lo que quiere decir y ya no me interesa mucho, son empalmes, simplemente. Es hora de que acabe y por otra parte en menos de un mes estará terminada. Pero después estaré atontado, sin duda. Retomaré mis cuadernos y luego, tras algún reposo, tengo ganas de hacer un libro de filosofía sobre la Nada. Sería divertido. A lo mejor haré una tesis. He leído *Lumière bleue* de Braibant. El tipo es infame, un grandullón del Norte, satisfecho, radical, propenso a ablandarse, satisfecho de sí mismo y cazurro (se autodenomina «poeta» porque ha escrito novelas, y cuando le requisan su casa de campo deplora no vivir en una villa cuyas paredes llevarían este letrero: «Aquí poeta, militares abstenerse») atrozmente familiar, francés como el que más, pero aun así es divertido porque muestra el París de septiembre a diciembre. A

usted no la divertiría, pero yo eso no lo he visto. Recibí dos cartas de T., una la misma noche del día en que me confió sus inquietudes. Acababa de recibir mi filípica que, contrariamente a lo que yo temía —los remordimientos me desbordaban— tuvo el efecto de un latigazo. Se sintió molesta en su pequeña dignidad y esto relegó su salud a un segundo plano. Escribe: «Lamento amargamente haber escrito esa estúpida esquela que te envié esta tarde. Me dejé llevar por el pánico y el nerviosismo. No sé esperar. En cualquier caso, estoy lejos de morirme». Yo no me engaño, esto significa: «Acababa de buscar auxilio en ti. Pero está bien, no eres digno de eso. Y además no tiene la menor importancia, no, no estoy enferma». Pero lo mejor es que al día siguiente, totalmente reconciliada conmigo, me habla de todo —en forma muy agradable— y no hace más que una vaga alusión a sus malestares. Daré un frenazo a lo del matrimonio, porque es capaz de decir: «Estoy bien pero casémonos igualmente, nos veremos tres días». No obstante, infórmese exactamente sobre su salud. Puede hacerlo *oficialmente*, he dicho que se lo avisaba por si la necesitaba. Tengo que decir que T. me deja asombrado. Se ha mostrado de una buena voluntad conmovedora, y en definitiva, durante estos ocho meses de guerra ha estado perfecta. Es cierto, es siempre lo mismo, que la otra ha estado perfecta con usted y que yo soy también *usted* para T.

Aparte, mi dulce pequeña, nada nuevo. Son las diez de la noche y le escribo. Mañana a las 6 escribiré a mis padres y a T.

Almorcé en el local de Charlotte y jugué al ajedrez. No me aburro en absoluto y estoy contento de vivir, y estoy *interesado* en los acontecimientos. Cuánto desearía pasarle un poco de serenidad. Cierto es que si bombardearan París la perdería por completo. Mi dulce pequeña, la quiero tanto. Si pudiese verla un par de días, sólo un par de días, sería la gloria.

Hasta mañana, pequeña mía, la beso con todas mis fuerzas, “pequeño gran encanto.

Mañana a la una y media, le enviaré el dinero y los libros, quise ir hoy pero después me olvidé. Por otro lado, me gustaría que me mandara, pequeña mía:

1.° *libros* (se me están terminando: ¿tiene usted una lista? ¿Leyó el de Pepys? Es encantador, se lo enviaré cuando lo termine).

2.° dos paquetes de cartuchos de tinta para estilográfica —azul o azul noche, es igual— pero no azul de los mares del Sur.

3.° más papel (pero esto todavía puede esperar un tiempito, mientras que lo otro es urgente).

Gracias, dulce pequeña.

A SIMONE DE BEAUVOIR

Lunes 13 de mayo

Mi querido Castor

Hoy fue un día sin cartas. Sólo una, cortita, de mi madre. Supongo que en estos tiempos el correo va a sufrir algunos retrasos. Aquí, a la derecha y a la izquierda de nuestro sector, atruena sin parar, golpes sordos y densos de nuestro lado (decimos «sale uno») estallidos más secos y precedidos por un silbido (decimos «ahí llega») de los

obuses disparados por los alemanes. Al presente es un bajo continuo y resulta un *objeto*, quiero decir que se levanta al fondo del paisaje como una línea formada por árboles individuales pero fundidos que interceptarían el horizonte. Se lo escucha *cuando uno quiere*, es decir que, de cuando en cuando, levanta uno el dedo y dice «sale» o bien «ahí llega». El resto del tiempo vive uno como si tal cosa. Al lado de esto, naturalmente, están los aviones. Desde el amanecer hasta las 10 de la mañana, hoy, las desgarraduras secas de la D.C.A y la crepitación de las ametralladoras tapan el bajo del cañoneo y además, de cuando en cuando, hay un lindo zumbido lleno, mucho más regular que el de un coche: es el avión. Y si se tiene suerte se lo ve. Esta mañana tuvimos mucha suerte, puesto que vino uno que hizo un gran viraje muy bajo encima de nosotros, a mil metros, uno negro y hermoso, perseguido por las pequeñas salpicaduras cremosas de los obuses. Todo el mundo estaba afuera, la cabeza levantada, los cocineros, los oficiales, los sondeadores, el chófer del coronel. Pero Pieter, que acababa de inflar un globo y se había quedado ahí, mirando hacia arriba, con su hermoso globo rojo en la mano, de pronto se asustó y dijo: «*Os* van a localizar con mi globo» y acto seguido se largó por la escalera y entró en la casa, como el día de las vacas. Mientras tanto, a diez metros de nosotros, de un nido de ametralladoras antiaéreas que nos es muy familiar porque día tras día los tipos ociosos venían a mirar nuestros sondeos y nosotros les pasábamos globos, salieron el humito crepitante y el fuego que esperábamos, tras lo cual el avión emprendió la fuga, una ametralladora se averió y sólo disparó dos tiros, la otra persiguió al avión con una salva y nosotros exclamamos, decepcionados: «¡No le ha dado!». No obstante, el cocinero de la ambulante, doscientos metros más lejos, que olvidando servir el café a Paul observaba al avión por el catalejo, gritó «arde», y juro haber visto una llama rojiza saliendo de la carlinga. Paul lo negó. A mediodía supimos que había caído envuelto en llamas a diez kilómetros de aquí. Queda por saber si fueron *nuestras* ametralladoras las que le acertaron. Es una cuestión de amor propio. Suponemos que no, pero más bien por probidad de espíritu. De los cinco ocupantes hubo dos muertos, a dos los apresaron y el quinto se fugó. Ahí tiene con qué me divierto. Pero no creería usted lo *natural* que resulta, en el decepcionante sentido de «curiosidad natural». ¿Se acuerda cómo la previne una vez que en Cataluña usted quería ver una cantidad enorme de sal gema y todo lo que nos dijimos entonces sobre las curiosidades naturales? Pues bien, es igual. No se lo podría explicar: leyendo lo que acabo de escribir pensará usted que estamos como en un espectáculo, y sin embargo esto participa de la vacilación, de la contingencia y de la lentitud de esta primavera y de la hierba que nos rodea.

Aquí, mientras tanto, gran trajín. Toda una parte del A.D. sale a encerrarse con gente del I.D. y del C.G. en un subterráneo muy cerca de las líneas, a quince quilómetros de aquí: era previsto, para cuando oliera un poco a quemado. Uno de nuestros capitanes parte con el coronel y el general, un teniente y dos secretarios. Nosotros, nos quedamos aquí con el capitán Munier, o tal vez vayamos a instalarnos a una pequeña granja de las cercanías. Por tanto, *no hay ningún incremento del peligro* (es decir, peligro nulo: ninguno de los aviones que nos pasan encima piensan en nosotros para nada, tienen mucho que hacer en otra parte). Pero lo divertido fue el momento en que eligieron a los secretarios que se marchaban. Hantziger se ofreció como voluntario. Quedaba por encontrar al otro. La elección estaba entre Nippert y Mondange. Nippert, ese parásito protestante, Mondange, ese buen recluta que se presentó desde los confines de Landes, donde estaba tan tranquilo, creyendo hallar un enchufe y cayendo en pleno sector. Mondange

brilla por su modestia y su caridad y por todas las virtudes de la violeta pero no, qué duda cabe, por el valor. Los dos empezaron a protestar, Nippert diciendo que tiene hemorroides y niños (las hemorroides venían primero, cómo le gusta tener hemorroides) y Mondange alegando ser de un reemplazo más antiguo. Finalmente, Courcy dijo: «Bueno, hagamos un trato». Había que ver la cara de Nippert mientras lo hacían. Se desabotonó el cuello y se sentó en una silla, verde, con la garganta tan apretada que ni hablar podía. La suerte señaló a Mondange, que parte esta noche, y Nippert siguió aún más de cinco minutos con los brazos colgando, en su silla, sin poder hablar. Finalmente dijo, con voz ahogada: «Es justo». El ayudante también va. La semana pasada decía, oyendo el cañoneo: «La voz del cañón me llama». Pero sus labios temblaron singularmente toda la mañana. En realidad no corren ningún peligro. Tiran bastante cerca de ellos y a ochenta metros de su blocao cayó un obús, pero ellos están a diez metros bajo tierra. La cosa es más bien la vida que llevarán: prohibición expresa de salir a la luz, olor infecto, lámparas de petróleo por toda iluminación, cien tipos amontonados ahí dentro. Bendigo al cielo por ser sondeador, es decir, por hacer un trabajo que exige el aire libre. Con mi asma, no habría aguantado. Éstas son las novedades, mi querida pequeña. Al margen, he trabajado bien esta mañana y sobre todo esta tarde (escena Marcelle-Daniel); esta vez lo que hacía era fresco, nuevo, no olía a truco y salía solo, me divertía. Quisiera recibir una carta suya, amor mío, anoche me inquietó usted un poco.

La quiero *apasionadamente* (siempre en el pleno sentido del término). No lo diré más porque la palabra me irrita, pero acuérdese, dulce pequeña, mi pequeña flor. Beso tiernamente sus mejillitas.

Es evidente que la guerra está empezando. Mi madre pone en su carta, como posdata: «*JO*.» (el subrayado es de ella) te besa. Mande libros rápido, mi pequeña flor.

A Simone de Beauvoir

Martes 14 de mayo

Mi querido Castor

Hoy he recibido dos cartitas suyas y contenían sorpresas. En una estaba el soneto de la loca y en la otra la carta de su hermana. La carta de Poupette me interesó, ha hecho un viaje insólito y esos tres compañeros de ruta, el señor gordo, el aduanero y el soldado me parecen de lo más novelescos. Tiene un aspecto siniestro, España.

Escuche, pequeño Castor, aquí va una cosa de primera importancia, ya que lo pienso —y me obliga un poco a escribirle a todo el mundo, es un fastidio—. A partir del 20 nos cambian de sector postal. Lo hacen de cuando en cuando. Así que la carta que escriba el 20 la tiene que dirigir como sigue:

Soldado Sartre

Sondeo—Estado Mayor A.D.

Sector 14459 (catorce mil cuatrocientos cincuenta y nueve)

Esta mañana envié el dinero por giro postal, o sea que lo recibirá pasado mañana 17 o a más tardar el 18. Ay, pequeña mía, justo después recibí sus cartitas clamando

miseria; por negligencia mía tendrá aún un día o dos de muerta de hambre. Pero yo creía de buena fe que no lo necesitaba antes del 20. Dispénseme, adorable Castor, se me parte el alma cuando está pobretona. Sólo envié 1.950 francos para poder terminar el mes sin pedirle prestado a Pieter.

Me alegra saber que está menos ansiosa, pequeña mía. En cuanto a las noticias, no son ni buenas ni malas. En el mejor de los casos podremos mantener la línea Lieja-Amberes y probablemente Lieja caiga, pero a fin de cuentas está previsto. Si no es así, tanto mejor. De todas maneras, ellos tienen la ventaja de la iniciativa. *A la larga*, me parece, la batalla tiene que volverse en nuestro favor. Lea las crónicas de Pierrefeu en *L'Oeuvre*, siguen siendo las mejores. Lo más tranquilizador que puedo decirle es que ahora hay una posibilidad de que la guerra termine antes del invierno de 1941. Pero cuando reciba esta carta todo lo que le digo aquí estará viejo. Es exasperante este desajuste entre los momentos de tensión pública o privada.

Por mi parle, mi dulce pequeña, soy casi exclusivamente un trabajador en novela. No hago otra cosa y estoy a punió de terminar. ¡Dios mío, qué vacío después! Creo que la escena Daniel-Marcelle será buena, mañana la termino. Hago sólo esto porque no tengo nada que leer y además esta larde he dormido un poco, no sé por qué. Excepcionalmente fui a cenar al local de Charlotte, esta noche; a la vuelta hacía un tiempo extraordinario de dulce calma con un bello cielo pálido y lodos los sonidos lejanos del campo y un intenso olor a verde, sólo que en un pueblo vecino, cuyo campanario se ve desde la carretera, se oía la sirena de alarma. Resultaba extraño y lodo este campo apacible se penetraba de un ligero veneno, como un caramelo acidulado. Aquí es un desierto, por lo menos la mitad de los tipos se han marchado a aquel sótano mefítico. Parece que apesta y es húmedo; el chófer del coronel, que volvió esta mañana para buscar sus cosas, dice que al llegar pusieron mala cara: hay que bajar noventa y cinco escalones bajo tierra, tienen electricidad tres horas por día. El resto del tiempo, lámpara de petróleo. Prohibición de salir. Todos los oficiales comen juntos en una habitación —todos los soldados juntos en otra— la misma cocina para oficiales y soldados. Es buena: única ventaja. Pero nosotros, seguimos aquí y nos quedaremos. La partida da a estos últimos días un cierto sabor a final de vacaciones, usted sabe, cuando unos pocos obstinados permanecen en los hoteles vacíos y la mayoría de los veraneantes se han marchado ya. Los oficiales permanecen ociosos en sus sillones, no hay más que dos secretarios, y nosotros, los sondea-dores, estamos completamente solos en nuestro anexo. Hasta nueva orden, no tengo miedo de bombardeos con usted: no bombardean a los civiles, bombardean objetivos militares (esencialmente campos de aviación) *sin preocuparse* de mirar por los civiles. La diferencia no es poca porque excluye todo bombardeo de París. En este aspecto no se inquietan por las represalias.

Mi pequeña, me fastidia pensar que hace usted trabajar su cabecita (y la comprendo tanto, usted lo sabe). Cuánto quisiera *hablar* con usted de todo esto. ¡Qué desgracia! Los permisos están suprimidos y seguirán estándolo seguramente mientras la gran batalla no esté decidida. Tenga paciencia, pequeña mía, tenga mucha paciencia. La quiero tanto y estoy tan unido a usted. Hasta mañana, pequeña flor, la beso con todas mis fuerzas. La quiero.

A SIMONE DE BEAUVOIR

Jueves 16 de mayo

S.P. 14.459 (a partir del 20)

Mi querido Castor

No ha habido carta suya hoy ni de nadie. Además el correo llevaba un gran retraso, seguramente debido a que los bombardeos aéreos destruyeron una parte de la vía férrea entre Nancy y Lunéville. Los periódicos no llegan hasta las cuatro, la Radio de los oficiales funcionaba mal, así que he pasado el día entero separado del mundo. A decir verdad, no me alteró demasiado. Aquí uno se siente aislado e impotente igual que si fuera civil: en algún lugar del Norte se decide no sólo el destino del país sino también el mío propio y el suyo; pero yo estoy aquí, sondeando pacíficamente cuatro veces al día, no corro ningún peligro, no sirvo para nada; hay que procurarse un estado de ánimo que cuadre con esta situación: uno se atranca, y espera con una suerte de resignación profunda. Por otro lado, es curioso la cantidad de mentalidades diferentes que la guerra es capaz de exigir: la manera de ver el mundo no sería en absoluto la misma si personalmente yo estuviera expuesto a los bombardeos y otra sería la manera de dominarme y otra distinta si fuera aviador o participara en los Cuerpos francos. Pero aquí, no se me puede pedir más que una especie de obstinación en el cultivo de mi jardín, cosa que hago. He avanzado mucho. La entrevista Daniel-Marcelle estará terminada mañana a mediodía. Sólo me queda la escena Mathieu-Marcelle y por .último un capítulo de diez páginas sobre Marcelle cuando espera la llamada telefónica de Daniel. Y me he dado un mes más para hacer todo esto. Leo poco; este *Baudelaire* que es infame, lleno de floreos universitarios a lo Brichot para no decir nada; pero que vale aún un poco más que el de Porche. El libro de Pepys que me encanta y que le enviaré y también, con todo, *Mientras agonizo*, que volví a encontrar y que no había leído nunca, malo que soy. A guisa de distracción, naturalmente, todos los días nos ofrecen cacerías de aviones. Pero la D.C.A. nunca les acierta; vemos en el cielo sus humitos estúpidos corriendo inútilmente detrás del avión, es sumamente irritante y finalmente ya ni nos molestamos (esto sucede siete a ocho veces por día). Lo bonito es el ruido, el bonito ruido regular del motor que parece hincharse en el cielo y describir una parábola a partir del horizonte y luego los chisporroteos de la D.C.A. y sus floreos y a veces la tos de una ametralladora. Esto llena la jornada. Como en las cercanías han caído unos paracaidistas, se pretende que salgamos llevando los fusiles, pretensión que ha chocado con nuestra resistencia pasiva. Sólo hay un bretón, hijo de comandante y soldado-secretario del I.D., que se muere de miedo, cuando oye un avión corre a los sótanos y se pasea gravemente por las carreteras, su fusil bajo el brazo, con aire de estar de caza. Ya no se habla de evacuar la 2.ª zona y aún podremos almorzar un tiempo en el restaurante de Charlotte. De vez en cuando llegan noticias de los enterrados del A.D.: parecen estar aceptando su suerte, ahora tienen más electricidad, de lo único que se quejan es de la humedad. Si algo puede tranquilizarla, mi pequeña flor, respecto de mi suerte personal, sepa que el enemigo atacó la otra noche dentro de nuestro sector —con la suficiente fuerza como para recibir nosotros los honores del comunicado— y nosotros no nos dimos cuenta *de nada*, no más que usted en su camita. Ni siquiera oímos el cañón. Lo que equivale a decirle que aún estamos lejos de las operaciones.

De vez en cuando vuelvo a entusiasmarme con la idea de reanudar el cuaderno. Después de todo lo llevé durante las mareas bajas de la guerra y lo solté en el buen

momento. Pero prefiero acabar la novela lo antes posible y después no se hablará más. Contaba con remitírsela a través de Pieter. Pero, ay, quién sabe cuándo partirá Pieter. Este tercer turno debía comenzar el 25 de mayo. Dentro de diez días, en realidad. Me temo que habrá que esperar mucho tiempo. El pobre Bost, es por él, sobre todo, que esto parte el alma. Sin embargo, no hay que desesperarse demasiado: es evidente que mientras dure la «batalla del Mosa» no reanudarán los permisos. Pero tampoco puede ser que esta batalla mantenga indefinidamente esa intensidad. Ya sé que citan Verdun, que duró seis meses; pero aquí las condiciones son muy diferentes. O ellos se abren paso —no lo creo para nada— y entonces estamos perdidos, o se detienen para tomar aliento y la guerra de posiciones volverá a empezar. Entonces sí seguramente veremos reaparecer tímidamente a los permisionarios. Hay que tener paciencia y sobre todo decirse que esto prueba que Alemania quiere terminar la guerra antes del invierno. Es decir que hay muchas posibilidades de que no tengamos que ver esos interminables tres y cuatro años de guerra que al principio preveíamos. Mi querida pequeña, lo que deseo es que no extreme su ansiedad y que tenga paciencia. No me gusta demasiado estar sin carta de usted.

De otros sucesos, nada. Salvo un apagón, por la noche, que nos obligó a comprobar el sondeo con velas; y un frío vivo y súbito que nos heló hasta los huesos: esta noche viento y ocho grados. Este invierno teníamos menos frío porque el frío nos persigue hasta los dormitorios. Por suerte el mío es el más caldeado.

Mi dulce pequeña, siempre tengo paletadas de pequeños recuerdos de nuestra dulce vida de antaño. El estado de guerra desarrolla el sentido de la cavilación y es muy cierto que uno se vuelve más profundo. De sentimientos, en todo caso. El mudo devanadar de los recuerdos se renueva cotidianamente. Hoy era Siena con su bracito bajo el mío. ¿Se acuerda cómo nos burlábamos del Sr. Suárez? Ayer era España, a causa del papel de cartas de Poupette. Esto es lo que nuestro estado meditativo tiene de agradable y de anormal, el hecho más minúsculo cae como en una charca y de allí brotan círculos concéntricos y círculos concéntricos, que se van desdibujando pero que son cada vez más anchos y más anchos. Y usted siempre en ellos. Mi vida está llena de usted, amor mío.

Hasta mañana, pequeño Castor. La quiero con todas mis fuerzas.

A Simone de Beauvoir

Viernes 17 de mayo

Mi querido Castor

Hoy, ni cartas ni periódicos. No hubo nada de correo, el tren anunciado para los 8 de la mañana no había llegado a la estación de la gran ciudad donde van desde aquí a buscar las cartas a las 8 de la tarde. Así que hace dos días que estoy separado del mundo. Añada a esto las noticias de la radio, que ya confusas y truncadas por sí mismas lo están todavía más debido a que las escuchamos con la oreja pegada a los aparatos (radio de los oficiales). Se oyen fragmentos, unas veces «Gran éxito», otras «situación desesperada» y a menudo uno no sabe *ni* quién habla (¿Radio Stuttgart, Radio italiana,

Radio inglesa?) ni de qué se habla. Por supuesto, también están los rumores que circulan de boca en boca —rumores en general derrotistas, a causa de esta larga espera—. Y además los del Norte que están desconsolados porque hace cuatro o cinco días que no tienen noticias de sus familiares. Lo curioso es que los giros todavía les llegan pero no las cartas. Yo presumo que la Censura ha hecho una amplia redada por todas las cartas del Norte y las ha parado a todas. Tiempo gris y frío, gotas de lluvia, 8 grados mañana y noche. Esto da, no voy a esconderle nada, un conjunto absolutamente siniestro. Con, por supuesto, el acompañamiento constante del cañón. Es evidente que la guerra es *eso* —al menos para los más favorecidos, que no la sufren con el cuerpo—: la espera, la ausencia total de noticias y los falsos rumores. El robusto optimismo de Pieter ha sufrido una dura prueba. El mío también, esta noche. Pieter estaba encantador. De golpe dijo: «¿Y si fueran *ellos* los que ganaran? *Nunca se piensa en eso*». Esto lo retrata. Y después, recobrando de golpe su optimismo: «¡Ah!, de todas formas no tratarían a Francia como a Polonia: sería soportable». Lo que me había deshecho eran también esos fragmentos de noticias oídas por los aparatos. La Radio italiana anunciaba —o al menos yo creí comprenderlo— que «los alemanes han roto la línea Maginot en *cien* kilómetros». Como se los situaba en las cercanías de Rethel, sentí un ligero estremecimiento, por más que fuese muy poco verosímil. En realidad se trata de una bolsa cerca de Sedán, la misma de la que se está hablando desde anteayer. La guerra del 14 demostró que se podía vivir mucho tiempo con hernias semejantes. Esta noche nos tranquilizamos un poco, interrogamos al capitán Munier, poseedor del susodicho aparato de radio, y sabemos en forma clara —tan clara como lo permiten los comunicados— lo que pasa. Naturalmente, Paul es el más sereno. Se indigna alegremente con los fallos de organización del ejército francés y, considerándose situado en medio de una catástrofe a su medida, labra apaciblemente su pequeña fanega en el jardín o bien aporrea la máquina de escribir soltando de cuando en cuando su cantito de esquizofrénico. En medio de todo esto, yo trabajo, he terminado el capítulo Daniel-Marcelle pero tendré que rehacerlo después de dejarlo descansar porque es «complejo», como diría Gégé. Y además la vida cotidiana: sondeos, Charlotte, ajedrez. Ahora apuntamos cada día nuestras victorias y derrotas. Yo le he ganado a Pieter nueve veces y él a mí dos. Hay un poco de nerviosismo en el aire y esta mañana nos reprochamos ásperamente nuestros defectos. Yo le dije por centésima vez: «La base de tu carácter es que eres un moscón de mierda, zumbante y torpe». Y él me dijo por centésima vez: «Eres duro con los demás, Sartre, muy duro, pero muy indulgente contigo mismo». Pero por la tarde estábamos reconciliados. Suprimido abajo el teléfono, tampoco habrá telefonistas. Así que montaremos guardia una noche cada cinco pero esa guardia consiste esencialmente en dormir. Mientras que los desgraciados del I.D. la hacen, por capricho de su capitán, de pie junto a un fusil cargado. Se distraen escuchando jazz por la radio. No sé si aprecia usted el encanto de la escena: un tipo en un comedor de hotel evacuado, su fusil cargado sobre la mesa y escuchando *J'attendrai* cantado por Tino Rossi.

Y esto, es todo, pequeña mía. Temo que también usted se encuentre angustiada y nerviosa. Ojalá mis cartas no sufran el retraso de las suyas, es muy desagradable. Sobre todo por usted, que puede pensar cosas malas. ¿Pero qué quiere? Estamos en el meollo de la guerra. Vamos a pasar ahora los peores momentos. Esto no durará siempre, querida pequeña. Seguro que no. La quiero con todas mis fuerzas. En este momento, la guerra ha exasperado el sentido de la jerarquía hasta el punto de que nadie más que

usted cuenta para mí; en la única que pienso es en usted. Beso sus mejillitas.

A SIMONE DE BEAUVOIR

Sábado 18 de mayo

Mi querido Castor

Hoy ha hecho buen tiempo y además recibí dos cartas suyas y además no diré que las noticias eran mejores, no, pero en fin, había noticias: en un gran mapa que había en la oficina de los oficiales vi unas banderitas que marcaban el frente. Así que me serené un poco. Pero qué amargas eran sus cartas, mi pequeña flor, me partieron el corazón. Dios mío, quisiera verla, una hora siquiera, y hablar con usted y tomarla en mis brazos, es tan angustiante sentirla allá lejos, absolutamente sola, y, por todo alimento, estas cartas mías obstinadamente serenas que llegan tres días después de haber sido escritas. Para colmo de males, sé que recibirá todas éstas con atraso. Me he informado, lo que retrasa los trenes no son los efectos de un bombardeo sino la necesidad de enviar al Norte largos convoyes de hombres y municiones. Así que lo que retrasa sus cartas retrasará igualmente las mías. Espero que se establezca un ritmo: el tren esperado ayer a las siete de la mañana llegó esta noche a las tres. Veinte horas de demora. Espero que esta diferencia de veinte horas se mantenga. En ese caso sólo perdería usted un día. Pequeña mía, siento igual que usted la tentación de dejar que mi destino se pierda en un inmenso destino colectivo y de diluirlo en él, pero creo que debemos huir de esta tentación. En cambio, si hay algo que se siente de una manera formidable y que es un privilegio sentir, es que el destino de un país finalmente es algo individual y único —como para una persona— y limitado por la muerte —como para las personas (con esto no quiero decir que perderemos la guerra, pero es suficiente con que corramos el *riesgo* de perderla)— y que, en este destino perecedero del país, finalmente nuestros propios destinos están *en situación*. Pero no tiene importancia, el país es una situación, y además hay millones de seres libres y para cada uno la victoria o la derrota será una historia individual, la muerte del país también lo sería, al igual que el retorno a una paz segura. Por eso, mi querida pequeña, pienso en *su* destino y en el mío y no puedo evitar pensar que es éste y no otro el que viviremos hasta el final. De ninguna manera estoy separado de usted, al contrario, jamás he estado tan unido a usted y lo estaremos de cualquier forma, amor mío, en lo bueno y en lo malo. La quiero. No tome todo esto por el fondo del pesimismo. Lo pienso únicamente a propósito de *posibilidades*, porque éstas son más sensibles y más vivas hoy pero en el fondo debería pensarse así desde el comienzo de la guerra e incluso, en suma, siempre. Le estaba diciendo que hoy fue un lindo día, hacía más calor y fue día de descanso. Trabajé y acabé un capítulo. Es algo que no obstante absorbe, uno puede sumergirse en ello, sólo que tengo miedo de que cierta especie de inventividad, en las *palabras* sobre todo, esté inmovilizada por la inquietud. Almorcé en el local de Charlotte. Por la tarde jugué al ajedrez y después tomé un baño. Los Acólitos hablaban de los acontecimientos. «Quisiera tener quince días más de edad», decía Pieter, incorregible optimista, y Paul le respondió soberbiamente: «Quién sabe si dentro de quince días no desearías tener veinte años más». Esta noche oí a Paul Reynaud por la

radio y ahora aquí estoy, le escribo. Dos cartas de T., que no está, al parecer, tan enferma. En estas condiciones considero inútil la boda, le escribiré que no conduciría a nada.

Hasta mañana, mi dulce pequeña, mi pequeña flor, si sintiera usted cuánto la amo y con qué fuerza estoy asido a usted con todo mi ser. Somos *inseparables*.

A Simone de Beauvoir

Domingo 19 de mayo

Mi querido Castor

Acabo de saber que los alemanes están en Laon y me siento terriblemente ansioso por usted. ¿Qué piensa hacer? ¿Evacuarán París? Aún quiero creer en un mejoramiento de la situación, pero temo que el Marne no sea posible una segunda vez. Existió de por medio un grave error de Von Kluck, y supongo que ellos han aprendido de este error y que no lo cometerán dos veces. Pequeña mía, esta carta llegará muy tarde —dentro de tres días—. ¿Dónde estarán ellos para entonces? Si aún está a tiempo, la conjuro a que se marche. Envíe a las dos Zazoulich a Laigle y usted, si puede hacerlo, si el gobierno (cosa que seguramente no hará) no exige que los universitarios se queden en París o prosigan su liceo en provincias, *vaya a La Pouèze, a casa de la dama*. Hágalo por mí, amor mío, mi pequeña flor. Piense qué atroz sería para mí saber que París es bombardeado, sitiado u ocupado y que usted está *allí dentro*, sola, terriblemente sola, y yo sin ninguna noticia de usted. No se me ocurre quién otro que la dama podría acogerla. Vaya, será mi único consuelo. En mi opinión, debería despachar inmediatamente a las dos Z. a Laigle. Le escribiré a T. en este sentido. Aun si se ve forzada a quedarse unos días más a causa de su trabajo, mándelas. Recuerde que corre el riesgo de *quedarse sin dinero* para partir. Espero que finalmente haya recibido mi giro. En casa de la dama no tendrá necesidad de dinero, ella le dará de comer y le prestará un poco. Me desespera la idea de que la carta que me escribirá hoy tardará tres días en llegarme. Mi pequeña, mi dulce pequeña, estoy unido desde lo más profundo de mis tuétanos, me desgarra saberla ahí *absolutamente sola*. Nunca he sentido tan dolorosamente lo importante que es para mí. Mi único temor es usted y, pase lo que pase, si vuelvo a encontrarla —y la encontraré, a condición de que se marche a tiempo— la vida será todavía soportable.

*Vea al final de la carta consideraciones más optimistas.
**Si no quiere abandonar a Sorokine, llévesela.

Aquí, duchas de agua fría. A las ocho oigo la radio por la que nos dicen que el avance de los alemanes es ahora más lento. A mediodía el teniente Ullrich, que ha oído la radio, dice: «Empezamos a frenarlos». A la 1 y media, tras un despreocupado almuerzo en el local de Charlotte, volvemos y nos cruzamos con un radiotelegrafista enloquecido: «Acabamos de oír la radio, están en Laon». Acto seguido, Paul declara: «Bueno, se terminó. Ojalá que seamos alemanes lo más rápido posible». Le echamos una pequeña bronca y ahora aquí estoy, le escribo. No puedo decirle nada sobre la situación,

no la conozco: tengo diarios de la antevíspera y no veo otra cosa que el mapa de los oficiales con la cinta y los alfileres y la bolsa que crece, crece desmesuradamente. Dentro de poco este mapa no alcanzará, hará falta un segundo. En estos momentos seguro que usted sabe mejor que yo lo que sucede. Tengo la convicción de que va a ser usted razonable. De ninguna manera creo perdida la partida. Pero pienso que tiene que ser prudente. En este momento corre usted más peligro que yo. Y creo que la dama es la única persona que podría ayudarle si las cosas se pusieran trágicas —cosa que de todos modos hay que considerar, aunque no creamos en ella—.

Mi dulce pequeña, no tengo nada más que decirle, salvo que la quiero cuanto se puede querer y que es usted mi querido, mi único amor. Cuando imagino —por pura probidad de espíritu, se lo aseguró— una vida en la que ya no me fuera posible escribir, publicar lo que escribo y en la que hubiésemos de sufrir muchas privaciones materiales, si pienso que esa vida la he de llevar con usted, me parece que aún podría depararme felicidad.

Hasta mañana, querido amor mío.

Añado esto, dos horas más tarde. Aun si sucede lo peor (París ocupado) la guerra no estará perdida. El bloqueo ha de hacerlo una flota, y los alemanes no la tienen. Mientras conservemos un ejército intacto (el de Alsacia), una flota aérea, y mientras los ingleses puedan hacer el bloqueo, no estaremos de ningún modo perdidos y seguirá habiendo muchas razones para el optimismo.

No se aniquila a los «millones de hombres» de los que habla Romains como si fueran un ejército profesional, y no se puede ocupar un *imperio* que posee una flota e inmensos recursos coloniales, como Holanda. Sólo París puede ser ocupado (sabe usted que en el 14 Joffre pensaba combatir en el Macizo central) y por todo eso tiene usted que marcharse lo más rápido que pueda. La quiero.

A SIMONE DE BEAUVOIR

20 de mayo

Mi querido Castor

Le escribo con la ventana abierta, son las ocho y media de la tarde, todavía está muy claro y aún no he encendido la luz, es un lindo día manso, campesino. Como decía Pieter anteayer: «Uno se pone nostálgico con un tiempo así». «¿Y tú, le dije, con un tiempo como éste dónde estarías, un domingo de verano?» «En el campo.» «Pues bien, lo estás.» «Sí, pero no al lado de viejos imbéciles como tú.» Esta noche a mí me pasa lo mismo, con la diferencia de que yo no estaría en el campo, si fueran tiempos de paz. Estaría en la terraza del Flore, con usted, comería huevos revueltos y tostadas y tenderíamos las orejas para sorprender las palabras de Sonia, de Prévert y de Agnès Capri. Verá usted, lo digo sin melancolía, empiezo a haber perdido por completo el «sentido de la paz», sin haber ganado en recompensa el sentido de la guerra. Hoy he estado tranquilo y ocioso, sin mucha ansiedad, porque este bombardeo no parece haber causado ninguna víctima en el París central donde usted se encuentra. No he trabajado mucho, sólo inicié el capítulo en que Marcelle espera la llamada telefónica de Daniel, y

he jugado poco al ajedrez, pues Paul y Pieter han dado pruebas de una súbita pereza. Pieter está jodido con el bombardeo de París, esto suscitó un ligero hundimiento, quejumbroso y acariciador, como siempre, en el fondo de *él* mismo, sus ojos despedían una ternura insondable, se lamía los labios y luego, por la tarde, se echó en su cama y durmió tres horas. Comprendo que esté jodido: su mujer acaba de someterse a una pequeña operación y guarda cama, es fastidioso hallarse impedido si se ordena una evacuación, y a todo esto, actualmente, desde el 15 de mayo en su comercio no entra ni un sólo céntimo, las mujeres no están con ánimos como para comprar sombreros. En compensación, muchas refugiadas han ido a comprar medias a su otra tienda. Paul tomó este bombardeo con serenidad —el de Nancy lo había asustado más—. «Cosas de pueblerino», dijo Pieter con filosofía. Pero no jugaba al ajedrez porque se había puesto a lavar su uniforme. Le vimos todo el día sacudiendo la ropa sobre una gran tabla con el agua chorreando, lo hacía con un encarnizamiento feroz. Ante 16 cual, esta mañana cogí la bicicleta y fui a dar una vuelta al pueblo vecino, a 2 km de aquí. Ahora es toda una expedición porque hay patrullas vigilando las carreteras, vallados de leños en las entradas del pueblo, etc. Pero no me sucedió nada y gocé de unas frescas impresiones de campo. En particular, una cigüeña desalojada no sé de dónde efectuó unos vuelos rasantes justo encima de mi cabeza, con sus amplias alas desplegadas como un planeador, era soberbio y ridículo pero es increíble lo que se parecen las cigüeñas verdaderas a las de madera que venden en las tiendas de *souvenirs*, en Alsacia, se creería que la naturaleza, una vez más, ha imitado al arte. Causa gracia. Bajé de la bicicleta; Civette, el héroe que quiere vengar a su padre natural (¿le he contado esto?) también lo hizo (venía en sentido inverso) y contemplamos largo rato al animal. A continuación regresé y vagué un poco, no recuerdo bien lo que hice, era uno de esos momentos en que uno siente que se desborda a sí mismo, que tiene consistencia de más; sin estar triste se inspira uno cierta dulce repugnancia, que en la vida civil siento a menudo y mucho más raramente en la militar. He acabado por leer *Don Quijote*, que es realmente excelente y a veces me hace *reír*, cosa prodigiosa porque, si la admiración es retrospectiva, la risa no. Y además es sumamente poético, hay un momento en que están cenando con unos cabreros, y beben vino de un odre en un cuerno que se pasan en ronda, y después Sancho se queda dormido y Don Quijote vela toda la noche, es sumamente agradable. Por la tarde había dos cartas de usted, de lo más sosegadas pero esto sonaba un poco caduco, de una manera ligeramente angustiante porque había estado lo de ayer invalidando en cierto modo todo cuanto me decía. No obstante fue muy placentero poder leer tantas páginas suyas.

Espero con impaciencia la carta de mañana. Con tal de que haya una: ahora tiene usted la costumbre de agregar unas líneas por la noche. El «mal método» es *ése*, pequeña miserable, sobre tres cartas recibo una con un día de atraso. También había una amable carta de Tania y una de mi madre, la pobre hace lo que puede y está colaborando en un servicio que se ocupa en reunir a las familias que han quedado dispersadas por la evacuación. Convengo en que es una labor útil. Comparan fichas venidas no sé de dónde y acaban encontrando apellidos iguales: el marido está en Limoges, la mujer en Perpiñán. Pero, muy a menudo, al cabo de una jornada de trabajo, no ha conseguido ningún emparejamiento.

Después, serenado yo, jugué una partida de ajedrez con Paul y le gané, y luego releí mi novela de punta a punta. Con satisfacción; no es que la encuentre buena o mala, ya no estoy en eso: es un hecho que acepto sin comentarios. Pero no me quedan muchas

correcciones de detalle que hacer sobre mis correcciones. Se acabará de verdad dentro de diez días a menos que de aquí a entonces nos informen la toma de París. Creo que ha de ser una curiosa vida larval la que se lleva en París todo este tiempo. Después de este bombardeo la gente emprenderá la huida otra vez.

Pequeña mía, según las últimas noticias (Nueva York 21.40) acabo de conocer el *auténtico* balance del bombardeo: 1.000 personas afectadas, en total. La angustia vuelve a asaltarme. No porque exista ninguna posibilidad de que usted se cuente entre ellas, ya que parece más o menos comprobado que los alemanes apuntaban —aunque con mucha negligencia— a objetivos militares. O sea, a la periferia de París, no al centro. Pero esto me hace presente el peligro real que usted correría si la situación se reprodujese. Amor mío, si le proponen evacuarla deje que lo hagan. Sea prudente y virtuosa, se lo ruego. ¿Cómo disfrutaríamos juntos de la paz, que acabará por volver, si usted tuviese una piernecita de menos o quizá toda la cabeza?

La quiero, mi dulce pequeña, mi pequeña flor. Mi pensamiento no la abandona. Salvo cuando juego al ajedrez. La aprieto muy fuerte entre mis brazos.

Si no hablo nunca de *Marat* es porque leerlo me produce cierta repugnancia. Es de un norteamericano y yo siento el mayor de los desprecios por la Ciencia norteamericana.

Me he dado cuenta de que el tema de mi novela eran la servidumbre y grandeza del hombre democrático. No dejaré de señalarlo en mi texto de solapa para prestar un olorcillo de actualidad a una obra que podría parecer demasiado pacífica.

A SIMONE DE BEAUVOIR

Jueves 23 de mayo

Mi querido Castor

Hoy no ha habido correo. Pero no hay que quejarse: las que llegaron eran cartas del Norte; unos pobres tipos hacía nueve días que esperaban noticias. Paul, cuya mujer está en esa zona, en una región a todo esto bien protegida por la línea Maginot, recibió siete de una vez. En cuanto a las noticias, no son ni buenas ni malas: confusas. Los alemanes están en Abbeville y se dirigen a Bolonia, pero las tropas aisladas que bajan de Bélgica han retomado Arras y ocupan los suburbios de Cambray; casi no temo ya que corten la retirada al ejército de Bélgica, pues las tropas alemanas con las que tiene contacto en el Norte son forzosamente escasas. Lo que no impide que aún nos corra frío por la espalda y que la ducha de agua fría continúe. Sólo queda esperar. Pero es bastante irritante esperar *aquí*, sin hacer otra cosa que estos inocentes sondeos cuatro veces al día. Pero en conjunto ha sido una jornada alegre. Las noticias de las seis nos afectaron un poco — mucho menos que anteayer. Hacía buen tiempo, un tiempo suave, jugué al ajedrez, leí un poco una novela policíaca que había traído ayer de mi peregrinaje y también trabajé algo. Pero ahora tengo menos prisa por terminar mi opúsculo, pues aunque lo terminara no podría enviarlo, se han suprimido los paquetes en ambas direcciones. Hago votos, mi dulce pequeña, para que haya tenido tiempo de mandarme libros y cartuchos de tinta, pero no tengo mucha esperanza. Mala suerte. De todos modos

alguna vez los restablecerán, y todavía tengo menudencias para leer, el final de varios de estos libros que mordisqueo y escupo sin tragar, cosa que usted suele reprocharme. Esto me enseñará a terminar los libros.

Mañana dejamos a Charlotte y a Morsbronn. Pero no se alarme, iremos a cuatro kilómetros de aquí a otro pueblo en el que estaremos igual de cómodos. Nos tiene sin cuidado, más bien nos divertiría, porque será un cambio. Además, en el pueblo hay una cooperativa militar en la que podremos aprovisionarnos. Y como no lo han evacuado, supongo que habrá un restaurante. Esta partida tiene causas oscuras: por la mañana dieron, sucesivamente, orden de evacuar a los civiles y luego contraorden. Tras lo cual se presentaron dos autocares y metieron dentro a una gran cantidad de civiles sospechosos de espionaje, entre ellos el secretario del ayuntamiento y una enfermera que se acostaba con un radiotelegrafista, mi vecino de habitación. Tras lo cual, por último, nos hacen partir para este nuevo pueblo en donde nos encontraremos con los secretarios y con todos los oficiales vueltos de su blocao.

Nueva ducha de agua fría: justo en el momento de escribirle, nos llamó un radiotelegrafista y nos dio los últimos comunicados; tenemos Amiens y Cambray, y al ejército de Bélgica, aunque todavía interceptado, sólo le faltan treinta kilómetros para interceptar a su vez a los alemanes. Con esto termina bien un día que había empezado bien, pero es verdaderamente extraño seguir así cada tres horas una batalla que ya no dura veinticuatro horas como en otro tiempo sino días y días con alternativas diversas de éxitos y reveses.

Mi dulce pequeña, con todo eso sigo estando junto a usted. Si pudiera estar junto a usted para compartir todo eso. La quiero con todas mis fuerzas, mi dulce, mi querida pequeña, mi pequeña flor. Beso sus suaves mejillitas, es usted mi amor.

Me pone nervioso Sorokine tomándolas conmigo y llamándome Crevette. Así que dígale que se vaya a hacer puñetas.

A Simone de Beauvoir

Viernes 24 de mayo

Mi querido Castor

Hoy, jornada sin historia. Los correos parecen normalizarse poco a poco, tras la afluencia de refugiados y los transportes de tropas. Recibí su carta del miércoles, hoy. Y los diarios de ayer. Pero me faltan su carta del martes y los diarios de anteayer. La suya era una cartita muy desesperada, mi dulce pequeña, mi pequeña flor, me partió el alma. Es absolutamente siniestro imaginarla, corriendo por París, con ese dolor de cabeza de angustia y esas palpitaciones y ese nerviosismo. Mi dulce pequeña, espero que hoy esté menos siniestra: ayer las noticias fueron mejores, hoy son estacionarias. No preste demasiada atención a los nombres de las ciudades, cuando le dicen: los alemanes «están» en Bolonia o en Abbeville. Lo muy cierto es que no se trata más que de incursiones que sólo tendrían consecuencias si les siguieran la infantería y la artillería pesada, que distan mucho de poder hacerlo en todos los casos. Lo que se puede decir es que sólo ahora entablamos una batalla, en condiciones mucho menos favorables de lo

que habrían podido ser si no se hubiesen cometido unos estúpidos errores, pero que no tienen nada de trágicos. Con el agregado de cierta inferioridad de material, compensada por la escasez de combustible de los alemanes. Es falso suponer que el ejército belga está desconectado del ejército del Norte: primero que la situación está tan embrollada que nosotros tenemos rodeados a los alemanes que nos rodean. Segundo, de hecho los dos ejércitos aliados están separados —entre San Quintín y Cambray— por unos treinta kilómetros; precisamente la región donde está teniendo efecto el grueso de la batalla. Ahora debemos esperar y no angustiarnos demasiado, amor mío: está comenzando una cosa diferente, diferente de lo que acaba de suceder en los últimos diez días y esta vez es la verdadera batalla.

Comprendo a las mil maravillas cuando me habla de bajezas: la inclinación a dar por cierto el menor bulo optimista, el motivo de confianza más minúsculo y menos fundado. Pero realmente, ¿qué quiere usted hacer? Lo que estropea la máquina es el hecho de que todo sucede fuera de usted. Usted guarda una posición absolutamente pasiva, y no es ésta una actitud humana frente al peligro. Si tuviera que decidir por sí misma, todo aquello se esfumaría. Así, esta tarde he visto, volviendo de las líneas desde la mañana, borrosos y desvaídos y trastornados por las noticias de la semana, de las que acababan de enterarse, dispuestos a todos esos pequeños compromisos, a hombres que venían de padecer ocho días de bombardeos intensos y certeros, que habían estado cuatro días sin comer, salvo pan y sardinas de vez en cuando, y que habían soportado sin chistar, entre otros, un bombardeo de *cincuenta horas*. Es que son dos actitudes completamente diferentes. Por mi parte, he estado un tanto protegido de esos compromisos, no por obra de mi naturaleza, que más bien me inclinaría a ellos, sino por el hecho de que los rumores difundidos hasta ahora han sido *uniformemente pesimistas*, hasta estos últimos días. El trabajo interior no era el mismo; había que zurcir, remendar, taponar cada fisura, decir ante cada golpe: ha de ser una *cravate* (palabra que significa a la vez «soplo» y bulo) como ese oficial de paso por el A.D. que me oyó anunciar la toma de San Quintín por los alemanes a un secretario y me encaró, pálido y nervioso: «¿Dónde ha oído eso? ¿Es una patraña?». «Lo oí por la radio, mi capitán.» «¡Ah! ¡vaya, vaya!» y enseguida, con un gesto de desdén: «¡Bah! Habrá sido por la radio alemana». Y acto seguido bajó corriendo la escalera para no darme tiempo a contestarle que se trataba de un comunicado francés difundido por una emisora francesa. Es la clase de trucos que yo mismo he practicado durante ocho días, observando diez veces las zonas del mapa, midiendo con un lápiz los avances alemanes para minimizarlos, etc. Uno de mis ejercicios favoritos consistía en convencer al pesimista de Paul de que las cosas no iban tan mal. Volcaba en ello toda mi mala fe y mi dialéctica, para poder decirme después: «Dado que tras la exposición de los hechos, y pesimista como es, conviene en que la situación no es tan mala, etc». Pero todo esto no imposibilitaba una auténtica angustia heideggeriana, sin nerviosismo. T. me escribe: «Es tremendo cómo los demás me parecen, en este momento, chinches aplastadas. Sólo tú eres una persona». Pues bien, eso es lo que yo sentía: la contradicción —que es, naturalmente, la condición humana— de ser a la vez enteramente una persona libre y dueña de sus deseos y también, enteramente una chinche aplastada. Durante uno o dos días sólo pensé la cuestión referida a un futuro muy distante: cómo vivir *después* y me venía un sudor frío. Leo justamente *Hitler m'a dit*, he leído un artículo sobre el despoblamiento sistemático que practican los alemanes en Polonia (en la *Revue de París* del 1.° de mayo. Lo tendrá que leer si lo encuentra en la biblioteca de Camille-Sée) y no era para alegrar el espíritu.

Pero desde hace dos o tres días es muy diferente. Estoy rotundamente apaciguado en profundidad, con arranques de un nerviosismo casi retrospectivo. Aquí ha habido mucho abatimiento. Paul y Pieter han estado simpáticos y correctos, con otros ha sido todo lo contrario, pero no puedo hablarle de eso ahora. De aquí a pocos días retomaré mi cuaderno y lo contaré todo minuciosamente. Hay mucho más que decir de lo que digo aquí.

Hoy ha sido un día muy neutro, estaba de descanso, no sondearé hasta mañana al mediodía. He leído una novela policíaca de «L'Empreinte», parece pasable, un artículo sobre los métodos propagandísticos rusos en Besarabia— y he trabajado; estoy terminando el capítulo Mathieu-Daniel (cuando Daniel confiesa ver a Marcelle en secreto). En el restaurante de Charlotte había unos tipos interesantes: volvían de las líneas, en las que habían sufrido intensos bombardeos. En particular vi de nuevo al observador Civette, el guapo jovencito lánguido que partió conmigo en mi último permiso. Su observatorio fue regado copiosamente y desde ahí veía a los alemanes regados por nuestra artillería, según las indicaciones que él mismo proporcionaba. Le dije, en son de broma: «Tienes muchos muertos sobre tu conciencia» y me respondió: «Con gusto, hombre. Los acepto con mucho gusto». He aquí uno a quien la vida que llevaba allí dejó realmente exaltado. Ya no está guapo ni mucho menos, pero se colma de un orgullo enardecido cuando considera desde aquí lo que pudo soportar allá (un disparo de perfecta precisión y tan claramente dirigido sobre su observatorio que, según varias opiniones, es un milagro que se salvaran). Lo dejé aullándole en los oídos a un judío gordo y pacífico que comía mermelada y protestaba delicadamente: «¡El instinto de conservación, hombre, no debería existir!». «¡Ah! decía el otro, contra él no puedes, es más fuerte que tú.»

Y esto es todo por hoy, mi dulce pequeña flor. Aunque el peligro inmediato esté totalmente conjurado, ha hecho bien en despachar a las Z. Sólo lamento que Tania no haya tenido tiempo de hacerse la radiografía. ¿No se quedará usted demasiado sola? Es verdad que tiene a Sorokine, quien sin duda estará deseando que ocupen París para poder tenerla con ella sola. Ahora que no queda ningún motivo de celos, se pondrá encantadora, ojalá que contar con ella le sirva de apoyo.

Mi pequeña flor, cuánto la quiero. Me llena de congoja imaginarla ahí, toda angustiada. Ojalá recobre un poco la paz. La quiero.

A Simone de Beauvoir

Sábado 25 de mayo

Mi querido Castor

Hoy he recibido una buena cartita suya de lo más sosegada. Me alegra. De hecho, nosotros estamos tan sosegados (sin ningún optimismo) que ni nos ocupamos de escuchar la radio, salvo al mediodía. Las cosas parecen estacionarse un poco; era hora. Debe reanudar usted el trabajo y sentirse una chica animosa. Mi dulce pequeña, mi pequeña flor, cuánto desearía que descendiera un poco de paz a su almita apasionada. La imagino tan bien mordiéndose sus puñitos, pobre Castor adorable.

Es una verdadera lástima que las Z. no se marchen, sobre todo si T. consigue que la metan en chirona todos los días. Pero ¿qué se puede hacer? Seguiré escrupulosamente sus instrucciones, le diré que se marche en cuanto usted juzgue que la situación es peligrosa, y le ordenaré que de cualquier forma esté en Laigle el 1.° de julio. Lamento un poco que ella no recibiera la carta que hice la estupidez de mandar a la rué Vavin, pues en ella le explicaba que era imposible que nos casáramos y ahora tendré que hallar un recurso para volver a explicárselo. Pero usted no podía hacer otra cosa. La hubiese enloquecido pensar que había leído su carta, y yo habría pagado el pato. Acusaremos, pues, al correo, que a todo esto sigue muy irregular, ya que aún no he recibido su carta del martes. Lamento mucho que tenga por delante un mes financieramente tan pesado. Y además, ¿cómo haremos si T. no consigue un salvoconducto? Ayer le escribí que intente hacerse con uno y que, si se lo niegan, salga de París antes del 1.° de junio. De lo contrario, criará moho en París indefinidamente. ¿Qué hará ella? Usted la conoce.

Aquí estamos de revuelo. Ante todo los espías. Los hay por todas partes, los detienen de a racimos y aquí y allá fusilan a alguno. No es raro oír: «¿Sabes?, el jefe de estación de..., el otro día seguro que lo viste, al pasar. Bueno, lo fusilaron». Etc. Cada cual ha visto un espía, ha estado a punto de cogerlo y, naturalmente, el espía ha logrado escapar. Pero el caso es que los hay, y a todas luces su existencia no es ajena a unas extrañas reestructuraciones que están haciendo en nuestra división. Supongo que la Censura no dejaría pasar más, por tanto sólo le diré que nos vamos. Dentro de tres o cuatro días. No lejos de aquí. Pero igual será un revuelo. Mientras tanto, aunque seguimos en este sitio, ya no estamos «en sector». Para nosotros, esto se traduce en una libertad total. A partir de esta tarde a las 19 no volveremos a sondear hasta la partida. Así que trabajaré concienzudamente. El día ha sido agradable, calmo y vacío. Primero sondeos, después almuerzo en el local de Charlotte, luego leí un poco la novela policíaca y luego trabajé y luego esta tarde hubo conciliábulos de toda clase acerca de los espías y de nuestro futuro desplazamiento, se cuchicheaba por todos los rincones pidiendo, seriamente, absoluto secreto sobre las pizcas de información transmitidas. También corría el rumor de que el general Gamelin se había suicidado, pero la radio acaba de desmentirlo.

Y esto es todo, querida pequeña, por hoy, una carta sin historia, de hombre feliz. Quisiera recibir otra semejante de usted.

Ahora me iré a acostar y leeré una breve historia de Noruega, para ponerme al corriente, a la luz de las velas. Y mañana, nada que hacer, es estupendo.

Hasta mañana dulce pequeña, la beso muy fuerte, estoy todo el tiempo preocupado por usted, mi querido Castor.

Esté atenta a los periódicos para ver cuándo autorizarán de nuevo los paquetes para militares, supongo que no tardará ya que el correo se ha normalizado, y entonces me enviará usted mis libros y *cartuchos de tinta*.

A SIMONE DE BEAUVOIR

26 de mayo

Mi querido Castor

Ahora recibo sus cartitas con toda puntualidad. Ayer a las dos tenía la del viernes, muy agradable. Con mayor razón porque se la veía mucho más alegre, reanudaba usted su vida normal. Desde el viernes las noticias no son malas y pienso que ha disfrutado tres días de tranquilidad. Mi dulce pequeña, cuánto prefiero saberla satisfecha, es un desastre para mí cuando no la veo feliz. Me sorprendió grandemente al enumerarme los libros que me enviaría: ¿he pedido uno de Fabre-Luce, yo? Estaría loco. Tengo a los dos Fabre-Luce, por imbéciles. Otra cosa, amor mío, no me mande *algo* de Verlaine: yo quisiera *el* Verlaine de «La Pléiade» (poesías completas) o nada. Y añádale *Le Soulier de satin* de Claudel, que tengo más ganas de leer que lo demás. Tiene tiempo, por desgracia, pues que aún no han autorizado los paquetes.

Me divirtió el pequeño incidente que me cuenta de esa rubia gorda y horrible que le aconsejó a Sorokine leer *La náusea*, y me hubiera divertido más aún, amor mío, si no estuviese convencido de buena fe de que Sorokine la inventó de punta a punta. Esta chica suele mentir para entretenerla. Además, la historia es sospechosa. Sobre todo el final, cuando dice: «¿Sabe lo que le hizo él?», sacude la cabeza y se calla, la perversidad impúber de Sorokine se huele a veinte leguas. Y bien, esto es lo que creo. En cuanto a la mujer lunar, hoy por hoy está de lo más maquiavélica. ¿Qué fines persigue? ¿Por qué se lo pasa murmurando sobre nosotros con T., haciéndose la santurrona con ella, prestándole auténticos servicios y después, cuando uno las cree en excelentes relaciones, despotricando contra ella ante usted? Nunca me ha dicho usted *cómo hizo* la mujer lunar para leer mis cartas. ¿Rebuscando en casa de T.? Hábleme un poco de ella y explíqueme su psicología y sobre todo esto: si la toma a usted por la mala ladrona, empeñada en la pérdida de los demás y hostil a ella, ¿por qué viene y le descubre sus planes respecto de T. (hacerla quedarse para que aprenda)? Esta expresión «para que aprenda» es exactamente, acuérdese, la que utilizó el año pasado cuando creyó que T, había recibido una tunda de un tipo. «Así aprenderá.» Superioridad de mujer que ha corrido mucho sobre una candidata a correr como ella, pero también me suena a cierta crueldad resultante de un complejo de inferioridad. Yo pienso que la lunar, con tantas razones para creerse mejor que T., topa constantemente con ese don injusto que es la «clase» de T. y se incomoda, y, por esto mismo, quiere ver a T. trastornada, humillada y deprimida. T. me lo decía ya, inocentemente: Nunca es tan amable conmigo como cuando estoy bebida y vomito. Esto concuerda con un sentimiento vagamente tramposo y muy irritable, me parece. Al menos es lo que puedo entrever de su alma tenebrosa. Ayer escribí ocho páginas a T., la rezongué por sus titubeos en dejar París, la amonesté por no ser nada valiente, por tener miedo de la sangre y los muertos y porque, en consecuencia, si hubiese peligro toda ella sería un puro chillido enloquecido. Le volví a repetir mis exhortaciones: 1.° solicitar una tarjeta de libre circulación; 2.° en el caso de que se la negaran, partir antes del 1.° de junio; 3.° en cualquier caso, partir en cuanto usted se lo dijera.

Por lo que atañe al día de hoy, querida pequeña, no hubo demasiados sucesos. No tenemos más sondeos y nos desconcierta un poco esta vida de rentistas. Deambulamos, jugamos al ajedrez, trabajé un poco pero de cualquier modo había cierto impulso frenado, estos últimos días no estoy haciendo gran cosa, juego al ajedrez y sobre todo leo. Estaba pesado y tormentoso y me metí en la cama, por la tarde, para leer una novela policíaca que no está mal: *Mort à marée basse*. Por aquí la espionitis sigue causando estragos. Corre el rumor de que han fusilado a la gente más imprevisible y

hace un rato, a las once de la noche, cuando bajaba la escalera para ir a orinar, el sargento Naudin me tomó del brazo y me dijo: «Ven a ver las luces». Hacía una hora que permanecía solo sobre un terraplén mirando «las» luces. Vi, en efecto, un punto brillante que aparecía y desaparecía a lo lejos, en la bruma. Me dijo: «Hace tres días que "las" observo. Durante toda la noche, ¿sabes?». Miró aún un ratito y después me dijo: «Es el morse».

Y esto es todo, mi dulce pequeña. Seguimos sin noticias de nuestra partida, corre el rumor de que ocuparíamos un sector *sumamente* tranquilo al lado de aquí.

La quiero, mi pequeña flor, me ha dado nuevas fuerzas saberla tranquila. Es usted mi querido amor, beso su querida carita.

A Simone de Beauvoir

Lunes 27 de mayo

Mi querido Castor

Hoy las noticias no son muy buenas pero usted las conocerá mañana, las supe por la radio norteamericana hace una hora: hay combates en Calais y Hénin está rodeado. De todas formas hace ocho días fue peor: incluso si el ejército belga, cercado, tuviera que rendirse, nosotros tenemos un frente continuo de Montmédy al mar que continúa reforzándose —y los alemanes habrán perdido en hombres y material tanto como tomarían de los aliados si capturaran aquel ejército—. Pero no hemos llegado a eso. Parece que en dicho ejército hay pocos franceses en proporción: hay sobre todo belgas (alrededor de 600.000), buena parte del grupo expedicionario británico (2 a 300.000) y tal vez 100.000 franceses. El que está ahí es el ejército belga de activo. En Francia constituirán un ejército de reserva de un millón dé belgas. Pierlot lo ha anunciado oficialmente. Yo calculo que Weygand está pensando esencialmente en reorganizar y fortificar su frente. Al principio tienen que haber habido unos extraños despistes. Mi madre me escribe que el hijo de su vecino de rellano llegó agotado y cubierto de polvo con su atuendo militar por único equipo. Buscaba a su unidad por todas partes. Y hoy, el hermano de un soldado de aquí, acabamos de enterarnos, apareció de repente en Rambouillet, volviendo de *Bélgica*, en donde estuvo desde los primeros días. Debieron de pasarlas negras y no será una pequeña faena reorganizarlo todo. Pero tengo la impresión de que la situación está lejos de ser desesperada. Cada día que pasa se agrava para el ejército de Bélgica y cada día que pasa mejora para el ejército del Norte. Esto no quita que aún nos queden tremendos momentos en perspectiva.

Por lo que a mí se refiere, hoy he tenido mi pequeña alegría: *tres* cartas suyas. En realidad, sobre todo tres sobres, porque una de las cartas me la había escrito Poupette. Otra era del martes 21, que no me había llegado. También recibí la de T. fechada ese día. De lo más amable y haciéndome lamentar la durísima carta que le envié esta mañana. Pero sobre todo estaban *sus* cartas, más serenas; trabaja, recupera un poco de placer por la vida, esto es tan importante para mí y en la actualidad *sé*, al día, por la radio, los días en que estará un poco apaciguada. Por ejemplo, todo el día de hoy. Mañana y pasado tendré cartas bastante serenas. Pero es una esperanza de avestruz, porque quizá pasado

mañana, cuando las reciba, usted estará angustiada de nuevo, y sin embargo sólo a ellas quiero tenerlas en cuenta, como si fueran la emanación de su presente en vez de aportarme un pequeño fragmento de un pasado ya muerto.

He vivido mi pequeña vida juiciosa, he ganado al ajedrez a toda mi gente, Pieter, Paul, Hantziger, y he sido vencido por el campeón. También resolví un problemita de ajedrez de «L'Empreinte» y reconstruí la partida de un maestro según los datos proporcionados por esta misma Empreinte. Cuando autoricen de nuevo los paquetes tendrá que enviarme algún pequeño tratado de ajedrez, quiero perfeccionarme. También escribí mi novela y anduvo bien. Acabo de releerla con satisfacción, aunque con espíritu crítico. Añada a esto los informativos BBC a las 6.15, Radio PTT a las 7.30, Nueva York a las 21 y Radio-Paris a las 21.30. Tenemos mapas, como los viejos de los cafés, y de un informativo a otro comentamos entre nosotros. También pasé diez páginas a máquina! Esta novela, a través de tantos avatares, la paz, la «guerra de mentira» y la guerra de verdad, se encamina tranquilamente hacia su fin. Igual que a usted, hay momentos en que el escribir me resulta maníaco y obstinado, cuando hay tipos reventando como moscas en el Norte y cuando el destino de toda Europa está en juego, pero ¿qué puedo hacer? Además, se trata de *mi* destino, de mi estrecho destino individual, y ningún gran espantajo colectivo debe hacerme renunciar a mi destino. De modo que seguí trabajando todos estos días, salvo en los momentos (hacia el 18 y 19) en que realmente estaba demasiado abatido para escribir. Sigo sin verle futuro. Me intereso por ella en presente. Pensar que será publicada o algo parecido, que la leerán otras personas, está a cien leguas de mi mente. No es eso, sino que tiene que estar terminada alrededor del 15 de junio. Eso es todo. Es su único futuro. Después, ya no dependerá de mí. Por fuerza, cuando escribo me encuentro bastante puro, ya no tengo esas pequeñas vanidades y esas pequeñas esperanzas de autor de las que el año pasado no podía defenderme. Estoy tan puro como cuando escribía *La náusea o* los primeros cuentos de *El muro*, cuando era un desconocido y ni siquiera sabía si me cogerían mis libros. Pero además es otra cosa, algo que resulta más «existencial» y más sombrío, de cualquier modo es *contra* la liquidación de la democracia y de la libertad, contra la derrota de los aliados —simbólicamente—, que realizo el acto de escribir. Actuando hasta el final «como si» todo fuera a restablecerse.

Aparte de esto, mi dulce pequeña, nada muy nuevo. ¿Quería saber a propósito de qué pensé en usted con tanto amor? Aguarde. Se trataba de los viajes, naturalmente; hay sitios así que vuelven a mi mente y usted está en ellos y siento unas enormes ganas de estrecharla en mis brazos. No recuerdo exactamente. En cualquier caso, mi pequeña flor, no puede imaginarse lo *empapado* que estoy cuando pienso en usted. También usted, pequeña mía, es mi carne y mi sangre, mi piel y mis huesos, mi médula, todo lo que se le ocurra. Cuídese mucho por mí, dulce Castor. De nuestra partida no hay noticias. Es inminente, supongo, pero en fin, desde luego que no será mañana porque ya lo sabríamos. En cualquier caso, no iremos lejos de aquí. Quizá incluso estemos de descanso o en segunda posición. Así que no tenga *ninguna inquietud* por mí.

Hasta mañana, mi pequeña flor. La beso con toda mi ternura.

A Simone de Beauvoir

[28 de mayo]

Falta el comienzo.

¿Recuerda usted el famoso CSAK y el atentado de la place de l'Étoile? Al tipo lo implicaron y estuvo inquietado. Es un caso. Un tipo desgarbado, triste y feo, de nariz interminable y sinuosa y aire desgraciado, recogido en un lóbrego orgullo, agrio y terriblemente nervioso, ahora en plena angustia porque su madre vive a 30 kilómetros de Rethel y está impedida. Hace ocho días que está sin noticias. De noche duerme una hora, se atiborra de inquietud, exagera, dice «los alemanes están a las puertas de París, la politiquería nos ha perdido, estamos acabados», escucha emisoras en lenguas extranjeras que no comprende, salta de terror como una liebre cuando oye palabras holandesas que él interpreta disparatadamente (el locutor decía, más o menos: d'esten van Cambray, y él dio un salto: «¡al oeste de Cambray, han pasado Cambray!») y declara: «Mi hermano, que es capitán del alto estado mayor, quería llevarme junto a él, pero cuando vi que la cosa reventaba pedí quedarme aquí. No podría soportar no estar en el frente como los demás». Con lo que el buen Pieter le replicó: «Sí, sólo que has elegido quedarte en un frente donde la cosa no revienta». Ésta es sin embargo la clase de mentiras con las que se coasume a fuego lento, igual que un paranoico. Yo estoy encantado: ya me imaginaba que los tipos del CSAK —no los jefes, los otros— tenían que ser así. Éste es radiotelegrafista y, por trueque de servicios, le prestamos nuestra bicicleta para ir a la ciudad y él nos llama para oír los comunicados. No tiene precio.

Fuera de esto, todo está tranquilo. Anoche nos tomaron por espías: estábamos haciendo un sondeo nocturno, lo cual supone utilizar cada treinta segundos una linterna de bolsillo para alumbrar el nonio donde se leen el azimut y la inclinación. Claro que de lejos esto significa una alternancia regular de oscuridad y de pequeños destellos luminosos que puede pasar por una señalización. Hicimos el sondeo, reinstalamos el teodolito, y volvíamos tranquilamente cuando el capitán Lemort, aquel con quien ya tuve una agarrada el invierno pasado a propósito de la comida, surgió delante de nosotros. «¿Quién anda ahí?», gritó. No lo reconocimos. Yo dije: «Sondeo». «¿Cómo?» «Meteorólogos, venimos de hacer un sondeo.» «¿Nombres?» «Pieter y Sartre.» «Ah... Sartre...» y con tono de afable y terrible ironía: «Pero dígame, Sartre, es muy imprudente pasearse con una linterna encendida, podrían pasar por señales». Entre tanto me aproximé a él y vi que empuñaba el revólver. Le dije: «Es necesario, por las lecturas». «¡Ah! ¿y no podrían leer sin linterna?» «No, mi capitán.» «¡Ah! ¿y no podrían hacerlo en un sitio cubierto?» «Difícilmente, mi capitán. El globo se estrellaría contra el techo.» «¡Ah, bueno!» y nos dejó partir, desconcertado. Esta mañana se lo contamos a nuestros oficiales y se rieron con ganas.

Esto es todo, mi pequeña Estoy de lo más sosegado e imagino que a la misma hora usted ha de sentirse descargada de un peso. Ni se le ocurra, tontuela, temer por mí; se lo digo, soy un vestal de la línea Maginot, mantengo el fuego sagrado y eso es todo.

Amor mío, la quiero muchísimo. Anoche se lo dije desde el patetismo y hoy se lo repito desde la serenidad. Es usted mi adorable Castor.

A Simone de Beauvoir

29 de mayo

Mi querido Castor

Quedé muy sacudido al recibir su carta: es tan escandaloso que le ocurra esto al pobre Bost. Pero, bien mirado, es la mejor noticia posible. Si pudo escribirle a Z. es que no debe ser muy grave. Un mes para que se cierre la herida, dice, un mes de convalecencia para «rehacerse» y después diez días de permiso, en total dos meses y medio ganados. En una guerra relámpago tiene un valor formidable. Dígale todo esto a Z.

Cuánto la quiero, pequeña mía. Hoy metí un cartucho en mi estilográfica (el penúltimo, por desgracia) y así desvestida se pareció, con un trozo del tubo de vidrio saliendo, a su pequeña estilográfica tullida. No hizo falta más para que la ternura me formara un nudo en la garganta. Se le parece tanto, su pobre estilográfica, y es usted tan juiciosa sirviéndose de ella gravemente y amándola un poco como a un hijito desventurado. Amor mío, qué ganas de besarla.

En cuanto a mí, la jornada habría transcurrido sin mayor historia a no ser por la visita a domicilio que me hizo el infame de Nippert. Traía el *Nuevo Testamento* y me hizo leer una decena de pasajes proféticos para convencerme de que Hitler es la bestia número uno del Apocalipsis, aquella que cae herida de muerte, se cura y que prepara la llegada de la segunda bestia o Anticristo. A grandes rasgos, aquí tiene lo que nos espera. Ante todo estará el primer advenimiento de Cristo. «Aquel que muchos creyentes confunden con el Juicio final», me dijo con una risa compasiva. Cristo resucita a los Justos que habían muerto y se los lleva con él. Y a los Justos que aún viven, también se los lleva, vivitos y coleando. En cuanto a los injustos, se las arreglan solitos en la tierra. Me encantó esta brusca limpieza de Justos. Me lo imaginé a lo Kafka y casi me apetecería escribir un cuento fantástico sobre el tema. Pero el aspecto fantástico fue eliminado por Nippert, quien cierta vez preguntó a un hombre de excepcional competencia: «Dígame, en este siglo científico y económico (sic), ¿de qué manera se producirá?». Subyugante pregunta, para un creyente, pues a fin de cuentas a él le parece muy lógico que en los bárbaros tiempos de los primeros cristianos los milagros hayan sido milagrosos. En cambio, en este siglo de las luces, aspira a que vengan cubiertos de un barniz positivo. Y el competente le respondió: «El Señor se llevará a los Justos vivos de entre nosotros pero no nos daremos cuenta porque nuestro espíritu estará mirando para otro lado». Por ejemplo, en este momento podrían llevársela a Poupette y dentro de mucho tiempo nos enteraríamos de que ha desaparecido. Después del advenimiento de Cristo, vendrá la Gran Tribulación. Los que tribuían son los judíos. Estarán todos reunidos en Jerusalén. (Imagínese la cara que pondrán los árabes.) Y, agárrese fuerte, empezarán a perseguirlos por *cristianos*. Porque su desgracia los habrá convertido a todos. Y el Señor tendrá por ellos una cierta dilección: «Porque, tú me entiendes, con su inteligencia y su espíritu comercial, si se les da por querer convertir a los demás, lo conseguirán mejor que nadie». Después de la Gran Tribulación, vendrá la primera bestia. Después la segunda, y finalmente el Señor, tras matar a ambas de un soplo, hará el Juicio final. Todo esto sucederá en poquísimo tiempo, porque, continúa Nipper: «Vivimos en el siglo de la velocidad». De la personalidad de Hitler no está muy seguro: todo parece indicar que él es la primera bestia. Pero también dice que, bajo el reinado de la segunda, marcarán a cada cual con una señal y no podrá ejercer el comercio u ocupar empleo ninguno que no esté marcado. Dicha marca de la bestia es,

evidentemente, la Cruz gamada, lo cual dejaría suponer que Hitler es la *segunda* bestia. Sólo que, por otro lado, se especifica que todo esto tendrá lugar después del advenimiento de Cristo, y hete aquí que el advenimiento de Cristo aún no se ha producido. Yo le dije: «¿Tú qué sabes? Si supones que ya ha venido, todo se aclara: la Gran Tribulación es la persecución de los judíos por los nazis, la primera bestia es Hitler, la lluvia de hierro es la guerra y la segunda bestia es Stalin». Bajó los ojos, se ruborizó como una muchacha Y me dijo con aire absorto: «¡Oh!, yo sé que el advenimiento de Cristo todavía no se produjo». «¿Y cómo lo sabes? Al fin y al cabo tú mismo me estás diciendo que no nos daremos cuenta del rapto de los Justos.» Siempre con mirada gacha y sonrisa interior, me dijo: «Lo sé». «¿Quieres decirme por qué, de una buena vez?» Entonces murmuró: «Porque él me habría llevado con los Justos.»

Es así como tengo la rara fortuna de poder hablar cotidianamente con un tipo que tiene la *certeza* de que el Señor se lo llevará *vivo* al Cielo. No deben haber multitudes de tipos así, si descartamos a los internados de los manicomios. Nippert no está loco ni nada que se le parezca, y su certeza no le impide tener un miedo atroz a las bombas, obuses, etc. Parece que esta conversación lo dejó muy satisfecho y que en la cena me incluyó entre los injustos a los que el Señor salvará en la undécima hora.

Y esto es todo, dulce pequeña. El resto del día, ajedrez y trabajo. Pieter venció al campeón, imagínese. Se babea de contento. He recibido una carta de mi padrastro que incluye las siguientes palabras: «No te felicito por tu buena moral porque lo hallarías insultante, pero puedo decirte que me hace muy feliz». Es para caerse de culo.

Hasta mañana, mi dulce pequeña, mi pequeña flor. La quiero con todas mis fuerzas.

A Simone de Beauvoir

Miércoles 29 de mayo

Mi querido Castor

Son las seis de la mañana. No es ningún mal sistema escribirle por la mañana, ya que de cualquier modo —y esto desde hace ocho meses— siempre despachamos nuestras cartas por la mañana. Porque la última recogida se hace a las 7 cuarenta y por día sólo sale *un* correo: a las 8. El retraso de mis cartas se debía a un atasco en las vías de ferrocarril.

Ayer nos enteramos de la capitulación del ejército belga. La víspera por la noche habíamos presentido una pésima noticia para el día siguiente: el comunicado venía demorado, los comentarios eran borrosos y preocupantes, y, por primera vez, estaba nervioso sin angustia (los malos días precedentes tenía más bien angustia sin nervios) hasta el punto de dormir muy mal. Al día siguiente, a las seis y media, anuncian por la radio un discurso de Paul Reynaud para las ocho, la cosa olía cada vez peor. Por fin, a las ocho, la alocución. Se lo diré, no me hizo *nada*. Hacía varios días que me había resignado al desastre de este ejército. Entiéndame: no puedo pensar sin horror en la suerte del cuerpo expedicionario inglés y de las divisiones francesas rodeadas entre Dunkerque y Calais, y la idea de que estaban ahí —por una vez sentía la simultaneidad— cargó la jornada de cierta negrura siniestra, análoga a la que

experimenté, por ejemplo, el día de la toma de Barcelona. Pero lo siniestro estaba más bien en las cosas y en el aire. Personalmente, pensaba que esta capitulación no puede influir mucho en el desarrollo de la guerra. Ahora todo depende de la resistencia de nuestro frente Aisne-Somme y de las posibilidades que nos quedan de trasformar, en dicho frente, la guerra de movimiento en guerra de posiciones. A pesar de todo ello, ayer jugamos incontables partidas de ajedrez, sin arte. Así gané 5 partidas sobre ocho.

Aparte de esto, nada. Lo que nos sucede es extraño e impresionante: los días son ricos y absorbentes, no nos aburrimos ni un solo instante; al parecer estaríamos viviendo una *aventura* pero nuestra vida personal se reduce a lo vegetativo: comer, dormir, trabajar un poco también, y en este sentido nada distingue un día de otro. Es una curiosa situación; por otra parte, no me creo capaz de impulsar más allá mi sentido de lo colectivo. Su caso es muy diferente, porque usted tiene aún vida, con historias, afectos, rabias, discusiones. Todo está más mezclado. Pero yo, ahora que me he tranquilizado con su suerte y la de T. (tiene razón, hay que hacerla partir), ya no tengo realmente más que preocupaciones colectivas.

Ayer trabajé, y bastante bien. Como es de suponer, no hay sondeos, lo cual contribuye todavía más al absurdo de la vida que llevamos aquí. He recibido una minúscula cartita suya, comprendo tan bien, pequeña mía, que no tenga ganas de poner más, por falta de expansión del alma.

Qué más decirle, mi dulce pequeña. También a mí me falta un poco de expansión del alma. Pero nunca la he querido tanto, cuando pienso en usted se me llenan los ojos de lágrimas. Hasta mañana, mi pequeña, la beso con todas mis fuerzas.

Lo que me impresiona en todo esto es la especie de oportunidad histórica del hitlerismo, que se diría que los Estados *merecen* por una suerte de disgregación profunda e irremediable.

A SIMONE DE BEAUVOIR

Jueves 30 de mayo

Mi querido Castor

Estoy muy ansioso por usted, de tanto inquietarse va a caer enferma, la imagino tan bien, andando a paso largo, consternada, agarrotada, en medio de una ciudad de pesadilla. Como lo habrá percibido por mi carta de ayer, yo esperaba que hoy estuviese más apaciguada, pero es casi peor. Lo cierto es que de aquí a dos meses, *o bien* los alemanes estarán en París y la guerra habrá concluido (cosa que no creo en absoluto), *o bien* nuestras posiciones del Somme o del Aisne habrán resistido y entonces tendremos guerra de posiciones para rato. Porque, no lo olvide, ellos empiezan a sacar la lengua, han perdido cientos de miles de hombres, 2.000 carros sobre 5.000 y 2.000 aviones. La batalla se decidirá de aquí al 1.º de julio. No pinta mal para nosotros, además, o sea que para los alemanes significará esas tres cuartas partes del éxito mortalmente costoso que no querían a ningún precio Despilfarrar hombres y material para acabar con un frente más vulnerable que la línea Siegfried no es, desde luego, lo que pretendían. De rrtanera que desde hace dos o tres días estoy bastante optimista —y enormemente aliviado,

respecto de Bost. Me horrorizaría que le sucediera*una verdadera desgracia. Puse mi despertador a las seis para escribirle mañana temprano (pues T. no me escribe más y, conforme una ley del talión tácitamente admitida, yo tampoco le escribo). Hay un solo punto negro: Italia. Sería fastidioso que entrara en la guerra. Muy fastidioso. Pero, en fin, ello no agravaría excesivamente la situación. Se lo digo de antemano para que no se enloquezca cuando suceda, porque ahora se pueden prever las malas noticias con dos días de aproximación. Las buenas, si las hay, tendrán el encanto extra de ser inesperadas.

Ahora, ni se le ocurra inquietarse por mí, sería demasiada generosidad. No corro más peligro que si fuera guardavía en Romorantin. *Usted*, en París, corre más peligro que yo. Lo lamento, me gustaría ser interesante yo también, pero para ser franco debo decirle lo siguiente: en definitiva, me han retirado prudentemente de circulación, cuando se declaró la guerra, para evitar que me pase nada malo. Y esto va a durar.

Hoy, nada nuevo: siete partidas de ajedrez, los periódicos, las cartas, una suya, y además abundante trabajo, bastante bueno. Y, naturalmente, la radio, siete u ocho veces al día. Decididamente, a Charlotte le gusto un poquito. Hoy Nippert fue a almorzar al restaurante porque la ambulante estaba incomible. Estaba con Paul, Mondange y Courcy, me volvía la espalda. Resulta que yo tenía aún en mi poder el *Nuevo Testamento* que él me había prestado. Entonces se me ocurrió la idea, puesto que las mujeres lo asustan, de pedirle a Charlotte que se lo llevara agradeciéndole como si se lo hubiera prestado a ella. Simultáneamente yo me comunicaba por guiños con los tres mocetones que, cuando ella se lo entregó, se mostraron escandalizados: «Así que utilizas la Biblia para seducir a las mujeres, etc.». Fue un buen escándalo, él estaba completamente colorado y encima Charlotte, respondiendo a mis incitaciones, volvió a la carga, le pasó las manos por el pelo y le sirvió un vaso de aguardiente (él jamás bebe alcohol) diciéndole: «Invito yo». Todo esto acompañado por mil gentilezas y tonterías entre Charlotte y yo. No va a pasar nada pero estoy no poco orgulloso pues es una mujer difícil y muy corrida, y si usted me viera, Castor mío, se asombraría de que pueda despertar otra cosa que irrisión y espanto. Mi suciedad se ha vuelto legendaria, pero, me decía Paul, todo el mudo la acepta «casi con ternura». Son sus propias palabras. Me equivocaría si me sintiera molesto. Sólo el buen Pieter me reprende y me dice: «No, la verdad es que eres demasiado mugriento». Y cuando le pido que me preste ciertos objetos usuales, como tijeras para las uñas, etc., me contesta: «Cuando te laves».

Esto es todo, dulce pequeña. No me aburro y mi vida no es tan austera como usted podría pensar. Primero que me ha cogido por el ajedrez una de esas pasiones netas y maníacas que me embargan a veces y que usted detesta. Segundo, esta batalla en la que nos hemos sumergido por radio tiene algo de siniestramente apasionante. Y además aún tengo libros: leo a Samuel Pepys a cuentagotas y en el pequeño estanco de aquí encontraré dos o tres «Empreinte» que no he leído.

Amor mío, estoy impaciente por que llegue mañana, confío en recibir una cartita un poco más sosegada. La quiero con todas mis fuerzas y estoy enteramente junto a usted.

Beso sus queridas mejillitas.

Temo que Nizan, quien «hábilmente» había logrado que lo incorporasen al cuerpo expedicionario inglés, esté en Bélgica.[26]

[26] En efecto, integraba ese cuerpo y fue abatido por una bala alemana.

A SIMONE DE BEAUVOIR

31 de mayo

Mi querido Castor

Hoy tendrá una cartita muy breve. No es corazón lo que falta, sino materia. Ayer no había cartas, no había malas noticias, ni buenas, no había trabajo. El día me pareció un poco largo, pero apenas: sobre todo de 4 a 7; en cambio, de 7 a 10 pasó como un sueño. Trabajé un poco, sin embargo, pero en estos momentos la novela me tiene hastiado, distingo todas sus artimañas, todas sus repeticiones, todos sus defectos. Y además no tengo nada más que decir, todos estos capítulos son ripios. Es necesario que estén, por la historia, pero no aportan mayor novedad. He pensado lo siguiente: la limaré mientras pueda; después se la enviaré. (Parece que *nosotros* sí podemos enviar paquetes, pero no recibirlos.) Si le parece que funciona, usted corregirá todas las faltas y quitará las escorias. Si juzga que aún es demasiado imperfecta, no la lleve. La guardará en su poder hasta que acabe la guerra, yo comenzaré la otra y publicaré las dos juntas, tras una corrección general. ¿Qué opina? No dará a más con tamaña responsabilidad.

Me fastidia no haber tenido carta suya. Ayer la había dejado en un estado muy triste, pobre Castor, me gustaría tanto pensar que está animosa. Ayer le escribí a Bost. Recibirá usted un nuevo golpe: la declaración de guerra de Italia; es inminente, al parecer. Todavía puede ser que dude en el último momento (Roosevelt está presionando a Mussolini), también que se limite a una gran maniobra diplomática. En cualquier caso ello significará, creo, el último golpe se habrá tocado fondo. Después, sólo quedará esperar las buenas noticias, acabarán por llegar.

Mi dulce pequeña, no tengo nada más que decirle: he jugado al ajedrez, he ganado, he perdido; sobre todo he ganado. Acabé el capítulo Mathieu-Daniel y, a continuación, asaltado por una repentina necesidad de *hablar*, les di una hora de conversación a los Acólitos, sorprendidos y halagados. Y aquí me tiene.

Amor mío, la quiero con todas mis fuerzas, pienso en usted todo el tiempo, desde que la siento tan triste es usted una pequeña llaga dolorosa en mi corazón. La estrecho entre mis brazos, mi pequeña flor.

A SIMONE DE BEAUVOIR

Primero de junio

Mi querido Castor

Hoy he recibido de usted una carta mucho más animada y me tranquilicé. También me tranquiliza saber que Fabre-Luce no es otro que Lucas-Dubreton; tenía miedo de haberle pedido vaya a saber qué libro, en un momento de aberración, y me retractaba con todas mis energías. Dígame, pequeño Castor, ayer, después de recibir su carta, he pensado en ello: ¿qué ha sido de mis cuadernos? ¿Hay algún sitio de la tierra por el que

estén desperdigados?[27] Si se han perdido, mala suerte, qué quiere, es que no tenían que ver la luz, no me afligiré demasiado. Pero si por casualidad estuviesen a salvo, me gustaría saberlo. Lo que echaría en falta serían más mis últimas cositas filosóficas que mis elucubraciones sobre mí mismo. Pero en el fondo han de ser bastantes en los cuadernos que han quedado con usted y podré arreglármelas. No se preocupe demasiado.

Ayer trabajé muy poco. Tras pensarlo bastante, dejaré la gestión de Mathieu por el préstamo de los funcionarios, pero condensada: 8 páginas en vez de 18, porque no está mal, tras la conversación Daniel-Mathieu en que se consideró seriamente la posibilidad de su boda con Marcelle, ver al tipo precipitarse de golpe en casa de un usurero para pedirle dinero, sin más comentarios. Creo que tengo razón. Pero usted juzgará. Se me ha ocurrido una idea: mi último volumen transcurrirá enteramente *durante un permiso* de Mathieu. ¿Qué le parece? Habrá bastantes otros para describir la guerra propiamente dicha.

Fuera de esto, he jugado al ajedrez pero rotundamente mal, me dejé ganar seis veces y lo único que conseguí fue unas tablas con Pieter. En esta ocasión he tenido problemas con Hantziger, quien no utiliza un juego correcto, y me encargué de prohibir a mis Acólitos que jueguen con él. Obedecieron, Paul rechinando un poco, pues dice: «En resumen nos valemos de la fuerza». Y yo le dije: «Sí, pero de la fuerza *moral*». De manera que le hemos puesto un bloqueo a Hantziger, que ahora no puede jugar al ajedrez y parece estar muy afectado. Quiero que venga de rodillas a declararme que lamenta las incorrecciones de su juego (su alfil negro aparece en una casilla blanca cuando él estima que allí le prestaría mayores servicios, o bien su torre se mueve súbitamente en diagonal. Las partidas de ajedrez que jugamos con él las llamamos: pancracio).

Y esto es todo. En los informativos, nada; al parecer salvarán la mayor parte del ejército Blanchard, es realmente una proeza. Hoy una noticia todavía ambigua, la dimisión de Gafenco, ministro de Asuntos exteriores de Rumania. Aquí los espíritus han vuelto a la calma y la vida prosigue muy cotidianamente. Escuchamos menos la radio: por la mañana a las seis y media; a las doce y media y a las 7 de la tarde. E incluso ayer a las siete no la escuché. Seguimos muy fríos con Munier a raíz de unos incidentes que no le he relatado, por prudencia, y que apuntan, naturalmente, a las «responsabilidades».

¿Sabe a qué me dediqué ayer? A buscar palabras o combinaciones de palabras de 10 letras tales que ninguna letra se repita. Por ejemplo «*vertugadin*»: era para su «cifra». Con bastante rapidez encontré 33 (*Doux baiser -Jambon cuit* - *Vénus à Milo* - etc.). Es un juego divertido.

Y eso es todo, mi pequeña. Siempre estoy unido a usted, la siento junto a mí y usted puebla mis jornadas, está aquí más que nunca. La quiero con todas mis fuerzas. También yo tengo, montones de veces por día, unos humildes deseos muy particulares y sin historias de estar cerca de usted y de besar sus mejillitas.

La quiero.

---

[27] Los que yo había prestado a Bost durante su último permiso (tres o cuatro) desaparecieron cuando fue herido y evacuado. Pero quedaron varios, que han sido publicados.

A Simone de Beauvoir

Domingo 2 de junio

Mi querido Castor

Está vez fue una carta como la gente, de lo más gallarda. Atención a la declaración de guerra de Italia, pequeña mía. Inmine, pero no se deje desarmar por eso y además quiero creer que es nuestro último lío por ahora. Me causa tanto placer hallar en sus cartas un eco de su serenidad, y también los pequeños ecos mundanos de su vida. Sorokine, Zaz., Gégé: cuando no se la oye hablar de ellas, es que las cosas van verdaderamente mal. Pero aquí, fue estupendo, hubo grandes explicaciones con Sorok, chiquita demasiado amada, y Zaz. le abrió su corazón. ¿Sabe por qué T. no me escribe desde hace ocho días? Vivo mi pequeña historieta primaveral (en la guerra está permitido) con Charlotte. Oh, no tiene ninguna importancia, algo sólo platónico y lleno de reserva, y si me divierte es por eso. No habrá nunca otra cosa que caritas y miradas. Ella es juiciosa y yo auténtico. Pero avanzo lentamente en sus favores. Y me entretengo persuadiendo a Pieter de que es él el que progresa. Termina creyéndolo un poco, sin dejar de protestar ingenuamente y hoy me dijo: «No, hombre, si engaño a mi mujer, puede ser, pero será cuestión de carne y no de sentimiento. Quiero serle fiel sentimentalmente». Tengo que ilustrarle las cosas: ella está en el mostrador con la gorda de su cuñada y nosotros al otro extremo del salón, sentados en una mesa. Ella no se mueve de su mostrador ni nosotros de nuestra mesa, todo sucede del uno a la otra, a través de todo el salón y en medio de un barullo infernal. Dura más o menos una hora, todos los días, el tiempo de almorzar. Y, sin embargo, de a ratos, cuando sirve el aguardiente en la mesa vecina, viene a hacer un aparte en la nuestra. No hay más, pero es una distracción y pone un ritmo en la jornada, existe «la hora de Charlotte».

Fuera de esto, hoy he trabajado un poco. Poco pero bastante bien. Sobre *La angustia de Abraham*, porque a esto hay que llegar. Creo que en uno o dos días estará a punto, pero es bastante dificil, hay que hacer entender que, si uno es libre, es libre de elegir no sólo sus actos sino su Bien, aunque, por otra parte (Kafka, Kierkegaard) el Bien no sea arbitrario y aunque al elegirlo uno sea siempre culpable. Como el ejemplo es concreto: casarse o no con Marcelle, quedará bastante claro y no demasiado filosófico.

¿Qué otra cosa? Más bien he ganado al ajedrez, hoy. Pero Hantziger y yo permanecemos dignamente en nuestras posiciones. No obstante está flaqueando, de aquí a uno o dos días vendrá a pedir perdón. Los Acólitos están un poco asombrados de que les haya prohibido jugar con Hantziger, se dan cuenta de que los dirijo. Pero, en líneas generales, no les disgusta. He comenzado seriamente *Don Quijote* y ya he leído cien páginas. Pues bien, verá usted, es muy divertido. No habría que exagerar pero creo que trescientas o cuatrocientas páginas sobre 800, debe de ser encantador. Además hay una forma muy moderna de narrar, no demasiado estropeada por la grandilocuencia irónica del estilo. Así que todavía tengo algo que leer y además, por lo que he visto, en el pequeño estanco hay uno o dos «Empreinte», los compraré cuando reciba su dinero.

Esta vez es todo, mi pequeña. En la actualidad gozamos de una completa serenidad pero con un no sé qué de flotante y de lunar que procede, ciertamente, de los duros golpes de los últimos tiempos. En fin, en líneas generales, las cosas van claramente mejor que la semana pasada.

Pequeña mía, mi pequeña flor, estoy tan unido a usted en la serenidad y la bonanza como en las catástrofes, usted lo sabe, y prefiero eso. La quiero con todas mis fuerzas y beso sus queridas viejas mejillitas. La quiero.

A SIMONE DE BEAUVOIR

Lunes 3 de junio

Mi querido Castor

Esta vez estoy muy preocupado por usted, creía que no iba a suceder nunca y aquí está. Esta noche corrió el rumor de que París estaba siendo bombardeado, primero no lo creí, más aún cuando los alemanes habían lanzado unas octavillas: «No queremos bombardear París, queremos entrar». Pero la radio francesa hablaba de una alerta de 2 a 3 sobre la región parisiense con lanzamiento de bombas, sin ningún dato concreto. A las 20 Londres dice un poco más y, por último, a las 10 de la noche viene el ayudante, declarando que un tipo ha oído la radio de Nueva York: cayeron 1000 bombas, se produjeron 80 incendios y hubo 40 muertos y 150 heridos. A decir verdad, hay contradicciones. Sería sorprendente que 1000 bombas hubiesen causado nada más que 80 incendios. Pero en fin, hay suficientes motivos para desesperarse, estoy profundamente angustiado. No es la misma clase de angustia de los días precedentes, cuando su propia suerte estaba en cuestión. Resulta menos duro porque, si realmente hubo 200 personas alcanzadas, esto significa una posibilidad sobre 15.000 de que usted se haya visto afectada, es decir prácticamente cero. Pero esto no quita que tenga muchísimo miedo, pequeña mía. Y también pienso que habrá quedado usted con los nervios destrozados. Cierto es, me digo para tranquilizarme, que quizá se enteró usted de oídas, como yo, si no pasó nada en su barrio. Habrá escuchado los ruidos familiares de la D.C.A. y luego unas explosiones más fuertes y unas horas después se enteraba de que habían caído auténticas bombas. Pero no es seguro, también pudo estar muy cerca de las explosiones. A todo esto, lo que me da miedo no es tanto ese bombardeo como los otros, los que vendrán pronto. Mi querida pequeña, sea razonable, vaya a los refugios, es lo mejor. Y en cuanto le sea posible marcharse, dése una vueltita por Angers, por casa de la dama. Menos mal que no le queda mucho tiempo para seguir en París, pronto llegarán las vacaciones. Amor mío, es infinitamente más desagradable temer el peligro por otra persona que estar uno mismo en peligro. Es de lo más probable que esté usted perfectamente y a mí aquello me trastorna un poquito. Espero su carta con impaciencia pero no la recibiré hasta pasado mañana. Despache urgentemente a las Zazoulich de París, naturalmente, sin prestar atención a sus protestas: métalas en un tren, y punto. Yo había dejado de escribirle a T. (ley del talión) pero volveré a coger la pluma y le ordenaré que se largue ahora mismo; no obstante espero que cuando mi carta llegue a París ya se haya marchado.

Le escribo en la sala de los secretarios, abajo, la gran sala acristalada-galería. Está muy oscura, sólo hay dos bombillas encendidas. Las ratas corren como por su casa, las vemos trepar por el palo de escoba, roer las cajas sin cuidarse de nosotros. Pieter y Naudin las contemplan, están sólo ellos; Pieter, algo trastornado también, espera que

sean las 22.30 para enterarse de las últimas noticias, pero es muy probable que la radio respete la consigna de discreción que ha estado observando hasta ahora. Según toda evidencia, aún tendremos que pasar unos meses bastante duros.

Fuera de esto, nada. Hasta esta noche, fue un día más bien feliz y sin historias. Me di un baño y me afeité, cuestión de divertirme un poco. Todos me encontraron veinte años más joven. Jugué al ajedrez y le gané una de tres partidas al campeón, me sentía orgulloso como un puerco, aunque él me devolviera un caballo-. No le gané por sorpresa sino por astucia y acción concertada. Me dijo —gesto encantador—: «Mis felicitaciones», cuando le di mate. Almorcé en el restaurante de Charlotte, sin historias ni sentimientos: ella estaba ocupada, había una enormidad de gente y la cosa se me fue de la cabeza. Después jugué de nuevo y trabajé juiciosamente hasta la noche, luego vine porque me toca hacer guardia y espero a que todo el mundo se marche para acostarme. La última vez que dormí aquí los alemanes acababan de tomar Abbeville. Hoy han bombardeado París: esta galería me trae mala pata. Paul me reconcilió con Hantziger, de una manera subrepticia: Estábamos en dos mesas vecinas y gritó: «¡Vamos, vamos! ¡Dense un abrazo!» Hantz acabó tendiéndome la mano y yo la tomé diciendo: «¡Qué cabrón!», con lo cual se dio *por* satisfecho.

Hasta mañana, querido amor mío, cuídese mucho. La quiero con todas mis fuerzas y no sé qué sería de mí si le sucediese una desgracia. Beso toda su querida carita.

A SIMONE DE BEAUVOIR

Miércoles 5 de junio

Mi querido Castor

Así que no está muerta. Era incluso muy extraña su carta, con la alarma ocupando poquísimo espacio —no más que las precedentes— y usted que no sabía nada, que lo encontraba todo, en resumen, divertido, un pretexto para verse con gente en el hotel de Bienenfeld y para escuchar discos más horas seguidas. Sólo por la noche o al día siguiente debió de enterarse, por los periódicos, de las novecientas víctimas, estaba tan lejos de las noticias como yo. Aquí casi todas las cartas son así, salvo la de mi madre, que vio saltar, por los aires la fábrica Citroën, y la de una señora que vive por la Porte de Versailles y que sabía que habían arrojado bombas sobre el liceo Michelet, Vanves y la feria de París. Ahora me explico esa «maravillosa sangre fría» de que ha dado pruebas la población parisiense: en el 90 % de los casos era ignorancia. Estoy —no sé bien por qué— un poco más tranquilo a su respecto. Primero que ha llegado su carta y después que, finalmente, a pesar de todo, a pesar de cierta negligencia en soltar las bombas a la buena de Dios, aun así los que sirvieron de pretexto fueron objetivos militares.

Mi dulce pequeña, no tiene que estar tan contrariada por lo de mis cuadernos. No se imagina la soltura de espíritu con que consideraría su posible pérdida: Al fin y al cabo, lo más importante lo he conservado en mi cabeza, la Nada, y será más bien tema de un libro. Por lo que atañe a la guerra, muchas observaciones han caducado. Queda mi carácter. Pero esto tampoco se ha perdido. Y además, ¿qué quiere usted? Hoy por hoy

se vive tan indiferente al provenir —sobre todo a un porvenir literario—, resultan tan vanos los cuadernitos. Puede que un día lamente su pérdida, como me sucedió con aquel cuento que perdí en los Causses: poéticamente. Pero a la hora actual no me causan ningún pesar. Simplemente, me gustaría saber si aún existen, en el caso de que reanude ese trabajito una vez acabada mi novela.

Nippert la ha divertido y me alegro mucho, pero no se lo debe tomar por un visionario o por un tipo raro. Lo más raro es que no tiene absolutamente nada de raro. Es un mediocre bribón de viles pensamientos gazmoños que al mismo tiempo puede creer que el Señor se lo llevará de la tierra con los Justos y sudar de miedo cuando le sucede tener que pasar ocho días en un refugio hormigonado a 10 kilómetros de las líneas. En realidad, las extrañas pamplinas que tiene en la cabeza son puro *social*. Lo enchuletaron aquellas sociedades de estudios bíblicos, las Bibelforschungen. Lo que se suma a un rigorismo un tanto pedante y malintencionado de malgozador protestante que es, mucho más, su verdadera naturaleza.

De mí, no hay mucho que decir, dulce pequeña. Hace buen tiempo, he estado trabajando, acabé la relectura de mi opúsculo y jugué un poco al ajedrez. Me veo forzado a luchar contra una pereza estacional. Usted sabe que en primavera nunca hago gran cosa. Tengo prisa por acabar la novela. El capitán Munier demostró su hostilidad hacia nosotros recomendando a Courcy que impidiera que en lo sucesivo nadie más que los secretarios utilice las máquinas de escribir. Me da igual, en el peor de los casos de 650 páginas sólo habrá unas treinta manuscritas. Y además, las noches en que esté de guardia, ¿quién me impedirá mecanografiar, si se me antoja? Es, con todo, una pequeña falta, como diría Olga. Hoy nada de T., era el día en que debía conocer los resultados de la radiografía. ¿Habrán sido malos? Usted debe de Saberlo. En estas circunstancias sería un fastidio que tuviese algo; no veo de qué manera podría hacerse atender.

Los alemanes han reanudado la ofensiva. Lo supimos desde la mañana por la radio. Esto deja presagiar nuevos golpes duros y días sombríos como los de mayo. Pero uno empieza a acostumbrarse. No ha habido ninguna noticia más y aprovechamos para acorazarnos en vista de las malas que pueden llegar mañana. El campeón de ajedrez Keuris vino a jugar, me ganó pero por muy poco no fue mío. En la actualidad cada una de mis jugadas lo pone en dificultades: he hecho grandes progresos. Me trajo dos libros. Sus lecturas son sorprendentes. La vez pasada fue *Le Pape* (me hubiese interesado una historia del Papado pero era puro discurso). Esta vez se trata de la vida privada de Abdul-Hamid. También está la vida de Law. Es más divertida pero hecha por un cerdo que la noveló con descripciones afectadas y diálogos galantes. Se lo leerá igualmente.

Y esto es todo, mi querida pequeña. Con esta vida de ocio, duermo poco por las noches (de 11.30 a 6) y suelo echar una siestecita por la tarde. Es de lo más voluptuoso dormir a plena luz.

Amor mío, la beso con todas mis fuerzas. Sé que está sana, tranquila, que llegado el caso M. Bienenfeld pondría su coche a su disposición, todo esto contribuye enormemente a mi tranquilidad personal. No me gusta nada cuando no está feliz, mi pequeña flor. La quiero.

Aún no he recibido su dinero mensual. ¿Lo ha enviado, cariño? De lo contrario, hágalo rápido, hace cinco días que vivo a costa del bueno de Pieter. El bueno de Pieter, olvidaba decírselo, se encuentra frente a un trágico dilema: se preocupa por su mujer pero también por su negocio, del que acaba de enterarse que, contrariamente a lo que creía, está haciendo pingües ganancias. Ahora bien, si su mujer se va de París, hay que

cerrar la tienda. Hace cuanto puede para convencerse de que el peligro no es tan grave. «Además, allá (en Perpiñán, junto a su hijo) la inactividad la arruinaría», me dijo con un aire socarrón que era para pintarlo.

A SIMONE DE BEAUVOIR

7 de junio

Mi querido Castor

Sus cartas respiran salud y contento, dan gusto. Aquí estamos cada vez más inútiles y estancados, pero reina una gran serenidad y escuchamos las noticias con esperanza deseando que los otros «aguanten» por nosotros. En este momento las cosas no parecen demasiado mal, pero es sólo el comienzo. Creo que es algo que en la guerra del 14 no existía, aquella parte de ejército podrida prosiguiendo su guerra de mentira mientras la otra hace la guerra de verdad. Esta mañana estuve a 2 kilómetros de las líneas, o sea en una región que en 1914-1918 debía de temblar como la tierra en el Japón y donde sonaban sin parar unos tremendos golpes sordos —cuando los obuses no le llovían a uno en la cabeza—. El propósito era recuperar material meteorológico y nos llevaron a los tres en camión, como «expertos»; en realidad, para tenernos ocupados, supongo. Un regimiento de nuestra división se había instalado en los bosques en las inmediaciones de un pueblo (evacuado) y un puesto de reparación, alojado en una casa de la vecindad, había encontrado una misteriosa caja conteniendo un teodolito, globos-sonda, lamparillas, gráficos ONM, en resumen, todo el material de un puesto de sondeo. Tras prolongada deliberación (ocho días, en la práctica), los responsables decidieron avisar al estado mayor de nuestra división. Y éste —es decir, nosotros— siempre ávido cuando se trata de echarle mano a algo, se apresuró a enviar un camión con hombres para que tomaran posesión de la caja. De hecho, no la necesitábamos para nada, pues estamos ampliamente provistos de lo necesario. Paul se amargaba, inclusive, pensando que sería una caja más que acarrear en nuestra vida nómada. En síntesis, a las ocho y media partimos con un teniente gigantesco, holgazán y simpático, completamente calvo, llamado Munot. Él estaba en el asiento, al lado del chófer —y nosotros al fondo del camión, pero Pieter, siempre preocupado por el confort, había cogido tres sillas del hotel y las había transportado al camión. De lejos resultaban mucho más surrealistas que un paraguas y una máquina de coser sobre una mesa de disección, esas tres coquetas sillas al sol, al fondo de un camión todo enclenque y lleno de polvo. Y supongo que cuando estábamos arriba debía de resultar más bien cómico. Para acabar de dar sabor a la expedición, el chófer que nos habían dado —aquel que meaba sobre un trapo para limpiar los cristales, este invierno— muy experto en fotografía, no tiene la menor idea de cómo conducir; ya había hecho papilla a un hombre y dos coches. Con tal tripulación, partimos; atravesamos pueblos rezumando riqueza, llenos de niños bulliciosos, hermosas muchachas, viñas y lúpulo; luego, súbitamente, un pueblo de postigos todos cerrados muy limpito aún, con este letrero en todas las puertas: «Pena de muerte al saqueador». Luego, por fin, un último pueblo, igualmente muerto, aún limpito pero con montones de arañazos en las paredes, producidos por las balas. Pero

fue seguramente cosa de un día, pues no se imagina usted la paz de esta rica villa, sus jardincillos limpitos como si alguien aún los cuidara, sus calles y callejuelas de lo más aseadas, al fondo una gran fábrica desierta y, naturalmente, un bello cielo puro encima. Ahí era donde íbamos a buscar la caja y el teniente nos comentó, incidentalmente, que estábamos a dos kilómetros de las líneas. Otra vez la guerra a lo Kafka, con ese frente inalcanzable y mudo, que llaman «línea» como si quisieran hacer más evidente su abstracción, no más perceptible si se aproxima uno a él hasta tocarlo que a diez o veinte kilómetros. Resultaba muy extraño pensar, contemplando a estos soldados ocupados en tareas de cuartel, limpieza, barrido del patio, mondadura de patatas, perezosos y lentos como los más antiguos en el servicio militar, en todos esos muchachos que, en el mismo momento y bajo el mismo sol, se abrían la cabeza en un auténtico paisaje de guerra. En cuanto a la historia de la caja, terminó misteriosamente, igual que había empezado, pues al llegar nos dijeron: «¡Ah!, ¿venís por la caja? Bueno, resulta que la vino a buscar un coche». «¿Qué coche?» «Un coche...», dijeron vagamente. Y, como el teniente insistió, le dijeron, nerviosos: «Usted sabe, esto a nosotros no nos concierne». Lo cual era perfectamente justo. Ahí tiene, pues, una caja de meteorólogos que permaneció enterrada por lo menos tres o cuatro meses sin que se tuviera idea de quién la había dejado y en eso, pocos días después de su descubrimiento, viene un coche misterioso y se la lleva. Contemplamos un ratito el precipitado curso de un arroyuelo y volvimos a subir al camión, nos sentamos otra vez en nuestras sillas y regresamos sin tropiezo, a mediodía. De ahí al local de Charlotte, más amable, con quien tuve algunas indirectas, luego dormí dos horas porque el tiempo estaba pesado, y trabajé. Pero comencé a exasperarme porque era un mal trabajo, propenso a la facilidad. Este capítulo, bajo su aparente simplicidad, es difícil, y mañana tendré que reemprenderlo y encontrar la solución. Hacía un calor tórrido en mi cuarto y, a eso de las siete, fuimos a comer un par de huevos al aire libre, en el patio del restaurante de Charlotte, que en tiempos de paz servía de dancing. Pieter se había bañado en un arroyo mientras yo dormía y yo iré mañana, se puede nadar un poco. ¡Ah!, dulce pequeña, espero que en las vacaciones que se aproximan vaya un poco a nadar. ¿Qué piensa hacer? No es posible que no esté rumiando ya unos proyectos en su cabecita. Después de la cena, ajedrez: una partida con Paul, a quien gané, dos con Hantziger, unas tablas y una victoria. Y aquí estoy, le escribo. Yo algo preveía, lo ha comprobado usted, de la enorme desproporción que existe entre las palabras impresas «bombardeo sobre París» y la manera en que vivieron la cosa todos los que no fueron bombardeados directamente. Esto no quita que haya que ser prudente, mi pequeña flor, y bajar juiciosamente a los refugios siempre que sea preciso. ¿Vio que mataron a un jefe de manzana? Los otros deben de estar inflados de vanidad.

Hasta mañana, mi dulce Castor, amor mío. La beso muy fuerte.

A SIMONE DE BEAUVOIR

8 de junio

Mi querido Castor

Por casualidad, ¿no será que sin darse cuenta mandó usted mi dinero al sector anterior, el 108? Pieter recibió ayer un giro despachado en París el lunes, y ya ha pasado el 7 y no he recibido nada. ¿Qué sucede, mi dulce pequeña? Escuche, al menos mande 100 francos por giro telegráfico, estoy harto de pedirle a Pieter franco tras franco. De todas maneras no se alarme, no me estoy muriendo de hambre. Supongo que esta vez haremos un buen mes de junio. Con las Z. en Laigle estará usted desgravada. ¿Se arreglará? Me siento bien cuando tiene usted dinero. Es usted tan conmovedora, pequeña mía, con su pequeña afición modesta por la música. Se hará usted una erudita, cuando nos veamos me lo explicará todo y me expondrá sus ideas sobre la música romántica. Cuándo sucederá, no lo sé. Tendremos un mes de junio bastante caliente, creo. En fin, las noticias son bastante pasables. Verá usted, empiezo a sentirme algo viejo cuando me entero de que «nuestros valientes soldados resisten», y cuando me alegro porque han frenado a los alemanes en tal o cual sitio. A la larga me siento «protegido», como podría sentirse usted. No es nada agradable pero, ¿qué puedo hacer?

Hoy estoy bastante contento. Las Z. en Laigle, noticias decorosas, Bost fuera de peligro, usted sosegada, todo mi mundito está a salvo. Supe por T. y por usted que la radiografía fue satisfactoria, todo anda bien, pero cuánto revuelo desde el 5 de mayo. Y los golpes cayendo sobre su cabeza día tras día. Hubo un día o dos en que estuve muy siniestro, y después me endurecí poco a poco. No obstante hoy nos mirábamos un poco de costado mientras esperábamos el discurso de Reynaud, quien se especializa en anunciar desgracias como Prousfse especializaba en velar muertos. Pero hoy ha dado un mentís a su reputación. Fuera de esto, nada, un calor muy, muy pesado que no ha cesado desde la madrugada y que ha convertido mi habitación en un horno.

Un bello cielo puro, un mundo muy soportable. *Me divierto* escribiendo la última entrevista y gran escena entre Mathieu y Marcelle; hacía tiempo que no encontraba placer en lo que escribía. Ajedrez: le gané a todo el mundo menos al campeón. Mi idilio con Charlotte ha llegado a su fin, y nos miramos con hostilidad, no sé exactamente por qué. Hay una «banda» que vino a enredarlo todo: son groseros y atrevidos con ella, y les tiene miedo, y por otro lado suelen almorzar con nosotros, cree que somos compinches. Mala suerte. Leo *La Vie de Law*, de un imbécil, pero es divertidísima; y también, de tarde en tarde, *Don Quijote*. Los libros clásicos tienen una virtud que sólo se conoce después, y es la de *marcar* el período en que fueron leídos. Así, en enero fue el período Shakespeare. Y ahora es el período *Don Quijote*. Eso sucede con toda naturalidad, no porque uno piense en ellos más que en los otros, ni porque lo emocionen más que los otros, sino más bien porque son casi fenómenos naturales a fuerza de ser recocidos, y acompañan las jornadas como la lluvia y el viento.

No sé si esa Alice Masson era belga pero ciertamente lo parecía. Procure saber si realmente se marchó a América como aseguraba tener que hacerlo en mayo pasado —en cuyo caso tendría que haber vuelto hace poco— o si me ha tomado el pelo. Según afirmaba, no sería tan rica, ni mucho menos, como se dice, y se había empeñado en conseguir un trabajo en Nueva York. Leerlo me produjo un extraño efecto, a través de un suceso insignificante me recordó con vividos tintes toda mi vida del año pasado, lo cual me molestó unos cinco minutos.

Y esto es todo, querida pequeña, mi pequeña flor, absolutamente todo, salvo que la quiero con todas mis fuerzas y que he tenido montones de pequeñas erlebnis por usted, como si estuviese aquí. Recordé sus votos ante una palmera en Marrakech para que yo ganara el premio Concourt y estuve a punto de ponerme a llorar. Dios mío, qué tierna

estaba usted y cómo nos entendíamos. La beso muy fuerte.

A Simone de Beauvoir

Sábado 8 de junio Noche

Mi querido Castor

Las noticias tienen mejor aspecto, esta noche. Italia duda y los alemanes se atascan en el Somme. Recibí también un pequeño dato optimista que venía «de muy arriba» y que la Censura me impide comunicarle. Se preguntará cómo llegó a mí la información: fue por casualidad. Sea como sea, las cosas tienen otra cara, en este momento, respecto a quince días atrás. Y además considero astuto el dispositivo en profundidad de Weygand, que Suiza llama «frente elástico»; es la mejor manera de utilizar el ataque sin perder demasiados hombres. Hacen realmente un esfuerzo para «pensar la guerra», como dice Reynaud —de llevar a cabo una «batalla dirigida», como dice el propio Weygand.

La carta de Bost me interesó vivamente. Lo que más me impresionó fue que el desfile de los soldados en desbandada durara *veinticuatro horas*. Debió de ser realmente un desastre. Lo que dice de las fortificaciones de Sedan me fue confirmado por muchos tipos del Norte y del Este que no comprenden que hayan cedido en tres días, aun achacándolo sobre todo a la impericia y a la mala suerte. A raíz de ello, aquí, un día ansioso pero tranquilo. Lo que me escribe usted sobre la extrañeza que suscitaría el que lo peor llegase a suceder, yo lo sentí vivamente durante dos o tres días entre el 18 y el 20. Viví realmente lo peor, me *preparé* para ello. Lo que me acuciaba era sobre todo la idea de que lo peor era *posible*, y de que todas las barreras ideológicas que nos servían para pensar en los alemanes como tipos completamente locos y abyectos, no tenían ningún peso contra la necesidad histórica que, si resultaban vencedores, las quitaría del paso y las dejaría en desuso: en vez de servir para pensar lo real, nuestras ideologías se convertirían en objetos obsoletos del pensamiento histórico. Me dejaron, pues, un poco libre y el único sostén que me quedó fue la pura y simple autenticidad. Ella me daba, por otra parte, consejos muy extraños, que le transmitiré de viva voz y que podemos clasificar entre las tentaciones. Al cabo de dos o tres días, sin que la situación hubiese mejorado claramente, me había endurecido, es decir que lo peor había perdido su carácter extraño, era ahora una posibilidad normal, como la muerte, integrada entre *mis* posibilidades. Hoy en día lo está tan bien que cualquier esperanza me parece una insolencia. Ya no me encuentro en la posición de esperar *positivamente* que ganemos la guerra (tampoco pienso que la perderemos: no pienso nada, el porvenir sigue atrancado), me limito a acariciar la esperanza negativa de que no perderemos esta batalla. Me dirá usted que una cosa no va sin la otra. Y es verdad, porque si no perdemos esta batalla, estamos muy cerca de ganar la guerra. Sólo que ésta es una chispita lógica, y yo le explico cómo estoy, sentimentalmente. Por otra parte, cuando reciba esta carta, habrá quedado anticuada. Podremos dejarnos llevar por un auténtico optimismo, o bien, al contrario, nos sumiremos en el pesimismo más negro. Comprendo

asimismo de qué total libertad desconcertada goza usted en estos momentos. Mire, querida pequeña, si es posible en la práctica, *es preciso* que lleve con usted a Sorokine en caso de evacuación. Al diablo con la maldición de la madre. Y no lo digo por el afecto que usted le inspira, sino porque sería tan acertado llevársela: la salva usted del follón de una evacuación forzada, de la falta total de dinero, y además ella estará con usted y de lo contrario quizá estaría meses sin poder darle ni recibir noticias. Hágase cargo de ella y, si nos cuesta un poco de dinero, mala suerte, qué quiere. Y sobre todo está el que somos unos privilegiados y ésta será la única ayuda concreta que yo comprenda y admita: la ayuda completa a un individuo, mientras que mi madre se extenúa en la ayuda parcial a muchos (no digo que no sea también necesario). Esto es lo que pienso sobre la cuestión.

Me causó gracia la simplicidad de espíritu con que Bost llama a los alemanes «Boches». Cuántas veces no me ha dicho que detestaba esa clase de apodos. Pero es muy natural. Yo mismo me cuido más o menos de ello, pero usted sabe que alguna que otra vez no resisto al antojo de llamarlos Fritz o Fridolinos, hay ciertas frases que lo exigen.

En cuanto a mí, jornada sin historia pero dentro de lo agradable. Primero un gran lavado y afeitado porque tenía ganas de sacarme unas fotografías. Me interesa que queden testimonios de mi actual esbeltez, obtenida ayunando totalmente por las noches. Tres panecillos por la mañana, a mediodía almuerzo completo, a menudo sin carne y, por la noche, nada. Nada de nada, cinco veces a la semana, las otras dos un par de huevos en el local de Charlotte. Lo estoy consiguiendo de maravilla. Así que Paul me sacó unas fotografías, en el restaurante de Charlotte. Le había llevado chocolate y se conmovió, se ruborizó y me dijo: «¡Qué guapo está el señor, qué bien afeitado!». Y poco después, yo silbé y ella dijo: «Silba muy bien». Era el paroxismo del idilio. El propio Pieter quedó impresionado. Por supuesto, ni una sola palabra más, ni miradas, ni sonrisas intercambiadas entre ambos el resto del tiempo. Y aquí me tiene: hoy he trabajado bien, he retomado el capítulo Marcelle-Mathieu y creo haber conseguido el tono que quería. Habrá que pulir, pero lo esencial ya está. Sigo sin dinero, pequeño Castor, ¿qué pasa con eso? Yo lo que pienso es que, con todas estas emociones, simplemente se olvidó de enviármelo. Porque he recibido dos prospectos remitidos al antiguo sector 108, del 2 y 3 de junio. O sea que si cometió usted un error, el giro habría llegado igual. Si tiene usted el alma pura, vale la pena reclamar en el correo, porque si cobró el 30, como supongo, ya hace diez días que el giro salió.

Así que esta tarde he trabajado, he leído un poco *Madame Bovary* —es *feo*—; y después fui a tomar una copa con Pieter, a las cinco. Pero Charlotte no estaba. Después, ajedrez con Paul, ajedrez con Hantziger. Cuatro victorias, dos de ellas con espléndidas jugadas en profundidad. Ahora me resulta voluptuoso *tocar* las piezas, signo de progreso, tengo una especie de familiaridad sensual con esos pedazos de madera. De golpe me acordé que, cuando tenía deiciséis años, jugaba partidas de ajedrez con Chadel en todos los cafés del Barrio latino, bebiendo tazas de chocolate (pues sí) en las que mojaba los *croissants*. Me causó gracia. A estas alturas deben de haber matado a Chadel en la guerra. Y esto es todo, le escribo. ¿Quiere explicarme, querida pequeña, por qué la conmovió tanto la historia de la cigüeña? Yo no tengo nada que ver: vi una cigüeña y ella parecía de madera, pero todo el mérito es de ella. En cualquier caso, sea cual fuere la razón de su enternecimiento, sepa que estuvo perfecto y que me resulta gratísimo y cálido leer en una de sus cartas que me ha recuperado usted en una de las

mías. Por mi parte, yo la siento intensamente en las suyas y me resulta usted novelesca, mi pequeña flor. Es cierto, lleva usted una curiosa vida que no rememorará sin satisfacción, más adelante, si todo acaba bien. ¿Ha leído en la *NRF* de mayo lo que escribe Bernanos sobre los soldados de 1914-1918? (Las diez primeras páginas del artículo. Hay cosas excelentes.)

Hasta mañana. No tenía mucho que decirle y después, mire, ha salido una carta larga porque es tan placentero hablar sin ton ni son, tengo un poco la impresión de que está usted aquí. La quiero.

A Simone de Beauvoir

9 de junio

Mi querido Castor

He recibido hoy de usted una cartita de lo más poética, contándome cómo pasó el alba en el Dôme, leyendo los periódicos sin consumir. Me encantó. En cuanto al dinero, pequeña mía, nada; la carta se ha perdido, sencillamente. Fue cuando me quejaba de recibir sus cartas siempre con un día de retraso porque usted las escribía de noche. Me acuerdo de que faltó una y yo esperaba dos para el día siguiente y llegó una sola, luego otro día sin cartas y esta vez dos al mismo tiempo. Me enredé con las cuentas y creí que me había equivocado, que tenía mi ración completa. Recuerdo esa especie de pequeña decepción que experimenté, como cuando encuentra uno en su monedero menos dinero del que creía pero piensa: «Todo está normal, habré contado mal». Lo que reforzaba mi convicción es que yo miraba la fecha *del sobre* y no de la carta. Pues bien, hay cartas selladas el 30-31-1.° y 2. Pero hoy, al mirar las fechas puestas por usted, vi que la carta del viernes 31 faltaba. Así que *nunca* la recibí y la culpa es del correo. Tiene que reclamar. Ahora bien, ¿qué tiene usted en la cabeza, mi pequeña flor, que me manda los giros en las cartas? Luego tengo que correr atrás del repartidor para cobrarlos, y encima, ya ve, se pueden perder. Hasta ahora su sistema era enviarme giros de esos que el repartidor viene a pagar a domicilio, y era mucho más cómodo. Sobre todo ahora que el correo se ha trasladado a una localidad vecina a la que no me está permitido ir. Así que pienso que será suficiente con que reclame usted en el correo, resguardo en mano, ellos harán las gestiones, sabrán por el repartidor que no he cobrado el giro n.° X, lo anularán y le devolverán el dinero. Sólo usted lo puede hacer. Yo le enviaré libros mañana. Le enviaré *Dostoievski* y Samuel Pepys, y también veré si hay otra cosa.

Como le decía, ayer había gran optimismo. Pero las noticias de la noche y de esta mañana (conocidas por la radio a las 6.30 de esta mañana y a las 11.30), sin ser estrictamente alarmantes, no son tranquilizadoras. Los alemanes han cruzado el Aisne, han avanzado por la zona de Noyon, atacan en Argonne, tienen 60 divisiones en la batalla. A nosotros, en cambio, nos falta todo el ejército que enviamos a Bélgica y que sólo será utilizable dentro de algún tiempo, también tenemos que reorganizar las tropas que han abandonado Sedan —y además nos falta material—. Nada de esto es apto para subir el ánimo. Estoy avergonzado, figúrese. Bien a mi pesar me hice el importante en mi carta de ayer hablándole de una información misteriosa y tranquilizadora, pero he

sido un importante ridículo. A decir verdad, la culpa no es mía. Un soldado que está a las órdenes directas del general vio en su mesa un comunicado personal del *general Weygand* afirmando que los alemanes se han quedado sin reservas de hierro y de carburante, que sólo tienen para seis semanas y que, si aguantamos hasta entonces, la partida está ganada. Vino a contarnos eso, con gran sigilo, y nos suplicó que no lo pusiéramos en nuestras cartas porque, si las abrían, podía costarle caro, etc.

Está un poco tocado, supongo. En resumen, Pieter y yo dimos nuestra palabra y la cumplimos. Asombradísimos, además, de que una noticia tan reconfortante no fuera comunicada a los soldados. Y, al final, esta tarde han leído la nota en cuestión en el informe. Paul, al que habíamos informado con gran sigilo, se burla.

Son las seis de la tarde y le escribo, habiendo trabajado bien y acabado el último borrador del capítulo Marcelle-Mathieu, sólo necesitará un único repaso. Me parece que ahora Marcelle vive, es ingrata, razonable y no obstante ladina, apasionada, rezongona, enferma, seria, bella y sin gracia, orgullosa a la manera de mi abuela, en modo negativo. Pronto recibirá usted el manuscrito, pero tiemblo un poco de confiarlo al correo. Leí un poco *Para divertirse en familia*, de Max y Alex Fischer, que encontré en el retrete, donde servía para su última función y casi intacto, menos tres hojas ya utilizadas. ¿Qué otra cosa hice? Almorcé, pero sin relaciones con Charlotte. Estamos todos preocupados, con una especie de angustia crónica y muda que encoge el corazón el día entero, sin que para ello sea necesario pensar en los acontecimientos.

¿Qué más? El campeón de ajedrez me soltó sus tres mazazos cotidianos, en tiempo récord; el chófer del correo me trajo de la ciudad un paquete de cartuchos de tinta azul-negro (parece una nimiedad pero me encanta) y por último escribí un poco en el cuaderno. Algunas páginas sobre la Nada, otra vez. Esto es todo, mi querida pequeña, absolutamente todo.

Pequeña mía, la quiero con todas mis fuerzas. Me alegra que los exámenes comiencen mañana: dentro de ocho o diez días estará usted completamente libre. Es grato para usted y, también, tranquilizador, para el caso posible de evacuación. Estoy lleno de pequeñas erlebnis y todo enternecido y cuánto querría pasearme con usted, no importa dónde. Pero esto llegará algún día. La beso con toda la fuerza y la ternura posible, pequeño gran encanto.

A Simone de Beauvoir

10 de junio

Mi querido Castor

Hoy sólo unas líneas: nos trasladamos pero, tengo miedo de que el correo parta antes que nosotros, por eso le escribo a toda prisa. No vamos muy lejos: a once kilómetros de aquí, a una ciudad bastante grande, evacuada. No sé bien dónde nos meterán. Las noticias no son muy alentadoras. Abandono de Narvik, declaración de guerra de Italia y también una inquietante información de la radio a las 18.30: la furiosa batalla «al norte de París». ¿Así que hubo una retirada tan importante? ¿Hasta Compiègne? Lo sabremos seguramente a las 19.45. Así pues, día tras día, las noticias

son más penosas. De todas formas, hoy he trabajado bien, el capítulo Mathieu-Marcelle está terminado. Y, fuera de esto, nada de nada. Creo que echaremos de menos nuestro Hôtel Bellevue. La quiero formidablemente, pequeña mía, en estos momentos, está usted toda presente en mi angustia, estoy con usted.

Beso toda su querida carita.

A Simone de Beauvoir

[Después del 10 de junio]

Mi querido Castor

Mañana, probablemente el armisticio, y pronto la paz. Ello nos coloca en un curioso estado de desesperación y alivio a la vez. Dios es testigo de que hubiese sacrificado alegremente cuatro años de mi vida por evitar una paz como ésta. Y aún más. Pero así son las cosas, ha venido esa paz y uno ya está pensando: ¿cómo vivir en ella? Creo que esa vida será posible, querido amor mío, si tenemos mucha voluntad y coraje, y posible sin cobardía (pero con muchas humillaciones). Y también pienso que la veré muy pronto. Dentro de quince días, o un mes, por mucho tiempo. Y esto me infunde, a pesar mío, una especie de alegría.

Aquí, la retirada. Una retirada lenta y perezosa pero retirada al fin. Nos largamos por etapas, para evitar que los alemanes, que están en Saint-Dizier, nos intercepten. Los oficiales siguen arrogantes, por principio, pero el espíritu se ha perdido. Los cazadores arrojaban al vuelo sobre la carretera sus zapatos de recambio, para descargarse un poco. La carretera estaba alfombrada de zapatos. Aviones alemanes sobrevolaban perezosamente también nuestro convoy, que era una presa fácil. Pero no arrojaban bombas. Sentíamos que era el final. Por lo que nos atañe, de nosotros, los sondeadores, sencillamente se olvidaron. Fue en Haguenau, donde estábamos desde hacía tres días. «Levantaos a las 6 —nos había dicho nuestro capitán—. Partiréis en la segunda tanda, a las 6.30». A las 6.30 estábamos en el patio del colegio de varones pero el camión no volvió, en el último momento habían decidido que habría una sola tanda. Erramos por la ciudad evacuada, tomamos un sólido desayuno y luego paramos por los pelos un camión que nos condujo a 5 kilómetros del pueblo al que debíamos ir, no sin que el infortunado Paul quedara con un pie medio aplastado por un lingote que le cayó encima en un viraje. Aquí, follón total. Los lugareños supieron por la radio que estábamos ʼen vísperas del armisticio (nadie tiene confianza en América), son bastante simpáticos, bromean pero, como dice Pieter, «tienen el ombligo encogido». Pieter mismo se porta muy bien pero está verde, es judío. Nos dirigimos al centro, supongo, haciendo pequeñas etapas, para evitar el cerco. El general recorre las calles, encorvado y mascullando. Pero yo tengo la impresión de que los oficiales no se dan cuentan del todo. Ya lo harán. Tomamos un bonito almuerzo en el patio de una granja donde una jovencita idiota mataba pollos tullidos arrojándolos al suelo con todas sus energías. Ahora, estamos borrosos. La Radio suiza acaba de anunciar que los primeros elementos alemanes han entrado en París. Se. me encoge un poco el corazón aunque ya hace tres días que me había resignado.

La quiero con todas mis fuerzas. Con usted, amor mío, la vida seguirá siendo posible. Y pronto volveré a verla. Salude a la dama muy afectuosamente de mi parte.

A SIMONE DE BEAUVOIR

28 de junio

Mi querido Castor

Estoy muy bien y la veré muy pronto. Vuelva a París y espéreme con tranquilidad. La quiero con todas mis fuerzas.

A SIMONE DE BEAUVOIR

2 de julio

Jean-Paul Sartre
20.º Tren
16.º Grupo
Campo de
prisioneros
en tránsito n.° 1
Baccarat

Mi querido Castor

Soy prisionero y me tratan muy bien, puedo trabajar un poco y no me aburro demasiado y además pienso que dentro de muy poco podré verla. Lo deseo tanto, mi dulce Castor. Escuche, puede escribirme: Soldado Jean-Paul Sartre 20.° Tren - Campo de Prisioneros en tránsito *Número* 1 - Baccarat. Si está aún en La Pouèze lo mejor será, dentro de ocho días, volver a París y esperarme allí. Escríbame rápidamente y cuénteme todo lo que le sucedió. La quiero con todas mis fuerzas, no pienso en otra cosa que en verla. Salude en mi nombre a la dama y al caballero.

La estrecho en mis brazos y beso sus pobres viejas mejillitas, amor mío.

Envíe rápido un paquete con *pitanza*, pues aquí adelgazamos un poco. Conservo la línea pero no quisiera que se pusiese cóncava.

A SIMONE DE BEAUVOIR[28]

[28] Sartre envió la misma carta a La Pouèze y a París.

2 de julio

Jean-Paul Sartre
20.° Tren
16.° Grupo
Campo de prisioneros
en tránsito n.° 1
Baccarat

Mi querido Castor

Soy prisionero y me tratan muy bien, puedo trabajar un poco y no me aburro demasiado y además pienso que dentro de muy poco la veré. La quiero tanto, mi dulce pequeña, pero tengo miedo de que se esté consumiendo sin noticias. Escríbame.

Soldado Jean-Paul Sartre. 20.° Tren. 16.° Grupo. Campo de prisioneros en tránsito número 1 - Baccarat. Envíeme un paquete con *pitanza* porque adelgazamos un poco, aquí.

La quiero con todas mis fuerzas y beso sus queridas viejas mejillitas.

A Simone de Beauvoir

8 de julio

Amor mío

Soy prisionero y no del todo desdichado. Espero estar de vuelta antes de fin de mes. Escríbame.

Campo de prisioneros en tránsito número 1 - 9.ª Compañía. Baccarat.

La quiero con todas mis fuerzas

A Simone de Beauvoir

8 de julio

Mi querido Castor

Soy prisionero desde el 21 de junio, día de mi cumpleaños. Pero no se alarme: me tratan muy bien, gozo de excelente salud y todos mis miembros están perfectamente enteros. Si escribo con lápiz no es porque una bala haya destruido mi estilográfica sino porque la perdí ayer. Ahora estoy tumbado a la sombra de una tienda de campaña y, en suma, mi cautividad se limita a estar de campamento. Tengo la gran esperanza de volver a verla pronto y todo va bien para mí. Naturalmente, Pieter y Paul están conmigo.

La quiero con todas mis fuerzas.

A SIMONE DE BEAUVOIR

22 de julio

Mi querido Castor

Sigo sin cartas de usted e ignoro si ha recibido las mías, por eso aprovecho la ocasión para volver a escribirle que estoy prisionero o, mejor dicho, «detenido», es decir, tratado con miramientos y con la esperanza de la liberación cercana. Querría que supiera que no estoy en absoluto amargado y que considero el presente y hasta el futuro con serenidad. Mi dulce pequeña, mientras estemos los dos, podremos vivir. La quiero. Puede escribirme a *Baccarat* (Meurthe-et-Moselle). Campo de prisioneros número 1. 9.ª Compañía.

La quiero con todas mis fuerzas, tengo miedo de que esté muy alarmada. Con tal de que no haya dejado La Pouèze. La estrecho entre mis brazos, mi dulce pequeño Castor.

A SIMONE DE BEAUVOIR[29]

22 de julio

Mi querido Castor

Sigo sin cartas de usted e ignoro si ha recibido las mías, por eso aprovecho la ocasión para volver a escribirle que estoy prisionero o mejor dicho, como dicen, «detenido», es decir, tratado con miramientos y con la esperanza de la liberación cercana. Querría que sepa que considero el presente y hasta el futuro con serenidad. Mi dulce pequeña, mientras estemos los dos, podremos vivir. La quiero. Puede escribirme a *Baccarat* (Meurthe-et-Moselle). Campo de prisioneros n.° 1.

La quiero con todas mis fuerzas, tengo miedo de que esté muy alarmada. Con tal de que no haya dejado La Pouèze. La estrecho entre mis brazos, mi dulce pequeño Castor.

He empezado un tratado de metafísica: *El ser y la nada*.

A SIMONE DE BEAUVOIR

23 de julio

[29] Sartre envió la misma carta a La Pouèze y a París.

Mi querido Castor

Ayer, repentinamente, llegó el correo de París, con una obscena abundancia diarreica, 4.000 cartas para Baccarat y era todo un despeño intestinal y había *siete* cartas suyas para mí. Fue extraordinario, amor mío, mi vida cambió por completo. Me hace tan feliz pensar que está a salvo y que sabe que existo y que volveré a usted. La quiero, me parece recobrar una suerte de consistencia profunda desde que estamos en contacto. Voy a escribirle todos los días, la dificultad está en que tengo que pasar por el correo civil, porque ahora en el correo del campo sólo admiten las tarjetas abiertas (*procedentes* de los prisioneros, claro —en sentido inverso se aceptan los volúmenes más gruesos y ni una sola de sus cartas ha sido censurada—). De modo que hay que usar artimañas, pasar por los visitantes civiles. No se sorprenda, pues, de que haya días sin cartas. Además supongo que recibirá varias a la vez y con intermitencias. Dulce pequeña, rápidamente la tranquilizaré a mi respecto. Me conmueve tanto imaginarla prudente y relativamente tranquila que quiero apresurarme a darle buenas noticias. No soy desdichado *en absoluto*. He pasado por diversos estados: el más vivo interés, el embotamiento somnoliento que hace que las horas pasen como un sueño, sumado a una ligera debilidad física debida, al principio, a una alimentación insuficiente. En la actualidad la alimentación es normal, he recobrado todas mis energías, tengo algunos libros, escribo un trabajo de metafísica *El ser y la nada* y acabo mi novela. Hay ciertamente impaciencia y, a veces, ternezas como para humedecerle a uno los ojos, que están en el fondo de mí, pero todo *eso jamás* sale por completo a la superficie. No soy ni estoico ni auténtico, pero sí estoy con el cerrojo echado, cerrado con candado como un enfermo de Freud, sin esfuerzo ninguno. Y el tiempo pasa como para los convalecientes y tenemos accesos de alegría absolutamente pueriles, como los personajes de De Roulet. En cuanto a mi futuro, conservo el mismo incorregible optimismo, que no es ligereza, se lo aseguro, porque del 25 dé mayo al 20 de junio he tenido tiempo para considerarlo todo. Estoy convencido de que viviremos, amor mío, y no he renunciado, ni mucho menos, a mi destino. Incluso trataré de publicar Mathieu; todo esto debe ser en gran parte cuestión de destreza. Pero evidentemente aquí no puedo abundar en la cuestión. Lo que más me estaría afectando, aquí —pero sin sufrir por ello— es haber perdido la gracia y la humedad del corazón. Ofrezco a quien quiera mirarlo el rostro que tengo cuando paseo con mi padrastro, con el agregado de una barba de cinco semanas. La barba es una obstinación personal, porque aquí hay peluqueros y puede uno acicalarse como un dandi. A propósito, ¿por qué me imagina usted con el cráneo pelado? Aquí se autorizan todos los modelos de cabello, y el mío se inclina a parecerse al de Juana de Arco. Pero si he perdido esa gracia interior que en Morsbronn aún tenía, no es culpa del internamiento, completamente mesurado, sino a causa de mi entorno francés, que es lo que usted se puede imaginar: necedad, bajeza, envidia, diabluras estúpidas, coprofilia, etc. Yo ejerzo cierta autoridad sobre los que me rodean pero ganas de reír no queda ninguna. En cuanto a la vida que llevamos, es ésta: tenemos entera libertad para hacer todo lo que nos plazca dentro de un inmenso cuartel y en el interior de un amplio recinto. El café a las 6 de la mañana (5 hora alemana) —cebada tostada— el avituallamiento a las 11: pan alemán (uno para cuatro), sopa de cebada o de coles o de tocino y el rancho de las 5 cortan la jornada. Desde hace unos días, a las 6, pase de lista. nos ordenamos por columnas en el patio. A las 10. acostarse. El resto del tiempo podemos hacer exactamente lo que queremos: leer, pasearnos, lavarnos, escribir, etc.

Cuando hace buen tiempo, vería usted en el patio veintenas de prisioneros completamente desnudos bronceándose al sol, tumbados sobre una manta, igual que en la playa. Sólo que, hagamos lo que hagamos, lo hacemos de a millares de hombres. La unidad de acción es el millar de hombres. No se puede imaginar usted una atmósfera social más densa y cargada. Naturalmente, todo esto es sumamente interesante. Sobre todo al principio. Lo apunté todo en mi cuaderno, porque no es que nos hayan cogido sencillamente en Morsbronn, dulce pequeña; hubo una desbandada de 10 días que nos condujo hasta las inmediaciones de Épinal y que constituye, sin duda, una de las historias más curiosas de todas cuantas he leído u oído contar. He apuntado todo en mis cuadernos, que sigo llevando incluso aquí, cuando hay algo que decir.

En cuanto a la liberación: en la carta que recibió yo estaba exageradamente optimista, pero aun así creo que estaré con usted antes del 1.° de septiembre. Interesa muchísimo liberarnos. Se hace una distinción muy precisa entre los prisioneros hechos antes del 20 (comienzo de las negociaciones para el armisticio) y los posteriores. Y no creo en absoluto que a los alemanes les interese tanto conservarnos, tienen otras cosas que hacer. Lo que sí, yo supongo que el gobierno francés no tiene demasiada prisa por volver a vernos, y por muchas razones, entre otras la de que hay que hacer volver a todos los evacuados, es lo más urgente. Después hay que contratar de nuevo a los trabajadores, si no de la noche a la mañana habrá cientos de miles de parados. Hay que reorganizar los ferrocarriles y los transportes, volver a suministrar fuerza motriz a las fábricas, etc. Todo esto se va haciendo paulatinamente y las noticias de cada día abren un poco más de esperanzas. *Desde hoy estamos sin tabaco. Le ruego, mi dulce pequeña, que me envíe dos paquetes, por correo no, por la Cruz Roja,* 12 *rue Newton, cerca de L'Étoile, vaya usted misma.* 1° *un paquete de pitanza y* 2.º *un paquete de libros* (Louis-Philippe, Verlaine, *La imaginación*) *y de tabaco*. Será usted tan buena de hacerlo. Si no aceptan más que un solo paquete, envíe *primero* libros y tabaco y al día siguiente la pitanza.

Mi dulce pequeña, tengo muchísimo que contarle pero comenzaré mañana. Naturalmente, Paul y Pieter están prisioneros conmigo. Somos seis, unidos por la desgracia, un camionero llamado Beaujouan, un conductor del metro llamado Civette, un inspector del fisco llamado Longepierre, después Paul, Pieter y yo. Mañana emprenderé el relato cotidiano.

Amor mío, la quiero con toda mi alma; siempre se lo he dicho, mientras estemos los dos seguiré siendo feliz. Recibir sus cartas me devolvió la alegría. La quiero con toda la efusión que me faltaba para quejarme, es usted mi vida, dulce pequeña, toda mi vida. Hasta mañana.

Con la pitanza envíe, *principalmente*, pan de especias y chocolate.

No le diga a Z. que ha recibido largas cartas de mí, ni sobre todo que le escribo todos los días, pues a T. sólo le he enviado dos o tres breves notitas que ella no ha contestado. A usted le escribí *cinco* veces y recibió tan sólo una carta.

A SIMONE DE BEAUVOIR

28 de julio

Mi querido Castor

Pensará usted, pobre pequeña, que no soy lo bastante atento y que no le escribo con mucha frecuencia. Pero escuche, no es culpa mía: oficialmente sólo se nos autoriza a enviar tarjetas abiertas a razón de 2 por semana, los miércoles y sábados. Para escribirle con más extensión tengo que pasar por el correo civil y esto exige astucia y oportunidades. Es decir que no tendrá usted, amor mío, su cartita cotidiana. Y sin embargo tengo tantas ganas de escribirle, pienso tanto en usted y la quiero tanto, mi dulce pequeña. Me resulta tan poética esa curiosa vida que lleva usted en París, ahora, viviendo en la rué Denfert-Rochereau, me recuerda todo un delicioso pasado, muy viejo ya, en el que no éramos aún más que dos pequeñas esperanzas, y en ese París que me suena un poco a cementerio. Escríbame, adorable Castor, hace seis días que no recibo nada de usted (después de nueve cartas, la última del 19) y tengo tanto miedo de que se canse de escribirme, al no saber si recibo sus cartas. Aún no me ha llegado nada de mis padres y estoy un tanto preocupado porque poco a poco todos los tipos de aquí reciben cartas de sus familias y yo no. Es cierto que Saint-Sauveur es un poblacho perdido. Espero vivamente que no hayan huido ante el avance alemán y no hayan ido a refugiarse en la zona no ocupada, porque volver es de lo más engorroso. Y además es un fastidio que mi pobre madre esté tanto tiempo sin noticias de mí. Pero me pone radiante pensar que todo nuestro mundito está a salvo, de Bost a Sorokine pasando por la dama; ¿qué será de él? Ésa es otra historia, pero en fin, ahí está. Por otro lado imagino que viviremos todos *juntos* lo que siga, y que cargaremos, pequeña mía, con pesadísimos fardos en unos tiempos muy difíciles. Pero no estoy desalentado en lo más mínimo y tengo la intención de ser tan duro como los tiempos mismos. Estoy interesado en el futuro y lleno de esperanzas. Lo que me dice sobre lo universal y lo particular me ha interesado, pero no pienso igual, es demasiado contemplativo. Cuánto desearía verla y hablar con usted de todo eso. Sepa, finalmente, que aguardo ese nuevo mundo con enorme curiosidad y con una especie de alegría.

Mi suerte ha mejorado mucho aquí (no era nada mala) desde que escribo. Estoy enteramente absorbido por *El ser y la nada* y cada noche, como en Morsbronn, espero la mañana siguiente con placer pues la mañana siguiente habrá un capítulo sobre la negación o sobre el para-sí. Pero cositas que he pensado están en los cuadernos. Las he olvidado. Me alegra mucho pensar que quizá estén a salvo.

Nos han reagrupado de otra manera: por profesiones, y yo formo parte de las profesiones liberales. Caí con un hombrecito de gafas y aire muy Café de Flore que es, en efecto, un asiduo del Flore y conoce a Leiris, Caillois, etc.: aquí está tan fuera de lugar como un piojo en la sopa y vino a preguntarme si era pariente del escritor. Yo le dije que en mi familia era el único que escribía y él contesto: «Le admiro». Ahí está, frente a mí en este momento, con aire juicioso, leyendo *La Revue des Deux Mondes*. Es estilo camarón y me irrita encontrar el Flore aquí. Estaba habituado a las caras terrosas de los agricultores y a sus largos pedos gimientes, me entendía bien con ellos. Éste es surrealista. Pero discreto e inodoro. Otros dos tipos abrieron la puerta y vinieron a mirarme con curiosidad. A raíz de eso me afeité y me lavé, cosa que hago aquí rara vez, a pesar del peligro de coger piojos (hay unos cien tipos con eso). Causó sensación en el patio.

Parece ser que la liberación habría comenzado; no aquí, en otros campos (dicen que en Seine, Seine-et-Marne, etc., pero naturalmente son decires). Aquí habría que hacer un pequeño estudio sociológico sobre las *cravates*. Son algo extraordinario tanto por su

riqueza y precisión como por su velocidad de propagación. Tienen sus ritmos. Además tienden a anularse a cada instante, es decir que una *cravate* optimista enseguida es compensada por una *cravate* pesimista y tanto más pesimista cuanto más optimista era la otra. Hay horas en que vamos «por las *cravates*», es decir, en que bajamos al patio. Tendré que hablarle de esta sociedad completa y extraordinaria que es el campo de prisioneros. En resumen, es sólo muy probable, a estas alturas, que la liberación haya comenzado. Yo estoy esperanzado. Tome la desgracia con paciencia, querida pequeña, con toda seguridad estaré de regreso antes de la Paz. En mi primera carta había hecho unos cálculos demasiados optimistas, pero si calcula usted del 1.° al 15 de septiembre no se equivocará. ¿Y qué es un mes o un mes y medio, cuando hace tan sólo dos meses podíamos temer tres años? Y no nos separaremos más y *seremos felices*. Porque más bien, lo que nos quedará será la felicidad, mi querida pequeña. Aquí tiene unos encargos:

En una tarjeta le pedí que fuera al 12 rue Newton, a la Cruz Roja norteamericana, que despacha los paquetes. Querría dos:

tabaco - chocolate - pan de especias (en mucha cantidad porque compartimos todo);

libros: Verlaine - Claudel - Louis-Philippe.

Querría también un giro. Pregunte en el correo si es factible. Esto depende del dinero que tenga. Si está rica, quinientos francos porque tengo deudas, si no, lo que pueda a partir de cincuenta francos.

Querido amor mío, tiene mucha razón cuando dice que nuestro amor las ha visto de todos los colores. Pero está más sólido y tierno que nunca, querida pequeña. Ha dado pruebas de resistirlo todo. La quiero, pienso todo el tiempo en usted, sin impaciencia, con una certeza tierna y firme de que la veré muy pronto y para siempre.

A SIMONE DE BEAUVOIR

29 de julio

Mi querido Castor

¡Ay! se cansa usted de escribirme en las tinieblas, no ha recibido todavía mis cartas y la última de las suyas era incierta y desesperada. ¡Ay! mi pobre buen Castor, ayer me partió el alma recibir la del 24 de julio, donde leí que me necesitaba tanto. Yo también, encanto de mi vida, la necesito, y cuánto. En días y meses no he tenido un momento de abandono o de ternura o ni tan siquiera de afectuosidad para con quienes me rodean y para conmigo mismo. No es que sea desdichado, incluso paso montones de ratos agradables, pero estoy duro como una piedra. Para enternecerme sólo a usted, dulce Castor, sólo a usted tendría que encontrarla. Si la encuentro, encuentro mi felicidad y *me* reencuentro. Pequeña mía, sucederá pronto y seremos tan dichosos los dos. Tal vez aún sean vacaciones de verano y pasearemos juntos por París, su bracito bajo el mío, ese París tan cambiado que tengo tantos deseos de volver a ver.

A propósito, ¿dice usted que en el Economato estuvieron *secos* con usted? En estos tiempos de licenciamiento, no es tranquilizador. Aquí todos los funcionarios están temblando. Déme algunas precisiones: ¿con *quien* ha hablado y qué le han dicho? Por

mi parte, no tengo gran temor, no hay objeciones contra mí y soy soldado. Pero quién sabe.

Comienzan a llegar noticias de las familias. No son siempre alegres. Algunas informan de la muerte de un niño, otras de que la casa ha quedado destruida. Por mi parte, sigo sin noticia alguna de mis padres, ignoro lo que han hecho. Otra cosa; hay trenes a Baccarat y se nos puede visitar pero no me atrevo a decirle que venga: según las últimas noticias, el trayecto dura 16 *horas*, y sólo podemos vernos 20 minutos cada vez, en un locutorio. Aun admitiendo que la vea por la mañana y por la tarde, esto significaría 32 horas de viaje en dos días (porque usted tiene sus clases y además no la dejarían quedarse aquí) para verme 40 minutos en público. Y, para colmo, suelen producirse incidentes que ocasionan la suspensión de las visitas por un día. Si tuviese mala suerte podría encontrarse con la puerta cerrada. Decida usted misma, pequeña. Naturalmente, no abrigo más caro deseo que el de verla, pero ¿veinte minutos...? Usted me dirá: ¿y tres horas en la Acrópolis? Haga lo que le parezca, yo la he prevenido. Pero en estos tiempos *no falte a sus clases*, me entero de muchas historias ingratas al respecto. Tendría que venir un domingo.

Yo permanecía inmundamente sucio, por gusto y cuasi misticismo, daba asco. Pero mire lo que son las cosas: no pude soportar que un tipo del Flore me viera en ese estado, un jovencito intelectual que, aparte de títulos de libros, no tiene nada en la cabeza. En cuanto me reconoció me lavé y me afeité. Ahora me lavo todos los días.

Corre el rumor de que en los campos de las cercanías de París ha comenzado la liberación. ¿Es verdad? También dicen que dentro de un mes nos liberarían a todos los de aquí. Mientras tanto, oficiales y suboficiales de activo prisioneros parten para Alemania, pero creo que esto es más bueno que malo.

Mi dulce pequeña, tendrá que ponerse a la busca de *Psyché*, recuperarla y guardarla celosamente; la voy a necesitar mucho.

Su vida cotidiana es de lo más prudente, querido amor mío, me hace saltar las lágrimas. No riña demasiado con Sorok. Lo que me dice de Toulouse, de Dullin, me dejó completamente asqueado. Quiero verla sola y un tiempo muy largo. Lo único que haremos será pasar unos días en La Pouèze, en casa de la dama. A ella tengo muchísimas ganas de verla. Si sabe usted algo de Nizan, Guille, Maheu, Aron, etc., escríbamelo.

Hasta mañana, mi querido, querido pequeño Castor, la quiero con todas mis fuerzas, es usted mi pequeño absoluto.

A SIMONE DE BEAUVOIR

3 de agosto

Mi querido Castor

Aprovecho que alguien regresa a París para enviarle unas líneas. Seré breve porque estas ocasiones surgen a último minuto y hay que darse prisa para aprovecharlas. Otra carta de usted, ayer; cómo me conmueven, mi dulce pequeña, cómo siento su amor; lo que me exaspera es que yo le escribo todo el tiempo y usted nunca recibe nada. Pequeña

mía, cuánto querría que recibiese mis cartas, que supiese que la leo. Escuche, dulce pequeña, sus cartas me han cambiado la vida, estoy contento y tranquilo, aguardo pacientemente.

Aquí, gran revuelo. Eramos 7.000 y 4.000 tipos van a partir. Para Alemania, dicen unos, para ser liberados, dicen otros. Yo creo, sencillamente, que van a otros campos. En cualquier caso, yo sigo aquí. Y esto comienza a oler bien. Ahora reclaman a ciertos funcionarios (SNCF) que parten hoy, en poco tiempo me podría tocar. El campo está en ebullición, *cravates* y falsos rumores corren a toda velocidad con sus patitas, distrae. Sigo escribiendo mi trabajo filosófico y además he encontrado un jugador de ajedrez de mi nivel (o sea, bueno), esto llena los días. Mi admirador del Flore es un imbécil. Lástima, pero así es. Pieter está muy abatido y casi no lo veo, pero he conocido a dos meridionales, Pomé y Commetton, que me tienen encantado. Estoy rodeado de detectores de chismes. Vivo en una amplia habitación clara, tengo libros (leo *Les Temps modernes* de Albert Malet, obra para cuarto curso) y hace buen tiempo. En síntesis, estoy de buen humor y el trabajo cunde. Mi pequeña, si tan sólo pudiese verla, sería completamente feliz. La quiero.

Escuche, me divierte usted con Sorok. Es vivaracha. Despierta la risa y es simpática. Sólo usted me inspira ternura, pequeña mía, el resto del mundo ha dejado de existir. Qué modosas son sus cartas. Las últimas eran casi serenas, sigue siendo usted la verdadera perfección, hace, piensa y dice siempre lo debido cuando es debido.

Hasta mañana o uno de estos días, dulce pequeña. ¿Se acuerda? Hace un año estábamos en Marsella y puede que fuera el día de la corrida de toros. La quiero. Si algo habrá tenido valor en mi vida, será sin duda todo cuanto le atañe.

Aconseje a mi madre, si la ve, que vaya a ver a Monod, es importante.

A SIMONE DE BEAUVOIR

12 de agosto

Mi querido Castor

No puedo escribirle más que esta breve notita como reconocimiento a sus largas cartas. Sin embargo, mi dulce pequeña, me gustaría muchísimo poder hablar con usted largamente, pero esto ocurrirá pronto, espero, hay muchas esperanzas. Seguramente me verá aparecer un día detrás de la estatua de Balzac. Tal vez lleve un traje de faena y un gorro. Todo sigue muy bien aquí. Leo a Paul Bourget (era la lectura favorita de los guardias móviles cuyo cuartel ocupamos) y sigo trabajando en mi libro de filosofía (he escrito 76 páginas, va tomando forma). En este momento los scouts camineros dan una representación en el patio. Ve usted que no nos falta nada. Pero yo desearía sentir su bracito contra el mío y pasearme con usted. *No venga*, si tenía intención de venir. Es posible que nos marchemos de aquí. La quiero.

A SIMONE DE BEAUVOIR

Mi querido Castor

En dos días he recibido *nueve* cartas suyas, me han cambiado la vida. Escriba, dulce pequeña, hágalo siempre que pueda. Yo le escribiré lo más a menudo posible, pero no nos permiten más que las tarjetas abiertas y ya ve que no hay mucho espacio. Sin embargo, tendría muchas historias que contarle. Por el momento, sepa que estoy muy bien instalado en un apartamento de guardias móviles pero sin muebles, sólo estas cuatro paredes tapizadas de flores tropicales. Somos quince durmiendo sobre el parquet y vivimos principalmente en posición acostada, leo acostado, escribo acostado y me figuro que soy un antiguo romano. Por lo demás, tenemos libertad para pasearnos por un vasto recinto y sólo nos lo impide la lluvia continua; no me aburro, estoy muy tranquilo. Escuche, dulce pequeña: tiene que enviarme un paquete de libros (Verlaine, Louis-Philippe, Claudel, etc.) y de *tabaco* y un paquete con pitanza (sobre todo chocolate y alajú) por intermedio de la Cruz Roja norteamericana, 12 rue Newton. La beso muy fuerte.

A SIMONE DE BEAUVOIR

Comienzo ilegible.

desde el que se tiene una vista soberbia. Después de Baccarat mi situación ha mejorado claramente. Tengo una cama, una habitación (para 3), una mesa, un armario, una silla, soy intérprete en la enfermería. He comenzado un nuevo trabajo que me apasiona y todas las mañanas hago media hora de cultura física, y todos los martes conferencias ante un público compuesto casi exclusivamente por curas (en colaboración con un dominico). Llevo una curiosa vida, extraña y agradable, variada. No renuncio a los discípulos. Recibimos un trato excelente y a los miembros del servicio sanitario en el que soy enfermero, aquí no los consideran prisioneros sino neutrales. Pero qué falta me hace usted, dulce pequeña. Y tengo miedo de que se esté consumiendo, al no saber dónde estoy. Escríbame. Dígale a mis padres que ha recibido una *tarjeta*. La quiero.

A SIMONE DE BEAUVOIR

26 de octubre

Mi querido Castor

No me llegan cartas de usted, me pregunto si habrá recibido mis tarjetas. Estoy en un campo en lo alto de la colina, primero fui enfermero, ahora soy «artista», hago obras de teatro que pongo en escena y que representamos el domingo. Mis mejores amigos son un jesuíta y un dominico, estoy tan bien como es posible estarlo. Amor mío, es nuestro undécimo aniversario, me siento muy cerca de usted, La quiero.

A Simone de Beauvoir

Mi querido Castor, aquí tiene unas pequeñísimas patitas de mosca porque no puedo obstruir el correo con mi prosa y también debo escribir a T., que no ha recibido nada de mí, y a mi madre. Recortará usted prolijamente siguiendo las líneas y entregará a cada una lo que le corresponde. Cuánto la quiero, dulce pequeña. Sepa que recibo muy bien todas sus cartas. Pero no sea tan modesta. Escriba una esquelita todos los días, no está prohibido. Mi pequeño Castor, amor mío, es un placer tan grande recibir sus cartitas. Son tan cortitas que debe uno construir toda una historia sobre una palabra, como cuando se hace historia de Francia. Pero qué poéticas y misteriosas, esas contracciones de historias. Por ejemplo, cuando dice: «Bianca se casa con un joven norteamericano». Me ha hecho llorar de risa. Y aparte de eso, qué igual a sí mismo es aquel mundito, es increíble. Y usted, pequeña mía, parece tan juiciosa y cuánto me quiere. Tiene que tener paciencia. Me dice en una carta que en un mes estaré liberado. No lo creo, yo puedo apreciar sanamente la lentitud de estas cosas; imagine una pez que se pega a uno suavemente y que sigue así por inercia más que por ninguna otra razón, y que no lo suelta; pero seré liberado, esto es seguro. Tengo tantas ganas de verla y de pasearme con su bracito bajo el mío. Sólo que, mi pobre Castor, quedará muy decepcionada: no tengo nuevas teorías. Simplemente toneladas de historias. Historias, vaya si las tendrá. Caí primero en un sitio insólito: la aristocracia del campo, la enfermería. También están la poderosa plutocracia de las cocinas y los políticos o jefes de barraca. De la enfermería fui echado a causa de unas intrigas y arribé, con vistas a evitar el trabajo de los campos para el cual dispongo, hasta nueva orden, de escasos dones, al inofensivo ámbito de los artistas, tipo cigarras y también Racine bajo Luis XIV. Muchas zalemas y buen pensar. Y son simpáticos, los más simpáticos que he encontrado en esta guerra. Tienen un auténtico teatrito en el que actúan ante los mil quinientos prisioneros del campo, dos domingos por mes. Por lo cual reciben un sueldo, pueden levantarse tarde y mirar las musarañas el día entero. Vivo con ellos en un amplio dormitorio atestado de guitarras, banjos, flautas, trompetas colgadas de las paredes, con un piano que unos belgas tocan todo el día. Belgas que tocan swing a la manera de los pianistas del Collège Inn, lo cual dentro de un momento me servirá de ocasión para una pequeña alusión sincera a T. Escribo para ellos obritas que no se representan nunca, y también tengo una retribución. Por otra parte, mi frecuentación ordinaria son los sacerdotes. Sobre todo un joven vicario y un novicio jesuita, que se detestan además, llegan a las manos a propósito de teología mariana y me piden que zanje sus querellas. Yo zanjo. Ayer me descubrí quitándole la razón al Papa Pío IX respecto a la Inmaculada Concepción. Ellos dudan entre Pío IX y yo. Y sepa que estoy escribiendo mi primera pieza seria y que me consagro a ello con toda mi persona (escribiendo, poniendo en escena e interpretando), trata de la *Natividad*. No tenga miedo, mi dulce pequeña, no acabaré como Ghéon, puesto que no he comenzado como él. Pero sepa que mi talento como autor dramático no deja lugar a dudas, una escena que hice de un ángel

Kriegsgefangenenpost

Correspondance des prisonniers de guerre

Besetztes Gebi

An Mademoiselle Simone de Beauvoir

9

Empfangsort Paris

Straße 21 rue Varia Hôtel de Danemark

Land Frankreich

Gebührenfrei! Franc de port!

Absender

Vor- und Zuname: Sartre Jean Paul

Gefangenennummer: 10 788

Stalag XII D

Deutschland (Allemagne)

anunciando a los pastores el nacimiento de Cristo les cortó el aliento a todos. Cuénteselo a Dullin y que había quienes tenían lágrimas en los ojos. Lo recuerdo cuando dirigía y me inspiro en él, pero con mucha más cortesía, visto y considerando que a mis artistas no les pago. Se representará el 24 de diciembre, con máscaras, habrá 60 personajes y se llama *Bariona*, el hijo del Trueno. También he interpretado con máscara, en el escenario, el domingo pasado, un papel cómico en una farsa. Todo esto me divierte muchísimo, entre muchas otras farsas más graciosas aún. Haré teatro, en lo sucesivo. Amor mío, no me aburro, estoy muy contento, espero sin impaciencia y decidido, si el cielo no me ayuda, a ayudarme yo mismo. Todos los días hago tres

cuartos de hora de gimnasia al lado de boxeadores y luchadores de catch. Desde la semana pasada, aparte, soy el encargado de organizar una especie de universidad popular y también esto me interesa. Sin embargo tengo piojos pero, como cualquier otra curiosidad natural, los piojos me han decepcionado. No pican, rozan, y lo único notable que tienen es su extraordinaria prolificidad. He recibido mi vieja pipa. Gracias, me conmovió hasta las lágrimas, dulce pequeña, encanto de mi vida. No he dejado de estar unido a usted. Amor mío, los prisioneros son un poco como los viejos, rumian viejas historias en su interior y usted aparece en todas ellas. Qué felices hemos sido, mí dulce pequeña, y cuánto lo seremos aún (aunque me niego rotundamente a una vida de Tennyson). Beso por todas partes su carita y sus viejas mejillitas, la quiero.

A Simone de Beauvoir

10 de diciembre

Mi querido Castor

Recibo toda sus cartas y no sabe usted el placer que me causan. Pero debe escribirme más a menudo todavía, todos los días si quiere, no hay límites establecidos y recibir cartas lo cambia todo. La quiero, mi dulce pequeña. Las últimas eran muy tristes. Hay que tener paciencia y sobre todo no considerar su malestar con piedad. Mi pequeña flor, piense que, cuando vuelva, será para siempre. Y también piense que no me siento desdichado en absoluto. Al contrario, imagínese lo que significa para un escritor conocer a todo su público y escribir precisamente para *ese* público, y para un autor dramático montar e interpretar él mismo sus obras. He hecho un misterio de Navidad muy emotivo, parece, tanto que a uno de los actores, cuando actúa, le vienen ganas de llorar. En cuanto a mí, yo hago el papel del rey Mago. Escribo la obra por la mañana y ensayamos por la tarde. Treinta personajes. Aquí he conocido a dos o tres tipos que me interesan de verdad y he tomado contacto con una forma absolutamente nueva del arte teatral en la que hay muchas cosas para hacer. Leo a Heidegger y jamás me he sentido tan libre. La quiero con todas mis fuerzas, mi dulce pequeña.

A Simone de Beauvoir

Mi querido Castor. La habían asustado y estuve diez días privado de sus cartas. Acabé despotricando. Disfruto tanto con sus queridas cartitas, amor mío. Sepa usted que las recibo todas, en paquetitos de cinco o seis. Son como un breve informe analítico de sus jornadas pero como a las cosas y gentes de que me habla las conozco como a la palma de mi mano, lo lleno todo de adornos. Amor mío, no tiene que soñar que ya no la quiero, si supiera qué injusto es eso. Nunca la he querido tanto. Por otra parte, si se siente demasiado sola, piense que Poulou me ha escrito que pasaría próximamente por París y que estaría con usted un buen tiempo. Espero que sea posible. En cuanto a mí, le diré que sigo viviendo con mis sacerdotes y que les doy clases de filosofía a cambio de

lo cual ellos me empachan y me alojan. No he pasado nada de frío y a menudo pensé que usted, pobrecita, lo sufría más que yo. Estoy convirtiéndome en una suerte de rector espiritual para muchos, es necesario. Tenga paciencia y confianza mi dulce pequeña. La quiero con todas mis fuerzas, está usted siempre presente en mí. No estoy nada seco, al contrario, es usted mi pequeña flor.

A SIMONE DE BEAUVOIR

Mi querido Castor. Qué tristes son sus queridas cartitas desde hace un tiempo. Se lo ruego, no se deje llevar por el desánimo y piense que pronto volveré, amor mío. No se *sienta* demasiado sola, ni siquiera intelectualmente. Estoy seguro de que es tan sólo una apariencia. Piense que la quiero, que no he cambiado en absoluto v que seguimos unidos en todo, pequeña mía. Y además hay motivos para estar esperanzados. Sepa que aquí, no he desesperado ni me he amargado ni un solo minuto. Cada vez pongo más interés en lo que hago. Principalmente, no piense que tengo frío o que estoy en malas condiciones físicas. Por el contrario, tenemos todo el carbón que hace falta y a menudo he pensado, pobrecita mía, que usted pasaba mucho más frío que yo, este invierno. No me falta nada y los curas me han adoptado y me empachan. En cuanto al regreso, está próximo; como bien sabe, ahora repatrian a los civiles. Me ocupo otra vez de Heidegger, un cura de Saint-Etienne lo compró y doy tres horas de clase dianas sobre él. La Censura me ha devuelto todos mis escritos, mi novela, mi trabajo filosófico y mis notas. Estoy encantado, como se podrá imaginar. Por otra parte me queda poco tiempo para leer, tantas cosas hago. No se inquiete por Tania. Al final recibió cartas mías y todo se arregló. Pequeña mía, sigo queriéndola con la misma solidez y la misma profundidad. Vivo con usted. Salude de mi parte al pequeño Bost.

A SIMONE DE BEAUVOIR

Mi querido Castor. Otra breve notita aunque realmente no tenga nada que decirle. En realidad habría muchísimo, pero tendría que escribir todos los días y eso es imposible. Pero no me olvido de nada y se lo contaré todo cuando vuelva. Además, amor mío, no vaya a imaginar que esté viviendo nada que me separe de usted y que luego le significará una distancia a salvar. Cuando nos veamos comprobará que estamos a la misma altura, aunque mis nuevos proyectos puedan sorprenderla. Recuerde lo que le decía sobre lo que ha de suceder en la madurez de un escritor. Pues bien, me está ocurriendo, con buenos motivos (móviles). Verá qué apasionante será para *nosotros*, cuando regrese. Mi dulce pequeña, su pensamiento no me abandona y toda esta vida interesante que vivo aquí, la vivo con usted. No estamos separados. Aquí ha habido liberación de los incurables y uno de ellos, amigo de Nizan, irá a verla y le dará noticias mías. En cuanto a mí, en estos momentos, estoy poniendo en pie una nueva teoría del Tiempo. Progresa. Hasta la vista, mi dulce pequeña, hasta pronto. La quiero.

1941

A SIMONE DE BEAUVOIR

[Febrero]

Mi querido Castor. Ya no recibo sus dulces cartitas. Aquí tiene una carta-respuesta para llenar. Pero mire, no crea lo que se dice y siga escribiéndome en papel corriente con sobre. Estas cartas únicamente tienen prioridad sobre las otras. No se deje confundir por los empleados de Correos. Aparte, no hace falta que me envíe más dinero. Primero porque, espero, próximamente liberarán a los civiles. Pero aun si continuáramos un poco aquí *guarde todo su dinero*, no necesito nada. Pronto verá a Marc Bénard, un enfermero muy simpático que acaba de ser liberado. Le contaré con pelos y señales todo lo que pienso y hago, tanto es así que cuando vuelva no tendré nada más que decirle. No publique esta visita. En espera de la partida, me dedico de nuevo a la filosofía y construyo laboriosamente una teoría de la Temporalidad. Claro, ya no es tan fácil como hacer Fenomenología, donde todo caía de su peso. Pero va saliendo. Me complace tener, a pesar de todo, una teoría filosófica que exponerle. La quiero.

A SIMONE DE BEAUVOIR

2 de marzo

Mi querido castor. ¿Ha visto usted a Bénard? Sea una tumba con lo que le diga, salvo para Bost y póngalo a trabajar, al pequeño Bost. Pruebe a escribirme más cartas, las de mis padres son aceptadas. Sigo en trance de partir. Alégrese, mi dulce pequeña. Creo que le sobran razones para hacerlo. La quiero con todas mis fuerzas y con la mayor alegría por mi parte.

A SIMONE DE BEAUVOIR

9 de marzo

Mi querido Castor. Un poquitín más de paciencia. Comienzan a partir los primeros convoyes de civiles, pienso ser de los siguientes. La quiero. T. me escribe que está siguiendo un tratamiento (o lo seguirá) que le costará 3.000 francos. Podría usted ver si

la *NRF* no tiene algo así para darme, por la venta de *La imaginación*. Usted se lo daría a T. Hace buen tiempo y he elaborado toda una teoría de la Temporalidad (200 páginas). Cuánto desearía estar junto a usted.

A SIMONE DE BEAUVOIR

[Mediados de marzo]

Mi querido Castor. Dentro de un rato partimos para Francia, donde nos reunirán en un campo de clasificación desde el cual seremos despachados hacia nuestros domicilios respectivos. La operación llevará, *como máximo*, unos quince días. Estamos a viernes. Cuando reciba esta carta, estaré casi a punto de llegar. No hable de mi llegada porque quiero consagrarle enteramente los primeros tiempos. (Salvo al pequeño Bost, naturalmente, a quien me alegro tanto de volver a ver.) He recibido su tarjeta y estoy contento de que haya visto a Billiet. Yo quería enviarle a otro, enfermero, pero finalmente volvieron aquí. Aquí hace buen tiempo y, como bien se puede imaginar, el humor es bueno. Todos mis recuerdos de París comienzan a descongelarse uno por uno, pero con prudencia. Mi dulce pequeña, ¿es posible que la vea muy pronto y que recobre su sonrisita y sus viejas mejillitas? La quiero tanto, querida pequeña. Cuando reciba estas líneas, ocúpese de estar en contacto con el Hôtel du Danemark porque en cuanto llegue telefonearé ahí para darle una cita. La beso muy fuerte.

A SIMONE DE BEAUVOIR[30]

Mi querido Castor

Sigo aquí, no me han secuestrado y la quiero con todas mis fuerzas, igual que la noche del domingo en el Luxembourg, cuando nos despedimos. Ignoro si alguna vez he conocido la tentación que me mencionó, en cualquier caso nunca he estado más lejos de ella que hoy.

Aquí tiene una magnifica noticia, mi pequeña flor, que hará crujir sus huesecitos de alegría: la *NRF nos* debía 12.855 francos; lo que digo: doce mil ochocientos ciucuenta y cinco francos. Gaste, gaste, mi dulce pequeña, todo su dinero. Es una lástima que no se haya llevado más. No me atrevo a enviárselo, sólo cobraré el sábado. Así pues, todas las dificultades están allanadas.

He visto a Parain, Gallimard y Queneau. Muy sorprendidos de que no publique nada. Recelosos con ellos mismos, ya le explicaré. Por otra parte, sabían de mí unas cosas que me han dejado atónito. Le contaré. Vi a Merleau-Ponty y a Wagner.[31] Cavaillès[32] está con nosotros y es cierto que un manuscrito mío en forma de diario (¿un

[30] Sartre había vuelto a París.
[31] Profesor de letras, ex compañero de Sartre y cuñado de Merleau-Ponty.
[32] Profesor de filosofía, desempeñó un gran papel en la Resistencia y fue fusilado.

cuaderno?) fue hallado en una vía férrea y él lo ha puesto a mi disposición.

Mis relaciones con T. son perfectas. Está absolutamente encantadora conmigo, estilo propietaria; me siento un gato o un pequinés muy querido, lo cual es más bien halagador. Yo la trato con mucha ternura porque está conmovedora y agradable, pero el maravilloso Zazoulich se derrumbó con el 1938. Mouloudji sale a menudo con nosotros, por las noches, porque no tiene dinero y se deja mantener con simplicidad. Parece que ya no me detesta y yo le tengo simpatía. He perdido su libro sobre Hegel, Castor.

Conozco el asunto de T., se lo contaré, pero es inocente y peligroso para ella pero sin ninguna consecuencia actualmente. Decidí que abandonara la pintura, a la que aborrece, y que trabaje en teatro. Le hablaré de esto. Dispénseme por escribir unas pocas líneas tan escuetas, ha salido por quince minutos y escribo con los ojos clavados en la puerta porque bajo ningún concepto debe ver esta carta. Mi dulce pequeña, la sequedad de estas líneas no cuadra en absoluto con mis sentimientos, imagino su querida carita y tengo enormes ganas de encontrarme con usted. Diviértase mucho, pequeña mía. La quiero con todas mis fuerzas.

1942

A SIMONE JOLIVET

Martes

Querida Toulouse

Arnaud me informó ayer el fallecimiento de tu madre. No hemos tenido frecuente ocasión de hablar de ella, en los últimos tiempos, pero recuerdo vivamente lo que años atrás significaba para ti y temo que haya sido un golpe muy duro. Me gustaría verte, pero ignoro si en este momento no prefieres estar sola. Envíame unas líneas al Hôtel de Paris —o llámame por teléfono— e iré a tu casa el día y hora que te convengan, para recordarte, mejor que a través de una carta, que comparto sincera y profundamente todo cuanto te suceda, lo malo como lo bueno.

Con todo afecto.

1943

A Simone de Beauvoir

Sábado [verano]

Mi querido Castor

Qué lejos está usted. Me falta, querida pequeña. Es bien insulso París, no estando usted para ver al mismo tiempo que yo lo que yo veo. Para consolarme, pienso todo el tiempo que se está divirtiendo. Pero su manera de divertirse no es de aquellas que yo pueda disfrutar; es como si intentara deleitarme con el pensamiento imaginando que come usted un buen platito de mejillones con salsa de tomate.

Aquí hay altos y bajos. Pero el fondo de sabiduría permanece inalterado. Naturalmente, lo que alegra a unos amarga a los otros: ella dice que se le han estropeado las vacaciones. Está siempre por las carreteras, y si la veo cinco minutos tengo que machacarle su texto, lo cual no me molesta.

La buena noticia es que parece que aceptan el guión.[33] Tras una noche en vela y tonta, pasada en casa de Zuorro, el cansancio me había puesto lúgubre y esa historia de nunca acabar me dio asco; me acosté, vencido y rechazado de antemano. Pero en la mañana del viernes, las 9 horas de sueño me habían devuelto la osadía y leí mi historieta con una soltura sólo turbada por el temor de mostrar los agujeros de mis calcetines, dilatados como puestas de sol; mis zapatos estaban salpicados de viejas manchas de jabón blanco y de dentífrico y tenían por vecinos a unos magníficos zapatos de cuero crudo que pertenecían a Delannoy[34]. Leí lo que había hecho —más o menos la mitad de lo que había que hacer— y me atropellé un poco al contar la continuación, dado que no sé muy bien lo que seguirá. Se produjo ese frío silencio que la primera vez me había desconcertado y luego Giraudoux formuló algunas críticas que se resumían en ésta: el carácter de los personajes no resaltaba bastante y ahora había que insistir un poco en lo psicológico. Pero acto seguido Borderie[35] protestó: él lo encontraba muy bien, de veras, y a todo esto se las componía para no entender del todo aunque no hubiese nada que entender. Lo que pasa es que tiene unos pintorescos esquemitas en la cabeza y él aspira a que encajen con lo que oye. Me dijo: «La mujer es una indigna, ¿no es cierto?, ¿no es una mujer completamente perdida?». Yo dije: «Según». Con prudencia, pues quería la pasta, pero Giraudoux y Delange[36] (quien se resiste a que su

---

[33] El guión de *La suerte está echada*.

[34] Presunto director de *Typhus*.

[35] El productor.

[36] Periodista, director de *Comédia*, influyente en los medios cinematográficos.

bichito haga el papel de ramera) intervinieron para rectificar. Entonces él dijo, suspirando: «Es una lástima: sería tan divertido, un hombre que levanta cabeza gracias a una ramera». Ahí tiene una amarga ironía para píldoras Pink. Ése es su nivel. Pero Delannoy parece contento, aunque reclamando también él considerandos psicológicos. Él rodaría la película. Discutimos sobre los posibles intérpretes, lo cual es buena señal; fui felicitado sin reservas. Inexplicablemente, lo que les sedujo fue el muerto en el autobús. En síntesis, me piden que acabe el guión cuanto antes (digamos para el viernes) y creo que lo aceptarán. Un único fastidio, el dinero que me pagarán (37.500 francos, espero) no lo podré cobrar antes del 17 o 18. El tiempo de confeccionar cheque y contrato, el tiempo de que el correo endose el cheque, a lo mejor ya estamos a 20. Pero de ser así, pediré prestado a mis padres contra un cheque postal, que ellos podrán cobrar el 20. No se preocupe. No he hablado aún de «Mi socio el señor Smith». Calculo hacerlo el viernes.

Grenier[37] pide su manuscrito.[38] Se lo enviaré pidiéndole que lo haga llegar a la *NRF* donde Parain lo encontrará en agosto, a su vuelta. He llevado sus pruebas[39] al taller de Festy.[40] Pero qué *mal corregidas* están, pequeña mía. Me entretuve releyendo cien páginas y encontré cantidades de errores que iba corrigiendo a medida que los descubría. En fin, el guión está aceptado, no tema: el año que viene no necesitará trabajar, será jauja.

El portero de su hotel me ha soltado una bronca a propósito de su baúl. Cuando le anuncié, tan tranquilo, que me había llevado todo y que la habitación estaba desocupada, me dijo: «Y el baúl, ¡maldita sea! ¿qué diablos piensa usted que haré con el baúl? La señorita De Beauvoir no me dio un sólo céntimo de propina en todo el año, yo no lo bajo». Me fui sin saber qué hacer. Bost no está aquí, yo no puedo bajarlo solo y llevarlo solo al Louisiane. ¿Qué hacer? Si pesco a Bost mañana, volveré con él.

Esto es sólo un discursito sin ton ni son, amor mío, para decirle que la quiero y que el guión pinta bien. Escribiré mejor todos estos días, describiré los estados de ánimo y las atmósferas. Son las cinco, es sábado, estoy en el piso superior del Flore, el sol entra por la ventana, Tania ensaya en el Lancry. Esta noche vemos a Mavroïdès.[41]

Hasta mañana o pasado, amor mío, mi adorable Castor, beso su bello rostro bronceado.

A SIMONE DE BEAUVOIR

Jueves 8 [verano]

Mi querido Castor

---

[37] Jean Grenier, filósofo y lector de Gallimard.

[38] *Pyrrhus et Cinéas.*

[39] *La invitada*.

[40] Jefe de producción de Gallimard.

[41] Actriz, amiga de Tania.

Tengo tiempo de sobras para escribirle. Debía ir a ver la actuación de Tania al Théâtre de Lancry (la tercera representación, no quiso que asistiera a las precedentes); pero el cruel guardia nocturno que usted me recomendó se niega a encargarse de reservar mi entrada. Se ofreció Merleau-Ponty: parte conmigo y se detiene no en Uzerche sino en Montauban. Viajaremos juntos. Sólo que ya no puedo hacerme con la entrada y resulta que es urgente. El caso es que he vuelto a instalarme en el Flore, por donde sin duda pasará dado que tengo su carnet de identidad y lo esperaré hasta las once, con rápidas escapadas a su casa, 188 bd. Saint-Germain. De lo contrario, mala suerte, mañana me levantaré a las cinco e iré yo a hacer la cola. Estoy ansioso por verla, mi dulce, mi querida pequeña, y tengo muchas ganas de vagabundear con usted, *incluso* en bicicleta. Siento mucho su ausencia.

Delange, que es decididamente una perla, me dijo esta mañana que estaba por encontrarle algo: 12 *sketchs* radiofónicos a razón de uno por mes a realizar el año próximo (le dan el argumento, usted hace el diálogo, de 10 minutos) por los que le pagarán de 1.500 a 2.000 francos. Como comienzo no estaría mal. Eso sí, le ocuparía cuatro horas por mes. Acepté por usted con entusiasmo. Mañana se lo propondrá al director de la Radio.[42] Ceno con él y Crommelynck mañana por la noche tras la gran prueba de la tarde: el guión está listo, sólo hay que adaptarlo. Y para ponerlo más presentable, el propio Delange, naturalmente, vino a buscarme al Flore anteayer para sugerirme que lo mecanografiara. Acepté y se lo entregué esta mañana. Entre paréntesis, no sé si su mecanógrafa habrá tenido tiempo de pasar esos 70 folios bien apretados. Él me dijo haber vuelto a ver a Borderie y que parece muy enganchado por el tema. Así que hay grandes posibilidades. Realmente podremos decirle vete a la mierda al Alma Mater.

Dullin sigue mostrándose confuso en sus discursos y proyectos. Ayer hablamos por teléfono —está en Férolles— y parecía incómodo. Creo conocer la causa de esta incomodidad: habría decidido —dijo Bonnaud— montar *Pourceaugnac* desde el 15 de agosto para la *rentrée* de septiembre y representar *Las moscas* sólo una vez por semana. Por mí que haga lo que quiera, pero aconsejaré a Olga que no acepte: cobrará 100 francos por semana y esto le impediría actuar en otro sitio. Por otra parte, Picard, el amante dentista de Aninat —que acaba de conseguir un contrato por tres obras con Hébertot— recibió una llamada telefónica de Lanier,[43] muy deprimido: en una larga carta escrita con embarazo, Dullin acaba de darle a entender, aproximadamente, que el año próximo no lo emplearía. Es descabellado, si uno piensa que tres días antes del ensayo general de *Las moscas*, Dullin, llevado por el entusiasmo, se revolvía en su sillón diciendo de Lanier: «Es un gran actor romántico». En fin, ya sabré a qué atenerme porque el lunes voy con Tania a Férolles. Jalaré copiosamente, no cabe duda, pero habrá que informar a Toulouse de sus actos. Si Dullin no tiene la conciencia tranquila a mi respecto, será muy gracioso, estaremos todos incómodos.

Tania interpreta el papel de Molly Byrne en *La Fontaine aux Saints*.[44] Lo cual dio lugar a crisis de nervios y de lágrimas el día del estreno, aunque ella afirmara no tener miedo y estar, simplemente, «muy fría»; pero en definitiva creo que está muy buena,

---

[42] Radio-Vichy. El C.N.E. autorizaba las emisiones en zona libre.
[43] Que desempeñaba el papel de Orestes en *Las moscas*.
[44] Una obra de Synge.

tanto como el papel lo permite. Los primeros días de ensayo tuve que hacer de barba bonachón entre bastidores; me trataron con respeto y me pidieron una obra: no me sentí rejuvenecido. Ahora es preciso resignarse a estar del lado de los importantes. Es una triste compañía minúscula con un pobre teatrucho. Son todos excesivamente frágiles, cualquier nimiedad los deja helados, tienen su pequeño amor propio, su dignidad orgullosa y humilde y, naturalmente, se detestan unos a otros, pese a unos pocos entusiastas como Chauffard[45], Barbón,[46] Delarue.[47] Leccia[48] se queja de que no le pagan y viene a actuar con el estómago vacío; Vilar, el protagonista, se marcha porque no le han tratado con la debida consideración. Cavé, director y cabeza dé compañía, pidió prestado un dinero que él mismo tendrá que devolver y que pierde generosamente noche tras noche. Está muy apesadumbrado; tiene de por sí un semblante lúgubre y su único consuelo es el amor oculto de una muchacha fea llamada Odile que trabaja entre bastidores y cumple mal el oficio de apuntador. Naturalmente, para Tania todo esto huele a muerte y, como usted sabe, nada la espanta más que la miseria, la muerte o la desgracia. En cuanto llega al teatro queda a medio gas y hacen falta las candilejas para infundirle alguna excitación. El teatro está en la rué de Lancry, cerca de la République. Lo único que se ve fuera es un pobre letrerito amarillo y marrón que apenas se distingue, y tan estrecho que las letras están escritas unas debajo de otras. Está en el patio de un edificio que en otro tiempo fue la Casa de las Corporaciones sindicales. Se entra por una puerta corriente con algo de puerta cochera, se pasa por un corredor, se atraviesa un patio, se pasa bajo unas arcadas y se llega a una sala de cine. En general, está prácticamente vacía. 80 personas por noche, más o menos. Huele no a *una* muerte sino a varias muertes sucesivas, empezando por las de las Corporaciones sindicales, y está en un barrio (Porte Saint-Martin) que está muerto desde 1830. Todas las tardes a las siete deambulamos por ahí, bebiendo un Vittel en el Rognon Flambé unas veces y otras en el Louis XIV, lastimosos bares que en nada responden a sus refulgentes nombres. Tras lo cual me queda la noche libre y vuelvo a ver a Tania en el Flore o en su casa hacia las 10.30. De manera que estoy con ella de 12 a 19. Al principio protestó un poco, incluso creo que hubo una escena violenta. Pero su Santidad pudo más también esta vez y actualmente no hay cuestiones. Todos estos días, por la mañana trabajaba en el guión (acabado hoy) y luego veía a algún Chauffard o a Lescure[49]. (este último me entregó cincuenta gramos de tabaco rubio especialmente enviado para mí por un admirador suizo en una valija diplomática) o bien iba a buscar provisiones. No han salido tallarines pero sí 8 kilos de patatas. Me vienen muy bien porque no tengo más pan. Tania me dio setecientos gramos de su cartilla pero no alcanza, por desgracia. Por la tarde hacía ensayar a Tania, dábamos vueltas por su habitación y después íbamos a pie (sin mucho placer porque hace un tiempo lúgubre, con lluvia, cielo gris y temblequeante, frío) al teatro Lancry. De ahí tomaba el metro hasta el Flore, donde anoche vi a Pasche, quien tenía interesantísimas observaciones de enfermos para comunicarme, el año que viene me llevará a verlos con él a Sainte-Anne. Anteanoche vi a Lescure, mañana a Crommelynck y Delange, el sábado ceno en casa de Leiris. El

[45] Ex alumno de Sartre que finalmente optó por el teatro.
[46] Actores, alumnos de Dullin.
[47] Actores, alumnos de Dullin.
[48] Actores, alumnos de Dullin.
[49] Poeta y editor francés que publicó en Suiza escritos de resistentes franceses.

domingo por la tarde veo a mis padres, por la noche a Zuorro, seguramente.

Pequeñas noticias: Moulou[50] se ha colocado, en una sociedad de televisión alemana, Biran me ha hecho proposiciones interesantes, Oettly coge un teatro (L'Ambigu) y me encargó una obra —no dije que sí ni que no— la señora Fiévet fue despedida de Gallimard, pero por suerte Winnifred Moulder aún está; Queneau vino de parte de Gallimard a proponerme que hiciera un libro con mis artículos críticos, pero contesté que aún no era el momento; Violette Brochard está en París y verá a Tania el sábado a las 2.30, otra tarde libre; Lola no irá a ver a Sarbakhane,[51] y pasará los lunes con Tania en un campo nudista, Tania acepta ir si puede dejarse el vestido. A todo esto, figúrese que Zina[52] ha tenido el capricho de enredarse con Chauffard. Incluso me pidió que lo citara, él llegaría sin desconfiar y ella se presentaría quince minutos después con aire distraído y como si viniera a hacerme un encargo. Tomaría asiento, se luciría una media hora sin prestarle atención y se marcharía clavándole simplemente una penetrante mirada. Tras lo cual Toulouse, apareciendo, pondría cualquier pretexto e invitaría a Chauffard a su casa, ese mismo día, a tomar el café. Tania, Zuorro y yo nos trasladaríamos entonces a casa de Toulouse, donde nos atracaríamos de comida. Toulouse serviría el café, Chauffard acudiría fielmente a la cita, bebería el café, charlaría, y Zina, al acompañarlo al vestíbulo, le plantaría un beso en la boca. Felizmente las circunstancias no permitieron a Toulouse llevar a cabo este insólito proyecto. Se marchó a Férolles antes de lo pensado y la reunión quedó aplazada para el año que viene.

Esto es todo. Zazoulich ha recibido carta de usted, por lo que *es* más afortunada que yo, que pasé inútilmente por el correo ayer y anteayer. Iré mañana por la mañana y, si no hay nada, mañana por la tarde. Tengo muchas ganas de volver a ver sus inmundas letritas.

Hasta la vista, mi dulce Castor. El Ponteau-Merle[53] ha llegado, cogió mi carnet de identidad y mi dinero y mañana irá debidamente a hacer la cola por mí. Todo sale a pedir de boca. Yo llegaré a su debido tiempo. Creo que todavía le escribiré un par de líneas. Siempre a Clermont-Ferrand; si no está usted ahí, haga que se las remitan.

La beso muy fuerte, adorable Castor a quien quiero con todo mi corazón.

A Simone Jolivet

Querida Toulouse

He tenido enormes problemas con la gente de la Sociedad de Autores Dramáticos, me pidieron un «Poder» registrado con mi firma legalizada para hacerme llegar el dinero en mi ausencia. Finalmente lo cobraré al volver (sólo anteayer fui «admitido» en esta Sociedad). Te pido, pues, si no te molesta, que no envíes mi cheque hasta el 1,° de agosto. Recibirás entonces la totalidad de mi sueldo de julio. Así todo acabará bien.

[50] Mouloudji.
[51] Sorokine.
[52] Devota acompañante de Toulouse (Simone Jolivet).
[53] Merleau-Ponty.

(Tengo suficiente dinero, además.)

Lamenté que los horarios nos obligaran a separarnos tan bruscamente, el otro día. Hubiese querido reiterarte mi certeza de que tu recuerdo no se marchitará. Y además, pensando en ello, creo también que no insistí lo suficiente en que *no me gusta* el «género» de las historias demoníacas (fantástico). Esto también puede explicar el que me mostrara un tanto enfurruñado. De ti, yo espero otra cosa. También tendríamos que haber hablado de esto; si estás de acuerdo, lo haremos a la vuelta.

Castor y yo estamos en Uzerche, desde hace dos días, esperamos una bicicleta para dirigirnos a Brive, Tulle y Clermont-Ferrand. Hace un tiempo soberbio pero el Lemosín no me gusta mucho.

Afectuosamente.

A Simone de Beauvoir

Miércoles [finales de 1943]

Mi querido Castor

Son las tres y veinticinco, estoy en el Flore, escribo esmeradamente. ¿Así que es usted *metteuse en ondes*? ¿Qué es eso? Nadie ha podido explicármelo con exactitud. Hoy le hace usted puñetas a las ondas; se desliza en vertical, de arriba abajo. He pensado mucho en usted, en el viaje, en la llegada, me acuerdo de un montón de llegadas, por la mañana: una a Saint-Gervais. Sin embargo la envidio un poco. Lo principal es que se divierta.

El lunes encontré a una Tania siniestra, ignora por qué «*c'est bien la pire peine, de ne savoir pourquoi, sans amour et sans haine, mon cœur a tant de peine*»;[*] lágrimas, quejidos, manos retorcidas, largos silencios, yo estaba furibundo. Al final, vino Zuorro unos cinco minutos trayendo un paquete de té. El té gustó, dio suficientes fuerzas como para conciliar el sueño. Ayer por la mañana trabajé y almorcé en casa de mis padres. Luego trabajé en el Flore de tres a cinco y media y después acompañé a Roy[54], que está loco de atar, a casa de Morgan. De ahí a casa de Tania quien, a los dos minutos de mi llegada, sollozaba y pataleaba en su cama gritando: «Telefonea al teatro[55] que no iré». Ignoro el motivo de este aguacero, pero conozco su causa: había ingerido ocho sellos de ortedrina. Uno o dos alegran, con tres se pone uno soñador; con ocho, imagínese. Me negué a telefonear e hice un poco de ruido. Finalmente la acompañé, en el metro, donde gritaba y lloraba a chorros, como si sus ojos fuesen dos aortas seccionadas. Me hizo prometer que no reaparecería por la sala de la Cité «porque si te veo, grito, y me tiro del escenario». No le daba a ello demasiada importancia, fui a trabajar al Flore, bien, hasta las 9, pero a las 9, Vitsoris y una amiga vinieron a darme la lata. A las 9 y media estaba con Dullin, a quien encontré en su camerino de Júpiter, frío como lluvia de octubre,

[*] "Es el dolor más cruel / el no saber por qué, / sin amar ni odiar, / mi corazón siente tanto pesar."

[54] Ex alumno de Sartre.

[55] Desempeñaba un pequeño papel en *Las moscas*.

lacónico, quejándose de su soledad. Reí y parloteé como si no me diera cuenta de nada. Me marché en el momento en que empezaba a soltarse, prometiendo volver el martes próximo. Es que Nino Franck[56] merodeaba por los bastidores preguntando por el camerino de Olga Dominique.[57] Hablamos, está muy contento con ella, dice que lo de Typhus[58] *puede andar muy bien* y que el viernes me hablará del asunto. La tendré al corriente. A las diez vi llegar a Tania, sonriente y alegre, había interpretado con alma el papel de la joven. La acompañé en el metro con una Zazoulich que lloraba a lágrima viva porque había actuado mal (decía) y en la sala estaba Cuny. Lo cual no impidió que Cuny fuera a su camerino a decirle que estaba planeando trabajar con ella (sólo que falta dinero). Me prestó una pipa de Bost porque la mía se me rompió, esa bonita que parecía un chupete. Me quedé cinco minutos con Tania, justo el tiempo de que sollozara un poco sobre su suerte. «¡Vivo con tanta comodidad, ji, ji! —lloriqueaba—. ¡Y tengo todo lo que quiero, ji, ji! ¡Y tengo dinero y voy a actuar! Será que va a pasarme algo horrible para que me sienta tan siniestra en estas condiciones.» Le pasé la mano por el cuello y me marché. Llego al Hôtel de la Louisiane y no está la llave. ¿Se la ha llevado usted? La puerta quedará abierta, mala suerte. Saludé a los chicos,[59] y comí tres huevitos. Hice la carta a Bourla padre y dormí como un dios. Esta mañana, cuatro horas de liceo, después tres huevos y un paquete de tallarines. Hasta las tres menos veinte discutí con los chicos, *La sangre de los demás* no les gusta, a mi juicio de tontos que son. Pero son amables, todos los días encuentro mi cubierto puesto, una escudilla, un tazón, una cuchara y un cuchillo sobre el mantel atigrado, es conmovedor. Y aquí estoy. Trabajaré un poco hasta que llegue MerliPonte.[60]

Hasta pronto, adorable pequeña. Escribiré el sábado. Baje, suba, sude a mares. La quiero con todas mis fuerzas y beso sus buenas mejillitas (seguro que a la vuelta estarán cobrizas, me crucé con gente toda bronceada que volvía de esquiar).

Saludos al Adoquín[61].

---

[56] Crítico de cine, influyente en el mundo cinematográfico.

[57] Seudónimo artístico de Olga.

[58] Guión de Sartre que se rodó sin mención de su nombre en una versión desvirtuada.

[59] Sorokine y Bourla J. Bourla, ex alumno de Sartre, judío, a quien queríamos mucho, fue muerto por los alemanes.

[60] Merleau-Ponty.

[61] Yo me encontraba en los deportes de invierno, en Morzine. con unos amigos y Bost.

1944

A Simone de Beauvoir

[Comienzos de 1944]

Mi querido Castor

Por si no lo había hecho ya una vez, le escribiré en esta carta que la envío a lista de correos y que espero que vaya usted a buscarla. Pero supongo que lo hará de todas maneras. A decir verdad, tengo su dirección, pero de acuerdo a lo convenido dejé la carta en la rue de Seine y perdería tiempo yendo a buscarla. Le escribo en el Flore, donde hay mucha paz; su carta me encantó, pienso que estará en la gloria. Me pregunto si habrá nevado y cómo andarán sus lecciones. Supongo que mañana recibiré otra. Ésta, nótelo, es mi *tercera* carta.

Desde el domingo ha habido pocos sucesos. Cuestión trabajo, he terminado el artículo Parain[62] y volví gozosamente a la novela. Ya he escrito quince páginas, cuando vuelva encontrará cincuenta, es mucho más divertido que hablar del lenguaje.

Cuestión humor: me humillaba un poco ver rechazados mis guiones, ahora estoy tan habituado a los elogios que cuando no me los hacen me desoriento. Hasta el domingo a la noche mi humor era un tanto tétrico. La noche del domingo fue el paroxismo, pues fui a cenar bajo la lluvia a casa de la mujer de Mistler. Qué cosa más horrible. Al final de las comidas se pone rubicunda y su cara ya nada agraciada se descompone de una manera espantosa. Había dos niños, una chiquita de trenzas y el chaval delicado que un día será novelista y que está un poco retrasado en sus estudios a causa de su enfermedad. También estaba Mistler, a quien todo el mundo llama Edgar en la intimidad, y un gato, único elemento simpático, que se limpia auténticamente el culo, como un ser humano, con papel higiénico. Usted lo negará, desde luego, porque lo extraordinario de los demás la saca de quicio y sin embargo es verdad, hasta el punto de que cenamos en medio de un tremendo ruido de papel estrujado porque el animalito lo intentaba una y otra vez, no poseyendo un talento que pudiera equipararse a su buena voluntad. Cena: una admirable sopa de coles, lomo, pasteles caseros y dulce. Café y kirsch auténtico.

Fui a pasar la noche a su casa, pequeño Castor, y me desperté de un humor excelente. Vi a Lefèvre-Pontalis,[63] siempre decidido a casarse; fui a comer huevos y tallarines a la rue de Seine y después fui a la rue de Trévise, a presenciar el ensayo.[64]

---

[62] «Aller et retour», publicado en *Situations I*.

[63] Ex alumno de Sartre, posteriormente conocido psicoanalista.

[64] Se trata de *A puerta cerrada*.

Las cosas van cada vez mejor. Camus y Tania se destacan y dejan a Kéchélévitch inmovilizado. Mañana le darán las gracias a Jeannet, es un inepto. Quizá ocupe su lugar Chauffard. Dudo en hacerle dejar a Dullin mientras el teatro Gallimard no sea seguro. Queneau hará sin duda una pieza en un acto que servirá de entrada. Buena idea.

Después del ensayo fuimos a beber té al Flore, Tania, Kéchélévitch y yo. Luego, regreso y hogar hasta medianoche. Tania está mansa como un cordero porque su hermana la ha hecho reflexionar: ¿qué era eso de correr detrás de Camus? ¿qué quería de él? ¿acaso yo no era mucho mejor? ¿y muy bueno? Que tenga cuidado. Por otra parte, ¿tan divertido era seducir a los tipos? Ella, Olga, lo había hecho muchísimo tiempo, pero ya no le interesaba en absoluto. Tania estaba loca de furia, pero quedó impresionada. Ahí vinieron los mismos, es decir que puso unos discos en oí fonógrafo y bailó lascivamente a mi alrededor de 7 a 10.

Yo escuchaba los discos. Martes: trabajo hasta las once. Chauffard y Roy de 11 a 12. Roy está completamente loco. Escucha historias de locos con glotona avidez y cuando se habla de otra cosa cae en el abatimiento y el mutismo. Ocurrirá una desgracia, a menos, cosa que espero, que su locura, como la mía de antaño, no sea otra cosa que la de creerse loco. En cualquier caso, su cara se está descomponiendo y se asemeja curiosamente a las que se ven en los manicomios. Afirma haber convencido tan bien a un amigo de que los locos tenían *razón*, que este amigo, convencido, se hizo encerrar y delira concienzudamente. Tania, agitada y viperina —una hora del día en total, de la 1 a las 2— después trabajo, después premio de La Pléiade y justas de ingenio, sutileza, profundidad, malicia, ironía. Mouloudji tiene grandes posibilidades. Procedimos a una votación de prueba, una especie de eliminatoria: si tuviera que votar, dé 3 nombres según el orden de sus preferencias. Éramos siete. Los 7 pusieron el nombre de Mouloudji en distintos puestos y 4 en el primero. O sea la mayoría. Sólo que Éluard, Malraux y Bousquet no estaban. Malraux participará, si descartamos *Le Maçon*, cuya faceta pederástica le disgusta. Después de la reunión, hablamos con Camus y Parain. Del volumen «Filosofía» de la enciclopedia quitaremos la Ética y haremos un trabajo aparte en el que nos propondremos (usted, Camus, Merleau, Leiris, yo, etc.) redactar un manifiesto de equipo —una toma de posición moral concreta adecuada a las circunstancias—. Camus, que no tenía nada que hacer, me acompañó al Flore, donde permanecí con él hasta las 9. Sucede algo gracioso: está un poco colado por Tania. El alma rusa, que nosotros hemos explorado hasta en su doble fondo, aún le es poco familiar. Él habla del «genio» de Tania y de su «valor humano». Ella no obstante anota en una agendita, sacando la lengua, los «puntos» que gana sobre Camus. Queda de la siguiente forma:

Domingo: III Lunes: IIII, etc

Cuando se fue, me quedé leyendo. A las diez subí a casa de los chicos, donde se observa un revuelo extraordinario motivado por diversas cositas que ya le contaré. Comí tallarines y chocolate de Bourla y, hacia la medianoche, me acosté. Esta mañana, cuatro horas de clase sin alerta, ay. Por la tarde, Tania y, después de las seis, trabajo y lectura de manuscrito. Y le escribo.

Van apagando progresivamente las luces, mi dulce pequeña. Así que dejo aquí. La quiero mucho: buena parte de la pequeña angustia de los primeros días se debía a su

partida, querida compinche. Ahora me acostumbro, pero me siento de lo más idiota solo en el Flore, cuando estaba tan contento de parlotear aquí con usted. Adiós, pequeña, la beso muy fuerte.

¿Sabe que Zazoulich leyó *La Belle Heaulmière* en su programa del lunes pasado?

1945

Durante su viaje por América Sartre me escribió muy pocas cartas, que se han perdido. No había correo aéreo. Por barco, las cartas sufrían enormes retrasos. Sus artículos para Le Figaro y Combat *los envió por telégrafo, pagado por los periódicos.*

A Simone de Beauvoir

[Julio]

Mi querido Castor

Menos querido ahora porque no me escribió ni una sola palabrita a Cannes. En fin, encontré aquí una larga carta y la perdono porque parece haberse divertido mucho. Me causa gracia que se encuentre en Vichy en estos momentos; pero en realidad ya no está. Supongo que irá a pasearse tanto y más por el Forez y los sitios donde estuvimos en 1941, ¿verdad? Diviértase mucho, usted que no ha perdido su juventud (por lo demás yo tampoco he perdido la mía). Tengo montones de cosas que contarle. Veamos primero las que pueden causarle algo de agrado. El viaje de agosto a Londres está reflotando. De paso por París encontré una carta del señor Massigli que me aplazaba hasta el otoño, sin hablar de usted. Pero me encontré con Cohén, el director que quiere poner *La suerte está echada;* me dijo que una compañía inglesa quiere montar una película sobre las atrocidades, que tienen magníficos documentos pero que en cuanto al hilo conductor están de lo más confusos; que les dijo: Sólo hay un tipo capaz de hacéroslo, Sartre. Respondí que aceptaba pero con la *expresa* condición de que también la invitaran a usted, porque es mi consejera. Que el dinero importaba poco: a mí me pagarían los gastos y yo costearía los suyos. Él dice que el que dispone la distribución de cargos para el cine es su hermano y que no habría problemas. Sólo falta que los chicos de allá quieran encargarle un guión a un francés. Me dará la respuesta hacia el 10 de agosto y partiríamos sobre el 20. El asunto sigue en el aire, pero... Mando en este mismo correo unas líneas de Dorian, de Euraméric, interesado en su obra. Acepte: organiza conferencias en Sudamérica. Era la parte buena. Además, no hay parte mala.

Estos últimos días Tania ha estado encantadora, salvo que la víspera de mi partida me dijo de pronto, con los puños apretados: «Acabo de descubrir que no hay nadie en el mundo con quien me aburra más que contigo». Pero sólo fue una generalización apresurada y pronto volvió a una más justa apreciación. No tuve que hacer cola para mi billete, un misterioso tipo me dio *gratis* una ficha de admisión. A todo esto era excesivamente falsa y el empleado puso cara de tan pocos amigos al darme el billete que no me atreví a mostrársela al revisor. Entonces saqué un billete para Antibes y fui a instalarme con una hora y media de antelación en un banco de la estación, con Tania. Después de lo cual pasé 26 horas en un tren atestado, de pie en el pasillo, fue más bien

penoso. Y encima calientan tanto la locomotora que al final los pasajeros se llenan de mugre, llegué deshecho y negro como culo de ídem. Hice no obstante (pese a que había estado 24 horas sin comer) la cola de informaciones en la Gare de Lyon para averiguar cómo se iba a Saint-Sauveur.[65] En realidad hasta allí no se iba, era lo más sencillo. Se podía ir por Auxerre, había una correspondencia en Auxerre mismo (atravesando toda la ciudad) sólo que hacía falta Una ficha de admisión, o sea que nueva espera y sobre todo retraso de 4 días. Para Gien, no es necesaria ficha de admisión: se coge el tren ómnibus de 6.05 de la mañana, sólo que en el momento preciso en que uno pone el pie en París en este tren, el único tren para Saint-Sauveur sale de Gien. Y cuando se llega, a las 9.15, a esta siniestra ciudad, hay que pasar 24 horas esperando el tren carreta de las 6 del día siguiente. No obstante decidí hacer el viaje a Gien, con la idea de que me las arreglaría de una u otra manera una vez llegado allí. Ahora bien, después de 24 horas de viaje, levantarme a las 4.30 era un poco duro, y entonces decidí pasar el domingo en París y no partir hasta el lunes por la mañana. De ahí fui al hotel. Me dijeron, naturalmente: «La llave está en la habitación de la señorita Sorokine». Subí y la encontré en brazos del simpático Moffat,[66] definitivamente instalado en París hasta su repatriación y no haciendo otra cosa que pasar los días con ella. Me gusta mucho. El baúl[67] había llegado y además tenía correo: 2.000 francos de impuestos para usted; y una carta de Dolorès, que me causó un vivo placer. La carta es de un tono dignísimo, considerando que no recibió la que le hice llegar por la Knopf y que me escribe, en suma, para decirme: ¡venga ya!, escríbeme. Tuvo que compensar esto, desde luego, con una rigidez estudiada, pero detrás se huele calidez como está mandado. Le escribí anoche y continuaré desde aquí. El baúl estaba en perfectas condiciones, con los 6 metros de tela y también están los dos pares de zapatos para usted. Di a Sarbakhane chocolate y paté, té a Olga (que ha vuelto para despedirse de Bost, el cual espera su partida de un día para otro). Después fui a retirar dinero a los Cheques postales (1 hora y media de espera), luego a enviar un giro telegráfico a Tania. Se da cuenta: desde las 2 en Cannes hasta las seis en París no he parado un momento. Como recompensa, disfruté de una horita solo en el Pont-Royal, luego llevé a cenar a Sorokine, después pasé la velada con Moffat y Sarba[68] en el Pont-Royal. Fue una velada simpática pero estudiosa porque la diferencia de lenguas dificulta la comunicación. A las 10 Sorokine mostró signos de impaciencia y los dejé para ir al Cheramy,[69] donde Astruc me abrió su corazón al tiempo que me entregaba un opúsculo divertidísimo que ha escrito sobre el Dinero. «Qué suerte tiene usted de ser moral», suspiraba, confesando su arribismo. Después me acosté. El domingo vi a Chauffard, Nathalie Sarraute, Violette Leduc, Vitold, escribí cartas, redacté el texto de solapa, luego, hacia el anochecer, llevé a Chauffard, Vitold y Darbon con su fonógrafo a la habitación de Sorokine y puse todos los discos que le traigo a Duhamel.[70] De ahí fui a buscar mi correo al Hôtel Chaplain donde encontré a Olga, cuya presencia en París ignoraba y a la que invité, junto con

---

[65] Donde sus padres tenían una segunda residencia.

[66] Joven oficial americano, posteriormente guionista de Hollywood y que se casó con Sorokine.

[67] Que Sartre me había enviado desde Nueva York.

[68] Sorokine.

[69] Restaurante-bar de Saint-Germain-des-Prés.

[70] Marcel Duhamel, director de la «Série Noire».

Bost, a almorzar al día siguiente. Tengo que decirle que acababa de coger una fiebre de caballo y unos dolores de estómago tan intensos que no me sentía en condiciones de levantarme a las cuatro y media para volver al tren. Así, volví a acostarme y pasé una noche difícil, casi no dormí. Al otro día, todavía muy indispuesto, vi a Cohén al mediodía, después a Olga y Bost para el almuerzo, después a Martin-Chauffier que el 15 de septiembre nos entregará unos cuarenta folios sobre los campos de concentración, lo cual nos obliga a modificar el contenido de los números de nov. y dic. (porque aparece como libro en enero). Luego de nuevo a Bost, con quien pasé la velada (hasta las 10). Fui a saludar a Sorokine y Moffat y dormí. A las cuatro y media me desperté, fui a pie, *rucksack* a la espalda, a la Gare de Lyon, porque el metro sale de la estación terminal a las 5.30. Todavía me sentía un poco débil pero era bastante agradable pasearse al amanecer. Compré *Labyrinthe*, donde André Rousseaux me dedica 4 columnas para explicar que soy un neosurrealista, que me falta Amor. Vaya un acierto, yo que me he complicado la vida por tener demasiado. No estaremos hablando del mismo.

El viaje fue correcto, incluso estuve sentado 2 horas y media y, a partir de Montargis, de pie, en un compartimiento sin pasillo. Por fin, Gien. Una ciudad masacrada, expirante, sin pan, sin autobuses, el auto-stop es un chiste porque no hay coche que parar. Yendo y viniendo encontré un viejo Renault que por 11.000 francos recorrió conmigo los 55 kilómetros que me separaban de Saint-Sauveur. Así llegué, fui recibido con los brazos abiertos y llevo una vida de reyes entre una multitud de personas perfectamente desconocidas para mí pero que me conceden una libertad total. Mi madre es estupenda y enternecedora. Naturalmente, estaba convencida de que me había matado en el accidente de Saint-Fons (ocurrido la noche de mi regreso a París y causante del retraso de 4 horas) y había llorado una noche entera. Creo que necesita aflicciones imaginarias. Pero le hablaré mejor de la vida aquí cuando esté más acostumbrado. Me alegró mucho encontrar una carta suya, pequeño Castor, me fastidiaba no saber nada, excepto la mala chapucita que había encontrado en casa de Soroquin. Me hace feliz saberla rodando por las carreteras con la violencia de su tumultuosa naturaleza. ¿Cómo se explica que la bicicleta funcione bien? Sauroquin afirma que es abyecta. No vaya a romperse la carita.

Hasta la vista, mi dulce pequeña, la beso muy fuerte. Estoy impaciente por verla y me sentía muy solo en París sin usted.

Envíe pronto (tal vez por telegrama) una dirección, si quiere que aún me sea posible alcanzarla por carta.

A Simone de Beauvoir

[31 de diciembre]

Mi querido Castor

¿Dónde está usted? En Túnez, seguramente, y divirtiéndose mucho. Hoy es 31 de

diciembre y aún me encuentro en este barco desventurado.[71] En la hipótesis más favorable arribaremos el jueves 3 de día tras 18 jornadas de viaje. Incluso pasamos 3 días en Burdeos, del viernes al domingo, cansándonos de esperar y estuvimos a punto de partir el martes o el miércoles. Debo decirle que un Liberty ship es un carguero, e incluso algo, peor, un carguero militar. Sepa, además, que es demasiado ligero para aguantar el oleaje y que con cada cabeceo más o menos consecuente la hélice se sale del agua haciendo un ruido espantoso, lo cual no contribuye a aumentar la velocidad, como se podrá imaginar. Volqué en el papel unas notas para usted pero como al principio no sabía si no las utilizaré para un artículo, porque a fin de cuentas la travesía de un Liberty ship es algo bastante sabroso y merece ser comentada, utilicé un tono objetivo y no dije nada sobre mí. Y luego abandoné porque en el mar *no se puede* escribir. Es extraordinario, uno tiene la sensación de que el viento y el cabeceo le vacían la cabeza. No se puede hacer otra cosa que conversar indefinidamente o mirar indefinidamente el mar, donde el movimiento de las olas sustituye al movimiento de los pensamientos. Veinte veces intenté escribir mi artículo sobre Materialismo y Revoluciones, y cada una de ellas me embargó un intolerable fastidio ante la hoja en blanco, una suerte de náusea. Tampoco he podido leer: no digo siquiera Malraux, sino las novelas policíacas que me había traído. No se puede. Algunos practican un poco de inglés. Otros hacen solitarios. Pero principalmente se desplaza uno de una punta a otra del barco y adopta sucesivamente varias posiciones estables. Por la mañana, nos levantamos a las 8.20 y tomamos el desayuno en pijama. Después hay que deambular un poco, dar vueltas por el puente, luego la ducha, afeitarse y vestirse, y ya es mediodía. A mediodía, almorzar. Las horas de la tarde son más lentas, hablar con uno, con otro, mirar los relojes: sólo ha pasado media hora. Por fin, a las 5, la cena y, después de la cena, ajedrez o subir a ver «a las señoras». Hemos comprado coñac y nos emborrachamos día por medio. Vivo tan plenamente entre cielo y tierra que apenas si sé que he dejado París y de ninguna manera que voy a Nueva York. No pienso en nada ni en nadie. Es un estado extraordinario y lánguido que se basta a sí mismo. Menos mal, pues si hubiese que vivir con impaciencia o nostalgia estos dieciocho días agobiados por la monotonía del mar, sería como para tirarse por la borda. En síntesis, piense que he dejado completamente de ser yo y que quienes me juzgan demasiado «intenso» no tienen más qué viajar conmigo en un carguero. A todo esto, no he tenido mareos, y eso que me mandaron a la zona de popa, que salta y baila de una manera terrible. Es cuestión de voluntad. Simplemente los cuatro o cinco primeros días fumaba, comía, vivía sobre un fondito dulzón y nauseoso. Pero también esto acababa convirtiéndose en el sabor real y natural de la existencia, se olvidaba que hubiese existido otro alguna vez. Después, todo esto desapareció o bien yo me acostumbré, no lo podría decir. Sepa que tuvimos mal tiempo y tempestad, y una avería en plena tempestad; el capitán estuvo a punto de lanzar un SOS pero finalmente pudieron repararla. Lo que usted puede imaginar estando en Túnez pero que costaría creer en París, es que nos lo pasamos en el puente en mangas de camisa. Claro, estos son los mares del Sur y muy en particular el mar de los Sargazos. Cuando vuelva dígale a Moulou que he visto sargazos a raudales, parecen racimos de uva seca. Debo de ser *realmente* famoso, pequeño Castor, porque aunque sólo me haya señalado por las lastimosas etiquetas de mis maletas, todo el barco sabía quién era, me pidieron una conferencia sobre el existencialismo y se arrancaban mis

[71] Un «liberty ship» que lo llevaba a Nueva York.

libros de las manos, algo infame. Son *todos* petainistas y colaboracionistas, varios de ellos sueñan con una buena dictadura para Francia, hacen unas reflexiones que son para poner los pelos de punta y un día abandoné la mesa airadamente porque un inmundo jilipollas de la Escuela Central contaba anécdotas intentando poner en ridículo a los tipos del Vercors. Nos habíamos olvidado de esta humanidad, pequeño Castor. Es sencillamente horrorosa. Con eso hay que vivir y hablar. Yo me entiendo con un tipo llamado Riboud que vive en América desde hace 10 años y está por pedir la ciudadanía. Tiene el sentido norteamericano de la democracia, ya es algo. Hay también un tipo encantador de camisa azul a rayas amarillas, bigote rubio y boina con pompón, estilo soñador y pintor de domingos. Me entiendo bien con él. Angeli, de quien hablo en mis notas, es un hombre bastante bien, profundamente conservador pero a la manera de los marinos más que de los propietarios. Añadamos un médico llamado Barthélémy, un gigantón que jala como quince, adopta un aire de malhumorado bienhechor y en el fondo es profundamente malintencionado e hipócrita. Lo mejorcito que hay. Se llaman a sí mismos «oficina existencialista». Y también están las mujeres. La mujer del cónsul del Brasil estuvo ocho días intentando ligarme. Tiene treinta y cinco años y es bella con ese toque delicado de las almeas. Estúpida, por otra parte, y terriblemente coqueta, pretendiendo arrastrar consigo al capitán, Angéli, el pintor Baudin y el escritor. Durante ocho días pagué con la misma moneda, cabal prueba de ese vacío, de ese tedio entre cielo y mar y sobre todo de esa existencia al margen de todo en la que uno se descubre *metido* en este barco para toda la vida y desde siempre. Hubo alguna agitación, promesas, manos estrechadas y, al final, la noche de Navidad, me emborraché y le solté una bronca. No recuerdo cómo fue, me veo en su camarote y una cubanita que duerme arriba me decía: «Si yo fuera la señora T., le daría un par de bofetadas». El resto se me borra, como siempre que me emborracho; salvo que dormí un rato en un bote salvavidas mientras me buscaban por todas partes. Hubo luego enfriamiento, acercamiento, enfriamiento, pero estoy convencido de que ella quería conservarme como pretendiente n.° 2 mientras concedía cuartos de favores a Angéli (no creo que se acueste). De manera que paré en seco esta estúpida historia sin ton ni son, que me alteraba sin que la persona me inspirara la menor estima y que aunque hubiese tomado buen cariz no me habría causado más que disgustos, era insultante para Dolorès y amenazaba con acabar en mi deshonra o en cualquier caso de una manera muy lamentable. Es decir que adopté una actitud distante y cortés. Entre tanto, la dama contrajo lazos bastante tiernos con Angéli y, tras dos días de coqueterías para volver a atraparme, ha dejado de ocuparse de mí y teje el perfecto amor con él. Es el prototipo de la historia idiota e inoportuna, yo no paraba de contemplarme con estupor como a un insecto. El aire de mar debe de chiflarlo a uno realmente: pasábamos veladas enteras en el camarote de esta dama, quien tenía siempre ovillado a sus pies, como un paje, a un jovencito pederasta. Un tipo gracioso y curioso, muy moreno, muy silencioso, que va a Hollywood a tentar fortuna y no me disgusta. Tiene veinte años. Cosas así han ocupado el tiempo.

Hace tres días me puse a leer por decreto y sin demasiado placer. Pero lo principal es que se avecina el final del viaje. Comienzo a oler Nueva York. Los otros también. Comenzamos a contarnos historias de América, propusimos a Riboud para que nos dé una conferencia sobre la vida norteamericana (iniciación de los franceses). El hermano de Duhamel está aquí. Es el vivo retrato de su célebre hermano pero versión insulsa. Cuenta anécdotas en la mesa. Está empeñado en entrar en relación con nosotros pero le

rehuímos todo lo posible.

Ahí tiene, mi adorable Castor. A todo esto se suman, claro está, multitud de pormenores que le serán referidos. Pero mire, sólo he escrito cuatro páginas y la pluma se me cae de las manos. Hubo un suceso divertido: una noche nos emborrachamos en el camarote de la dama que me cortejaba mientras yo permanecía severo. A las tres de la mañana, volvíamos todos a nuestros camarotes y entonces, bebido, un tanto sensible a los avances de la dama, vuelvo a subir a su camarote y llamo: «Quisiera decirle dos palabras. ¿Puede salir?». «Sí», contesta ella, amablemente. Sale a la pasarela, yo detrás, y apenas lo hace dos tipos (Baudin y Angéli) surgen por ambos lados, y sin verse ni verme, le dicen al mismo tiempo en voz baja: «Quisiera hablar con usted». Entonces aparecí y dije: «Somos cuatro payasos» y bajé a acostarme, riéndome de dejarlos arreglarse solos.

Espero encontrar cartas suyas al llegar, mi pequeña. Qué fastidio, este viaje es tan largo que usted recibirá las cartas y telegramas ocho días después de la fecha en que los espera. De hecho, si estamos en Nueva York el 4 tendremos suerte. Entonces hará quince días que está en Túnez. Que se divierta, dulce pequeña, que tenga buen tiempo. La quiero con todas mis fuerzas y la beso.

De aquí al jueves añadiré unas palabritas.

1946

A SIMONE DE BEAUVOIR

[Enero]

Mi querido Castor

Cada vez sé menos a dónde escribirle. Me dice que no se marcha hasta fines de enero. ¿Pero se marcha? En Túnez hay montones de cartas para usted. Ésta se la envío a Francia. Pero hágase mandar las de Túnez. Había todo un diario de a bordo y cartas de aquí.

Sus cartas me han embelesado, qué feliz estoy de que se haya divertido en Megève. Sentí como usted, leyendo los artículos de Las Vergnas que me pasó un negro llamado Pélage, lo extraño y ridículo que era que toda esa gente siguiera ocupándose de nosotros cuando uno y otro estamos en otro mundo. Pienso, como usted, que hay que cambiar de vida. Sólo la existencia de mi madre y de Tania me impide partir con usted a trabajar en cualquier sitio seis meses del año. Pero entre eso y el Café de Flore cotidiano hay intermediarios. Aquí, la vida es apacible y sin historia. Me levanto a las 9 y, a pesar de mis esfuerzos, no consigo estar listo antes de las 11 (baño, afeitado, desayuno) acudo a algunas citas y almuerzo con Dolorès o con tipos que quieren verme. Después de almorzar paseo solo hasta las 6, por una N.Y. que ahora conozco tan bien como París; me encuentro con Dolorès aquí o allí y permanecemos junios en su casa o en un bar tranquilo hasta las 2 de la mañana. Bebo fuerte pero hasta el presente sin problemas EL viernes por la noche subo a su casa y allí me quedo sin salir, hasta el domingo a las 4 de la tarde (cuestión porteros). Me llama el prisionero. Pero este viernes nos vamos de week-end a casa de Jacqueline Breton (miércoles y jueves: Boston, viernes a lunes: J. Breton, en Connecticut). Y a partir del lunes tendré un semi-apartamento en la 79.ª calle, le daré la dirección. Es un amigo de Dolorès que me lo cede por 15 dólares a la semana. La cuestión pasta va mal, tengo bastante para vivir pero no para las compras. Hoy mismo veré a una agente literaria para que me coloque unos artículos. Hacen mucho ruido a mi alrededor pero no me piden artículos pagos. Y tengo que llevar, por la parte baja, unos 700 dólares de cosas (y de todo lo que gano debo entregar el 25 % al Estado). Mis conferencias sólo me significan 50 dólares cada una, me toman todo el día, a veces la noche y el día siguiente.

De sucesos, nada. Salvo que Dolorès me quiere que da miedo. Aparte de eso es absolutamente encantadora y jamás reñimos. Pero el futuro de todo esto es muy oscuro. No sé cómo escribírselo sin ser grosero con ella (a causa de la frialdad de la cosa escrita) y sin embargo haciéndole sentir las cosas. Le hablaré de ello largo y tendido. (No tomo notas cotidianas porque no pasa nada.) Hasta la vista, querido amor mío, mi adorable

Castor, hasta la vista. Me siento inmejorablemente bien con usted y la quiero mucho. Hasta la vista, pequeña, me alegrará mucho volver a verla.

Pienso regresar a principios de marzo (el 3 ó el 4) tomando un barco a finales de febrero (27-28).

A SIMONE DE BEAUVOIR

Lunes [febrero]

Mi querido Castor

Hace un mes que estoy esperando carta suya y no recibo nada. No estoy demasiado preocupado porque las cartas tardan mucho tiempo en llegar y porque desde el 10 de febrero estoy sin noticias de mi madre. No me imagino que estén muertas las dos. Imagino que Túnez no es un país favorecido por el régimen postal. Lo que me amarga es preguntarme si ha recibido usted las cartas que le dirigí allí. He escrito mucho salvo los últimos días, en que ya no sabía realmente dónde enviarle mis cartas. Pienso que en estos momentos habrá regresado. Yo vuelvo el 15 de marzo por avión (parto el 14 de N.Y.). Tenía que elegir entre barcos de 10 o 15 días que salían hacia el 1.° y un avión el 15 (que aún tenía una plaza). *Ahora bien*, no fue fácil encontrar artículos ni dinero. Sólo ahora están apareciendo. Pero hay que escribir los artículos y hacer las compras. Así que aún necesito unos días. Usted habrá perdido su botella de champán pero yo se la ofreceré con los 300.000 francos de *A puerta cerrada*. Iré a dar conferencias a Canadá, las pagan generosamente, en avión (Toronto, Ottawa, Montreal: tres días 8, 9 y 10). No podré recibir a Sorokine.[72] Pero se encargará Dolorès, la alojará en su casa y la paseará. Si el 11, a mi regreso, está aquí, la llevaré por Nueva York. Pero ¿cómo no envió usted ni siquiera un telegrama por medio del Consulado para avisarme de su llegada? Fue Moffat quien me avisó: no entiendo demasiado bien este silencio. ¿Dónde está usted?

Estoy ocupado de la mañana a la noche: artículos, conferencias, *A puerta cerrada*, estoy hasta la coronilla. Adiós mis paseítos. Pero tengo mil cosas que contarle sobre Jacqueline Breton, David Haré,[73] mis salidas al campo. Sepa usted que regresábamos, cuando nuestro coche volcó en una autopista americana. Haré quedó abajo, después Dolorès y yo arriba. Nadie se lastimó: sólo 300 dólares en reparaciones. Pero en fin, fue un accidente serio. Le hablaré también de Dolorès, que es una encantadora y pobre criatura, realmente lo mejor que conozco después de usted. Al presente hemos ingresado en la agonía de la partida y no bromeo todos los días. Por miedo a los porteros, emigramos al taller de D. Haré, al pie de la ciudad. Ella le tiene un miedo nervioso a este barrio, que es la Bowery. Le costaría a usted imaginar la curiosa mezcla de miedo y decisión, de pesimismo profundo y de optimismo de detalle, de pasión y prudencia, de timidez acorralada y descaro que la compone. Su pasión me espanta, literalmente, sobre todo que en este terreno no soy ducho y ella la emplea únicamente para hacerse daño, pero puede mostrarse con candor e inocencia infantiles cuando se

[72] Venía a reunirse con Moffat en América.
[73] Escultor americano, segundo marido de Jacqueline Breton.

siente feliz.

Aquí es igual que en París: todo el mundo habla de mí y cuentan historias y me arrastran por el suelo. Es mi destino, supongo. Lévi-Strauss, fingiendo ignorar mis relaciones con D. le dijo, un día en que ella le preguntó si yo le parecía simpático: «¿Cómo quieres que me parezca simpático después de haber leído *La invitada*? Ahí se lo pinta entero y aparece como un ser inmundo y un canalla». Muchas gracias, pequeña adorable, gracias por el retrato. Estoy luchando contra unos estafadores que quieren vivir a mi costa, explotarme. Dolorès me obliga a discutir ásperamente las cuestiones de dinero afirmando que en América es ineludible. Lo hago mal. Precisamente vengo del despacho del abogado para una renovación del contrato de *A puerta cerrada*. Yo tenía la impresión de haber sido áspero a más no poder. Pero parece que me conduje como un niño. Aquí le detallo una de mis jornadas: 9.30 visita al célebre fotógrafo Beaten (el D'Harcourt de Nueva York) para una foto para *Vogue*, y a *Vogue* para discutir sobre un artículo que les estoy haciendo. 11 horas, en casa de los Knopf para escribir una carta a Hamilton, mi editor inglés, y disuadirlo de publicar *La edad de la razón*, antes que *La prórroga*. 12.30, estoy en el restaurante con Oliver Smith, que producirá *A puerta cerrada*. 2.30 a 4: visita al abogado para firmar el contrato. 4 a 6, le escribo a usted y a mi madre. A las 6 voy a un cóctel-party en casa de Richey, mi ex propietario. A las 7.45 voy a ver a De Saussure, el psicoanalista suizo (usted sabe: hacer un guiño para imitar al miembro viril) cena. Mañana: de 11 a 12, veo a un tipo de la OWI, 12.30 almuerzo con Richard Wright; 3 horas: doy una conferencia sobre teatro en el Carnegie Hall. Vuelvo de Nueva Inglaterra, donde he hablado en 2 colegios de jovencitas. Fue divertido. Pasado mañana, unos canadienses franceses ensayan *A puerta cerrada* en el teatro del Barbizon Plaza y como quieren que los autorice a actuar en Nueva York, iré a ver la obra. *A puerta cerrada* con acento canadiense, valdrá la pena. Al margen de todo esto, tengo ganas de volver, la pasión y las conferencias me han dejado maltrecho. Querría verla con tranquilidad y escribir *La última oportunidad*. He visto el artículo de Picón: injusto y necio. Pretende que *no tengo derecho* a hablar del heroísmo y me niega el título de novelista porque sé lo que harán mis personajes en el tercer volumen. Hay que ser imbécil. Sí, quiero verla, hablar con usted, pasear con usted (Bélgica, Túnez) y trabajar. ¿Qué hay de *Muertos sin sepultura*? No he tenido más noticias. Aunque si no he escrito 10 o 12 cartas es que no he escrito ninguna.

Hasta la vista, mi adorable Castor, la quiero. Cuando reciba esta carta estaré a tres o cuatro días de París. La beso muy fuerte, mi dulce pequeña.

A Simone de Beauvoir

[Marzo]

Mi querido Castor

Aquí tiene el dinero. Bienvenida, dulce pequeña, sea usted bienvenida. Me precede tan sólo en unas horas. Reciba esta notita como un primer beso en su querida carita (que debe de estar escamosa y bronceada).

Todo marcha, aquí, ¡pero cuántas historias! Sobre todo respecto del Théâtre Antoine.

Surgieron todas las complicaciones del mundo y finalmente tengo una obra en un acto encima. Tania ha vuelto, de buen humor. Parece que ha hecho enormes progresos y que Vitold le ha dicho: estarás magnífica en *Muertos sin sepultura*. Si fuera cierto. He visto a Bost, Olga, Giacometti, Annette,[74] Claude Day, Zuorro, Pierrette Laurence, Maheu, Guille, Rirette Nizan, Gaulois, Étiemble, Lefèvre-Pontalis, etc. Me he divertido pero temo que mi pobre madre haya extrañado Estrasburgo y la sociedad alsaciana. Genet ha escrito una obra excelente: *Las criadas*, que me leyó en voz alta, ay. Los *T.M.* han hecho un desastre con los poemas de Larronde, que está hecho una furia.

Llego enseguida, pequeña Castora, espéreme, iré a tomarla en mis brazos.

Recibí su carta, pensé mucho en usted y la quiero con todas mis fuerzas.

A Simone de Beauvoir

Viernes [verano]

Mi querido Castor

Estoy aquí. La lluvia y la falta de dinero nos expulsaron de Bélgica. Qué ganas tengo de verla. Claro, querida pequeña, que he pensado que me amaba, y también que yo la amaba. Estaba tan bien Italia, estábamos tan bien. No tenga miedo. Nos esconderemos, no veremos a nadie.

Estaré alrededor de las diez (quizá un poquitito más tarde) en Les Deux Magots. Me quedaré con usted hasta el mediodía. La catástrofe es que T. entiende de otra manera «hasta el 24». Esto quiere decir «*incluido el* 24». Ello hace que, para acabar buenamente las cosas, creo que es mejor dejárselo. Ganaremos un tiempo de buen humor, porque *está* de buen humor, actualmente (teatro, nuevo hotel). Me reuniré con usted el 25 por la mañana y nos quedaremos hasta el lunes por la noche sin ver a nadie (salvo un ratito al pobre Bost: a Olga le han hecho un 2.° *pneumo*) ni separarnos.

Mi dulce Castor, estoy tan bien con usted, tengo tantas ganas de pasar una temporada larga con usted. Los ensayos comienzan el 4 de septiembre; creo que podremos partir el 25 para La Pouèze.

Hasta muy prontito, mi pequeño Castor (escribo el viernes, pero usted recibirá la carta mañana y, cuando le llegue, no estaré lejos) hasta muy prontito en Les Deux Magots.

No me guarde rencor ni se desespere porque he cedido: ella acababa de saber lo del *pneumo* de su hermana, se chifló, casi hay una escena horrible y cedí.

[74] La mujer de Giacometti.

1947

A Simone de Beauvoir

[Primavera]

Mi dulce pequeña, corazón mío

Parto enseguida para Roma y no tengo tiempo para escribirle una verdadera carta. Sepa únicamente que celebro con toda mi alma la idea de verla el 14.[75] Estaré en la Gare des Invalides a la hora convenida. Le reservaré una habitación en La Louisiane. E iremos, ambos, a pasear. Salgo de viaje: regalo de despedida con la pequeña; nos quedamos hasta el 10, estaremos en París el 10 por la noche o el 11 por la mañana. A Roma, simplemente.

Estoy tan contento de saberla en Nueva York. Aquí todo anda bien: Dolorès, estacionario. El resto (problemas de dinero, amenaza de un proceso Nagel, etc.) parece ir arreglándose. Nada nuevo, salvo pequeñas anécdotas. Celebramos toda una noche en el Véfour la centésima representación.[76] Un rollo. Para terminar dejé malparado a Astruc (por pura borrachera y maldad) y le dio un ataque de nervios.

Adiós pequeña: dentro de 12 días la veo, me llena de satisfacción como si nos hubiésemos separado la víspera. Estoy tan bien con usted, pequeña mía.

Escribiré desde Roma pero no sé si usted recibirá la carta.

[75] Yo volvía de América.
[76] De *Muertos sin sepultura*.

1948

A Simone de Beauvoir

Martes 18 [primavera]

Mi dulce pequeña

Tengo miedo de que la carta a Cincinnati haya llegado demasiado tarde, y ésta ¿cuándo llegará? Estamos en la mañana del 18, lo calculé muy justo pero es que el 16 y 17 (Pentecostés) las cartas no salían. Tenía que haber escrito el 15. Era un poco pronto, sencillamente porque en este momento carezco del sentido del tiempo: los días se parecen demasiado; un brusco despertar del calendario me induce a escribirle. Y me resulta tan extraño, pequeña, que *al mismo tiempo* sus días lleven el ritmo de los barcos, de los aviones, y que ninguno se parezca a los demás. En una carta de Dolorès leí lo siguiente: «Fulano (uno de esos desconocidos que ella describe larga y obcecadamente en sus chispeantes cartas) ha vuelto de México a toda velocidad porque es la estación de las lluvias». Me dio que pensar; compréndalo, él *vive* allí, tiene sus ocupaciones y todos los años, cuando las lluvias empiezan, escapa a todo correr. Y usted avanza día a día hacia semejante cataclismo atmosférico. Nuestros viajes siempre se inclinaron un poco hacia las catástrofes solares o las precipitaciones atmosféricas, debido a la falta de dinero, a las vacaciones universitarias, etc. Todo sigue *igual*. Siempre hemos visto las tierras en el momento más incómodo y más emocionante en que se agrietan de calor o se reblandecen de agua. Al fin y al cabo, México es así todos los años, hacia esta época, y no hay abschattung privilegiada. Ojalá tenga usted un espléndido viaje.

En cuanto a mí, todas las mañanas se reinicia la misma jornada. La vida se organiza por temas, más que por anécdotas: estos temas reaparecen día tras día con minúsculas variaciones, iguales a los de la víspera. Está el tema del buen tiempo: el mismo cielo azul, el mismo calor de julio en mayo y todo el mundo dice: habrá tormenta. La tormenta no se desata nunca pero aún no nos hemos resignado —tampoco yo— a tomar este calor por lo que es. Se vive en mangas de camisa, se duerme desnudo. El calor hace surgir a los taxis de la tierra, es cómodo. Y después, con el buen tiempo, el tema de la elegancia: la princesa Elisabeth se encuentra en París. Dato importante de la jornada, más o menos como la muerte de Leclerc. Es un suceso que desplaza racimos humanos, obstruye las calles, llena los periódicos (dos veces más gruesos, los títulos, que para anunciar las ignominias de Palestina[77] y por la noche la Place de l'Étoile emite rayos tricolores y su Arco está iluminado. Y todos se preguntan: ¿qué hará ella esta noche? Recuerda a cada criatura humana que existen las carreras, los dancings, los palacios, a

[77] Los ingleses impedían por todos los medios a los judíos crear el Estado de Israel.

los que de no ser por eso nadie va. Tema de trasfondo —para mí y otros pero pocos— Palestina. Es de esos casos que indignan tanto como la guerra de España y, por si fuera poco, la inadmisible maldición de los judíos. Piensa uno, por ejemplo, en el judío polaco escapado por milagro de los campos de concentración, de las cámaras de gas y de la solicitud inglesa, que se ha instalado allí tras un viaje clandestino y vuelve a topar con los ejércitos del antisemitismo, el país invadido y la desesperación. Y también, claro, la ONU; es una *infamia*. Aquí se comenta, no obstante, la gente se siente incómoda: menos mal que está Elisabeth.

Bueno. Esto para situarla un poco. Ahora los temas personales, en orden de importancia decreciente.

1) El trabajo. Como siempre en París, tengo la impresión de estar metido en una ciénaga y de querer liberar mis piernas a toda costa. Están el teléfono y la lucha contra el teléfono (he dejado libre a Cau sábado, domingo y lunes, corté la línea y nunca trabajé tan bien en París. A raíz de esto decidí concentrar los afanes telefónicos entre 12 y 13, cuando tomo mi baño. Cau vendrá a las 11.30). Están las citas. Siempre demasiadas, de aquellas que, al parecer, no se pueden eludir cuando se las acepta y después, con amargo remordimiento, las encuentra uno fútiles. Por ejemplo, *¿por qué* tengo que ver a Sperber[78] hoy a mediodía? Tiene urgentes cuestiones que plantearme. De acuerdo. Pero son urgentes *para él*. Lo que pasa es que a su respecto tengo un cargo de conciencia porque no lo hemos incluido en el número alemán que estamos preparando. No obstante, me pongo a cubierto de 9 a 12 y por la tarde de 3 a 7, pero siempre hay incidentes cuando estoy trabajando, esto no es el camino real de Ramatuelle,[79] es como conducir un coche por París: desembragar, frenar, cambiar de velocidad, arranques y frenazos bruscos, etc. Resultado: angustia y obcecación. Estoy trabajando en Mathieu: he retomado enteramente el pasaje en que están en Padoue,[80] esperando a los Boches, y no haré otra cosa hasta que lo acabe. De algún modo, la ventaja está en que, en lugar de sumirse en un largo sueño (Ramatuelle) adopta uno una visión perpetuamente reflexiva. Leo un poco: para la Moral, el libro de Bloch (Formación de los lazos de dependencia) que Cau me encontró en la biblioteca de la ENS conjuntamente con Calmette (Edad Media); para mi solaz: Mallarmé y libros sobre Mallarmé (Thibaudet, Mondor, Noulet, Roullet, etc.); estoy *deslumbrado* con *Le Coup de dés* (poema *rigurosamente* existencialista a partir de un tema hegeliano: el de la Causa y el Animal intelectual). En conjunto, yo me quejo pero las cosas funcionan.

2) Dolorès. Estacionario. Cartas cordiales, casi alegres por momentos, cariñosas y confiadas. Estoy *muy bien* con ella por dentro y esto me pone incómodo (por dentro, naturalmente) respecto de mis relaciones con la pequeña.[81] Dígame, querida pequeña: ¿cómo es posible que ella no haya recibido *Visages*? Yo se lo anuncié y lo reclama reiteradamente. Estará al fondo de alguna de sus maletas. Envíeselo a los Gérassi para que se lo hagan llegar. Ella me escribe que tengo que *vivir*, y que no por sacrificarse ella a T.[82] etc., tengo yo que dejar de vivir. Reaccioné enérgicamente: no me parece una buena disposición de espíritu en ella. En cualquier caso, adjuntaba la autorización

---

[78] Escritor, amigo de Koestler.
[79] Donde habíamos pasado unas tranquilas vacaciones en primavera.
[80] En Alsacia.
[81] Una joven periodista americana.
[82] Su marido.

oficial para ir a Argentina. En mal momento: seguimos sin noticias, lo que demuestra su incomodidad y su escaso deseo de verme, y entonces pensé que convendría usted conmigo en que hay que renunciar a un viaje ofrecido tan a disgusto. Y al fin y al cabo, tanto dinero, y esas cláusulas propuestas, y discutidas, aunque las retirasen, ¿apesta, verdad? Así que iremos a Islandia, mi dulce pequeña, ya que esos barbudos le han gustado, y después a Inglaterra e Irlanda. (Primero creí que estaba en Irlanda y no captaba bien la impresión de extrañeza y de maravilla que, visiblemente, la había embargado.)[83]

3) La pequeña. Es atenta y divertida, siento un genuino afecto por ella pero, en cierto sentido, me liquida. Hay una obra de Porto-Riche sobre esto, ¿verdad? Hago con el máximo escrúpulo lo que se me pide pero, en fin, si tiene que haber escrúpulo, ¿no es cierto? es un fastidio. Aquí la tiene: llega a mi casa (rue B.) a las 5 de la tarde, extenuada por su vida de periodista, la ropa hecha jirones, las pantorrillas arañadas, los pies llenos de ampollas, la cara sucia: hizo ocho kilómetros por entre las *zarzas* del Trianón para sorprender a Elisabeth sentada en la mesa y, cuando llegó, rendida, se encontró con 50 periodistas que habían entrado por la puerta grande; *ó* bien se peleó con unos agentes. Conforme lo acordado desde un principio, se desploma en mi cama y coge el mismo sueño que Sorokine, vale decir que yo voy, vengo, toso, enciendo pipas y ella no se despierta hasta las ocho cuando la sacudo. A veces, a las 7.30, extrae de un violín unas notas chirriantes mientras yo aporreo el piano. Una misma pieza de Schubert nos sirve de pretexto común. Después toma un baño en casa de mi madre, que la tolera porque representa un nexo más con París. A las 8.30 salimos, buscamos taxi, cenamos. (Ayer: place du Tertre, anteayer en el Petit Chevreau —con los Bost, Kerny[84] y los Pagliero[85]—, la víspera: en Rouzier, afuera. La antevíspera: Escargot. Le encanta comer.) Luego, sobre las 11, otro taxi en el que pierde una baratija (anteayer su bolso con 30.000 francos, ayer su sombrero). Entonces vamos y venimos y encontramos el objeto (encontrado el sombrero, perdido el bolso). Luego, invariablemente, ya vuelva a casa de mi madre o duerma en la suya, subo y cumplo. Las mañanas son agradables: sol, Arco de Triunfo a lo lejos, la frondosidad de los árboles, los tejados, su balcón y después un zumo de naranja americano, café americano y la partida: tomo un taxi, vuelvo a casa de mi madre, bebo café americano de Dolorès y trabajo. Mis sentimientos son apacibles y cordiales: merece el mayor de los aprecios; me gusta sobre todo por sus relaciones con su trabajo. Está apegada a mí, sin duda, pero prodiga garantías de un futuro desapego. Pienso que sufrirá pero que se compondrá. Habrá aún una penosa partida pero para usted, dulce pequeña, no un penoso retorno. No, no, pequeña mía. No un penoso retorno. La espero, quisiera verla y contárselo todo.

Manos sucias. Lleno todos los días. El filme: tema aburrido y sinuoso. Todo el mundo me quiere estafar, Nagel se desespera, Brandel se retuerce las manos, Pascal echa espuma, se insultan, se reconcilian a mis espaldas, la cosa no avanza, proponen plazos, etc. Mañana almuerzo con los 2 (Br. y Nag.). ¡Muy bonito! Me matan a cartas que repiten siempre lo mismo.

Bost, Olga, etc. Los veo poco, pero parecen estar bien.

Merleau-Ponty. *Abofeteó* a Scipion en casa de los Leibovicz. Reivindica en ayunas la

---

[83] Durante una escala en Islandia, yendo en avión a Chicago.

[84] Actriz, amiga de Dolorès.

[85] Director y actor italiano que había interpretado el papel principal en *La suerte está echada*.

entera responsabilidad de este gesto realizado en estado de ebriedad. He aquí los hechos: estaba meando (2 de la mañana, fiesta). Oye la voz de Scipion: «Es usted una jilipollas». Se exaspera y medita, pensando: «Scipion, Astruc, etc., son los Animales favoritos. Creen que les está permitido todo, sin ninguna responsabilidad. Hay que tratarlos de otra manera». Sale abotonándose, entra en la habitación y descubre que, dado que su mujer era la única presente, era a ella sin duda posible a quien se dirigía Scipion. Dice: «¿Ha tratado usted a mi mujer de jilipollas?». Scipion dice: «No». Merleau-Ponty dice: «Tiene mala memoria» y le da una bofetada. Scipion se marcha, agarrándose la mejilla y diciendo: «¡Oh, vaya, vaya!». La señora Merleau-Ponty le dice al señor Merleau-Ponty: «Es cierto que me trató de jilipollas, pero yo había estado una hora tratándolo de jilipollas a él». «En este caso, querida, deploro que se haya colocado usted en una situación semejante y no puedo hacer otra cosa que presentar mis excusas a Scipion.» Va: «Devuélvamela». «¿Qué cosa?» «La bofetada.» «¡Vamos, hombre! No se la devolveré.» «Sí.» «No.» Finalmente se la devolvió. Merleau-Ponty, satisfecho su honor, se llevó a Scipion a beber fuera. Se despedían como buenos amigos cuando Scipion tuvo la desgracia de concluir: «En resumidas cuentas, usted oye voces en el cagadero». Tras lo cual, Merleau-Ponty se quitó la americana, Scipion también. Se miraron largamente en mangas de camisa, luego cada cual volvió a ponerse la americana y se separaron, enemistados. Merleau-Ponty declara: «Después de todo, tengo 43 años y soy profesor de moral. Debo enseñarles a vivir». Qué de complejos detrás. El año pasado abofeteó de la misma manera a Astruc porque había insultado a Suzou. Doña Leibovicz, comentando la misma historia, dice: «Cuando Maurice está bebido, quiere follar en ese mismo momento y hace conocer sus deseos a 3 o 4 mujeres diferentes que lo rechazan—no es que no guste, pero parece demasiado expeditivo—entonces lo ve todo rojo y pega». En realidad, la cosa es mucho más complicada.

Esto es todo, pequeña mía, todo lo esencial. Estoy en excelentes términos con usted, no la he perdido en absoluto; el Matriarcado continúa, no estoy ni desorientado ni desocupado; la quiero con todas mis fuerzas y me río de contento al pensar en el soberbio y lluvioso viaje que está haciendo. Es usted mi querido pequeño Castor y mi alma.

1949

A Simone Jolivet

42 rue Bonaparte Miércoles [verano]

Querida Toulouse

Sigo profesándote todo mi afecto aunque la última vez que nos vimos no me hayas dejado tiempo de decírtelo. Todo cuanto pueda hacer por ti, lo haré: no tienes más que pedir, si aún eres mi amiga; me pongo a tu disposición. Y ante todo querría verte. Cuando quieras a partir del sábado: elige día y hora.

Te besamos.

A Simone Jolivet

16 de agosto

Querida Toulouse

He recibido tus dos cartas y me pregunto si hasta deseas que conteste a lo que me dices. Supongo que al escribirme te ponías en claro acerca de ti misma, y que necesitabas expresarle tus pensamientos a alguien (a mí puesto que soy tu *prójimo*) pero que me dispensas de todo comentario. Todo cuanto podría decirte es que yo también conozco esa dualidad, no exactamente como tú, y que pienso que titubeamos sin cesar entre adaptarnos a ella, sacarle provecho (me refiero a escribir), o reemplazar el dualismo por un monismo. Cuando desearíamos que fuese gloriosa, es sórdida, y cuando queremos ponerle término, nos empobrecemos. Te estoy hablando de mí, es decir un poco a tientas en lo que a ti respecta: todo esto debería ser objeto de conversaciones, para que cada cual rectifique su tiro. Lo único que sé es que quisiera elaborar una moral en la que el Mal fuese parte integrante del Bien. ¿Conoces esta frase de Kafka?: «¡El bien es por momentos desolador!». El intermitente gusto por lo «vil»: una moral que no lo rescatara sería una triste mistificación. Pero te digo que eres más bien tú quien puede hablar de eso y de Ludún, pues son lo mismo.

Tan sólo desearía que la Anacoresia no te resulte excesivamente pesada, la soledad, sobre todo, hasta nuestro regreso. Tu última carta me llegó —en el sentido de *dar en el blanco*—, y tienes que saber que tus cartas son muy importantes para mí. Me alegra que vayas a Férolles: creo que el campo es el ámbito natural del Anacoreta.

Pero lo que yo practico es más bien el cenobitismo. Vivo en esta especie de comunidad que es la villa de la señora Morel, la gente se desparrama por el jardín, por las habitaciones, es raro que no haya doce personas gritando a la vez. Son gentes que se aburren en las colinas por separado y vienen a aburrirse juntos a orillas del mar. Pero mi celda monacal está perfectamente defendida. No entra nadie y trabajo doce horas diarias. Detrás está Juan-les-Pins, donde pululan los vendedores de cerdos, vulgares y miserables, más aún cuando la estación no es «buena». Todos los murmullos producidos por atracciones de pacotilla en todas las boîtes de la ciudad, todos los cantos, sonidos de saxo, trompeta, violines, gritos y risas confluyen por las noches en la terraza de la villa. Pero a esa distancia no molestan, y hasta serían fácilmente conmovedores; cenamos mientras cae la noche, tiene aires de 1880 y es subyugante, y la causa es que la villa, construida por entonces, es un anacronismo al que sólo la falta de fondos impidió al consejo municipal poner remedio. A todo esto, es ya una institución colectivista, dado el número de personas que se benefician de ella. El hijo de la señora Morel, su suegra y sus dos cuñados acaban de llegar. Esto pasa de la raya y me marcho por unos días (hasta el lunes, exactamente) a un hotel de Mentón. Creo que es mejor que me escribas aquí porque volveré. El libro sobre Genet progresa (a él le he visto, en Cannes, en casa de su Lucien, mimando a un niño de tres meses. «Maternal», decía Niko, el abisinio) pero no tan rápidamente como yo quisiera. En conjunto me siento más bien feliz.

Querida Toulouse, ojalá no te sientas *demasiado* sola: no te he abandonado, realmente; escríbeme.

A SIMONE JOLIVET

[Diciembre]

Querida Toulouse

Deseábamos verte el sábado o el domingo pero el Castor estaba agotado (fuerte gripe) y, además, había que correr por los regalos (pues hemos alcanzado la edad en que uno hace regalos sin recibirlos, tengo dos ahijados y una nube de semi-ahijados de corta edad). Te telefoneé el domingo (Tru. 00-36) a las 4.30 pero el aparato sonó largamente en el vacío. Quería excusarme y decirte que en cuanto regresemos (4 o 5 de enero) nos gustaría verte. Tal vez podrías enviarme unas líneas diciéndome cómo van las cosas por ahí y si «nuestros amigos» han hecho acto de presencia. Escribe: Señora Morel, La Pouèze, Maine-et-Loire.

Te beso.

1950

A Simone Jolivet

2 de enero

Querida Toulouse

Buen año. Sé lo que te estoy deseando: buen trabajo. Sé que es esto lo que más ansias. Y, como tú dices: *a tu vez*. Me alegra mucho que estés restablecida. Por las noches, me parece normal. Ideas que vuelven, suben, bajan e inquietan. Creo haberlo experimentado pero no me acuerdo cuándo.

Sí, tranquilízate, seré minucioso con las órdenes y contraórdenes, o mejor dicho no habrá más contraórdenes, pero tienes que darte cuenta de que mi impulso de verte fue el brusco imprevisto de una vida demasiado ocupada. Trastornó el *orden*: figúrate que a fuerza de desorden fui conducido al orden o, si quieres, el orden aparente de mi vida es el signo de un desorden profundo: hay que colocar a todos y todo. Entonces, cualquier iniciativa nueva resulta catastrófica: produce revuelo. (A todo esto, todo el tiempo estoy tomando iniciativas nuevas. De ahí paso del orden al caos, luego a un orden nuevo y luego al caos de nuevo.) La última semana de diciembre le tocó al caos. Te pido disculpas, lo sabes. E inauguramos, con el nuevo año, un período de orden, etiqueta y ceremonias. Todo está en su sitio, lleno, repleto a reventar: no se prevé ni se tolerará ninguna iniciativa antes, *por lo menos*, de dos meses. (Te digo 2 porque cuento partir con el Castor hacia Italia o Egipto a principios de marzo, por dos meses.)

Aquí, puro trabajo. Trabajo auténticamente 15 horas diarias. Sobre Genet. Él se ha decidido a publicar una edición expurgada de sus obras clandestinas y yo hago el prefacio. Es alucinante trabajar quince horas al día entorno a un falsificador y pederasta genial. Me absorbe y me alucina. Me despierta por las noches. Pero es apasionante.

Habré vuelto hacia el 5. Te telefoneo de inmediato y, si el teléfono no contesta porque suena en casa del vecino, envío un *pneu*. Iremos a verte, Castor y yo.

Te beso.

A Simone Jolivet

Jueves

Querida Toulouse

Hace varios días que intento en vano llamarte por teléfono (suena, pero Dios sabe dónde). ¿Tendrías *tú* la amabilidad de llamarme mañana por la mañana, viernes, a las 11 o 12 (Dan. 92-98)? Tengo las entradas para el sábado y hay que fijar la hora en que te recogeremos.

Te beso.

A SIMONE JOLIVET

Viernes 15.30

Querida Toulouse

Primero discúlpame el lápiz: he perdido mi estilográfica. Segundo, estamos de regreso y tenemos muchas ganas de verte.

¿Cuándo? Mañana por la tarde discuto sobre marxismo con comunistas indochinos y el domingo veo a Genet para hacerle algunas preguntas sobre su vida. ¿Te parece bien el lunes por la tarde, a las 3.30?

(No te telefoneo más, desconfío, pero *tú* sí que puedes llamarme al mediodía, mañana o pasado, diciéndome si estás de acuerdo.)

Te beso.

A SIMONE JOLI VET

Martes

Querida Toulouse

Respuestas al azar de lo que pienso (es lo mejor como correspondencia a Tamanrasset, lo más espontáneo, creo) a tu carta.

Le Démon de la perversité. Sí, lo he leído. Y te acuerdas, un poco diferente *Le Vitrier* en los poemas de prosa de Baudelaire.

Tus conflictos de reflexión: «soy muy noble» «es innoble pensar así, etc.» los he vivido y vivo aún sin tregua (no pretendo ser santo sino moral. Desde el punto de vista que aquí te interesa, es igual). Creo que la respuesta es clara: el veneno se aloja en la voluntad misma de ser moral y santo. Si quieres *ser* algo, tienes que preguntarte: ¿lo soy? Habría que *hacer* sin tomar conciencia de ser. Ayudar a alguien porque el objeto, la situación reclaman ayuda, sin pensar en el *ser*. Sino precisamente, no querer ser nada. Reaparece la idea de una espontaneidad, en lo inmediato.

La atracción por el Don. Tenías mucha razón en París (1927) cuando decías: soy pederasta. Yo estoy, en efecto, sumergido hasta el cuello en el estudio de esa atracción *en Genet*. No parece del todo lo mismo. Pero es verdad que tenéis rasgos comunes: Demonios, Mal, etc., y que toda relación con el Otro pasa por una relación con uno mismo: el Otro intermediario entre uno mismo y uno mismo: como medio que utilizáis

para veros a vosotros mismos como Otro. Y *sobre todo*: el tema de tu *Ombre*[86] siempre presente en Genet. Cada personaje buscándose en el Otro. El amor: «Estáis solos en el mundo, es de noche, en la soledad de una explanada inmensa. Vuestra doble estatua se refleja en cada una de sus mitades. Sois solitarios y vivís en vuestra doble soledad» (*Querelle de Brest*).

Respuesta al 15 de agosto: no tengo una camiseta gris ferroso, no voy vestido de marinero; llevo camisetas blancas de mangas cortas, aquí es lo más corriente y la mejor manera para pasar desapercibido. Sí, ¿por qué no probar un tiempo la compañía de la Corsa?[87] sería extraño: pero desconfía.

Las cartas de Dullin: *no tengas ningún temor*, *Toulouse*. Fue el Castor (escribí a Chicago y contestó) quien las *encerró en su casa*. Las tendrás en cuanto regrese.

---

[86] Obra de Simone Jolivet, representada en el Atelier antes de la guerra.
[87] Una joven que estaba un tanto enamorada de Simone Jolivet.

1951

A Simone Jolivet

[Verano]

Falta el comienzo.

Masson para tus decorados: ¿sabes que, hastiado de Barrault (cuando el *Hamlet* de Marigny), decidió no volver a hacer decorados en su vida? Pero por ti (y quizá por mí) aceptará, supongo.

¿Qué es eso de Fandoar? No recuerdo haberte oído nombrarlo.

Yo: cenobita, sí.[88] Quince personas aquí todo el tiempo. Una terraza soberbia con vista al mar y al Cabo de Antibes, pero proscrita por apretadas muchedumbres que a ella se dirigen, es una plataforma móvil. Todo esto en una atmósfera de tensión creciente con rencores que se exasperan y Guille, para colmo, viniendo a endiablarlo todo con sus berrinches de viudo y el olor a orina que desprenden sus hijos (en lo moral y, por desgracia, sobre todo en lo físico). De suerte que soy anacoreta en el seno del cenobitismo. La dama, encantadora conmigo, me hace traer bandejas a diversas horas (aquí se come cuando viene en gana) y no salgo de mi cuarto, donde trabajo en Genet sin parar y leo apenas. Esto se termina hoy. El gentío se marcha en un inmenso estrépito de voluntades contradictorias, y yo me voy a Sainte-Maxime. Te telegrafiaré mi dirección cuando la sepa: Merleau-Ponty debía reservarme una habitación en un hotel e informarme el nombre de dicho hotel. No lo ha hecho. Me quedo en Sainte-Maxime hasta el 15, después regreso despaciosamente a París pasando por Marsella, Aiguës-Mortes, Arles, Les Baux, etc. *No habré terminado Genet en octubre*.

El artículo sobre O.W. me ha apasionado. Encierra algo impresionante y singular: ese diálogo con Dullin, muerto y tan vivo. Lo que dice del *objeto* en una nota es, desde el punto de vista «crítica constructiva», lo más interesante. Objeción: das por *conocido* el contenido de la representación. Dicho de otra manera, te diriges a espectadores que ya han ido a ver la obra. Pero la ficción crítica está en que le hablas de ella a alguien que no la conoce. Hay *otra razón* por la que no debes pensar en ese público: tus diálogos con Dullin, para ti y para quienes te conocen, no son una mera receta sino la prolongación de tu vida y tu modo de pensar *real*. Si lo que se tiene en vista es un lector, se cree en una receta (p. ej. Mallarmé crítico teatral, dialogaba con su alma). Es lo que *no se debe* hacer. Lo que sí habría que hacer es intentar una serie de artículos o un libro que te reflejara y lo hiciera comprensible para los lectores, donde habría tiempo para habituarse y darse cuenta de que *es verdad*. Pero el artículo choca porque el lector —en principio— no te conoce: para él tú podrías ser alguien cualquiera que ha escogido el

[88] Yo estaba en América.

truco de hablarle a Dullin como método de exposición y (frase amargamente irónica) para que dé sensación «de vivo». Dime si estás de acuerdo. (Me dirás: pero hay citas de Dullin que prueban nuestra intimidad. Sí, pero ¿qué es lo que te da a conocer a ti, con tus fidelidades? Hay que obrar con paciencia y precaución, no se puede empezar, bruscamente: «Dullin me esperaba en el café»; para ti, simple frase enunciadora de un hecho. Para el lector que te desconoce, extraña mezcla de irreverencia y familiaridad: *chocante*. Entiéndeme: *no para mí*.

Me alegra saberte en Férolles. Ahí es donde el mutismo será lo más natural.

Te beso.

1952

A Simone Jolivet

4 de junio

Querida Toulouse

Te envío un saludo desde Nápoles y Capri. Viaje cómodo, sin historia, feliz. Excepto que (sabes que estoy haciendo un libro sobre mi *último* viaje por Italia. Éste no, el precedente) estoy empezando en escribir sobre «Venecia con lluvia» en este Sur lleno de sol. Excepto también que no puedo volver a dar con las impresiones que he dicho y consignado en el trabajo; Roma ha dejado de ser la Roma que vi (¿diferencia del otoño a la primavera?), etc. Diferencias mínimas pero irritantes. Por ejemplo, en octubre no vi putas en Nápoles (ciudad con gran fama de tenerlas) y lo dije. No faltó más para que las viera este año. No muchas, pero en cualquier caso ahora me es imposible escribir, con toda tranquilidad, «no he visto putas en Nápoles». Me dirás que, efectivamente, en octubre no las vi. Sí, pero: habría *podido* verlas. Y el intríngulis con los relatos de viaje es que si dices: «no he visto putas en Nápoles», el lector entiende: no las hay. Menudas contrariedades. Pero, ¿sabes lo que pensé de pronto en relación contigo? Pensé que Nápoles te gustaría (por una multitud de razones que tienen que ver contigo y con Nápoles y que te expondré a mi regreso) y me dije: en este *período activo* que Toulouse está inaugurando, ¿por qué no le hace un sitio *también* a los viajes? Sé que me dirás: Férolles y el trabajo, no es poca cosa. Pero mira, yo encuentro tiempo para viajar y eso que en general también estoy apretado de tiempo. Te sería fácil encontrar un *mes* el año que viene para venir a deambular por aquí (o por otra parte. España) y me sería grato facilitarte las cosas (en cuanto a las liras, conozco la manera). No te exasperes. Si la idea te gusta, hablaremos a mi regreso (hacia el 20 de junio) y si no, pongamos que no he dicho nada.

¿Trabajas? ¿Cau te ha dado a tiempo lo que deseabas? Te hago estas preguntas pero no abrigo mayores esperanzas de que tengas tiempo para contestarlas: los correos italianos también son una reliquia del siglo XVIII y sospecho que todavía transportan las cartas en diligencia. En cualquier caso, si recibes ésta (enviada el 5) antes del 10, puedes escribirme a lista de correos de Bérgamo.

Te beso con ternura y te deseo un trabajo tan bueno como mi viaje (y no como el buen trabajo que yo no he hecho).

1959

A SIMONE DE BEAUVOIR

[Octubre]

Mi dulce pequeña

Gracias por los artículos y por la carta. Sí, los artículos son muy buenos y me alegro.[89] Me alegro mucho, se lo aseguro, pequeño Castor. Estoy de buen humor profundo, en circunstancias un tanto difíciles —que le relataré dentro de un rato—, y este buen humor se debe ciertamente a la suerte alcanzada por los *Secuestrados*. Para decirlo de una vez, no la esperaba —preveía menos reservas (no importa) y menos calor auténtico—. Le digo esto para que sepa que me alegro, tan lejos de usted como estoy. Y celebro que se sienta feliz por ello. Muchas gracias, pequeña mía, muchísimas gracias.

Le telegrafiaré dentro de un rato (los teléfonos de las habitaciones no funcionan, hay que usar los del hall) diciéndole que acepte la propuesta de Cayatte,[90] sobre todo si la divierte. Pero seguramente recibirá esta carta antes del martes. Creo que *tiene* que hacer la película, debemos probarlo todo, nosotros los polivalentes. Y además casi es como una novela. Cayatte no posee gran talento pero llegará hasta donde usted quiera. Simplemente (al margen del éxito «desde el punto de vista cine», como diría su madre) creo que debe pensar que verán ese filme montones de personas que han leído sus libros y que querrán reconocerla: la historia debe ser lo más profunda posible. Lo cual significa: póngase a ello con todas sus energías, como si se tratara de aquella novela sobre la pareja que tenía ganas de escribir. Si lo enfoca así —y supongo que lo hace, que no lo ve solamente como una tarea alimentaria— estoy de acuerdo cien por cien. Tres millones: *por supuesto*, y más inclusive. Por la adaptación del libro de Miller, Borderie—rico que da miedo— me pagaba seis. En fin, decida. En cuanto a Rozan: imponga un 10 % para él y dígaselo, despertará su interés.

Volviendo a mí, primero la tranquilizo en dos palabras: viaje excelente de dos horas (19.30-21.30), luego una hora de coche entre pequeños cercados grises, de noche. No veía otra cosa. Después no he vuelto a salir de este enorme caserón donde, a través de mis ventanas, veo una pradera verde que, según dice todo el mundo, se extiende por incontables kilómetros. En la pradera veo vacas, caballos que el dueño de la casa,[91] tocado con una gorra, cabalga por la tarde —tan pronto uno, tan pronto el otro—

---

[89] Sobre Los secuestrados de *Aliona*.

[90] Cayatte quería preparar un guión conmigo. El proyecto no cuajó.

[91] Huston, con quien Sartre trabajaba en un filme sobre Freud.

corriendo al trote, al galope, alrededor de su casa y seguido por un borrico testarudo que caracolea detrás de ellos y pone en ridículo la cabalgada. Árboles, también: ignoro cuáles. En cuanto a la casa, nada más extraño: una mezcolanza de objetos *auténticos* (precolombinos, africanos, japoneses, hasta franceses) pero que no resisten bien la confrontación por lo que cada uno reduce al otro a la inautenticidad más radical. Para limitarme a mi habitación: un Cristo de madera mexicano, lámparas italianas y mexicanas, una estatuilla hindú (Siva), biombos japoneses, tablas de madera pintada y esculpida (detrás de mi cama, rodeando el espejo —rosa y verde lavado— cuyo origen se me ocurre europeo (tal vez me equivoque). Agreguemos un Arlequín pintado (vagamente cubista, un auténtico falso Picasso) y muebles confortables desprovistos de originalidad (inmensos sillones blancos —moqueta beige, paredes grises, techo blanco— más una araña italiana). Olvidaba decirle que aquí uno se pierde. El cuarto de baño está igualmente tapizado con una moqueta beige que llega hasta debajo de la bañera. El asiento del retrete domina sobre esta moqueta. Frente a él, de espaldas a la ventana, una silla poltrona permite mirar a la vez la bañera y el cagadero. Por entre una cantidad de piezas análogas, deambula un hombretón romántico, triste y solo, nuestro amigo Huston, perfectamente ocioso, avejentado, literalmente *incapaz*, de dirigirle la palabra a sus propios invitados. Es un desfile: anteayer el Mayor Pickmill, «maestro de perros» (quiere decir avezado cazador de zorros); ayer un experto en objetos orientales (resultó un estafador, dice Huston), hoy productor, y su mujer. *Nadie*—óigame bien—*nadie*, ni Huston ni su mujer, ex bailarina, 32 años, bastante bonita y loca, se ocupa de ellos. Es la señora Philips (la amiga de Reinhardt, usted la conoce) quien debe hacer de anfitriona. Pequeño Castor, son las 17.30. Reunión. Asunto Freud: podría ir peor. Asunto bebida: no bebo (salvo un Martini y a veces dos. Nada de scotch. Salvo las dos primeras noches). Mejor que se lo diga Ariette. Hasta pronto, mi dulce pequeña. Dentro de dos o tres días haré otra carta y le describiré a la ilustre pareja que nos hospeda. ¡Ah!, una cosa: no me aburro, y, en una palabra, no sé por qué.

La beso muy fuerte, mi dulce Castor y con mucha, mucha ternura.

A Simone de Beauvoir

Jueves [Octubre]

Mi dulce Castor

¡Qué barbaridad! ¿Será posible? ¡Cuánto descalabro mental! Aquí todo el mundo tiene sus complejos, empezando por el masoquismo y terminando con la ferocidad. Pero no crea que estamos en Infierno. Más bien en un inmenso cementerio. Todo el mundo está muerto, con sus complejos congelados. Se vive poco, muy poco, poquísimo. Salvo la casa, que crece bajo nuestros pasos. ¿Le dije que es un «Work in progress»? Los obreros corren cantando sobre mi cabeza, entran y dan martillazos en mi habitación, pintan la puerta del cuarto de baño y se marchan dejando un letrero rosado: «Wet paint». Van surgiendo accesorios: anteayer la música chorreaba por las paredes; acababan de instalar la radio (entre paréntesis: una sonoridad y un volumen sensacionales), de tarde en tarde el longilíneo dueño de casa, acompañado por su mujer,

viene a descolgar un cuadro de mi habitación para cambiarle el marco (él desea marcos dorados, ella «more sophisticated» desea algo discreto, —nadie se preocupa por la pintura, pretexto para elegir un cuadro, aunque posean con toda certeza el más feo de los Monet (que vale millones: 150.000 dólares —apenas un bosquejo, *quizá*, de las *Nymphéas*). Habiendo comprendido los huéspedes, todos, este incesante ir y venir (menos yo, francés afrancesado) dejan su puerta abierta *todo el día*. Es alucinante, habitaciones imperiales o reales que se abren todas a un imponente rellano (guarnecido por dos ídolos terribles) con, en cada una, un animalito humano que se siente morir. En realidad hay una indiscutible apropiación entre la extraordinaria campiña irlandesa y el alma del dueño de casa. Usted me entenderá: de 8 a 9 millones de irlandeses en 1900; hoy, 3 millones. Los otros emigraron a América; desde ahí mantienen a los irlandeses que se quedaron. Y encima la Iglesia y las costumbres postergan los matrimonios (las mujeres se casan *después de los treinta años*, los hombres después de los cuarenta). Desde luego, se fabrican lo más rápido posible seis hijos de viejos, pero mueren o emigran. No hay miseria: hay pobreza y, sobre todo, *muerte*. Piense: en 50 años se han marchado 2 hombres sobre 3. Imagínese esta landa abandonada. Pequeños muros testarudos circundan por todas partes tierras aún vivas y otras perfectamente muertas y devueltas a la naturaleza. Vaya donde vaya, ruinas. Estas ruinas se escalonan, sin avisar, del siglo VI al XX. Una casa en ruinas (en general del siglo pasado o del XVIII) contra dos casitas bajas y pintadas con dinero americano. Las ruinas son impresionantes, las fachadas en general siguen en pie, se diría que una bomba ha soplado el techo y el interior. Se ve el cielo, por las ventanas. Casi siempre son casas pequeñas, pero a veces son inmensas y, cabal prueba de la naturaleza del país, ahogan con su imponencia las humildes moradas de una planta: lo muerto se apodera de lo vivo. Añada unas extrañas torres redondas a orillas de un agua oscura y difunta, estilo laguna (es la bahía de Calway) y otras torres longilíneas (que naturalmente se pretende son fálicas) junto a iglesias en ruinas y cementerios: habrían sido construidas en el siglo VI por los invasores escandinavos; y además, por todas partes, esos cercados obstinados, grises, inútiles (construyeron los más altos como «grandes obras» para dar trabajo a los campesinos, en el tiempo de la escasez). Se tiene realmente la sensación de un país *muerto*: sólo la hierba atestigua que no han tirado una bomba atómica por los parajes y que sus radiaciones no han matado la vida. Lo gracioso es que este campo resulta profundamente *humano* (debido a todos estos vestigios) y, precisamente por eso, agonizante. Se ve al irlandés contemplando su tierra (cosa muy rara, a pesar de Barres). Y no se lo ve de otra manera, porque casi no se muestra. Bien, un estadio previo a la luna. Y precisamente éste es el paisaje interior de mi boss, el gran Huston. Ruinas en masa, casas abandonadas, tierras baldías, pantanos, mil vestigios de la presencia humana. Pero el hombre ha emigrado. No sé a dónde. Ni siquiera es triste: es *vacío*, salvo en los momentos de vanidad infantil en que se pone un esmoquin rojo, o monta a caballo (no muy bien), o recuenta sus cuadros y dirige a sus obreros. Imposible retener cinco minutos su atención: ya no sabe trabajar, evita razonar. Y no crea que nos reservó sólo a nosotros, la noche del Véfour, el taciturno embotamiento que me disgustó. Casi todas las noches tiene invitados (los más insólitos): la heredera *más* rica de Inglaterra, un raja que es también propietario de hotel (un gran hotel de Cachemira), un «maestro de perros» irlandés, un productor americano, un joven director inglés. Y él no les dice *nada*. Cuando Ariette y yo entramos en el salón, conversaba lánguidamente con el «maestro de perros», joven fornido, de nariz colorada, muy gentlenmanfarmer. Nos presentó, el «mayor» dijo que no conocía

la lengua francesa. Tras lo cual Huston le golpeó el hombro con un [ilegible] y le dijo: «Pues bien, le dejo practicar su francés» y se marchó dejándonos a los tres estúpidos. El mayor, desorientado, los ojos fisgones, terminó declarando: «Churchill is funny when he speaks french»; yo hice «Ji, ji!» y el silencio cayó sobre nosotros hasta que nos llamaron para cenar. Debo decir que, frecuentemente, después de la cena nos quedamos frente a frente, tres de un lado: Ariette, la señora Philips y yo (los últimos dos días Reinhardt estaba en Munich) tres del otro: el productor, Huston y su mujer, y *nadie*, literalmente, abre la boca. A todo esto, Huston parece físicamente hecho polvo. Ayer, excursión de cuatro horas (la única, pues su mujer parte hoy para Londres) conducía la mujer, Huston —que no había visto *nada* de este paisaje prelunar con anterioridad— se quedó dormido casi de inmediato y durante casi todo el trayecto de ida. El otro día nos consiguieron los dos documentales que rodó para el Ejército y de los que siempre habla: San Pietro (batalla por un pueblo, poco antes del Monte Cassino) y «Hágase la luz», curación de las neurosis de guerra por los psiquiatras militares. Películas decepcionantes. Excesivamente mediocres y propagandísticas. Pero cuando la luz se hizo, en el salón, hubo quienes notaron (en particular Wolfgang Reinhardt, que lo conoce bien) que tenía los ojos llenos de lágrimas: Parece que no se habría instalado aquí deseoso de contemplar su estado de alma en medio de los paisajes irlandeses, sino para escapar de los impuestos. En Irlanda, no paga impuestos o muy pocos. Debido a un lamentable malentendido, él amaba la vida de «gentleman» que llevan los ricos propietarios de los alrededores de Dublin y eligió, sin darse cuenta, esta landa desolada que queda a 3 horas de coche de Dublin. Rara vez permanece más de quince días y se cree que cuando la casa esté terminada no volverá más. Es el vacío puro, más que la muerte tal vez. Dijo una curiosa frase, un día, hablando de su «inconsciente» a propósito de Freud: «En el mío, no hay nada». Y el tono indicaba el sentido: *ya* no hay nada, ni siquiera viejos deseos inconfesables. Una enorme laguna. Se imagina usted lo fácil que es hacerlo trabajar. Huye del pensamiento porque entristece. Nos reunimos todos en el salón de fumar, hablamos todos y de pronto, en plena discusión, desaparece. Suerte si se lo vuelve a ver antes del almuerzo o de la cena. Su mujer, extraña muchacha, treinta años, ex bailarina, seducida por él a los 17 años, encinta, casada y prácticamente abandonada, reaccionó con una extremada dureza a la cual su rostro insulso y sus ojos rasgados parecen indicar que no estaba destinada. Recluida en el resentimiento, creo que se defendió con el desprecio: hacia él y hacia todos. Es ella la que *construye*; él, como decía Dolorès, hace de inspector de obras concluidas. Es un poco loca, muy caprichosa y se emborracha. Aquí dejo: esto no sería sino un comienzo, están todos los otros. Es cierto que no me aburro. A veces me crispo: demasiada tontería en el trabajo (el propio Reinhardt se atonta por admiración hacia Huston). Pero le juro que vale la pena vivir esto una vez, esta soledad en común. Ariette no ha hecho ningún efecto: la gente está ahí, y ahí se queda, eso es todo. Se la abandona con la misma amabilidad que a todos los demás. *No bebo* (lo lamento): *un* Martini y, *a veces*, *un* whisky. Descanso, duermo, experimento la higiene de esta soledad. Regreso el *jueves* a las 11.30. Por desgracia sólo hay dos aviones semanales a París, y tomar el primero (el domingo) sería una lástima: a través de esta incomprensión tan recíproca, algo tal vez se está haciendo (me refiero al guión). Dejaré a Ariette en su casa y enseguida iré a verla. No le he dicho la hora a nadie; acordemos una hora conveniente a mi llegada. Si de aquí a entonces escribo a Evelyne dándole una hora, será para la caída de la tarde. Dígale que usted no sabe.

La saludo, pequeña. La beso muy, muy fuerte. No he hablado más que de mí pero quería divertirla. Hasta el jueves, pequeño Castor.

1963

A Simone de Beauvoir

18 de julio

Mi querida pequeña

Me alegró mucho (y me avergonzó) recibir ayer su carta. Lamento su lluvia: en Aviñón no es mucho más decente; nosotros tenemos la misma sólo que aquí conviene. A decir verdad tanto no llueve pero llovizna a menudo, hay prolongados chaparrones y el cielo queda gris. A veces, por la tarde, sale el sol. Es suficiente para Amsterdam: jamás han visto algo mejor (¿puede que hiciera mejor tiempo cuando estuvimos? este mal clima parece de una evidencia tal que creo no haber visto nunca otro en Holanda). Curiosamente, a Ariette, lejos de molestarla, le gusta: por fin ha encontrado su exotismo, es aquí tan curiosa, tan turista como lo seríamos en el Congo. Hablamos de seguir, otro año, hasta el cabo Norte.

Hacemos *esfuerzos* por ser concienzudos: hemos visto Haarlem, La Haya, el viejo Amsterdam, el nuevo Amsterdam; mañana, Leyde. Se podría hacer más pero somos prudentes. Más importante que el pasear, son los muscos (hemos ido varias veces al de Amsterdam y en La Haya he vuelto a ver, con mucho placer, el *Saúl* de Rembrandt y el paisaje de Delft por Vermeer. (Nos gustaban más, si recuerdo bien —a mí, en cualquier caso— otras obras de él; creo que fuimos injustos.) Además he decidido que me guste todo —también las obras secundarias— es la primera vez; compensa: descubre uno un montón de cosas, las reencuentra en la calle al salir. Descubrimos un excelente libro: *Vie quotidienne en Hollande au temps de Rembrandt*: este libro, los cuadros, la vida de hoy, es un contrapunto denso que me gusta. Le diré no obstante que Amsterdam tiene una faceta lastimosa que en otro tiempo no había anotado. ¿Será el miserabilismo de Ariette? La plaza Rembrandt, ¡qué pacotilla belga! Y le diré: *no hay whisky*. Pide uno por todas partes —digo *por todas partes*— un scotch dando una marca para dar a entender que es uno conocedor, le sonríen, repiten la marca con aire de connivencia y le sirven un infame calducho que se parece al whisky tanto como una capirotada a una liebre a la Royale. Estoy estupefacto.

Hace diez días que *no hago nada*. Y como los únicos libros franceses son de Simenon, leo dos Simenon por día, a veces tres. La jornada es como sigue: me despierto a las 10, me visto, voy a despertar a Ariette, quien resiste con eficacia hasta las 10.45. Desayuno. Mientras se viste, primer Simenon (comenzado). Salimos. Té o café extra en la Rembrandt plain. Luego, de 11.30 a 17.30, esfuerzos turísticos a menudo coronados por el éxito (el almuerzo —de ordinario indonesio— está comprendido en el horario). A las 17.30, tarde libre, Simenon, té, Simenon, partida a las 9.30 y cena —fuera de Indonesia—

búsqueda defraudada de whisky, retorno a las doce y media, fin de los Simenon y dormir.

Tres plagas:

La menor: el Teatro Stabile de Genova (D. y B.D.) no tan stabile, se pasea por Holanda. Hubo que verlos y ver su espectáculo. El espectáculo, bueno, Goldoni, puesto con vivacidad, de acuerdo, pero me hicieron salir en foto entre sus brazos, los traidores. De donde, resultado:

Segunda plaga: los periodistas. Pululan, entrevistan y qué es lo que no me hacen decir. Acabo de telefonear para que quitaran de un artículo *todas* las declaraciones políticas que una dama rubia había puesto en mis labios. Pero aún quedan por coger otros dos. Es el mal más grande porque calculo en menos —siendo humilde— una llaga devoradora que me ha carcomido la nariz (¿Acribilló Tania en mi foto esta narizota a alfilerazos?) y la transformó en tomate pasado, es horroroso. Ayer me fotografiaron este apéndice a brazo partido afirmándome que mi mal *no saldría en la fotografía*, cosa que encuentro descabellada: si el arte fotográfico no puede reproducir este rojo vegetal —enorme e incandescente—, es que todavía está en pañales. Está pasando. Pero la gente mira mi nariz de reojo; anteayer el barman no le quitó la vista de encima y me ofreció tintura de yodo espontáneamente.

Escriba, pequeño Castor, es un gusto. Trabaje, lea, pasee, estoy ansioso por verla (el 31 en su casa, a las 9 de la noche) y la beso muy fuerte.

P.D.: ¿Será porque había decidido escribirle? He releído 19 páginas de *Flaubert*.

A Simone de Beauvoir

25 de julio

Mi querida pequeña

Gracias por su buena cartita, seguida por el silencio, como la mía. Vamos, que habrá tenido usted mejor tiempo que nosotros, pese a sus tormentas. Lo extraño, aquí, es que llueve a mediodía y a la caída de la tarde el cielo se despeja. Costumbre nórdica, supongo. Ello implica deambular bajo un cielo gris y leer a Simenon con el último destello de un frío sol bien inútil. Aparte de eso, es un viaje agradable: Utrecht, La Haya, Haarlem, Leyde sobre todo, encantador bajo el cielo *azul* —hubo 2 días de cielo azul—. Finalmente, Amsterdam es la perla. Por todo, y por esa melancolía que sólo a ella le sienta —y que los últimos maestros (principios del XVII vieron). ¿Sabía usted que los holandeses del siglo XVIII *no se lavaban*? Apestaban a diez pasos. ¿Y que un tal abate Sartre, en una Memoria sobre sus viajes por Holanda, dice que entonces comían como cerdos? Ahora es igual. El miserabilismo de Ariette nos proscribe a las 5 moscas y por tanto comemos en restaurantes normales que sirven normalmente mierda. Aquí nadie se hace ilusiones; en lo cual incluso se exagera: *todos* los periodistas que me han entrevistado empezaron preguntándome con recelo: «¿Pero qué le puede atraer de Holanda? ¿Qué le encuentra usted a este país?». Lo cierto es que me gusta, salvo que para trabajar es mejor Cuba que Amsterdam. Descartes lo decía: mala Comarca para el trabajo del entendimiento. Sepa que he respetado mis horas hábiles y que Ariette las

adoptó: hemos leído cincuenta y siete novelas policíacas y de espionaje de la más baja categoría. Y, lo más infame: he seguido con el máximo interés las atroces torturas que el simpático OSS 117 inflige a hombres y mujeres para hacerlos hablar. Pero la somnolencia holandesa modera mi indignación; cada tanto, me digo: «¿No protestábamos, hace dos años, contra eso?», pero la desidia bonachona hace presa en mí y suspendo mi juicio. ¡Y Simenon, ese perro! Extraño retrato del autor resultante de 20 Simenon leídos uno tras otro: no era un buen muchacho. No era, no es un buen hombre. «Es antisemita», dice a veces Ariette, sacando la nariz de un Maigret, a título de pura información. Y enseguida vuelve a sumergirla en él.

Un único suceso así relatado por Puig en su carta del 21.7.63: «Tengo que darte una pésima noticia: he tenido un accidente con el coche, aquí, en Ain, no vi una curva y me di contra un árbol, me lastimé ligeramente un brazo. En cuanto al coche, mucho me temo que haya muerto». Escribe desde Gex. ¿Dicho con elegancia, no? Ni una palabra más: estos campeones son fácilmente lacónicos. Comencé lamentándome: Ariette sin vacaciones, dado que según ella sus relaciones les permiten como máximo viajar juntos, pero no veranear. Y luego un escueto razonamiento me convenció y la convenció a ella después: si la curva *tenía* que pasar desapercibida —y de no haber sido ésta habría sido otra con consecuencias tal vez más severas— mejor que fuera de entrada y sin Ariette: entonces este accidente profetiza lo que hubiesen sido las vacaciones turísticas de Ariette y al mismo tiempo las torna felizmente imposibles. «¿Y qué iba en hacer él en Ain?», me pregunta ella. Mi ignorancia de los departamentos franceses me incapacita para responderle.

¿Y usted, pequeña? Sé que ha telefoneado a mi madre. Yo telegrafié, parece estar en la gloria de que nos hayamos acordado de ella y de sus 81 años. Parece conformarse con su habitación y me envía una carta *viva*, un género de «epístola» que cultivaba en -otros tiempos y que había abandonado hace mucho. Acerca de los ruidos del boulevard Raspail, tamizados, dice, tamizados por las cortinas y su sordera. «Basta con oírlos —dice—, sin notarlos.»

Pequeño Castor, me complacerá mucho, mucho, verla otra vez. Tengo dos billetes de tren y estaré el 31, a las 21, a sus pies. La beso muy fuerte.

He telegrafiado a Surkov: imposible llegar 1.° estaremos el 4 en Leningrado. En cuanto a Puig, atontado, ignoro qué estupidez ha hecho con nuestros billetes. Nos haremos con ellos.

…

Esta es la última carta que recibí de Sartre. En lo sucesivo, durante nuestras breves separaciones, nos telefoneábamos.